GIFT OF
SEELEY W. MUDD
and
GEORGE I. COCHRAN MEYER ELSASSER
DR. JOHN R. HAYNES WILLIAM L. HONNOLD
JAMES R. MARTIN MRS. JOSEPH F. SARTORI
to the
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SOUTHERN BRANCH

JOHN FISKE

This book is DUE on the last date stamped

JUN 6 1935

JUN 18 1940

F
2684
X16
v.3-4 Xarque -
Ruiz Montoya en
Indias.

Dunn Phyllis
JUN 6 1935

Pat Shannon

JUN 18 1940

Southern Branch
of the
University of California
Los Angeles

Form L 1

F
2684
X16
v.3-4

COLECCIÓN DE LIBROS

RÁROS Y CURIOSOS

QUE TRATAN DE AMÉRICA

TOMO XVIII

RUIZ MONTOYA

EN

INDIAS

(1608-1652)

POR EL

DR. D. FRANCISCO JARQUE

Dean de Albarracín
Cura y Rector que fué en el Perú,
de la imperial villa del Potosí.

VOLUMEN TERCERO

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
1900

84603

Volume 18/2

8501

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO XXVII

Baja al Paranapane á visitar al gobernador; lleva consigo al P. Cataldino y otros Padres.

—

Cuando el gobernador debiera juntar las fuerzas de su provincia é implorar las auxiliares de sus vecinos para el castigo de los Mamalucos, atrevidos invasores de las tierras sujetas á la corona de Castilla y á su mismo rey de la corona de Portugal, entonces él se hizo autor de la invasion y la fomentó contra toda razon y justicia anteponiendo su privado interés al bien común y servicio de Dios y de Su Majestad.

Hizo en el Brasil gente y repartióla en tres tercios; el uno envió á la tierra de los Gualachos; el segundo á las reducciones, con pretesto de visita general, y advirtiendo á los indios, que si los Padres les dijesen cosa contraria á sus mandatos, ellos se lo fingirían, y así que los desmintiesen, dando ocasion á los recien convertidos para formar concepto bien diferente del que tenian de la entereza y veracidad de sus maestros; pero túvolos Dios de su mano y los alumbró sus entendimientos para penetrar la dañada intencion con que el gobernador obraba y que su pretension era entregar á los corsarios brasiles los indios que habian prestado la obediencia á Su Majestad.

El otro tercio llevó en su compañía á las reducciones de Loreto y San Ignacio, donde estaba el P. Antonio Ruiz, que lo agasajó con todas las demostraciones de amor y regalo que pudiera hacer al más insigne bienhechor suyo y de la Compañía.

Mandó á los indios festejasen su venida con el respeto debido á tan gran ministro de Su Majestad. Saliéronle al encuentro con

varias coplas de trompetas y chirimías y la capilla le cantó alegres motetes, y el retorno fué tratarlos de bárbaros sin hacerles gracia de un agradable semblante, antes con desprecio y escarnio de lo que hacían. Quiso entrar debajo de palio; pidiéronle al P. Antonio el del Santísimo. Excusóse cortesmente con que no era decente que aquella sagrada alhaja sirviese en profanos usos. Y aunque procuró granjearlo con públicas veneraciones debidas á un presidente y lo regaló con toda liberalidad, nada fué bastante para que se diese por bien servido.

Aquí hizo el Señor un milagro, no sé si por las oraciones del P. Antonio que en la fuga deste descontento, aversion, despego y sequedad, no sé con qué fin, si reconocido y pesaroso, ó compelido de su conciencia, y temeroso de algún revés de la ira de Dios, confesó en acto público, ante Real escribano el pacto que había hecho con los vecinos de San Pablo, para que á medias en el pillaje invadiesen estos pueblos y llevasen sus indios cautivos para servir de esclavos á sus ingenios de azúcar. Por virtud dél, y

con otros delitos que se le probaron, la Real Audiencia de la Plata, celando el servicio de ambas Majestades, le dió su merecido castigo. Así juzgaba á ratos el rey Saul, lo mal que hacía en perseguir á David; mostrábase arrepentido y luego arrebatado del mal espíritu volvía á aborrecerle y armar asechanzas á su vida. No de otra suerte este gobernador conocía la apostólica vida que hacían aquellos Padres, los inmensos trabajos y peligros á que andaban expuestos por traer aquellas naciones gentiles al conocimiento de Cristo y obediencia del rey, y á pesar deste sentir se dejaba arrastrar del mal afecto que les tenía, sembrando discordia entre ellos y sus feligreses, procurando entibiarles el amor que les tenían; y en parte se le lograron sus diligencias, pues experimentaron en los indios tibieza en el cariño, menguantes en el respeto y no el recurso que solían hacer como á sus queridos Padres.

Pasaba aquel furor como á Saul el suyo; volvía á remorderle la conciencia, y destos lucidos intervalos se valía el Señor para vol-

ver por la inocencia y santidad de aquellos apostólicos ministros, pues en uno dellos hizo un informe auténtico á Su Majestad de su propio motivo y autorizado con la firma de su secretario, del tenor siguiente: Ni aun aquí se pudo penetrar el motivo que para ello tuvo. Si ya no fué dar á entender el alto concepto que tenía de los Padres para que no se atribuyese á mala voluntad, lo que permitía se obrase contra ellos y contra los indios de sus reducciones.

Sea lo que fuere, lo cierto es que pueden los obreros evangélicos blasonar: *Salutem ex inimicis nostris.* Callara el nombre si la Real Audiencia no lo hubiera publicado para el escarmiento en la sentencia que fulminó contra él, en que si obró la recta justicia, hubo mucha mezcla de piedad y misericordia.

D. Luis Céspedes Xeria, gobernador y capitán general destas provincias del Paraguay por el rey nuestro señor, certificó á Su Majestad y á los de su muy alto Consejo de las Indias, que viniendo yo por la vía de San Pablo entré en mi dicho gobierno en

estas primeras provincias dél, con las licencias que tengo de S. M. para ello, y visité la Ciudad Real y Villa Rica del Espíritu Santo, de donde envié visitadores á las partes donde el P. Antonio Ruiz, de la Compañía, asiste, y los demás Padres de dicha Compañía, sus súbditos, á servir á las dos Majestades, Divina y humana, con la palabra del santo Evangelio y atrayendo á la obediencia de Dios y del rey los indios infieles vecinos á estas dichas provincias donde me hallo, y me consta que para haberlo de hacer han pasado y pasan infinitos trabajos de hambres y necesidades y caminos muy largos y fragosos de sierras y espesuras, los cuales andan á pie, y que han tenido y tienen cada día, mayormente el Padre Antonio Ruiz, Superior de los demás Padres, grandes riesgos de la vida, en extender, como digo, la palabra de Dios Nuestro Señor y aumentar la Real Corona de S. M. y que tienen en las misiones las iglesias con gran limpieza y santidad con que atraen los bárbaros infieles á que conozcan á Dios Nuestro Señor. Y esto lo he sabido y sé de los

dichos mis visitadores y de los vecinos de la Ciudad Real y Villa Rica, que me certifican su gran santidad y puntualidad.

Y yo de presente me hallo en estas dos reducciones, donde están doctrinando los dichos Padres de la Compañía á los indios naturales dellas, la una llamada Nuestra Señora de Loreto del Pirapo y la otra de San Ignacio del Ypaumbuzú, y tienen las dichas reducciones hermosísimas iglesias, que he no las he visto mejores en las Indias que corrido del Perú y Chile, y sus indios é indias, muchachos y muchachas, con gran doctrina y cuenta y razon en las cosas tocantes á su oficio y del servicio de Nuestro Señor.

Y porque conste desta verdad, de oficio, sin habérseme pedido certificación dello, lo hago por ésta al rey nuestro señor y á los de su real Consejo, para que S. M. les dé el premio que merecen por tanta obra y que tanto atrae á los infieles destas tierras al servicio de Dios Nuestro Señor. Y espero en Su Divina Majestad y en el trabajo del Padre Antonio Ruiz y de sus súbditos, se ha

de extender más esto, y Dios y el rey han de sacar más fruto de su trabajo. Doy la presente certificacion firmada de mi nombre y mano, y refrendada de mi secretario de gobernacion, en esta reduccion de Nuestra Señora de Loreto de Pirapo, en 19 de Enero de 1629.—*D. Luis Céspedes Xeria.*

Vuelvo á decir que esta súbita mudanza del gobernador, de tan adverso en tan propicio, es en mis ojos no menos pregonera de la Providencia divina, que la del cacique Guiravera. Mucho más le deben los Padres por este auténtico testimonio de su inocencia y bondad, que si lo hubiera dado un gran devoto y apasionado suyo, pues sin duda son extraordinariamente grandes los méritos que se merecen en el mismo enemigo alabanza y admiracion.

Contentos pudieran vivir si conformaran las obras con las palabras y con la lengua y pluma el corazon; pero tal vez ya se ve que la saetilla del reloj señala fiel en lo exterior la hora y en lo interior anda mal gobernado el espíritu y desconcertadas las ruedas en sus movimientos.

Adoleció este gobernador del achaque del rey Saul. I Reg. 18: *Non rectis ergo oculis Saul aspiciebat David.* No sé por qué estaba mal con la Compañía, ni si era flaqueza de su vista andar de pendencia sus ojos con tanta luz de vida ejemplar y santidad heróica cuanta resplandece universalmente en los hijos del grande Ignacio y con singularidad en los insignes misioneros de la apostólica provincia del Paraguay.

Un grande embajador que lo fué algunos años del rey católico en Inglaterra, solía decir que quien supiese, como sabía él, lo que los Padres Jesuitas trabajaban ocultamente en aquel reino en servicio de la católica Iglesia y le oyese murmurar de la Compañía, no lo tendría por católico verdadero.

Lo mismo podría yo decir de sus apostólicos hijos que conocí y traté familiarmente en Paraguay, que á quien con sabiduría de lo inmenso que hacen y padecen en la conversion del gentilismo, oyese hablar con menos estima y veneracion de la madre y de los hijos, le haría cortesía en creer que lo es legítimo de la católica Iglesia.

Partió de las reducciones el gobernador, bien agasajado y servido; pero como el natural era voltario y llevaba el odio entrañado, no pudo disimularlo mucho tiempo. Apenas perdió de vista aquellos varones apostólicos y cuanto digno de benevolencia y alabanza había admirado en ellos, cuando dejándose gobernar, como Saul, del mal espíritu, jugó lanzas contra ellos, ó hizo de su maldiciente lengua espada para zalear con repetidos oprobios y mal forjadas calumnias su reputacion.

Llegó al camino del Salto, que se había abierto para que el Padre Provincial subiese á la visita y mandó cerrarlo del todo y que á nadie se permitiese el tránsito, aunque fuesen indios correos. Sin duda temió que por allí había de llegar presto el aviso de la invasion que su gente del Brasil había de hacer luego en las reducciones.

Cuando se abrió dicho paso eligió la piedad del P. Pedro de Espinosa una hermosa cruz, y en ella grabado para perpétua memoria este letrero: *R. P. Nicolaus Duran, Prov. Visendi Reductiones causa primus*

iter hoc felix faustumque fecit. Mandólo borrar y poner en su lugar este: «Por aquí pasó muerto de hambre el gobernador de Paraguay.» Y no era por falta de comida, sino hambre de indios para el beneficio de sus ingenios de azúcar.

Este era el estado de aquellas provincias cuando: *Motus magnus factus est in mari, ita navicula operiretur fluctibus*, de repente se enlutaron los cielos, sobrevino al medio día una cerrazon formidable, como de oscura noche, conjuráronse los elementos, bramaron los mares, el mismo infierno se hizo á una con todos para sorberse aquella navecilla que tan viento en popa se encaminaba á puerto de salvacion. Siguióse la total ruina de aquella florida cristiandad, destruccion de las reducciones, sacos é incendios de sus pueblos, profanacion de sus iglesias, cautiverios de indios cristianos, atrocidades horrendas, sacrilegios, cruelísimas muertes, que dudo yo pudiesen ser más lamentables las que padecía la cristiandad primitiva imperando los Nerones, los Dioclecianos y Decios y otros tiranos declara-

dos enemigos de Cristo y de su iglesia. Esta furiosa tempestad movieron, no solamente los huracanes del Norte, los Mamalucos portugueses, sino también desaforados vientos de la banda del Sur, castellanos gobernadores, prelados católicos y otros ministros, ó siniestramente informados, ó menos afectos, y por su parte los hechiceros, instigados de los demonios, y por justos juicios de Dios echaron la nave á pique, con los sucesos trágicos que lamentará el libro tercero siguiente.

LIBRO TERCERO

DE LA VIDA Y GLORIOSOS TRABAJOS

DEL

P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

Trata de la fiera persecución de aquella nueva cristiandad y ruina de sus floridas reducciones.

CAPITULO PRIMERO

Origen de la cruel persecución que padeció la cristiandad del Guayrá, gobernándola el P. Antonio Ruiz de Montoya.

Grandes sin duda son los bienes que Dios y sus escogidos cogen de la tribulación, pues amándolos tanto Su Majestad y pudiendo tan fácilmente librarlos della, se las permite no menos celoso del bien de sus validos que de su mayor gloria. Antes bien, en mi opinión, no hay argumento mayor de la

heróica santidad del P. Antonio Ruiz que la prueba que hizo el Señor della, y del oro fino de su caridad, metiéndolo en este crisol. Algo de esto es lo que dijo el angel al Santo Tobías. 12: *Cum esses iustus necesse fuit, ut tentatio probaret te.* ¿Cómo se conociera para ejemplo del mundo y admiración del poder de la gracia de Dios la fineza del prodigioso valor, los quilates de la invencible paciencia del Santo Job y aquel rendimiento y gloriosa conformidad de su voluntad con la divina, si Su Majestad no hubiera dado licencia al demonio para que le abrasase las mieses, le robasen salteadores los ganados y el torbellino derribase la casa y le dejase en ella sepultados los hijos?

La herencia rica de nuestro P. Antonio, fué como la de su divino Señor: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam.* Más le costó el hacer este opulento patrimonio que al príncipe Idumeo el suyo. Este sin fatiga suya lo heredó de sus padres; Antonio lo adquirió con infinitos trabajos y desvelos.

Más fueron los hijos que le arrebató esta furiosa tempestad que los que á Job la suya,

y con todo ostentó la misma paciencia y rendida sujeción al divino querer. Vió en lo temporal destruídos tantos templos, que tanto le habían costado de fabricar, saqueados los lugares que había poblado con tantos riesgos de su vida, abrasadas sus sementeras. Vió en lo espiritual millares de feligreses, arrebatados á miserable cautiverio, de catecúmenos degollados, sin recibir el santo bautismo, robadas con sacrílega osadía sus iglesias, destrozado de lobos carniceros el ganado de Crist , á quien él servía de mayoral, y con todo, en daños tanto más sensibles que los de Job, y en pérdidas tan luctuosas, muchas veces se oyeron de su boca las palabras que todos los siglos admiraron en la de aquel prodigio de paciencia: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum.*

Bien puedo yo decir del V. P. lo que San Juan Crisóstomo dijo del santo Job: *In virtutum studiis omnia quæ fecerunt sancti fecit etiam Job, quod autem sustinuit cum gratiarum actione hoz nullus sustinuit.* En

cuantas excelentes virtudes se señalaron aquellas regiones de varones ilustres en todo género de santidad, que militaron en las banderas de la santa Compañía de Jesús, en todas fué eminente este insigne varon; de todas se hallarán en su alma copias perfectísimas. ¡Qué viva fe, qué robusta esperanza, qué abrasada caridad, qué humildad tan profunda, qué extremada pobreza, qué prontitud de obediencia, qué recato en materia de castidad, qué rigurosa penitencia, qué oración tan fervorosa y qué recurso tan contínuo á Dios en todos sus trabajos y peligros, qué misericordia tan compasiva en el servicio de tantas naciones apestadas; qué sed tan insaciable de la gloria de Cristo y qué celo tan ardiente de la salvación de las almas!

En el ejercicio destas y de otras heróicas virtudes esmeróse Antonio tanto como el que más. *Quod autem sustinuit cum gratiarum actione, hoc nullus sustinuit.* Pero lo que este pacientísimo Job del Occidente padeció, agradecido y conforme al divino querer, así en rozar aquellos eriazos de la gentilidad,

tan llenos de malezas, de hechicerías, de supersticiones y bestiales vicios, como en plantar en ellos tan dilatada y fructuosa viña y verla en breve espacio de tiempo descepada y destruida de los fieros jabalíes Mamalucos, con espectáculos tan trágicos y luctuosos, ninguno de los obreros evangélicos de la Compañía, por lo menos de los que llegaron á mi noticia, lo padeció.

Vió el grande apostol de Japón San Francisco Xavier aquella nueva Iglesia fundada en sesenta reinos, que cuentan aquellas islas, esparcida y arraigada en todas ellas. Vió muchos de sus reyes y señores convertidos á la fe; vió edificadas en las ciudades principales hermosas iglesias y muchos colegios de la Compañía, hechos cristianos más de seiscientos mil japones gentiles. Asimismo vió las horrendas persecuciones que movieron los Taycosamas, los Nobunangas, los Iogunes y otros emperadores de Japón, deshechos los colegios, los templos asolados, los ministros evangélicos unos crucificados, otros abrasados vivos á fuego lento, otros degollados y despedazados con

sus cortantes catanas, otros cocidos en las ardientes aguas de los montes de Unxen. Vió heridos y muertos los Pastores, descarriadas las ovejas, y muchas destas arrebatadas al matadero de ciento en ciento y de mil en mil; pero todas estas tragedias las vió el gran Xavier desde el cielo, donde anegado en golfos de gloria no pudo tener cabimiento la pena.

El Venerable Antonio, viandante aún, y peregrino en la tierra, vió todas esas desdichas y crueldades ejecutadas en sus ojos, cuando cada reducción destruída, cada indio de sus hijos y feligreses cautivo y zaleado de aquellas fieras era una agudísima flecha á sus niñas y una espada de dos filos al corazón.

Salió el profeta Ionas de Ninive, y peregrinando por aquellos desiertos dábale mucha pesadumbre el sol. Preparóle Dios de milagro un toldo frondoso de verde yedra, á cuya sombra arrojó sus cansados miembros. Alegróse mucho con esta providencia que tuvo el Señor de su alivio y de su vida. Ion. 4. *Lætatus est Ionas super hedera læti-*

tia magna. Duró poco aquella gloria, porque mandó Dios á un gusanillo que taladrase y carcomiese el tronco, con que la yedra se secó.

Convirtiósele al Profeta su cítara en llanto; comenzó á lamentar triste su corta ventura, y dícele Dios: *Tu doles super hedera in qua non laborasti neque fecisti ut cresceret, quæ sub una nocte nata est & sub una nocte periit. Et ego non parcam Ninive Civitati magne?* Debiera Ionas hacer la cuenta de Dios por lo que á él le sucedía, pues si sentía tanto que se hubiese agostado una yedra que ni él la plantó ni cooperó con su trabajo á su cultivo y crecimiento, debiera colegir en buena consecuencia el sentimiento de Dios en la desolación de una ciudad tan populosa como Ninive, que había costado tanto de edificar, y donde si había muchos pecadores no faltaban millares de niños inocentes.

Desterróse Antonio de su patria la gran ciudad de Lima y fué enviado de la obediencia á los desiertos del Guayrá á predicar á los gentiles el santo Evangelio, expues-

to á los rigores del verano y á las inclemencias del invierno.

Plantó aquella nueva Iglesia, no como yedra estéril, sino como arbol fertilísimo de frutos para proveer las mesas del cielo. A cuya sombra, mejor que á la del arbol prodigioso del rey Nabuco, se acogieron por industria suya tantas fieras de provincias gentiles y se domesticaron y recibieron el yugo suave de la ley de Cristo. En cuyas ramas anidaron muchas aves, que habiendo sido de rapiña, se convirtieron en cándidas palomas, y de allí tomaron el vuelo para los alcázares celestiales.

¿Cuántos años trabajó Antonio de día y de noche en el cultivo desta planta? ¿Qué soles, qué frios, qué lluvias, qué fatigas, qué riegos de sangre y sudor? Y cuanto más gozoso con la vista de su lozanía y alegre verdor, y de tanto sazonado fruto como cada día iba cogiendo, entonces parece que se fulminó contra ella la rigurosa sentencia que contra la otra. Dan 4. *Succidite arborem, prescinditi ramos eius, excutite folia eius & dispergite fructus eius.* Jugáronse á dos manos,

de cristianos y gentiles mancomunados, los aceros de la impiedad contra su tronco, permitiéndolo Dios por sus ocultos juicios, dieron con la planta en tierra y con sus ramas en el fuego, cargaron con la fruta y no dejaron verde ni seco, en que no se cebase la llama de su indignación.

Harto mejor pudo nuestro Antonio justificar su vivo sentimiento que Ionas el suyo á vista de una yedra marchita. Compitiera el del apostólico Padre con el que tuviera su Señor de ver asolada á Nínive.

No vió aquel la ruina de una corte, pero vió destruídas grandes poblaciones que todas juntas hicieran una populosísima ciudad. No fué ya el cuchillo de su martirio solamente de madera, como le dijo el Venerable martir Roque González.

De palo fué por lo que duró el acabarle la vida con una lenta muerte; de acero fué por lo que penetró al corazon, y no ya hirió al alma por el cuerpo, sino al cuerpo por el alma que es el martirio mayor.

No dejará de causar admiracion á quien leyere atento esta historia, considerar por

una parte la pujanza con que iba en aumentos esta nueva cristiandad, cultivada con el cuidado y celo santo del P. Antonio, y de sus compañeros, la suavidad y eficacia con que traían á camino de su salvación y al conocimiento y amor de Jesucristo tantas naciones bárbaras, y si por otra parte advirtiere que cuando vivían ciegos en las tinieblas del gentilismo, comiéndose unos á otros como rabiosas y hambrientas fieras no hubo quien los inquietase en la licenciosa libertad con que adoraban los ídolos y prestaban vasallaje á los demonios, ni les tocase arma, pudiéndolo hacer con más seguridad, por andar entonces más esparcidos y desunidas para la resistencia sus fuerzas, y que en habiendo sacudido aquel yugo y salido de aquella diabólica servidumbre, y héchose hijos de Dios, el infierno y el mundo conjure contra ellos, y que los mismos católicos cristianos que como á hermanos ya suyos en la misma religion tenían más obligacion de ampararlos, se arman para dar en ellos como en reales de enemigos; y porque los ministros evangélicos que los engendraron en Cristo

hacen con ellos oficios de Padres, sean perseguidos y baldonados, como si fueran padrinos de turcos ó fautores de herejes, digo que el prudente que pesare lo dicho con balanzas justas, tendrá obligación de rendir su corto juicio á los altísimos consejos divinos y exclamar con el apóstol: *¡Quam incomprehensibilia sunt iudicia erus & investigabiles viæ eius!*

Estando el gobernador en la reducción de Loreto para salirse afuera y dar á entender que no era cómplice en tan infame empresa hizo publicar que en la costa del Brasil se habían alistado nuevecientos Mamalucos con tres mil Tupíes para destruir aquellas reducciones; pero ya sabía él que estaba cerca la tempestad, y que pocos podrían ponerse en salvo ni hacer resistencia á ejérctio tan grande. Aunque á muchos parecía imposible que un ministro de rey tan católico y tan pío, que venía á defender la tierra, se hubiese confederado con el Mamaluco y entrase á la parte en los despojos del saco de la Hacienda real, sobre la infidelidad y alevosía descomunal hecha á los de su misma religión.

Todas estas cosas traían al P. Antonio en un contínuo desvelo, que parece le decía ya, ó profeta ó pronostico su corazón lo que había de suceder. Lo que le obligó á partir luego á la frontera, que como más cercana al Brasil estaba más arriesgada á la primera furia de la invasión de los enemigos.

CAPITULO II

Acometen los Mamalucos del Brasil la reducción de San Antonio; ejecutan en los indios atroces hostilidades.

— —

Sin duda era mortal el odio que el demonio tenía al P. Antonio, y ya que no se le permitía desfogar en su persona su saña, quiso vengarse dél, comenzando por la reducción que se honraba con el nombre de su santo.

Había procurado los días antes este astutísimo enemigo del linaje humano banderizar los indios de aquella reducción y despoblarla de gente, para que los Mamalucos en la primera interpresa hallasen menos resis-

tencia y cebados con la ganancia á poca costa, se animasen á proseguir en las demás.

Para aterrar los vecinos se aparecía en el pueblo en figura de un etíope formidable, y un día, acometiendo á una india, quiso por fuerza sacarla al campo con ademán de ofenderla.

A las voces que la triste dió, acudió la gente y desapareció el demonio.

Temieron los indios no fuese alguna secreta conjuración de traidores contra su amoroso Padre; corrieron á su casa á defenderlo, y hallándolo quieto y sin peligro, volvieron á las suyas, pero por este y otros varios caminos no pudo desunir los miembros de su cabeza, ni apartar las ovejas del amado Pastor, valióse de las armas de los Mamalucos.

Para dar algún buen color á su invasión injusta, diéronle este:

«Supo el capitán Simón Alvarez, que venía subordinado al capitán mayor Antonio Raposo, que un cacique principal, llamado Tataurá, que pocos años antes de la predica-

ción del santo Evangelio en aquellas provincias había salteado su casa y tierras, y quitádole algunos indios, se habia acogido con todos sus vasallos á esta reducción.

Envió un recado al P. Pedro de Mola requiriéndole le entregase aquel cacique, que siendo ya prisionero y esclavo suyo, se le había huído de su casa y servicio.

Replicó el Padre que el cacique era libre por naturaleza, y ya cristiano é hijo de Dios, por la gracia del santo bautismo, y que no podía obedecerle con buena conciencia, que le mandase otras cosas de su gusto, y vería lo que deseaba servirle.

No deseaba otro el enemigo para justificar la guerra; previno el asalto, y el Padre, temiendo el suceso, bautizó la gente que aun no era cristiana, y los infantes, que son los que más peligran cuando hacen presa en las madres para llevarlas cautivas.

Muchos fueron los que recibieron este sacramento, como lo testifica el mismo Padre por estas palabras:

Ocupé seis ó siete horas sin gastar más tiempo que el necesario para la forma del

bautismo. Quedé molido de este ejercicio. Este fué el fruto que se cogió de aquella misión, de la cual escapó poca gente. Aconsejéles que huyesen y se retirasen á la Encarnación; pero engañólos el enemigo con el buen tratamiento que hizo á algunos, que voluntariamente se pusieron en sus manos y pidieron cuartel; en esto estuvo su total perdición.

El día siguiente al amanecer, acometieron como leones desatados el sobredicho capitán y sus Tupíes, todos muy bien armados y prevenidos. Y en el primer asalto lo llevaron todo á sangre y á fuego hiriendo, matando y robando, sin perdonar á los que se acogían al sagrado de la Iglesia, profanándola sacrílegamente, desacatando una imágen de la Santísima Virgen, y alzando con las sagradas alhajas.

Hicieron muchos prisioneros, y cargáronlos de cadenas y grillos. Discurria en este tiempo por una y otra parte del pueblo el afligido Pastor, viendo con los ojos llorosos el estrago de sus ovejas y á los lobos insolentes y encarnizados en su prisión ó matanza.

Los atravesados de flechas ó heridos de balazos, le pedían á voces confesión y el bautismo algunos que no lo habían recibido. Con que con un calabazo de agua en las manos iba bautizando á los que corrían mayor peligro.

Hacían mofa de su piedad los bárbaros agresores, y uno dellos le tuvo ya encarada la escopeta, y le hubiera tirado si otro no le hubiera detenido el brazo, si no más cristiano, más compasivo.

No obstante sus fieros y amenazas, con santa libertad les reprendía sus desafueros y crueldades, aunque sin fruto, porque esta gente es la más desalmada que hay en el mundo, y en el tiempo en que los holandeses dominaron algunas plazas del Brasil, con su trato se contagiaron de sus errores y heregías, y se conoció que en este ejército iban algunos heridos desta pestilencia, pues uno dellos, amenazándole el Padre con la ira de Dios y con su condenación eterna, con boca blasfema le respondió que á pesar de Dios se había de salvar, aunque no hiciese buenas obras, á título que era cristia-

no bautizado, y firmemente creía en Jesucristo. Recogieron los prisioneros, que solos los casados llegaron á dos mil almas, y dieron triunfantes á su real la vuelta.

Cuando el buen Pastor se vió sin las ovejas que en aquella desconsolada soledad eran todo su consuelo y le hacían tan dulce compañía, cuando vió unas muertas y hechas pedazos por las calles, otras arrebatadas de los voraces lobos á sus vivares, para hacer en ellas sangrienta carnecería, destruido su pueblo, abrasada y robada con las demás su casa de religión, profanado el sacrosanto templo, mucho auxilio de Dios hubo menester para no rendir el alma á este sentimiento; ninguna flecha se despuntó en los pechos de sus hijos que no se clavase en su corazón, ninguna bala entró en sus cuerpos que no le atravesase el alma, ningún golpe descargó sobre sus cervices que no le hiriese de agudo en las niñas de sus ojos. Sacó fuerzas de flaqueza, careóse con el cielo, veneró la divina Providencia, imploró su favor y fué recogiendo á los pocos que venturosos habían escapado de las garras de

aquellas fieras, y con ellos se recogió al pueblo de San Miguel, que estaba más cerca, donde asistían curas, los Padres Cristóbal de Mendoza y Justo Mansilla.

En el camino encontró con una tropa de infieles de la misma nación, los cuales, sabedores del saco, matanza y cautiverio, de sus paisanos, inducidos del demonio, quisieron matar al Padre, persuadidos que él tenía toda la culpa, y que traidor y espía doble los había juntado con dolo en aquel puesto para entregarlos al Mamaluco. Este fué el mayor tropiezo que el infernal adversario puso á los gentiles para que se retirasen de abrazar la fe y congregarse en las reducciones, hacer sospechosos á los Padres y para conciliarles odio mortal usó desta diabólica traza, que algunos de sus enemigos vestían como los Padres para hacer más creíble la traición destos cuando aquellos venían á cautivarlos.

Con esta falsa persuasión, en viendo algún Padre, huían los infieles teniendo por lobo verdadero á su Pastor. Sucedió esta ruina de la reducción de San Antonio al

mismo tiempo que el P. Antonio Ruiz estaba asistiendo y agasajando en la de Loreto al alevoso gobernador, enemigo capital de aquellos indios.

Antes de pasar á la invasión, que inmediatamente después de la pasada hicieron en la de San Miguel, pondré un capítulo de carta que escribió el grande operario y misionero insigne P. Silverio Pastor, que estaba en el Nuatingui, en la reducción de la Encarnación, en que declara la riza que en ganado y Pastor hizo aquella manada de tigres.

Algunos, dice, escaparon huyendo y acudieron á la Encarnación, donde yo estaba, supe cómo destruído y saqueado su pueblo, se venía el P. Pedro de Mola.

Salí á recibirlo con alguna comida, juzgando su necesidad sería grande, como realmente lo era.

Encontrélo una tarde, que venía descalzo por habérsele rompido los zapatos, tan cansado y asustado de la pasada refriega, que apenas podía articular palabra.

Paramos en un monte aquella noche, y con el refresco que yo llevaba reparó sus fuerzas, para seguirme á mi reducción.

CAPÍTULO III

Dan los enemigos sobre la reducción de San Miguel y hacen el estrago que en la de San Antonio.

—

Aunque fueron grandes los deseos del P. Antonio Ruiz y las diligencias que hizo para llegar á las reducciones que corrían más peligro de ser saqueadas de los Mamalucos, mayor fué la priesa que estos se dieron en invadirlas; y así, apenas acabaron con la de San Antonio, cuando como rayos pasaron á la de San Miguel, antes que la nueva de sus vecinos los obligase á esparcirse

huyendo por aquellos bosques é hiciese más difícil su prisión.

Aceleraron este viaje, así porque ya era tiempo de volver al Brasil, como porque temían que si llegaba el P. Antonio Ruiz habia de descomponerles su caza y con su eficacia y grande autoridad poner freno á su desbocada impiedad y codicia. Si bien toda ella no fuera bastante ni para moderar esta ni para detener los indios que ya el demonio había comenzado á persuadirles que el haberlos juntado los Padres era para entregarlos á sus enemigos, con quienes de secreto se entendían y entraban con ellos á la parte en el despojo, para llevar esclavos á los colegios del Brasil.

Llegó la nueva á San Miguel del destrozo que habían hecho en la reducción de San Antonio, crueldades, violencias, cautiverios y muertes; y teniendo por cierto que presto los tendrían sobre sí, confirieron el remedio.

Ninguno hallaron más socorrido que alzar con todo el ato y retirar la gente á la Encarnación. Ofrecíanse en la ejecución difi-

cultades insuperables, así por ser largo y escabroso el camino, cuanto por la falta del bastimento necesario con que lo había de ser el perecer de hambre. A más de que á muchos caciques se les hacía muy cuesta arriba el dejar sus casas.

Pero estando en estas dudas, sin acabar de resolverse, tuvieron aviso que otro escuadrón volante del capitán Vicudo, envidioso de la presa grande que había hecho en San Antonio la gente de Simón Alvarado, marchaba con furia y esperanza de hacer en aquel pueblo semejante pillaje. Con que sin más consulta, trataron de huir á ruín el postrero á guarecerse en los bosques. Acompañaba su gente el fervoroso Padre Justo Mansilla, animándola á la fuga. Era espectáculo digno de mucha compasión ver aquí tantos hijos que llevaban sobre sus hombros á sus ancianos é impedidos padres, que es lo que tanto celebran los antiguos coronistas y poetas hizo Eneas con Anchises en el incendio de Troya; las pobres madres con dos hijos enlazados en ambos brazos, y otro asido al cuello en las espal-

84603

das, y lo que más le atravesaba al Padre el corazón era ver los enfermos y convalecientes que rendidos se le quedaban en el camino sin poderlo remediar.

El caritativo P. Silverio Pastor, á quien le vino nacido el sobrenombre, pues tanto cuidado tuvo de apacentar, no solamente sus ovejas, sino también las de sus hermanos, les envió al camino desde la Encarnación ciento y cincuenta indios con un buen convoy con que rehicieron las fuerzas para proseguir á pie en su derrota.

No distaban ya más que una jornada del pueblo, cuando les dieron un rebato falso, diciendo que les seguía el alcance cercano el enemigo; pero no era sino que el P. Pedro de Mola les salía al encuentro con otra ración para los pobres peregrinos. Cuando se vieron los dos apostólicos varones, que fueron los primeros derrotados, no pudieron contener las lágrimas á vista de la calamidad de sus hijos.

Llegaron al pueblo, y habiéndoles dado bien cerca cómodo cuartel para socorrerlos con más comodidad, volvió el P. Justo Man-

silla á su reducción de San Miguel, saqueada, para recoger la gente que se había retirado á los montes, y dejándola en ellos guarecida, sin más escolta que la de dos muchachos, se metió á guardar el pueblo, y lo poco que en él habían dejado los piratas por no poderlo llevar.

Intentaron los indios infieles valerse de la ocasión y matarlo á título de traidor y de que él había vendido los feligreses para cautivos de los españoles.

Vino el capitán Vicudo, puso cerco al dicho pueblo de San Miguel, esperando que en él hallaria ó en qué ejecutar su crueldad si se le pusiese en resistencia, ó con qué saciar la hambre de su codicia. Y cuando halló la colmena sin panales y se halló burlado, echaba de coraje espumajos por la boca.

Envió cuadrillas de soldados por los montes de toda la comarca á caza de los fugitivos, y prendieron cuantos toparon sin hacer distinción entre gentiles y cristianos, con que el Padre Mansilla se hubo de volver á la Encarnación. Supo el enemigo que en la re-

ducción de Jesús María había ya juntas gran número de familias, y juzgando que allí tenía la presa más segura fué con su campo á saquearla.

CAPÍTULO IV

Asalta y saquea el Mamaluco la reducción de Jesús María.

Bien dijo el que dijo: *Nihil est tam sanctum quod non violarit audacia*, y más cuando la osadía nace de codicia, que de atrevida pasa á desvergonzada y temeraria, y cuando se confedera con el poder y desgarro militar se hace insufrible. Todo concurrió en estas tropas Portuguesas Mamalucas. Y dicho se estaba que los que perdieron el respeto á Dios y á su santísima ley, no lo habían de tener á su nombre ni á los santísimos de Jesús y de María con que honra-

ron aquellos piadosos Padres esta nueva reducción. Con la solicitud y célo ardiente del Venerable Padre Simón Maceta, había crecido mucho en ella el número de cristianos, y cada día venían familias de gentiles á recibir la fe.

Eran ya los nuevos pobladores más de cinco mil, sin los que ya estaban en la reducción, nacidos en aquella tierra. Y cuando el siervo de Dios, muy gozoso con la vista de tan copiosas y sazonadas mieses, aguardaba por horas al Padre Antonio Ruiz con compañeros que le ayudasen en la siega y en la trilla, de repente sobrevino una horrible tempestad que todo lo apedreó sobre la hoz.

Avisáronle que venía un poderoso ejército de aquellos desalmados salteadores y por adalid Manuel Mouro, hombre fiero, y más moro que cristiano. Como el Padre no sabía los dañados intentos desta gente de guerra, ni habían llegado aún á su noticia los estragos que había hecho en las dos reducciones, convocó los alcaldes y caciques para que saliesen á recibirlos de paz, pero ellos

venían con la alevosía con que Judas en busca de Cristo, para prenderlo y entregarlo á sus enemigos.

Así como descubrieron á los descuidados caciques, arremetieron á ellos como perros rabiosos con todo género de maltratamiento que les pudiera hacer un escuadrón de turcos ó alarbes de Berbería. Desnudáronlos de sus vestidos y echáronles grillos y esposas en manos y piés y al cuello argollas que llevaban prevenidas. Ignorante del agasajo que habían hecho á sus caciques embajadores, aunque siempre temeroso de lo que podrían obrar soldados desgarrados, viendo que ya llegaban al pueblo se revistió de sobrepelliz y estola, prometiéndose que ya que á su persona no, respetarían siquiera las insignias sacerdotales, y con una cruz en las manos les salió al camino; rogóles con un semblante de angel, que lo era y lo parecía, por las entrañas de Dios y por la sangre de Cristo, con que todos habían sido redimidos, no agraviasen á aquellos pobres catecúmenos que movidos de Dios trataban de convertirse á su fe y recibir el santo bau-

tismo. A esta súplica tan cortés y mansedumbre tan propia de un verdadero discípulo de Cristo, respondieron aquellos hijos de Belial con muchas descortesías y baldones, desventurado, miserable, pobretón, fugitivo, apóstata de su orden, que para vivir á sus anchas con más libertad y sin apremio de clausura, había buscado aquel modo de vivir con que llevaba engañados á unos indios rudos, y siendo un triste fraile quería dominarlos como absoluto señor.

Aquí el santo Padre, con el mismo semblante, bien que con la libertad que le daba su dignidad de sacerdote y ministro de Dios, tomó la mano y dióles razón de los diferentes motivos, todos de la mayor gloria de su Señor Jesucristo, exhaltación de su fe y salvación de las almas, que lo habían obligado á desterrarse de Europa y exponerse por mar y tierra á tantos trabajos y peligros de la vida. Que con las limosnas que le daba la liberalidad piadosa del Católico rey para fundar aquellas reducciones, tan de su real servicio, como del Divino, pudiera vestir de refino de Segovia, y que si iba

pobre, roto y destrozado era para tener con qué vestir la desnudez y remediar la hambre de aquella miserable gente.

Asistido de la razón y del celo para que entendiesen lo poco que temía sus mosquetes y arcos armados, ni sus espadas desnudas, comenzó á hablarles más alto; que la inocencia siempre fué valiente en los mayores peligros. Amenazóles con la ira de Dios, que presto verían sobre sí si no desistiesen de tan despiadados intentos. Que mirasen lo que hacían, porque los citaba para el Tribunal de Dios, donde darían estrechísima cuenta con pago de sus injusticias y desafueros.

Aquí uno dellos más sobervio y desvergonzado retornó con una lluvia de nuevos oprobios y teniendo por desacato lo que era celo, como el otro sayón la respuesta de Cristo delante del sumo sacerdote, no ya le descargó bofetada, sino un fiero golpe de terciado sobre la cerviz, con que creyeron que le había derribado de sus hombros la venerable cabeza; el apostólico varón la ofreció intrépido y con el gusto con que el Bautista y Pablo y

otros santos mártires las suyas en defensa de la misma fe y doctrina evangélica.

Pero (¡caso raro!) embotáronse en el cuello los acerados filos, como si este fuera de bronce ó el alfange de algodón, no sin admiración de los circunstantes. Aunque estaban tan obstinados de su infame avaricia que á vista de la presa que ya tenían por suya, no la enfrenó la de tan patente milagro. Llegó á esta sazón al capitán un hijo de cacique principal, llamado Zuruba, querellándose del ultraje y agravios que le hacían sus soldados; y la justicia que el Mouro le hizo fué tirarle un arcabuzazo de que cayó muerto á los piés del mismo Padre. Fué este volando por agua y bautizó al herido, que era catecúmeno, con que dichoso voló al cielo.

Entre tanto que el Padre atendía á este bautismo y al de otros muchos catecúmenos que lo pedían á voces, los bárbaros Mamalucos todo lo llevaban á sangre y á fuego, matando é hiriendo á diestro y siniestro, sin distinción de sexo ó calidad, cautivando los vecinos, saqueando sus casas, robando la

iglesia y al Padre hasta el sombrero, breviario y diurno.

Aunque el P. Antonio Ruiz no se halló en esta refriega, hizo della jurídica información y la refiere por estas palabras en su *Conquista*:

«Entraron en el aposento del P. Simón Maceta, esperando hallar en él un gran tesoro, y de verdad lo hallaron, sino que no lo conocieron en la pobreza de Cristo, *ut illius inopia vos divites essetis*. Vieron dos camisas hechas de remiendos, una sotana de lienzo basto de algodón muy vieja. No era eso lo que ellos buscaban; pero en lugar de edificarse de ver tanto desprecio del mundo y de sí mismos, tanto descuido de sus comodidades en aquellos apostólicos varones, haciendo banderolas de sotana y camisas, las mostraban á los indios y les decían:

—Mirad los pobretones que tenéis en vuestras tierras, que por no tener qué comer y no morir de hambre, ó no trabajar en las suyas, vienen á engañaros con estos embustes é hipocresías. Los que para sí no alcan-

zan más, ¿cómo tendrán para daros á vosotros? Nosotros sí, que vamos bien vestidos y tenemos qué daros y con qué cubrir vuestra vergonzosa desnudez y matar vuestra hambre. Por eso venimos á desterrarlos de toda esta región, que esta tierra es nuestra y no del rey de Castilla.

Llegó un indio como á sagrado, á favorecerse del P. Maceta, huyendo de uno destos homicidas que lo seguia para matarlo, y estando abrazado del Padre lo mató de un mosquetazo sin lesión del ministro de Dios, con que dió á entender Su Majestad que era santo á prueba de afilado estoque, pues no pudo cortarle la cerviz, y á prueba de mosquete pues no le penetraron las balas, que fué lo que el otro soldado español, en caso semejante, dijo del santo Carlos Borromeo. No se fué alabando el agresor de su crueldad. Afeósela el Padre con sentidas razones, amenazólo con el castigo del cielo, hizo burla de las amenazas, y dando á entender que estaba tocado, como el otro de arriba, del contagio de la heregía, respondió: que á pesar de Dios se habia de salvar, pues basta-

ba creer. No hizo poco si se salvó, porque después, en cumplimiento de lo que el Padre le habia profetizado, lo mataron de un carabinazo, sin confesión. Diéronle sepultura con duda si la merecía, y reconociéndola después no hallaron en ella el cadáver, con que á muchos dió que pensar era uno de los que en cuerpo y alma arden en el infierno. El suplicio deste blasfemo desdichado fué muy público y notorio en Paraguay y Brasil y á muchos sirvió de escarmiento.

Otros muchos desacatos hicieron á Dios aquel día en su sagrado templo, ultrajando los sacros ornamentos, derribando la pila del agua bendita, robando los vasos de los santos óleos, comiendo carne en tiempo de Cuaresma, no faltándoles otros manjares en abundancia; con estas fiestas y profanos banquetes, celebraron su victoria.

Tuvieron noticia cómo la noche antecedente habia venido gente de la reducción de Santo Tomé, donde residía el P. Francisco Diaz Taño, y dado aviso cómo habian llegado á ella muchos Guañañas, á quienes temen los Tupíes y Mamalucos por la destre-

za y valentía con que pelean, y pesadas burlas que les han hecho, y recelaban que si fuesen sabedores de sus robos habian de salirles al camino y quitarles la presa, diéronse prisa toda aquella noche en despachar tropas de cautivos.

Cuando se supo en la reducción de Santo Tomé las atrocidades que habían ejecutado en el pueblo de Jesús María y llegó la misma nueva al Tayaoba, los indios destas dos reducciones hicieron leva de un buen ejército á cargo de caciques valerosos, y con ellos los PP. Francisco Diaz y Pedro Espinosa. Marcharon los Tayaobas con el silencio y tinieblas de la noche por sierras tan ásperas y montuosas, tan llenas de hondables arroyos, que para no descaecer y volver atrás fué bien necesario el brío con que iban al socorro de sus hermanos.

Llegaron al amanecer á la reducción saqueada del P. Simón Maceta halláronlo hecho un mar de lágrimas, aunque muy conforme con la divina voluntad. Mientras llegaba el P. Pedro de Espinosa con el ejército de Santo Tomé, que estaba más distante,

visitaron las chozas por si acaso habia quedado en ellas algún herido ó enfermo.

Hallaron muchos hechos pedazos con los alfanges y entre ellos algunas indias doncellitas de doce á catorce años, pasadas á cuchillo y puestas desnudas con execrable indecencia á las puertas de sus casas, y por relación de algunos indios que habiendo huído del enemigo volvieron al pueblo, se supo las habian degollado por la resistencia que valerosas hicieron en defensa de su castidad, porque el honestísimo Padre las tenía muy enseñadas y persuadidas que era la torpeza grave ofensa de Dios, y menos mal perder la vida que cometer tan obominable pecado.

Aunque caminaban aprisa los indios de guerra, no pudieron llegar á tiempo porque la oscuridad era grande, los caminos fragosos, los arroyos con arrecifes resbaladizos. Pasando por uno el P. Pedro de Espinosa se le fueron ambos pies y cayó de cerebro con tal violencia que estuvo sin sentido más de tres horas, con que hubieron de volver algunos con él á la reducción á ponerlo en cura.

Todo fué disposición divina, pues si se hubieran juntado todas nuestras fuerzas hubieran acometido cuerpo á cuerpo al ejército enemigo y fuera la matanza grande de ambas partes. Sin tanta efusión de sangre obraron los nuestros mucho, armándole al enemigo en el camino varias emboscadas, el cual, como no sabía el poder de los que le acometian, más cuidaba de su defensa y de ponerse en salvo, que de conservar la presa. Siempre entendió que tenía sobre sí dos naciones tan belicosas como los Tayaobas y Guañañas, con que muchos de los indios cautivos se fueron deslizando y se acogieron á los nuestros.

Otras cosas memorables sucedieron en esta invasión, que se dejan para el historiador de las hazañas del V. P. Simón Maceta, en cuya religiosísima vida, apostólica predicación y ejemplos admirables de todas las virtudes hallarán harta materia donde emplear sus plumas los coronistas de su sagrada religión.

CAPITULO V

Vuelve el P. Antonio Ruiz de visitar al gobernador; halla tres reducciones destruidas; trata del remedio y de atajar el daño de unos ídolos.

Como en usencia del P. Antonio quedó por Superior de las reducciones el P. Simón Maceta, pronosticando que muchos de los miserables cautivos, con el mal tratamiento que aquellos impíos tiranos les harían en el camino, habían de morir sin Sacramentos, dió en un arbitrio muy digno de su apostólica caridad, y fué ir en seguimiento suyo, aunque como buen pastor muriese en la demanda;

pero por no obrar sin consejo consultó á los demás Padres, y á todos les pareció inspiración del Espíritu Santo. Y para que tuviese algún consuelo en tan largo y trabajoso viaje, le dieron por acompañado al P. Justo Mansilla, que también era interesado en el socorro de sus hijos cautivos.

Como volaban con las alas del divino y paterno amor, á pocas jornadas dieron alcance al ejército. Lo mucho que padecieron y obraron en beneficio de las almas y cuerpos de aquellos pobres indios, diranlo los que escribieren sus vidas, y tendrán mucho y bueno qué decir.

Algunos días después de su partida llegó el P. Antonio Ruiz; halló las tres reducciones despobladas y destruidas; *Et campos ubi Troia fuit*, con el dolor que se deja entender de su gran caridad y compasivo corazón. Congregó los Padres misioneros más cercanos en la reducción de San Pablo. Concurrieron á esta congregación apostólica el P. Antonio Ruiz, P. Francisco Díaz Taño, P. Josef Cataldino, P. Cristóbal de Mendoza, P. Juan Suárez y el P. Josef Domenec,

varones todos de singular prudencia y solidísima virtud, y con asistencia sin duda del mismo Espíritu Santo, juzgaron lo primero por conveniente con mejor consejo, que los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla, diesen cuanto antes la vuelta, pues había de ser de poco fruto su trabajo con aquella gente sin ley y sin Dios, que no queriendo llevar tan abonados testigos de sus tiranías y maldades, les quitarían la vida.

Nombraron al P. Francisco Díaz para que fuese á revocarlos, y Nuestro Señor, cuyos consejos son admirables, lo llevó para otro fin superior de mucha gloria suya. Encontró en el camino unos indios que habían escapado del cautiverio; éstos le dijeron no era posible alcanzar á los Padres, porque ya estarían muy cerca del Brasil. Envió con ellos esta nueva al P. Antonio, y aguardando su última resolución, se detuvo en aquel paraje para el fin que Dios pretendía.

Descubrió los enredos y marañas del demonio que se hacía adorar por Dios engañando á infinitos indios por medio de sus ministros hechiceros. Los ídolos que vene-

raban eran la calavera y huesos de otros magos que entre ellos ganaron más opinión. Estos eran el oráculo de aquella gente ciega, por ellos respondía el demonio y les descubría cosas ocultas y de lugares distantes, con que iba cundiendo oculto el fuego de la idolatría, con riesgo grande de volver en pavesas toda aquella cristiandad y dar la muerte á sus ministros, pues aunque el enemigo infernal sabía el amor que los indios habían cobrado á los Padres, no perdía las esperanzas de de-componerlos con ellos, dándoles á entender que aunque también eran dioses, pero de menguado poder respecto del suyo.

Los Padres eran deidades pequeñas, ellos dioses grandes, criadores del cielo y de la tierra, de los elementos y mixtos, á quienes aquellos vivían sujetos, y que cuanto hacían era con su orden y mandato. Servíanles á estos otros hechiceros de capellanes; tenían sus templos capacísimos con curiosas tapicerías de esteras labradas en los cerros más altos de aquellas provincias, á uno y otro lado sus bancos, donde se sentaban los que

acudían á consultar los cadáveres y ofrecerles sacrificios; éstos eran bálsamos para perfumes, plumería de diferentes colores para el ornato y aliño, y todo lo mejor de sus haberes.

Colgaban sus lámparas ante los huesos, por quienes daba sus respuestas el demonio. Pagábanle diezmos y primicias de sus sementeras, que servían para alimento á los hechiceros ministros de los templos.

Su mayor cuidado era que todo esto no llegase á noticia de los Padres, tuviéronlo mucho tiempo secreto, hasta que viéndose ya con mucho crédito y veneración, juzgaron que ya podía reventar en públicas demostraciones diciendo blasfemias de los Padres, exhortando á los indios que los tuviesen por capitales enemigos, que ni los visitasen ni acudiesen á sus iglesias, ni oyesen su doctrina, ni bautizasen sus hijos, ni adorasen las cruces, amenazando de parte de sus dioses á los que lo contrario hiciesen, con guerras, con pestes y enfermedades.

Y viendo agora saqueadas y destruidas las tres reducciones, y llevados los indios

que se habían hecho cristianos á miserable cautiverio, era mayor su orgullo, blasonaban de verídicos profetas, ponían á la gente más temor y pervertían á muchos.

Los Padres que asistían en la Encarnación ya repararon en algunos indicios y efectos desta secreta conjuración é idolatría. Advirtieron en que así los cristianos ya bautizados como los catecúmenos se habían entibiado mucho en su primitivo fervor, que no acudían ni á la iglesia ni á la doctrina con tanta puntualidad, ni mostraban á sus maestros aquel cariño que antes solían, y no sabiendo de cierto la causa, atribuíanlo al miedo que habían cobrado á los Mamalucos. Y habiendo llegado la nueva del estrago que aquellos habían hecho en la reducción de Jesús María, en esta de la Encarnación amanecieron un día derribadas las cruces. Y aunque por entonces no se pudo averiguar el sacrílego autor deste delito, súpose después que lo habían cometido los hechiceros. Y los que antes vivían con cuidado de que los Padres acudiesen á sacramentar los enfermos de sus familias, ya ma-

liciosamente se los dejaban morir sin Sacramentos.

Murió en este tiempo un cacique grande y mayor hechicero, y antes supieron los Padres su muerte que su enfermedad. Vinieron muchos de su cuadrilla rogando al Padre lo enterrasen en la iglesia, estando bien desengañados que al que no era cristiano se le negaba en ella la sepultura. No lo pudieron conseguir, aunque interpusieron muchos intercesores.

Cargaron de secreto con el difunto, y lleváronlo á una iglesia antigua cuatro leguas distante, fabricada por los mismos Padres muy á los principios; en ella lo enterraron y algunos de sus devotos visitaban con frecuencia su sepulcro, á quienes el demonio hablaba en nombre del difunto. Y juzgando el consuelo y remedio de sus males que podían hallar en este oráculo, le fabricaron otro templo cerca del lugar, á donde pudiesen hacer más frecuentemente y á menos costa sus romerías.

El demonio les decía allí lo que deseaban oir, hablándoles siempre al sabor de su pa-

ladar, asestando toda su artillería contra los Padres y contra los que oían su doctrina celestial. Todo esto descubrió el Padre Francisco Díaz Taño en la jornada que hizo en busca de los PP. Simón Maceta y Justo Mansilla.

CAPITULO VI

Descúbrense los ídolos en que daban Audiencia los demonios. Acude el P. Antonio al remedio de los males que recibía la nueva cristiandad.

—

Estilo es de Dios propio, de su sabiduría y omnipotencia, hacer obras grandes y conseguir fines altísimos de mayor gloria suya y utilidad nuestra con medios que la prudencia humana no tuviera por proporcionados para la grandeza de los efectos.

¿Quién creyera que en el gusto que la princesa de Egipto hallaba en bañarse en las frescas aguas del río Nilo estuvo librada la vida de aquel que habia de librar á su pue-

blo de la dura servidumbre de Faraón? ¿Quién imaginara que cuando Saul campeaba en busca de unos domésticos brutos habia de topar con la corona de Israel? ¿Y á quién le pudo pasar por la imaginación que de la chanza de un indio grosero, se habia de valer Dios para conservar esta nueva cristiandad y defender á sus ministros las vidas?

Casual fué al juicio humano el encuentro que el P. Francisco Diaz tuvo con los indios fugitivos de la prisión de los Mamalucos, cuando iba en busca de los Padres Maceta y Mansilla; pero dispúsolo la divina Providencia para el remedio de grandes males que amenazaban á aquellas reducciones y para descubrir una secreta conjuración que los hechiceros y muchos indios ya por ellos pervertidos urdían contra ellas. Lo cual sucedió de la manera que aquí diré.

Caminaban para la Encarnación unos mozos de las reducciones de Loreto y San Ignacio pastoreando unas vacas para el sustento de los Padres y de sus feligreses al tiempo que de la misma Encarnación había

salido otro indio en compañía de su mujer, y encontrando á los que traían el ganado, uno dellos, sin malicia y con licencia de caminante, dijo una chanza que á la mujer le causó mucha risa, pero convirtiósele presto en llanto, porque el marido, por ventura de impertinente ó sobrado celoso, que todo es uno, apeló á un palo que llevaba en la mano y le vareó con él las espaldas. Continuando con el mismo castigo los dias siguientes, no faltó quien movido de compasión diese aviso al P. Francisco Diaz del rigor con que la trataba.

Envióla á llamar el Padre para reprenderle amorosamente aquel exceso, y gobernando su lengua el Espíritu Santo, le dijo:

—¿Es posible, hijo, que primero ha de saber todo el pueblo que los Padres, lo que en él se hace digno de remedio? ¿Qué motivo has podido tener para callármelo, que yo, sin duda, lo hubiera remediado?

Bien se vé á donde tiraba el Padre, que era á que le dijese el fundamento que tenía para sospechar mal de su mujer y darle tan mala vida y la ración en palos; pero el Se-

ñor más pretendía con aquellas mismas palabras. Porque el feligrés entendió que lo reñía el Padre por haberle ocultado lo que hablaban los demonios por los huesos de los hechiceros difuntos, y por la que los vivos tramaban contra la Iglesia y contra la vida de los mismos padres.

Disculpándose ingénuamente el indio, le dijo:

—Padre, yo te confesaré la verdad, que hasta agora no he osado por miedo de los hechiceros sacerdotes y capellanes que en sus templos adoran los huesos y ofrecen sacrificios al demonio.

Reparóse el Padre, y dándole á entender que de todo era sabedor, entendiendo de lo sucedido con su mujer, le instó que se lo contase todo, que quería saberlo de testigo tan fidedigno porque siempre lo había tenido por hombre fiel y de verdad.

Con esta modesta lisonja el indio le contó todo lo que en el capítulo antecedente se dijo. Y que esta era la única causa de morir tantos infantes y adultos sin bautismo, de no acudir el pueblo con el fervor que so-

lía á la iglesia y doctrina, y de haber echado por tierra hechas pedazos las cruces, porque así lo ordenaban los demonios y que se podian temer dellos daños mayores.

Preguntóle si él habia ido alguna vez á dichos templos ó si habia oído lo que en los huesos hablaban aquellos.

Dijo que no; pero que un infiel huérfano que por orden de los Padres criaban en casa se lo habia contado todo sencillamente, y que él haria verdadera relación de lo que habia visto y oído, y quienes eran los sacerdotes de aquellos ídolos ó cuerpos muertos.

Encargóle al Padre el secreto, porque si se supiese que él lo habia manifestado, luego le quitarian la vida.

Llamó luego al huérfano gentil, de quien supo por menor todo cuanto hacian en sus mezquitas los hechiceros, y cómo por medio destos trataba el demonio de matarlos á traición y después derribar las iglesias y quedar señor absoluto del campo.

Con estas noticias quiso el P. Francisco Díaz saber más de raíz lo que el primero,

casado, le habia descubierto; dispuso que éste y otro que se criaba con los Padres en casa, ambos fieles, llevasen al huérfano gentil por guión y espía para que les enseñase los templos de los hechiceros, y que como quien iba á caza de pajarillos, descubriesen el lugar donde eran los ídolos adorados. Fueron con mucha disimulación, y hallaron ser verdad todo lo que el gentil á su huésped y al Padre habia referido.

Dió luego aviso al P. Antonio Ruiz, muy experto en frustrar estos ardides y deshacer estos enredos de los demonios, el cual aún estaba en la reducción de San Pablo. Partió luego en compañía de los Padres Mendoza, Cataldino y Domenec. Trataron eficazmente del remedio y juzgaron que el único era haber á las manos los cadáveres ó huesos endemoniados y quemarlos públicamente para desengaño de los indios.

Para asegurar el lance y pescar el bulto á los tres que decian las espías, estaba cada uno en su ermita en diferentes lugares.

Al mozo que los descubrió primero, en compañía del muchacho y de otros dos in-

dios cristianos, envió el P. Antonio Ruiz delante á reconocer con toda prudencia y disimulo si acaso estaban aún las iglesias en pie.

Estos hallaron en la cumbre del Nuatingui una con su ídolo, y averiguaron que los otros dos que estaban en el Ibitiruzú, dejando las mezquitas vacías, los habian trasladado más adentro, porque los demonios avisaron á sus ermitaños y sacristanes de la inquisición que los Padres hacian y del peligro que corrían aquellos huesos, y para sacarlos dél, les habian fabricado nuevos templos, en puestos á su parecer más seguros.

Los demonios, que ya conjeturaban la destrucción de sus ídolos, amenazaban furiosos que si llegase el caso y los condenasen al fuego, con sus mismas llamas habian de abrasar al pueblo, y que harian crecer el río con tan desaforadas avenidas, que derribase todas las casas y ahogase á los indios sin dejar de su casta piante ni mamante.

Volvieron las espías, refirieron lo que habian visto, y el P. Antonio, guiado por es-

píritu del cielo, trató de coger los cuerpos antes que los hechiceros los ocultasen y para que se hiciese *fortiter & suaviter*, con toda cordura y eficacia sin ocasionar á los indios algún popular alboroto, juzgó el Padre ser conveniente disponer un general convite matando las vacas necesarias para comida y cena, y que éste se celebrase con los públicos y honestos regocijos que á su modo los indios usan.

Habiendo gastado el día y parte primera de la noche en el banquete y entretenimiento, despachó toda la gente á descansar en sus casas. Y los Padres, que siempre velaban sobre sus ovejas, cuando los demás dormian pusieron faldas en cinta aunque no antorchas en las manos, porque no convenia que fuesen vistos ni sentidos.

Ayudados de las tinieblas de la noche, partieron de dos en dos en busca de los ídolos. El P. Antonio Ruiz y el P. Cristóbal de Mendoza, á los dos que estaban en el Ibitiruzú. Los Padres Francisco Diaz y Josef Domenec al que en el alto del cerro Nuatingui, quedando solo en el pueblo para

guardar la casa el P. Josef Cataldino y todos con manifiesto peligro de la vida si se descubria la facción.

Era ya la media noche cuando marcharon por rumbos diferentes, y aunque con todo recato y silencio, fueron sentidos de un viejo que les servía de portero. Este, sospechando que hacian fuga los Padres porque los indios se habian entibiado en la fe y no acudian al catecismo ni llevaban á bautizar sus hijos, como acostumbraban, dió aviso al capitán del pueblo y á otros caciques que vinieron luego á casa con mucha turbación y sentimiento de lo que el viejo les había dicho. Y hallando en oración al P. Cataldino, le preguntaron por los compañeros.

Respondióles que ya sabían su estilo, que de noche, si no es para oir confesiones no los inquietaba, que los dejasen reposar que el dia siguiente los verian.

No quedaron satisfechos, pero no se persuadieron hubiesen ido en busca de los ídolos. Con todo, enviaron gente en su seguimiento por el camino que va á la reducción de San Francisco Xavier, que por allí

los vió ir el viejo portero, pero como lo dejaron luego y se emboscaron en el monte para subir á la cima del Nuatingui, perdieron el rastro los que seguian á los Padres Diaz y Domenec, que treparon como ligeros corzos el cerro arriba, cubiertos con la oscuridad de la noche, que era muy lóbrega, sin senda ni camino, dando grandes caídas y haciendo pedazos cuerpos y vestidos en los jarales y malezas. Huían de las chácaras que estaban por la falda del cerro para que no les sintiesen.

Usó con ellos el Señor de una singularísima providencia, librándolos de muchos peligros. Cerca de las chozas de sus sementeras, suelen los indios armar cepos grandes para coger tigres, venados y jabalíes, y son unas grandes vigas levantadas en alto, que cayendo dan en una como arca, formada de palos, y sirve de camino por donde han de pasar las fieras, y en llegando á pisar cierta vara, la viga cae con tan grande fuerza que deja hecha una tortilla á la fiera que coge.

Por este camino entró el muchacho que

los guiaba, y cuando reconoció el peligro, gritó de repente:

—Padre, Padre, que estoy en el Mundé; que así llaman á la trampa sobredicha.

Acudieron los Padres á Nuestro Señor, hicieron cejar al muchacho, y fué milagro que no se desarmó el cepo, pues sin duda lo hubiera hecho pedazos el madero.

Cayendo y levantando caminaron toda la noche por el monte arriba, y al reir del alba rayó para ellos el sol, porque muy gozosos se hallaron á las puertas de la mezquita. En parte se les aguó el contento, porque las hallaron cerradas, porque los sacerdotes y ermitaños habían bajado al lugar á la fama del convite. Todo lo dispuso el cielo.

Habia en el contorno muchos ranchos y caserías donde se albergaban los romeros que venian de todas partes á visitar y hacer sus novenas en aquella madriguera de los demonios. Con el ayuda de Dios echaron las puertas en tierra, hallaron aquella zahurda tan oscura que les causó horror.

Salió el sol y descubriendo el techo se alumbró toda la cueva.

Vieron una como sala grande ó cuerpo de ermita con su presbiterio que dividía un medianil, cubierta la frente con una curiosa estera, tejida con varios matices. A los dos lados habia dos puertecillas por donde se entraba á lo interior de la capilla mayor, lugar reservado como en el templo de Jerusalén el Santa Santorum para solos los sacerdotes hechiceros que entraban á consultar el oráculo.

En el cuerpo ó átrio exterior habia muchos bancos para asentarse los peregrinos. Las jocalias que ofrecian, que eran arcos y flechas y otras presentallas con diferentes invenciones de plumas, estaban pendientes del techo y paredes. En el retrete interior habia dos estantes y de ellos colgada una hamaca larga, en que estaba la hosamenta del hechicero difunto, coronada de guirnaldas de varias flores que renovaban cada dia y cubierta de plumas de colores diferentes.

Entró el P. Francisco Diaz en este lóbrego calabozo, más que templo, y palpando lo que en la hamaca habia, dió luego con el cuerpo muerto que en el tacto le pareció

vivo. Dióle un puntillazo y los huesos hicieron ruido. Abrieron en el techo otra gran claraboya y vieron distintamente todo el camarin del príncipe de las Tinieblas, con grande lástima de la ceguera de aquellos desventurados gentiles.

Alegráronse con la presa, desataron la hamaca, echaron los huesos en tierra, pisáronlos, ultrajáronlos, y así los Padres como los que venían en su compañía los escupieron y hollaron é hicieron mil vilipendios del demonio en ellos, humillando su sobervia en el mismo lugar donde él habia puesto el sólio de su exaltación.

Estaban estas diabólicas reliquias en seis hamacas menores en forma de fundas y entre una y otra una sobrecama de algodón bien labrada. y en la última una curiosa manta de plumería de vistosos colores, dentro de la cual estaban los huesos abominables del hechicero; tenía sobre la calavera un capacete y toda la farda representaba un cuerpo humano recostado en aquel, más lecho que sepulcro, de donde hablaba el demonio articulando voces que todos oían,

con que iban persuadidos que estaba vivo.

Quedaron asombrados los indios Camperos y acabaron de perder el miedo si alguno habían tenido á los demonios y á sus ministros los hechiceros. Y en las cestas que para esto llevaban, metieron las hamacas y atavíos, y en una aparte los infames huesos.

Pegaron fuego al templo y subieron tan altas las llamas, que el P. Antonio y su compañero pudieron verlas bien de lejos, y se consolaron mucho, juzgando lo que podía ser.

Los cabríos, vigas y tirantes del edificio eran unas cañas muy fuertes que lleva la tierra, gruesas como el muslo, que con el fuego daban estallidos como piezas de batir, y aunque duró buen rato la salva y luminaria, ni se oyó la una en el pueblo ni pudieron ver sus vecinos la otra, porque Dios la ocultó, interponiendo una espesa neblina, que la robó á la vista de aquella banda donde caía la reduccción.

Y es verosímil que si los sacerdotes y ministros hubieran tenido noticia, peligrara la vida de los Padres antes de volver al pue-

blo. Llegaron á su casa, hallaron cuidadoso del suceso al P. Cataldino, que sabiendo lo que habían obrado y los despojos que traían de su victoria, se holgó mucho, y dió infinitas gracias á Nuestro Señor.

Habian concurrido todos los indios á la iglesia con deseo de saber la causa que habian tenido para ausentarse los Padres. Salieron los tres, y el P. Cataldino les dijo:

—Véis aquí á los Padres, que no se han ido como pensábades vosotros; con esto despidió toda la gente.

Del P. Antonio Ruiz ni de su compañero no tuvieron en todo aquel dia noticia, pero á media noche recibieron un billete en que daban aviso de los otros dos ídolos y del riesgo en que se vieron de morir á manos de los hechiceros.

CAPÍTULO VII

Prosigue el descubrimiento de los otros dos ídolos por el P. Antonio y su compañero.

—

Más dificultades hubieron de vencer en su empresa los Padres Antonio Ruiz y su compañero, porque los hechiceros, temerosos de algún asalto, habian retirado y escondido los ídolos en otros templos. Todo el suceso cuenta el mismo P. Antonio en su *Conquista*, y dice así:

«Al P. Cristobal de Mendoza y á mí se nos dilató algo más el gozo de nuestra buena ventura.

Caminamos toda la noche montando sierras y cruzando valles y aun vadeando lagunas, con la priesa que nos daba y bríos que infundía el deseo de llegar á ver la cara al enemigo y encontrar con aquellos demonios.

Serían ya las ocho de la mañana cuando el guión que llevábamos nos metió en el templo. Diónos su vista un alegrón, juzgando que ya no podía escapar de nuestras manos, pero duró poco, porque no hallamos sino algunos despojos de las ofrendas que los gentiles les hacían.

Casi perdimos las esperanzas de ser dichosos con el hallazgo, porque la guía sabía muy bien el lugar, pero no adónde habian transportado el cadáver, y era cierto que habian hecho aquella noche la translación, como nos lo dijo luego el rastro que resolvimos seguir.

Entre muchos caminos que se nos ofrecieron á la vista, echamos por el más trillado. Topamos por él un muchacho gentil. Examinámoslo, y aunque al principio se cerró de campiña y negó pertinazmente, no

faltó quien nos dijo era el sacristán ó monacillo del templo. Atámoslo para asegurarnos dél, y ya con amenazas, ya con promesas, procuramos sacarle la verdad. No lo conseguimos, pero dijo que él nos guiaría, y lo hizo por unos riscos que daban en una grande profundidad; pasámoslos con grande peligro, asiéndonos de las mismas breñas.

Vencido este reventón, topamos una choza medio fabricada. Persuadímonos se labraba para morada del demonio, y que para más asegurarlo, habian pasado sus portadores adelante con él. Quiso Dios, autor de nuestra buena suerte, que topamos un indio el cual nos sacó de duda y nos hizo la siguiente relación:

—A media noche, dijo, el cadáver que en aquel templo que hallásteis vacío, era adorado, dió voces de lo interior de su sepulcro, pidiendo á sus ministros le favoreciesen y sacasen de aquel puesto. «Llevadme, decía, porque vienen aquellos malos hombres, mis enemigos, á prenderme para quemarme, y si tal intentaren, haré que llueva sobre ellos

fuego del cielo y los consuma, que crezcan los rios y que los ahoguen. Convocaré los Mamalucos del Brasil para que venguen el agravio que me hiciere su desacato. Presto, presto, amigos, que vienen ya cerca los Padres.»

Con el aviso destas voces, los que le guardaban, no solamente cuidaron de sacar éste, sino también otro cuerpo muerto, que estaba de alli bien distante; parecióles que los dos demonios juntos se defenderían mejor de los dos Padres que venían á hacerles guerra, y fué providencia divina, para que los cogiésemos á los dos.

Supimos después que este indio era uno de los que iban acompañando los cuerpos, pero viendo lo que el demonio nos temía y que iba huyendo de nosotros, concluyó con su buen discurso que nuestro poder era mayor que el suyo, y así antepuso á la suya nuestra amistad.

Eran ya las dos de la tarde, y aunque no habiamos descansado un punto, alentados de nuevo con esta relación, proseguimos en el alcance, y quiso Dios que á las cinco lo dimos.

Luego que nos vieron echaron á huir. Quedó con ellos una su sacerdotisa, que compadeciéndose del trabajo de sus dioses en aquella fuga, los habia seguido para regalarlos por su mano, y llevaba unos vasos grandes en que ponía brasas para templarles la humedad y frio de aquellos montes. Solos dos indios tuvieron ánimo para esperarnos y aun quitarnos la vida; flecharon sus arcos pero no se atrevieron á tirarnos; llegamos á ellos y los prendimos y maniatamos.

Dimos gracias á Dios por el buen suceso. Abrimos las redes y vimos unos hediondos huesos, aunque bien adornados con vistosa plumería.

El un cuerpo era de un hechicero de mucho nombre y muy antiguo. El otro era también de hechicero más moderno, que alcanzamos vivo en nuestra primera entrada en aquella provincia. Juzgámoslo en el aspecto de ciento y veinte años y nos aseguraron que los tenía.

Muchas veces lo habíamos convidado con el bautismo, pero nunca lo aceptó hasta que en lo último de su vida lo bautizó á petición

suya el P. Simón Maceta. Enterráronlo en una pequeña iglesia, que después dejamos por otra más capáz. Y afirman muchos que desde la sepultura se oían voces que daba diciendo:

—Sacadme de aquí, que me ahogo, sacadme luego.

Así lo hicieron los gentiles y lo pusieron en su templo, donde, como queda dicho, hablaba por él el demonio.»

Hasta aquí el P. Antonio Ruiz.

Corrió luego por toda la comarca que estaba poblada de infieles que adoraban estos cuerpos asquerosos, cómo los Padres los habian cogido para quemarlos.

Luego se convocaron en son de motín con sus armas para cobrar los despojos y quitar á los buenos ladrones la vida.

No lo ejecutaron aquel dia por no saber aun la gente que los Padres llevaban de guarnición, porque juzgaron no se hubieran atrevido á no llevar las espaldas muy seguras, y claro está que las llevaban asistiéndoles Dios.

Juntáronse muchas tropas para dar el dia

siguiente sobre los Padres, quitarles la presa y la vida á cuantos la llevaban.

El P. Antonio Ruiz, ó supo ó tuvo por cierta esta conjuración, y con un indio dió aviso aquella noche al pueblo.

Este, antes que á los Padres, se fué á darlo al capitán Pin Dobiyu que poco antes se habia bautizado y casado con una india cristiana antigua de la reducción de Loreto, que amaba y respetaba mucho á los Padres, la cual, oyendo el peligro en que quedaban los dos, comenzó á llorar.

Movido de sus lágrimas resolvió de ir á socorrerlos. Fué á la casa de los Padres, con el billete y correo; hallólos en oración, encomendando á Dios el buen suceso de sus compañeros, aunque ignorantes de su peligro.

Divulgóse por el pueblo el riesgo de los Padres, y juntáronse con Pin Dobiyu para el socorro otros caciques con cuatrocientos flecheros.

Marcharon todos con el P. Francisco Diaz, y para llegar antes tomaron un atajo trabajoso por los arroyos y pantanos. Vieron en

la falda de un monte muchos fuegos, creyeron ser de los reales enemigos que se habian convocado contra los Padres.

Adelantóse Pin Dobiyu con su acostumbrado valor y reconociendo al enemigo, halló que era un escuadrón de hasta doscientos gentiles que sin duda esperaban nuevas tropas para engrosarse y acometer, y temiendo no se le retirasen y de paso le degollasen los Padres, marchó con su gente á toda prisa por la espesura del monte, y se vió bien que Dios era su guía, porque luego oyó unas voces que eran de los muchachos que el P. Antonio habia llevado y estaban de centinela para avisar de la llegada del enemigo, á quien aguardaban en oración, puestos en las manos de Dios para dar la vida por su amor.

Aquellos, en descubriendo al P. Francisco Diaz, dijeron:

—El Padre viene, el Padre viene.

Alegráronse mucho con esta buena nueva, salieron á recibirlo, y cuando vieron el lucido escuadrón que Pin Dobiyu capitaneaba en su favor, dieron al Señor infinitas gra-

cias. Y la mayor acción dellas fué ofrecer en aquel lugar los tres el santo sacrificio de la misa.

En la suya hizo el P. Antonio una breve plática, descubriendo á los indios las astucias y engaños de Satanás y la maldad de los malditos hechiceros, que les hacían adorar los hediondos huesos de aquellos malos hombres, cuyas almas ardían en los infiernos, y que á su tiempo habian de ser abrasados vivos con ellas por una eternidad. Hizo ostensión de dichos abominables huesos, y díjoles que advirtiesen los dioses que adoraba aquella gente ciega y miserable, y muchos dellos quedaron avergonzados de haber caido en tan torpe error.

CAPITULO VIII

Trae el P. Antonio los ídolos al pueblo y los hace quemar en pública plaza.

Los PP. Antonio Ruiz y Cristobal de Mendoza, que habian salido de noche del pueblo solos, volvieron de dia con muy lucido acompañamiento, y los que partieron tristes con la contingencia del suceso entraron triunfantes y alegres por haberlo tenido tan feliz como lo pudieron desear.

Díje que volvieron de dia, porque aunque su entrada fué un sábado en la de la noche, pudieron suplir la ausencia del sol las ho-

gueras y luminarias que hicieron de fiesta á porfía todos los vecinos. Y los Padres más contentos que una Pascua, por haberse logrado su traza, su trabajo y desvelo y el peligro á que por la honra de Dios expusieron sus vidas.

Era víspera de la Santísima Trinidad; y por ser ya tarde, reservaron la ejecución de la sentencia de fuego dada contra los pérfidos huesos para el siguiente dia. Mandó el P. Antonio que en la plaza se erigiese un cadalso, con la suficiente elevación para que de todas partes pudiera ser visto, sin embarazarse unos á otros. Antes de misa, como es de costumbre, tocaron al catecismo. Concurrió toda la reducción, y un número grande de infieles advenedizos, que huyendo de los Mamalucos se acogieron al sagrado deste pueblo. Llenóse la iglesia, plaza y encrucijadas, todos con deseo y curiosidad de ver en qué paraba la sentencia fulminada contra aquellas deidades de hueso, pareciéndoles que si eran tan poderosas como se fingían, no se dejarían quemar de cuatro desarmados sacerdotes.

Estando con esta espectativa y suspensión el apiñado auditorio, salió el P. Josef Cataldino con su sobrepelliz y estola á enseñar la doctrina; declaró el altísimo misterio de la beatísima Trinidad que se celebraba aquel dia. Llevaba dos acólitos, el uno con el acetre del agua bendita y el otro con un tomo grande del P. Reginaldo, de muy curiosa encuadernación, para que con estas apariencias de aliño y majestad que á los indios mueven mucho, hiciesen más concepto del pecado de la idolatría que muchos dellos habian cometido.

Cuando vieron el libro grande y hermoso, que jamás habian visto, quedaron absortos. Comenzó el Padre á declarar con mucha gracia las infinitas é incomprensibles perfecciones del verdadero Dios, uno en esencia y trino en las personas, su bondad, su omnipotencia, su inmensidad, su sabiduría y hermosura, el que habia criado el cielo y la tierra de nada, y podía con la misma facilidad destruirlo y aniquilarlo todo.

Que las demás criaturas racionales é irracionales todas eran obra de su divina mano,

todas lo reconocían dueño soberano y absoluto, todas pendientes de su libre voluntad en su ser y conservación, que las más hermosas, como el sol, luna y estrellas, no eran más que unas menguadas participaciones de su belleza divina.

Poco á poco fué acercando su discurso á la locura y ceguedad de los que idolatraban en esas criaturas, dándoles el culto debidó á solo el criador y al desatino descomunal de los que tenían por dioses, á los huesos abominables de aquellos malditos hechiceros mortales, amasados de un poco de polvo, y que fueron hombres viciosos y perjudiciales, que con sus embustes y pacto que tenian con los demonios engañaban á los ignorantes.

—¿Cómo pueden ser dioses— decia — aquellos á quienes, como á todos los demás, abrasa el sol, quema el fuego, atormenta el frio, consume la hambre y la enfermedad, postra una calentura, y no tienen poder para eximirse del tributo común que todos pagamos á la muerte, y esta convierte en gusanos, en ceniza y podredumbre, como lo po-

dian ver en aquellos huesos secos y podridos que tenían por ídolos, con grave ofensa y agravio del verdadero Dios?

Afeóles mucho la impiedad con que habian á costa suya edificado templos á aquellos malos hombres, cuyas almas ardían ya, y cuyos huesos habian de arder para siempre en los infiernos. Y que por este pecado de la idolatría, que es muy enorme, tenían muy indignado al único y universal Criador, y que se persuadiesen ser castigo suyo las inhumanidades que los Brasiles habían ejecutado en las tres reducciones, y que podían temer otras mayores, si no se retiraban y arrepentían.

Abriendo luego el libro, les dijo que en él estaba impreso todo lo que les habia predicado, y las maldiciones que llueve Dios á los que adoran á semejantes brutos hechiceros.

Oyendo esto todos los circunstantes, dobladas las rodillas, los ojos clavados en el suelo, puestas las manos, á voces confesaron sus culpas, diciendo les pesaba mucho de haber sido tan fáciles en creer aquellos em-

bustes del demonio y adorado aquellos asquerosos huesos.

Hicieron el acto de contrición con tal fervor y sentimiento que se enternecieron los ministros de Dios y les aseguraron de parte de Su Majestad el perdón si de veras se arrepentían, y echándoles el agua bendita, quedaron muy consolados. Siguióse luego la misa y sermón que predicó el P. Antonio Ruiz, orador máximo en la lengua Guaraní, que hablaba con tanta propiedad y expedición como si hubiera nacido y criádose en ella.

El asunto fué del respeto y lealtad que se debe á un solo Dios todopoderoso y verdadero y de los engaños del sobervio Lucifer, que siempre aspira en todo lo que puede á ser semejante al Altísimo y pretende vituperarle su culto y gloria, á quien Su Majestad en castigo de su altivez desterró del cielo, y él, envidioso, no puede sufrir que los hombres ocupen las sillas que él y sus ángeles perdieron.

Añadió que no se espantaba de que hombres legos y sin letras hubiesen creído á este

enemigo cuando les hablaba desde los huesos, que toda la culpa tenían los perversísimos hechiceros, dándoles á entender por arte diabólica, que aquellos, después de la muerte, estaban vivos y tenían divino poder, que presto verían su engaño y desengaño acabado el oficio.

Que por lo que deseaba su verdadero bien les suplicaba no creyesen en adelante semejantes embustes, y que en señal de arrepentimiento le ayudasen todos á quemar aquellos huesos que habían sido instrumentos de su perdición, trayendo cada uno un leño de su casa para encender la hoguera.

Aunque oían con grande gusto el sermón, todo lo que dijo después destas razones se les hizo largo por el fervoroso deseo que encendió en sus corazones de obedecerle en lo de la leña. Por donde apenas acabó la misa, cuando todos volaron á sus casas y cada uno acudió á la plaza con el mejor tizón de su hogar, con que se formó luego una grande pira, pegósele fuego y comenzaron á subir al cielo las llamas, para anticipar en aquellos cadáveres condenados lo que

en ellos vivos han de hacer las del infierno, aunque estas los consumieron y aquellas quemándolos por una eternidad, nunca los acabarán de consumir.

Mandólos llevar el P. Antonio en unos cestos con todos sus vestidos y curiosos atavíos y puestos sobre el tablado el P. Francisco Diaz Taño los fué mostrando al numeroso pueblo, nombrando á cada uno por su propio nombre.

Fué grande el espanto cuando vieron aquellas canillas feas, denegridas y abominables y mucho mayor con la vista de la horrible calavera del más afamado hechicero llamado Uruboti, que quiere decir cuervo blanco, en cuyo hueco había anidado un ratoncillo, y fué grande el ruido y murmullo del pueblo, diciendo á voces que si fueran dioses, como se mentían, no hubieran dado albergue á tan sucio animalejo.

Esto fué lo que más desacreditó á los hechiceros y demonios y más desengañó á los gentiles.

Mandó el P. Antonio arrojarlo en medio de las llamas, que en breves instantes todo lo

convirtieron en ceniza. Y como no vieron los castigos con que el demonio habia amenazado, quedaron muy gozosos y confirmados en la fe, los cristianos para defenderla y los infieles para recibirla.

Lo que de aquí se siguió que los que tenían escondido el cadáver de Ceré Ceré, hechicero no menos famoso, aunque más moderno, como no estaba aún desencuadernado, echándole una soga á la garganta, lo arrastraron por todo el pueblo y lo arrojaron en la hoguera con los demás.

Recogieron las cenizas de todos y las echaron en un pozo profundo para que estén más cerca del infierno, donde han de venir á parar.

Con este ejemplar castigo triunfó la católica fe de la pérfida idolatría, y se quitó este tropiezo á la nueva cristiandad.

CAPITULO IX

Astucia santa con que el P. Antonio Ruiz convirtió al hechicero Zaguazari.

——

Una envidia hay santa que llamamos emulación, á la cual exhorta el apóstol á los de Corinto. 1. Cor. 12. *Aemulamini autem charismata meliora.* Ira hay loable, que nace del celo de la honra de Dios, y siente el verle despreciado y ofendido.

Así se enojó el Cordero de Dios contra los profanadores de la casa de su padre. No de otra suerte hay una astucia que más es divina prudencia, y desta se gloría el mismo apostol San Pablo 2. Cor. 12. *Cum essem astutus dolo vos cœpi.* Desta astucia, no in-

digna de héroes apostólicos se valió el Padre Antonio Ruiz para una empresa de grande gloria de Dios y bien de aquella novicia cristiandad.

Aunque él y sus compañeros encendidos en celo de la honra de Cristo y exhaltación de su fe se desvelaban en buscar arbitrios con que extirpar del todo la idolatría, nunca faltaban raíces que arrancar por los nuevos planteles que hacia el demonio en los corazones de varios hechiceros, de que son fecundísimas todas las regiones del gentilismo de Oriente y Poniente, por la facilidad con que toman en aquel ignorante y vicioso gentío.

Entre estos se opuso á la predicación de nuestro P. Antonio Ruiz, y de sus compañeros uno caviloso y astuto llamado Zaguazari, que en su lengua significa el hermoso; y no por cierto porque lo era, sino un feísimo mónstruo de la naturaleza.

Su estatura pequeña y sin la gracia y donaire de la proporción. Torcidas las manos y pies, los ojos parece que se le saltaban de sus nichos, la cabeza chata, grande y sin

cuello, cosida con los mismos hombros, las piernas sin pantorrillas, todas iguales como dos cañas; la parte superior sin gonces, de suerte que como un estafermo vivo se habia de mover todo para cualquier acción. A este llamaron por antonomasía hermoso, sin duda como los latinos al orbe *Mundum* por tan inmundo; á la guerra *Bellum*, porque nada tiene de bella; al mar *Pontum*, porque no sufre puente, y al denso bosque *Lucum*, porque no luce.

No pocas veces á aquellos con quienes la naturaleza se muestra esquiva en la gentileza del cuerpo, se les ostenta más liberal en prendas del alma. Así lo hizo con este indio, que lo dotó de vivo y perspizaz ingenio y de una retórica y elocuencia natural, con que tenía en las conversaciones suspensos y gratos los oyentes.

Como le faltaban fuerzas para otros mecánicos ejercicios, labraba de lengua y de pico que era extremado, como entre los gentiles el de Esopo. Fingía fabulosas historias y disfrazaba una mentira con tan vivos colores, que la vendia y hacia pasar por ver-

dad entre los más avisados. Este era su mayor talento, y con estos y con el trato con el demonio, vino á adquirir grande fama de sabio y de hechicero. Y llegó á tanto su loco desvanecimiento, que se fingia superintendente de los cielos, que daba á su tiempo las lluvias, que á su disposición estaban los años fértiles y abundantes cosechas. De aquí procedió á persuadir que era árbitro absoluto de la vida y de la muerte, y soberano señor de todo lo criado.

Vivia retirado en una fragosa sierra, y á visitarle en ella se despoblaban los lugares de los infieles y aun algunos cristianos de los que sirven á los españoles iban á verlo y le llevaban varios presentes.

Tuvo el P. Antonio noticia deste ministro de Satanás, y que trataba de edificarse un templo para sepulcro suyo, donde perpétuamente fuesen adorados sus huesos como los de otros hechiceros insignes. Procuró con todo artificio ganarle la voluntad. Envióle varios recados rogándole viniese á verlo en su pueblo, que deseaba mucho verlo y comunicarlo por lo que le habian dicho de sus

grandes prendas, que sobre su palabra podia venir con toda seguridad, y que le prometia todo buen agasajo y correspondencia. Ya vino á desearlo, pero temió, si saliese á luz, desvanecimiento el pavón en el público alarde de la rueda de su hermosura, ó por mejor decir, no le trocasen, si viesen su feísimo rostro y mal forjado cuerpo, el título de angel hermoso en el de horible demonio. Pues para no perder el primer apellido se habia condenado á vivir en un retiro tenebroso, donde era visitado sin ser visto. Desde él daba sus audiencias y despachos.

Continuó el P. Antonio su batería, y con ella alcanzó dél que viniese á verle. Recibiólo con semblante alegre, trató con él familiarmente, como un amigo con otro, túvolo en su compañía y regalólo con el cuidado con que pudiera á otro de la de Jesús. Suplicóle por despedida no se extrañase ni dedejase de venir frecuentemente al pueblo, que tuviese aquella casa por suya, que por su cuenta correría su asistencia y regalo, y que todos los vecinos le deseaban toda felicidad. Esta fué la astucia, y no la mayor.

Con esto se despidió, no sin algún cariño de tanto agasajo.

Después de algunos dias le pareció al Padre Antonio que pues ya el pez estaba cebado, seria más fácil sacarlo de su vivar, y en el segundo lance hacerle tragar el anzuelo, y la traza que ingenió para desacreditar con los indios aquel hechicero, él mismo lo escribe en el libro de su *Conquista*.

«Llegó la Pascua del Nacimiento del Señor, juntáronse á su celebridad en el pueblo muchas tropas de indios comarcanos. Parecióme la ocasión nacida para desautorizar á revueltas del público regocijo este pernicioso demonio. Hícele saber cuán solemne era para todos sus feligreses aquel dia y que aquel año lo seria mucho más si él se dignase de honrar y regocijar con su presencia la fiesta. Vino luego. Halló á los vecinos entretenidos con un juego entre ellos muy ordinario, que llaman de la gallina ciega. Rogáronle todos hiciese él este papel, como lo hacian otros de los más principales caciques, y vino en ello.

Vendáronle muy bien los ojos, y prome-

tiéronle, si cogiese á alguno, y adivinase quién era, muy buen premio. Todo lo pudo el interés. Teníamos ya prevenidos unos mozos, hijos de padres muy cristianos, para dar principio al juego, y bien amaestrados en las burlas que le habian de hacer.

Juntóse gran número de gente forastera y del pueblo; comenzó el regocijo y los muchachos á hacerle cocos, y á remedar tan graciosamente su modo de andar, que causó á todos mucha risa. Tirábanle de la ropa, dábanle golpes y empellones hasta derribarlo en tierra. El, empeñado para conseguir el prez, hacia esfuerzos para agarrar alguno.

Admirados los circunstantes y aún sentidos de que aquel hombrecillo desventurado, risa y escarnio de aquellos rapaces, pretendiese sobervio ser adorado por Dios, no pudieron contenerse, sino que dando sobre él unos y otros á porfía, lo pararon tal, que la compasión me hizo quitarlo de sus manos, y la venda de los ojos, con que comenzó á abrir los del entendimiento, y á conocer su ceguera, su locura y perdición.

Por estas burlas comenzó Dios las veras con que luego trató de reducirse á la fe. Dijo que no queria volver más á su infernal y lóbrega cueva, sino quedar por vecino de aquel pueblo, y desde allí desengañar con sus palabras, y más con la mudanza de su vida, á todos los que habia llevado embaucados.

El P. Antonio le recogió en su casa, y porque no viviese ocioso, le dió cargo de barrer el zaguán de la iglesia. Tenía mucho cuidado con él, dándole la comida y vestido necesario, y procurando que todos los dias acudiese al Catecismo.

Con la gracia de Dios aplicó su buena capacidad con tal ahinco á los misterios de la fe, que muy en breve de discípulo pudo servir plaza de maestro. Recibió el bautismo con mucha solemnidad; después de cristiano oía todos los dias misa, y procedia con mucha edificación.

Venian de muy lejos á verle principales caciques, á quienes predicaba como un apostol la doctrina santa que habia aprendido en la escuela de Cristo, y con humildad les pe-

dia perdón de los embustes que habia usado en su ermita con ellos. Lo restante de su vida perseveró con mucho ejemplo de virtud en compañía de aquellos misioneros apostólicos, de cuya mano, en la última enfermedad, recibió todos los Sacramentos y murió con grandes prendas de su salvación.

La misma noche en que rindió el alma á su Criador, llamó al P. Antonio y le dijo:

—Padre mío, que verdaderamente lo has sido de mi alma, mucho te debo, y muy agradecido me parto desta vida con grande confianza en Dios, que me ha de llevar al cielo por el medio que te inspiró de humillarme y abatirme para curar el achaque de mi maldita sobervia. Contentísimo muero, pues gracias á la Divina Majestad, he recibido todos los sacramentos. Ninguna cosa hallo en mi conciencia que pueda darme cuidado, sino son aquellas mis pasadas boberías; pero espero en su misericordia que ya me las habrá perdonado, pues me ha visto de todas tan arrepentido.

Habiendo dicho esto, sacó una bolsilla en que guardaba un pedazo de cadena de lata

y una aguja, y se la dió diciendo que aquella bolsa no era suya, que se la habia hallado á la puerta de un aposento y que por olvido natural habia retenido en su poder. En estos mosquitos de escrúpulos tropezaba ya buen cristiano el que hechicero gentil se engullía elefantes de pecados gravísimos; efectos de la divina gracia y méritos de su sacratísima Pasión.

Con el ejemplar castigo de los hechiceros quemados y con la conversión de Zaguazari, se limpió la tierra desta pestilente semilla.

Y solamente tuvieron los Padres noticia de que en el reino de Cayú ó Guarayrú habia otros hechiceros cuyos huesos eran venerados en un templo, con grande concurso de aquella ciega gentilidad.

En una de sus invasiones dieron en él los Mamalucos del Brasil, y cuando á ley de cristianos celosos de la honra de Dios, debian abrasarlo y destruirlo, lo conservaron por el interés que tenian en el pillaje de los indios.

Este es el culto que presta á Dios aque-

lla vil canalla de hombres que tan indignamente se honran con el nombre de cristianos, y según lo que obran, más parecen ó indios, ó hereges, ó pérfidos ateistas.

CAPÍTULO X

Aplica el P. Antonio todo su conato á restaurar la reducción asolada de Jesús María. Ayuda mucho la conversión del hechicero Guiravera.

Al paso que con todas sus fuerzas y mañas procuraba el enemigo común estorbar la conversión de los gentiles, el P. Antonio Ruiz y sus compañeros echaban el resto de todas las suyas en alentarla y promoverla, reparando las ruinas que aquel hacia por mano de los Brasiles.

Supo cómo en los montes cercanos á las reducciones saqueadas habia mucha gente

que huyendo la furia de las armas Mamalucas, se habia retirado al sagrado de sus espesuras. Salió desalado en busca suya y á probar de paso si podia entrar en el gran reino del Caayú, donde el fámoso hechicero Guarayrú tenia su segura guarida y grande autoridad. Y aunque recogió algunos indios, supo que los más, atemorizados, se habian escondido en unas sierras más apartadas del peligro.

Por este mismo tiempo caminaban en seguimiento de sus feligreses cautivos los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla, los cuales á cada paso hallaban por los caminos muchas indias con sus infantes, que por no poder seguir las tropas quedaban en aquellos desiertos, pereciendo de hambre y de la contagiosa enfermedad.

Encontraban unos muertos y medio comidos de los tigres, otros boqueando y otros tan descaecidos y flacos que aun la lengua no podian mover para implorar socorro. A todos socorrieron cuanto les fué posible en lo espiritual y temporal, como madres amorosas, bautizando y confesando á los unos

y buscando arbitrios para alimentar á los otros. Sucedieron casos bien raros, clarísimos testimonios de la caridad apostólica destos dos grandes varones, que se contarán en la vida del P. Simón Maceta.

Llegaron finalmente á dar vista á los pobres cautivos que hacian aquel largo camino, y cargados de collares y pesadas cadenas, tratados con más rigor que si fueran condenados por gravísimos delitos á galeras. Iban los miserables amarillos como la cera, con sola la piel arrugada de la hambre y denegrida de los soles sobre sus molidos huesos. Cuando puestos en aquella tribulación vieron tan cerca á sus queridos Padres, levantaron al cielo un llanto que bastara á enternecer las piedras. Arrojóse al rastro de sus feligreses el caritativo P. Simón, dándoles tiernos abrazos y asiendo de la cadena, poníala sobre su mismo cuello como envidioso de su dicha, y decíales:

—Ea, hijos míos, buen ánimo, llevad estos trabajos que Dios os envia con mucha resignación en su santísima voluntad, que por ellos os tiene preparado un peso de eter-

na gloria en el cielo. Todo lo que padecéis es poco respecto del premio que os aguarda. Con vosotros he de morir en esta peregrinación. Acá vine para asistiros y consolaros, y no dejaros un punto, porque os llevo estampados en las telas de mis entrañas.

Las mismas finezas decia á los suyos el P. Justo Mansilla. Todo era llorar y suspirar, unos de pasión y otros de compasión. Que no hace poco quien no pudiendo con otro, socorre con esta al afligido, pues se echa á cuestas todos sus males, y los que van repartidos en varios cuerpos, todos juntos los padece en el alma. *Quis infirmatur & ego non infirmor*? Solos aquellos tiranos durísimos no se movian á lástima. Antes enfadados de lo que los Padres hacian revolvieron su cólera contra ellos con muchas descortesías, baldones y amenazas.

Sacó uno dellos el puñal para herir á un indio que se habia abrazado del Padre; pero el valeroso soldado de Jesús reparó en sus brazos los golpes y haciendo dellos broquel rebatió las heridas. Con esta constancia invencible iba marchando con ellos, pidiendo

á voces con lágrimas en sus ojos misericordia y libertad para sus hijos.

Tanto porfió en sus importunos ruegos que aquellos piratas, por verse libres de la pesadumbre que les daba su caridad, le restituyeron todos los suyos.

Entre los infieles que llevaban presos uno era aquel sobervio cacique Guiravera, el cual admirando tantas finezas de caridad en aquellos Padres, decía:

—Qué loco y fuera de mí estaba yo, cuando tantas diligencias hice para matar y comerme á este varón santo, que tan de veras nos ama y á tales fatigas y riesgos se ha expuesto por nosotros.

Diéronle á este cacique con los demás y fué pieza que el Padre estimó en mucho, por lo que podía facilitar la conversión de los gentiles y trocar él su vida de bárbaro altivo en la de humilde hijo de Dios. A él y á los demás despachó con cartas al P. Antonio Ruiz, avisándole cómo iba resuelto de llegar al Brasil, socorriendo y consolando aquellos infelices prisioneros.

Vino Guiravera en busca del V. P. Anto-

nio; hallólo en la reducción de San Pablo. Dióle las cartas y rogóle con mucha instancia le enseñase los misterios de la fé, porque quería ser hijo de Dios y obedientísimo súbdito suyo y de los demás Padres. Dióle larga relación de los buenos oficios que los PP. Maceta y Mansilla hacían con los cautivos.

Recibiólo el P. Antonio con sumo consuelo, conociendo que se lo traía el Espíritu Santo para la conversión de muchos gentiles, que antes había embarazado. Y para que descansase de las fatigas del camino, lo remitió muy recomendado á las reducciones antiguas de Loreto y San Ignacio, y para que con la comunicación de los Padres y cristianos más antiguos y ejemplares, formase más alto concepto de las cosas de la fé y cristiana policía.

Admitió el partido por singular favor. Vivió en ellas muchos días, notando con admiración, el orden, la paz y concordia, el buen gobierno, el regalo y abundancia con que pasaban la vida aquellos pueblos, libres de sobresaltos y disturbios de guerras.

Algunos días después vino á estas reducciones el P. Antonio; hallólo muy contento y pagado de todo lo que había visto en ellas. Oyóle con gusto las lamentaciones que hacia de haber vivido engañado y ciego tanto tiempo, y de no haber logrado antes las dichas que gozaban otros de su nación. Díjole que si gustaba volvería luego á su tierra y juntaría mucha más gente que la que había apresado el enemigo, y que della no solamente formaría un pueblo, sino muchos.

Aprobó el Padre su resolución y porque había venido de la prisión muy derrotado, hízolo vestir de nuevo, dejó orden le diesen todo lo necesario para su despacho; pero cuando los caciques del pueblo, más liberalmente lo regalaban y más cuidadosos le asistían, de repente reconocieron novedad y mudanza en su semblante, porque andaba melancólico, encapotado y poco gustoso de lo que con él se hacía, de aquí entraron en sospecha no maquinase alguna traición, arrepentido de haberse hecho cristiano, y considerando cuerdos que si esto fuese y volviese á su tierra podría hacer daños gra-

vísimos á la cristiandad, causar nuevas inquietudes y cerrar la puerta á la predicación en aquellas provincias, procuraron embarazar su partida; y no hallando medio más seguro para detenerlo, se aseguraron poniéndole grillos y dando aviso al P. Agustín de Contreras.

Tratábalo el Padre con particular amor y suavidad, hacíale muchas caricias y regalos, asistíale más cuidadoso porque no lo irritase aquella cautela con que parecia poner dolo en su fidelidad. No sintió mucho Guiravera esta prisión, porque conoció que todo se encaminaba á su mayor bien, y él mismo decia se holgaba della, afirmando que su melancolía no le ocasionaba pesar de haber recibido la fe ni de lo que habia prometido al P. Antonio Ruiz.

Y aunque entonces á ninguno desabrochó su pecho para desahogar el nocturno corazón, súpose después que le habian hecho cruda guerra los demonios sus camaradas y familiares antiguos, para que no dejase su amistad ni mudase la religión ni la vida; que lo atormentaban con horrendas visio-

nes y lo amenazaban con rigurosos castigos. Y aunque en su suave prisión le tenían guardas de vista, una noche las engañó, y dejándose á su mujer se huyó á la montaña.

Echáronlo menos por la mañana. Fueron por varias partes en busca suya, pero no lo pudieron descubrir.

Dos meses discurrió desconocido por las rancherías de aquellos montes, lidiando con los enemigos y con su conciencia. Venció finalmente esta, y dió con él en la reducción de San Francisco Xavier.

Conocíasele bien en el macilento semblante lo mucho que en esta lucha habia padecido. Recibiéronlo los Padres con entrañas de piedad, los caciques le hicieron muchas fiestas y varios presentes con que calmó en su corazón el contrario viento que habia movido aquella tempestad para dar á la banda con su fe.

Cuando el P. Antonio supo la fuga que Guiravera habia hecho, sintióla infinito, temiendo los grandes males que podria hacer. Pero serenóse presto con la nueva de su

aparición en puerto tan seguro. Envió á los Padres una instrucción del modo con que se habian de portar con él, y que aunque quisiese irse no lo detuviesen con violencia alguna, antes le diesen con mucha caridad todo el avio y viático necesario para volver á su tierra.

Partió muy obligado y agradecido. Llegó á su provincia y en ella se hizo predicador del Evangelio el que antes habia sido ministro máximo y proto sacerdote de los demonios. Comenzó á disponer los ánimos de los indios, contándoles las maravillas que habia visto en los pueblos cristianos que se gobernaban por el consejo de los Padres, las fiestas y regalos que en todas partes le habian hecho, con que fué grandioso el fruto que en ellos hizo, y lo que los inclinó con su autoridad á recibir la ley de Dios.

Sabiendo el P. Antonio lo que Guiravera obraba, marchó luego en busca suya. Tuvo aquel noticia de su venida; hizo que un correo le saliese al encuentro al Tayaoba con el buen estado en que tenía á sus paisanos infieles, y que podia enviar luego minis-

tros á dar principio á una nueva reducción y señalar puesto para el edificio. Dió cuenta de todo el siervo de Dios á los Tayaobas, que deseaban con todo extremo la conversión de Guiravera y de todos los de su parentela y facción.

Holgáronse todos mucho y juzgaron por conveniente hacer un convite general para establecer las paces entre estas dos naciones, al cual concurriesen los principales caciques de las dos y se comunicasen como muy amigos, echando en olvido perpétuo los ódios y disensiones pasadas, con que se perseguian la una á la otra.

Para que fuese la fiesta más solemne, convidaron también á los caciques de las demás reducciones, y en compañía dellos vinieron los Padres Josef Cataldino, Ignacio Martínez, Juan Suárez y Pedro de Espinosa.

Estando ya todo prevenido vino á la solemnidad Guiravera, ya no sobervio como la primera vez, sino humilde y afable, como discípulo de Cristo. Acompañáronlo muchos de su familia y vasallos. Los Tayaobas previnieron su recibimiento con varias danzas

y otras demostraciones de alegría. Comieron todos juntos con mucho consuelo suyo, y mayor de aquellos religiosísimos Padres, cuyo manjar era hacer la voluntad del Padre celestial, que tanto gusto recibe cuando el pecador se convierte, como dijo Origenes: *Est enim ei magna festivitas humana salus.*

Después de haber descansado los huéspedes aquel dia, resolvieron en el siguiente en concejo general, la fundación del nuevo pueblo, debajo del mismo nombre y protección de Jesús María, aunque en diferente lugar del que habian saqueado los Mamalucos. Levantóse en él una vistosa cruz y comenzaron la fábrica y edificios de la iglesia con gran fervor, siendo Guiravera el primero en acarrear los materiales. Concurrían á la obra muchas tropas, unas inducidas deste gran cacique, otras de su propio motivo. Enseñábase cada dia el Catecismo y también era el primero á oirlo Guiravera, que respondia como un niño á las preguntas de la doctrina. Una dellas fué si Guiravera era Dios? Respondió él mismo:

—No, Padre mío, yo ni soy Dios ni lo

puedo ser, porque soy una vilísima criatura y miserable pecador. Esos desatinos decia yo antiguamente cuando me llevaban ciego con mi sobervia los demonios; pero agora que por su misericordia tengo vista, digo otra vez que soy vil criatura, que de Su Majestad Divina recibí el sér y me lo ha conservado hasta agora, pudiéndome sepultar en los infiernos, que tengo tan merecidos; y no lo ha hecho por sola su bondad y para que yo confiese delante de todos que el verdadero Dios es el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, uno en la esencia y trino en las personas, criador de todo el Universo, y por esta verdad estoy aparejado á perder la vida.

Estaban los indios atónitos de lo que oían, y era copiosísimo el fruto que con sus pláticas hacia.

Sin alzar mano de los catecismos cotidianos, comenzó el P. Ignacio Martínez á bautizar los infantes, y cada dia crecia el pueblo por la mucha gente que de otras partes se agregaba á recibir la fe.

El V. P. Ruiz, muy gozoso, pidiendo encarecidamente al Señor en sus oraciones: *Ne*

tradas bestiis animas confitentium tibi; porque siempre temía algún fiero revés de los feroces Mamalucos y llevaba muy impresa en la memoria la profecía de que habia de ser lento é incruento su martirio. Para que no fuese puro este contento se lo aguó la nueva de que aquellos traidores habian dado la vuelta y con atrocidades inauditas invadido y saqueado la reducción de San Pablo, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI

Invaden á traición los Mamalucos la reducción de San Pablo del Iñeay y llevan á los cristianos cautivos.

—

Llegaron al Brasil y ciudad de San Pablo los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla en seguimiento de sus ovejas que llevaban al matadero los cruelísimos Mamalucos. Y cuando esperaron que en la cristiandad y celo de los gobernadores habian de hallar digno castigo para tamañas injusticias y para los prisioneros libertad, hallaron que unos y otros eran cómplices en la maldad, y entraban á la parte en el robo.

Resolvieron embarcarse para la Bahía donde reside el virrey y darle cuenta de los irreparables daños que sus súbditos hacian y de otros mayores que amenazaban hacer, arrebatando contra toda ley humana y divina de sus patrias á los cristianos, quitando á las madres los hijos, á los maridos las mujeres, talando las chácaras, saqueando y destruyendo los pueblos, profanando las iglesias, perdiendo el respeto á las imágenes de los santos, menospreciando las cédulas reales en que los católicos reyes, so graves penas impiden semejantes insultos.

Juzgaron que con esteinforme y autoridad delvirrey se atajarían aquellos males y serían castigados los injustos malhechores; pero estos estaban ya tan cebados en los intereses de su codicia, y tan encarnizados en la sangre de los indios cristianos, que apenas dejaron la presa cuando á toda prisa volvieron á formar ejército y hacer nueva invasión en las reducciones, casi antes que estas pudiesen temer su venida.

Llegaron otra vez sin ser sentidos y juzgando que en la reducción de la Encarna-

ción del Nuatingui que estaba en frontera habría poder y prevención bastante para la resistencia, dejándola á un lado dieron sobre la de San Pablo, donde se vivía sin cuidado ni temor. Acometiéronla en el año 1630, en dia del Corpus Christi al amanecer, estando los indios, que todos eran cristianos, limpiando y enramando las calles y levantando arcos triunfales para la procesión del Santísimo Sacramento.

Cuidaba de dicha reducción el P. Juan Suárez de Toledo, no menos conocido por su mucha religión que por el explendor de su nobleza. Estaba en la hora de oración, que es el desayuno ordinario de todos los hijos de la santa Compañía. Y bien se les luce el sustancioso almuerzo en la robustez de su espíritu y en lo lucido de su vida ejemplar. Sintió ruído en el pueblo, saltó para saber la novedad. Conoció luego por la cara al enemigo. Acudió al capitán, suplicóle por la sangre de Jesucristo no permitiese las atrocidades que sus soldados ejecutaban en aquellos pobres indios, que todos eran cristianos.

Recibióle aquel Nerón con la escopeta asestada á los pechos, y el hijo valeroso del grande Ignacio, para que hallasen menos resistencia las postas y por la posta lo despachasen al cielo á recibir la corona de mártir, apartando la sotana descubrió el desnudo pecho al enemigo, diciéndole intrépido:

—No cobardees, ni detengas el golpe, que dispuesto estoy á dar la vida y mil si mil tuviera por amor de Cristo y en defensa de mis queridas ovejas que el buen Pastor rescató con su sangre.

Helóse el cabo con el fuego en la mano, y con otro más ardiente de cólera en el corazón, á vista de tal denuedo, y no lo tuvo para aplicar el de la cuerda al fogón, y desarmar el arcabuz.

Con más bríos el soldado de Cristo, con celo de la divina gloria, le reprendió aquel atrevimiento y amenazó con la ira de Dios, y viendo pasar algunos indios maniatados de los Tupíes, como leona á quien robaron sus cachorros se abalanzó á ellos y los sacó de sus uñas y los llevó al sagrado de su religioso albergue.

Acudieron allá otras tropas de salteadores y á viva violencia los volvieron á las prisiones, haciendo risa de los llantos y lágrimas del Padre; para enjugar estas y acallar aquellos, el consuelo que le dieron fué que presto harían los mismos estragos que en la suya en las demás reducciones de sus compañeros. Quiso seguir á sus feligreses como los Padres Maceta y Mansilla hicieron con los suyos. No le dieron licencia para ello, y como se la tomase el amor que les tenía, castigaron aquella, que tuvieron por desobediencia y osadía, con muchos golpes que descomulgados le dieron, poniendo en el venerable sacerdote de Cristo las manos violentas con alegría grande de quien deseaba padecer mayores injurias por amor de Dios y bien de las almas.

Torció el camino por un espeso monte, donde encontró tres de los soldados portugueses que andaban á caza de indios fugitivos. Uno dellos arremetió al Padre con la escopeta en la mano, el cual temiendo no hiciese presa de un solo niño que llevaba en su compañía, de repente se sintió movido de

Dios á dar la vuelta con el muchacho al pueblo.

Ibalos siguiendo el soldado, pero antes de alcanzarlos encontró con su cuadrilla, y divertido con ella dejó de seguir el alcance. Llegó el Padre á su reducción, juntó los pocos que habian escapado del asalto. Dióles orden se escondiesen en el bosque por si acaso volvían los enemigos, y él tomó un atajo trabajoso por llegar antes con el aviso del enemigo que tenían á las puertas.

Era el tiempo lluvioso, la tierra llana, hecha un mar, las subidas ásperas y las bajadas peligrosas, no llevando en su compañía sino solos dos muchachos. Caminó todo el dia, con tanta fatiga en el cuerpo y tanta aflicción en el alma, que á prima noche, rendidas del todo las fuerzas, no pudiendo dar paso adelante dió en tierra con el cansado cuerpo, y como otro Elías, *Petivit animaœ suœ ut moreretur.* Arrojóse en los brazos de la providencia de aquel Señor que no desampara en la mayor necesidad. *Adiutor in opportunitatibus in tribulatione.* Socorrióle presto por medio de un indio queha-

bia escapado de los contrarios. Este fué á dar aviso á los Padres de la Encarnación, que como experimentados en semejantes tribulaciones cada uno podia decir. *Non ignara mali miseris sucurrere dis:o.*

Por dos caminos, por no errarlo, le enviaron socorro y una hamaca en que llevarlo á hombros de indios piadosos, pues por sus pies fuera imposible moverse. Recibiéronle con la caridad con que acostumbran á sus huéspedes los Padres de la Compañía, que quien no la ha experimentado no podrá dignamente alabarla.

Hallábanse en aquella reducción los Padres Cristóbal de Mendoza y Silverio Pastor, los cuales dieron prisa en retirar la gente á la de San Francisco Xavier. Habiendo el P. Juan Suárez reparado las fuerzas volvió á su reducción asolada por si acaso algunos se hubiesen huído del enemigo. Algunos halló, pero pocos, y pudo lamentarse con el profeta: *Væ mihi quia factus sum sicut qui colligit in autnno racemos vindemiæ*, habiéndosele llevado á cargas los más sazonados racimos los ladrones del Brasil,

á estrujarlos y exprimirlos en los lagares de sus ingenios de azúcar.

Para poner en salvo aquellas reliquias las envió á San Francisco Xavier, donde se podia hacer defensa mayor. Muchos casos sucedieron de gran sentimiento para aquellos Padres que tan cordialmente amaban á aquellos hijos en Cristo. Solo uno diré de una india cautiva.

Asaltáronla en el camino sobre todo su trabajo los dolores del parto, llovía actualmente, y sin otra ropa ni abrigo que el de la capa del cielo, que aún no pudo acogerse á la del sol, parió la pobre, y no teniendo otros pañales ni mantillas, enlazó en sus brazos la criatura, y para defenderla de la lluvia le puso un casco de calabaza sobre la cabeza. Alcanzóla el Padre, bautizó al infante, y á una vuelta de cabeza no lo vió ya en los brazos de su madre, porque lo habían arrebatado dellos aquellas fieras y estrelládolo en algún tronco ó peñasco, como lo hacían con otros, para que las madres sin esa carga siguiesen la tropa más ligeras.

Estaba en este tiempo el V. P. Antonio

Ruiz en la provincia de los Guañañas, habiendo ya reedificado la reducción de Jesús María. Las nuevas que le dieron de lo sucedido en San Pablo, le atravesaron su compasivo corazón. Púsose luego en camino; pero como éste era largo y escabroso, ya cuando llegó halló destruídas y despobladas ambas reducciones de San Pablo y de la Encarnación, aunque desta mucha gente se habia esparcido por los montes, otra acogídose á la de San Francisco Xavier. Procuró recogerla en puesto más seguro, y encomendóla al P. Juan Suárez. Llegando á San Francisco Xavier, consoló á los indios de la Encarnación y animólos á que en ella edificasen sus casas y dispusiesen sus sementeras para vivir con más comodidad.

Con estos trabajos y desvelos vivía muriendo cada dia con el apostol nuestro apostólico Padre Ruiz, cuando tuvo aviso que los españoles de la Villa Rica, á quienes se habia pedido favor contra los portugueses, y no lo dieron, sabiendo que los indios de la Encarnación y San Pablo se iban retirando al río Uyahy, que estaba más cerca de

su ciudad, sin advertencia ni temor de que huyendo del fuego daban en las brasas, formaron ejército y salieron en busca suya, no á favorecerlos, sino á ejecutar en ellos las mismas hostilidades que los Mamalucos, robando impiamente los hijos á sus padres, las mujeres á sus maridos, á los caciques sus vasallos, llevándolos cautivos para servirse dellos, como de esclavos en el beneficio de sus haciendas.

Envióles el P. Antonio á los Padres Juan Suárez y Diego Ferrer que les hiciesen un requerimiento, que no contraviesen á los mandatos y cédulas reales. No fueron oídos. Fué en persona el mismo Padre. Pero, ¿á qué santidad, á qué leyes humanas ni divinas supo jamás catar respeto la insaciable codicia y más avivada de la sed de sangre de indios con que carlean los españoles del Occidente? No lo tuvo á tanta autoridad como la del V. P. Ruiz; antes á él y á sus compañeros les ocasionó las nuevas borrascas de persecuciones y trabajos que veremos en el capitulo siguiente.

CAPÍTULO XII

Refiere la persecución que se levantó contra el P. Antonio Ruiz y sus compañeros.

Con esta buena estrella nació la santísima Compañía de Jesús, y no es la menor de sus felicidades, antes en mi opinión una de sus grandes prerrogativas, indicio manifiesto de cuán gratos le son á Dios sus ministerios y de los relevantes servicios que hace á la Iglesia, guerra, que á banderas desplegadas publican sus hijos, á la idolatría, á las heregías y á todos los vicios, que nunca le han de faltar persecuciones. ¿Quién es inocente

Abel que no tenga un Caín que le persiga?

No han de llevar los soldados otro blasón que el de su divino capitán Jesús, de quien dijo profeta el santo Simeón á su santísima Madre. Luc. 2. *Ecce positus est hic in ruinam, & in resurrectionem multorum in Israel, & in signum cui contradicetur.* ¿No es Compañía de Jesús? Sí, pues persuádase que sus hijo *positi sunt in ruinam*, están expuestos á que las fábricas que levantan á mayor gloria de Dios, las echen por tierra los émulos y enemigos con recias baterías. O si no *positi sunt in ruinam.* Fundó el gloriosísimo patriarca Ignacio su Compañía, si para reparar las ruinas de la Iglesia militante y triunfante, *implevit ruinas*, también para arruinar con los cañones de sus plumas y con el fuego de su celo las fortificaciones de la idolatría, de la heregía, del mahometismo y de todos los vicios, que tan encastillados están en los corazones de los hombres. *Et in resurrectionem multorum.* Para resucitar á la vida de la gracia infinitas almas muertas y sepultadas por la culpa. Si en eso emplean sus vidas, como Jesús la suya, síguese ne-

cesariamente. *Et insignum cui contradicetur*, que han de ser el blanco de muchas flechas, el terrero de la calumnia, y contradicción. Pues también está escrito. *Si me persecuuti sunt, et vos persequentor*. Joann. 15. Y cuando no fuera esta divisa tan propia de los Padres Jesuitas, mal pudieran escapar de la regla general ó habrían de mudar de vida. *Omnes qui volunt pie vivere in Christo Jesu persequutionem patientur.*

Por donde no es maravilla que siendo el P. Antonio y todos sus apostólicos compañeros tan de la milicia de Cristo, tan legítimos hijos del grande Ignacio y de su Compañía, tan píos para con Dios, tan ejemplares al mundo, tan irreprensibles en sus vidas, tan celosos de la divina gloria y salvación de las almas, tan ansiosos de conquistarle nuevos orbes y de reducir á su conocimiento, á su obediencia y amor toda la gentilidad de Oriente y Poniente se conjuren y armen contra ellos el mundo y el infierno.

Cuando estos operarios fervorosos con el ejemplo de su santo caudillo no trataban sino de adelantar entre aquellas naciones bárba-

ras el culto y reverencia debida al Dios verdadero que le robaban los demonios y hechiceros fingiéndose dioses, en ese mismo tiempo, no ya en las behetrias de los caciques gentiles, ni solamente en los conciliábulos y ladroneras de los salteadores Mamalucos, sino en la misma ciudad de la Asunción, cabeza de las provincias del Paraguay, distante de las reducciones doscientas leguas, se armó contra ellos una tempestad tan horrible que corrieron riesgo de irse en ella á pique los que no estuvieran tan ancorados en la firme esperanza en Dios como lo estaban estos apóstoles del Occidente, á quienes permitió el Señor esta persecución para crisol y prueba real de la fineza de su virtud.

Movieron esta borrasca los vientos furiosos de la costa del Brasil con la invasión injusta que en las reducciones cristianas hicieron los piratas, siendo el Eolo y promotor de la tempestad el mismo gobernador, que venía de nuevo á aquellas provincias; fomite de todo este fuego, su torpe interés y la malilla de tantos males, la mala voluntad que á los varones apostólicos tenía, por-

que con todas sus fuerzas se opusieron á su codicia y á las crueles consecuencias que con irreparable daño de aquella nueva cristiandad se padecian della.

Remordiéndole al nuevo gobernador la conciencia de lo que habia cooperado á la entrada de los Mamalucos y hostilidades, sacos, latrocinios y cautiverios que en las tierras del rey nuestro señor y sujetas á su misma jurisdicción, ó habian hecho ó trataban de hacer, y siendo esta cooperación á crimen tan grave y de lesa Majestad tan pública en todo el Brasil, que no lo sabía sino un vecino de cada casa, y en Paraguay no lo ignoraba sino quien quería cerrar los ojos por no ver al sol, con todo, de aquí hizo dicho gobernador pleito contra la Compañía, y le pidió por agravio que ella lo había publicado con infamia suya.

Poco poder era el del gobernador para tapar tantas bocas, y muchas de fuego, y tantos cañones, y no todos de pluma, como lo pregonaron con ruidoso estruendo y lastimosa gritería por el Nuevo Mundo.

Cuando pudiera sobornar todas las len-

guas, lo que hizo con muchas, su mismo testimonio era bastante como lo fué para condenarlo y deponerlo del oficio. Pues él mismo escribió á la real Audiencia dándole aviso de su entrada en aquellas provincias, y que en su compañía habían marchado algunas tropas del Brasil á correr la tierra y saquear los pueblos cristianos del dominio de Paraguay. Y no dijo lo que había obrado para la defensa y remedio, como tenía obligación, porque eso fuera oponerse á sí mismo, siendo cómplice y tan interesado en el pillaje de los Brasiles. A la mira se estuvo de sus estragos, calentándose las manos al fuego que él mismo había soplado, atizado y encendido.

No hallando con qué justificarse en cargo tan grave y temiendo incurrir en la justísima real indignación, quiso por todos caminos esforzar que era falso testimonio lo que la fama con todas sus bocinas decía, y que se lo habian levantado el Venerabilísimo Padre Antonio Ruiz y sus santos compañeros.

De aquí fué el encono, la cólera, el furor y venganza contra ellos, baldonándolos á

todos de atrevidos, y al P. Antonio de desvergonzado, de falsario y mentiroso. Así llamaron á Cristo, verdad eterna, sus enemigos. *Seductor ille. Ad solatium fervorum suorum.* Flaco sin duda era de memoria este gran ministro, pues tan presto olvidó los elogios que Dios y la verdad le habian hecho escribir poco antes de su misma mano al rey nuestro señor, en el informe que citamos arriba, donde lo canoniza en vida, llamándolo á boca llena varón santo, apostólico y otros epítetos y elogios semejantes. Por algo se dijo en buen latín: *Oportet mendacem memorem esse.*

Viendo el gobernador el pleito mal parado, comenzó con grande calor á prevenir defensas; ojalá un tercio de ese cuidado hubiera puesto en hacerlas contra los corsarios Mamalucos; nunca estos hubieran arruinado tan floridas reducciones.

No le faltaron testigos que á la mentira y más armada del absoluto poder en todas partes, y por particular vicio de la nación, en aquel país no le faltan á docenas los valedores. Despachó propios á las ciudades del

Guayrá y Villa Rica para que le remitiesen en su abono los posibles testimonios, prometiéndoles grandes favores y aventajados premios. Dicho se estaba que la lisonja había de licenciar la pluma.

Remitiéronle un protocolo grande de quinientas hojas, á una luz de arbol frondoso y estéril, que se secaron presto, aunque por algún tiempo hicieron alguna sombra; á otra luz fueron de espadas contra la inocencia, que se despuntaron en su impenetrable bronce, pues della se puede decir con más razón lo que con mucha dijo Séneca de su virtuosa filosofía: *Nullum telum in corpore philosophiæ sedet: solida est, atque munita; quædam velut leuia laxo sinu eludit; quædam discutit & in eum usque qui miserat respuit.* No se contentó la mentira con elogiar de falso al gobernador, sino que pasó á satirizar la virtud heróica de aquellos varones apostólicos, pareciéndole que con esto le tendría más grato para el galardón que esperaba.

Pero dispuso el cielo que en la misma calumnia y siniestra información se hallase

engastada la defensa de los Padres, en las insertas cartas del mismo gobernador en que prometía mayores premios á los que más alentadamente hiciesen panegíricos de su persona, como si en materia de decir bien de quien obra mal, y más con perjuicio manifiesto de personas santas, no se faltase á la verdad.

Los que habían ensanchado la conciencia en estos elogios, le requerían les cumpliese las promesas. Y como es fácil el prometer y el cumplir difícil, no pudo dejarlos contentos á todos, de donde se siguió que los descontentos, por mal correspondidos, llenaron el aire de querellas y los tribunales de cartas y satisfacciones, diciendo que el gobernador los había inducido, y que en descargo de sus conciencias volvían por la inocencia y santidad de los Padres, y que todo cuanto aquel les acriminaba era manifiesta calumnia.

Halláronse muchas firmas contrahechas y adulteradas, de personas que no se hallaron presentes, de lo que testificaban haber sucedido en sus ojos, y en una palabra, los in-

formes que mandó hacer contra aquellos varones religiosísimos, se hicieron con tales circunstancias, que llevaban en la firma el descrédito y en el sobreescrito la mentira.

Aún antes de llegar á la ciudad de la Asunción, comenzó á vomitar este caballero su veneno; porque habiéndose divulgado en los pueblos de la frontera el permiso que había dado, hablando modestamente á los ladrones Mamalucos para que hiciesen invasión en tierras de su gobierno, y maldiciendo todos á quien tal habia permitido, él quiso persuadirse que los Padres eran los que habian dado noticia de su alianza con los enemigos, que siendo tan pública en todas las costas del Brasil, no podia ser en el Paraguay, confinante, secreta. Y recibiendo estas provincias tan grave y no temido daño, todos sus moradores tenían derecho y obligación de averiguar de dónde les venia para atajarlo con el debido remedio.

El trató de desfogar su saña y probar si mostrándose sentido por agraviado podría desmentir la voz y fama pública y justificar tan descomunal alevosía. Hizo terrero des-

tos sus sentimientos á los Padres, de cuya virtud estaba seguro que no podia temer pasados retornos de despique y venganza, pues bien sabe el mundo que la que toman los hijos de la santa Compañía de sus agravios, es la paciencia en ellos, rogar por sus enemigos, como lo ordena San Ignacio en su regla, y dejar á Dios *vindictam, ut ipse retribuat*, como de ordinario lo hace, por la especial providencia que tiene de una religión tan santa, tan ejemplar y tan provechosa á la Católica Iglesia. Y cuando tal vez se ven obligados á volver por su honor y por la verdad, nadie ignora la cortesía de sus defensas y templanza de sus apologías.

Recién llegado á la Asunción, los Padres de aquel Colegio, sin embargo de que sabian ya lo poco que podian prometerse de su aversa voluntad, no dándose por entendidos, fueron los primeros en acudir á palacio á darle la bienvenida y ponerse todos con el Colegio á sus plantas. Recibiólos con mucho desaire y sacudimiento. Mayor lo mostró á los que en nombre de las reducciones vinieron á visitarle y darle cuenta de los es-

tragos que en ellas hacian los Mamalucos, y como él era cómplice en todos, persuadíase que lo hacian para exprimirle el agraz en los ojos y darle en rostro con lo poco que celaba la defensa de sus provincias y el servicio del rey.

No pudo disimular su pasión contra el Padre Antonio Ruiz y sus compañeros, descargando sobre ellos una tempestad de oprobios. Procuraron los Padres darle satisfacción, pero ciego con la cólera no quiso admitir disculpa alguna, con que aquellos se despidieron.

Llegó en el mismo tiempo en que esto sucedia, á la Asunción, el P. Francisco Vázquez Truxillo, Provincial del Paraguay, varón de excelentes prendas de virtud, sabiduría, prudencia y celo de la religión. Procuró con todas veras ganar la voluntad á aquel ministro, y dar plenaria satisfacción á sus querellas.

Acometió con amorosas baterías, pero ninguna mella hizo en la dureza de su corazón. Quejábase á voces que los Padres misioneros lo habian infamado escribiendo

que él era la causa de la ruina de aquellos pueblos, y que con su consentimiento habian venido los Mamalucos á destruirlos. Eso era lo que le tocaba en lo vivo, porque bien conocia la fealdad de la empresa. No se cauteló de serlo en los ojos del sol, y pretendía que todos desmintiesen el testimonio de sus ojos y que nadie creyese que lo era.

La satisfacción que le dió el Padre Provincial fué que no era maravilla escribiesen los Padres lo que su señoría confesaba en sus cartas y habia dicho en varias ocasiones, y que habiendo testigos innumerables, no tenía razón de revolver la cólera contra los Padres operarios, que eran los que más habían padecido.

No sabia el P. Antonio Ruiz lo que en la Asunción pasaba ni la ponzoña que el gobernador arrojaba de su airado pecho, y viendo las crueldades y desafueros que los enemigos insolentes ejecutaban en aquella nueva Iglesia, escribió al Padre Rector de aquel Colegio suplicándose las comunicase con el gobernador, para que mandase proveer de socorrido remedio, y se compadeciese

de aquellos pobres indios, hijos de Dios y vasallos de Su Majestad.

Envió por propio, como lo requería la gravedad é importancia desta diligencia al P. Francisco Diaz Taño. Acompañólo hasta el Salto para facilitar con su autoridad el paso que habia cerrado, no sé con qué fines el gobernador. Como no halló embarazo, dió la vuelta á las reducciones, que necesitaban mucho de su asistencia.

Llegó al Paraguay el P. Francisco Diaz, dió cuenta larga al Rector de las crueldades de los Mamalucos y de la total ruina que amenazaban á todas las reducciones. Fueron á visitar de nuevo al gobernador, esperando que lo hallarían más propicio, pero no fué así, sino que más furioso los arrojó de sí, dando voces se le quitasen de delante, que lo habian deshonrado con falsos testimonios y haciendo tales escandecencias que se pudo temer habia salido de sí. Por donde viéndolo incapaz de recibir satisfacción alguna de las muchas que con toda modestia y cortesía le daban, bien mortificados volvieron á su colegio.

Juntó el Padre Rector sus consultores, y de parecer de todos se resolvió era forzoso hacer recurso á medios de justicia, pues hallaban cerradas todas las puertas y resquicios á los de paz y amigable composición. Diéronle por escrito un memorial en forma de exhortatorio ó requesta, refiriéndole los daños que hacian los piratas del Brasil en las tierras de Su Majestad pidiéndole el remedio, pues estaba á su cargo y le corría precisa obligación. Llevólo el escribano, para presentárselo, pero arrebatóselo impaciente de la mano, sin darle respuesta. Asegundóse con otro con la misma cortesía y humildad, y él con la misma impaciencia hizo lo que con el primero. Dió el escribano fe de todo y del traslado de lo que contenia. Para que en todo tiempo constase de la solicitud y celo santo de aquellos ministros apostólicos y vasallos leales de Su Majestad. Y porque el enemigo amenazaba siempre con nuevas invasiones y los correos se tocaban unos á otros, dió el P. Francisco Diaz la vuelta á los pueblos del Guayrá.

Llegando á las reducciones del Paraná

halló que el santo mártir P. Pedro Romero, Superior de las del Uruay, habia resuelto enviar al P. Diego de Alfaro á su Provincial á darle cuenta de los intentos del nuevo gobernador que eran destruir aquellos pueblos como lo hacia con los del Guayrá.

Con esto, los dos juntos acordaron ir á la defensa de sus provincias y consultar el modo con el Provincial, á quien juzgaban distante más de trescientas leguas en el colegio de Santiago. Aunque el cuidado que tenía de sus hijos misioneros, tan afligidos por la gloria de Dios y bien de sus feligreses, lo habia ya acercado al colegio de Santa Fe, donde le hallaron los Padres. El cual, bien enterado de los grandes trabajos, que sin otro remedio que el que se debia esperar de la poderosa mano de Dios, padecia aquella nueva cristiandad, mandó á todos encomendasen á Su Majestad el negocio con todo fervor en sus oraciones y sacrificios.

El dia siguiente aportó á la ribera del río el Padre Pablo de Benavides, enviado del Padre Antonio Ruiz con nueva de las grandes vejaciones que á sus indios hacian los españo-

les de la Villa Rica, confederados con los Mamalucos, como se dirá en el capítulo que se sigue.

CAPITULO XIII

Refiérense los nuevos trabajos de aquella cristiandad, y la causa porque fueron los Padres perseguidos.

——

Dió el P. Antonio Ruiz desde el Salto del río Paraná la vuelta á sus reducciones caminando por la posta al remedio de aquella gente tan perseguida de los que más debieran ampararla.

Cuando llegó al Tayaoba supo la nueva persecución que habían movido los de la Villa Rica. Pobre villa, la llamara yo sin agravio por aquel dictamen, sacado de la doctrina del apóstol San Pablo. Si no tienes

caridad, por más oro que te sobre, bien te puedes llamar pobre.

Huían los indios cristianos derrotados de los Mamalucos, acogíanse á la sombra de los católicos españoles, y donde se prometían defensa de su libertad y de su vida, encontraban la servidumbre y la muerte, pues como si fueran manadas de corderos se los repartían entre si, robando tiránicamente á las madres sus hijos, á los maridos sus mujeres, y á los caciques sus vasallos. Y porque á esto se oponían constantes los amorosos Pastores, intentaron quitarles la residencia que allí tenían y desterrarlos de toda aquella región, mandando á los indios, so graves penas, no los admitiesen ni les diesen posadas cuando por aquel camino bajaban y subían á sus reducciones.

Con esto creían hacer lisonja al gobernador y que habían de conseguir los premios que por haber testificado en abono suyo les había prometido. Y juzgaban que si echasen á los Padres de todaa quella tierra quedarían dueños absolutos de los indios á bien y mal tratar.

Esta es la única causa por la cual la santísima Compañía de Jesús, generalmenie en todo aquel reino es calumniada y perseguida, mereciendo por ese mismo título sobre otros muchos, el agrado, el cariño y aprobación de todos. Yo puedo ser de esta verdad buen testigo, que más de una vez, sentido de verla tan ultrajada, ayudé con mis pocas fuerzas á defenderla y volver por su inocencia.

Otros dos testigos daré de más autoridad que la mía; el primero el Dr. D. Juan Solorzano y Pereira, oidor del Consejo de Indias, en su tomo segundo del *Indico gobierno*. Y el segundo el Ilustrisimo y Reverendísimo Sr. D. Fr. Melchor Maldonado, obispo de Tucumán, en un informe que á Su Majestad hizo, donde dice las siguientes palabras, hablando de los apostólicos misioneros de la Compañía:

«Son grandes las emulaciones, envidias y persecuciones que padecen por esta causa, sin que haya quien quiera hacer lo que envidia en ellos. Los corregidores reprendidos, ó por su mano ó con su aviso por la del

obispo, se enfurecen, braman, dicen y escriben mil oprobios contra ellos.»

Y ponderando lo mucho que la Compañía de Jesús trabaja en servicio de Dios y de Su Majestad, añade:

«A esto ocurre la Compañia descargando en algo la conciencia de Vuestra Majestad, pero no en todo, porque es mucha la necesidad y no pueden ellos acudir á todos. Han padecido, ocasionadas desto, grandes afrentas, grandes baldones, grandes libelos. Por algo dijo el Salvador á sus apóstoles, y en ellos á todos sus sucesores en la conversión de las gentes. Joan. 15. *Si de mundo fuissetis mundus quod suum erat diligeret. Propterea odit vos mundus, quia de mundo non estis.*» Procuró el Padre Antonio Ruiz, como amorosa madre, recoger los indios que por suerte escapaban de las garras de los portugueses del Brasil y de la servidumbre de los españoles de la Villa Rica en un puesto donde estuviesen seguros de las correrías destos enemigos en el Peabiyú, que es el camino que llaman de Santo Tomé, como dijimos arriba. Y vendiendo las

pobres alhajas que habían escapado del naufragio general, los proveyó de lo necesario para que no pereciesen de hambre, y asistió con espiritual y corporal consuelo á los que por Cristo y por su fe, como los cristianos de la Iglesia primitiva, habían sido despojados de sus bienes y desterrados de sus patrias. En este santo ejercicio de tanta piedad, se entretenía, aguardando el orden del Padre Provincial, que á explorar había enviado al P. Pablo de Benavides.

El sentimiento que hizo dicho Provincial fué grande, cuando oyó el destrozo lamentable que aquellas tropas de lobos carniceros hacían en el ganado de Cristo, y el poco respeto que dos naciones tan católicas tenían á los predicadores del santo Evangelio.

Consideraba dificultosísimo de las tejas abajo el remedio de aquellos males por las distancias grandes que hay desde aquellas provincias á la de Chuquisaca, donde reside la real Audiencia, que sola, después de Dios, lo podía aplicar.

La gravedad de su dolor significó en una

carta el Reverendísimo Padre general Mucio Vitelesqui, donde dice así:

«Esta fué la relación que me hizo el Padre Francisco Díaz, agravándome el mal, proponiendo el pelígro en que estaban todas nuestras reducciones, y la aflicción de los Padres, que le obligó á venirse como desesperado cerca de trescientas leguas de camino á pedirme favor.

No fueron menos tristes las nuevas que me dió el P. Diego de Alfaro del coraje con que el gobernador proseguía la persecución contra los Padres y lo que nuevamente intentaba de ir con gente de guerra á visitar las reducciones del Paraná con evidente riesgo de que se alboroten los indios dellas de las del Uruay y se alcen contra los Padres. Estas son las relaciones que los dos me hicieron, dejándome anegado el corazón en un golfo de cuidados, y sobre el dolor de las calamidades presentes, de temores de otras venideras. Y para que las llorase todas juntas, dispuso Nuestro Señor que la mañana siguiente entrase al amanecer de repente por las puertas del colegio el P. Pablo de

Benavides amarillo y desfigurado, que desde la Villa Rica venía otras trescientas leguas á implorar algún socorro y remedio para tantos males como padecían los Padres de aquellas misiones. Así mitigó el P. Pablo el dolor de mi corazón ya ulcerado con las nuevas del día antecedente.

Este fué el consuelo de la aflicción con que todos estábamos, la que nos recreció de nuevo. Y porque nos hizo enmudecer el dolor, remito á la consideración de V. P. el concepto de su gravedad, que á mi no me obligaron como á Job, á rasgar las vestiduras; las entrañas me hicieron pedazos tan tristes embajadas, atropellándose unas á otras por las muertes de tantos hijos engendrados en el Señor.»

Hasta aquí el P. Provincial significando lo más vivo de su dolor en la irremediable ruina de aquellas reducciones, cuya conversión había costado tantos sudores por espacio de tantos años á la Compañía de Jesús. *Segnius irritant animum demisa per aures, quam quæ sunt oculis subiecta fidelibus.* Si solo el oir la relación de aquellas tragedias

causó tanta pena en su compasivo corazón, ¡cuán grande sería la de aquellos apostólicos varones y amorosos Padres de aquella inocente muchedumbre, ver con sus ojos la sangrienta carnecería que aquellas tropas de fieras montaraces hicieron en ella!

CAPITULO XIV

Continúan los trabajos del P. Antonio Ruiz y de lo que el Provincial obró en su remedio.

Considerando atentamente el celoso y cuerdo Provincial los irreparables daños que ya habia ocasionado el gobernador, y los que amenazaba su mal ánimo y ojeriza mortal contra la Compañía, viendo que no habian sido eficaces tantos medios de paz, de suavidad y cortesía, para ablandar su empedernido corazón y tener á raya el desenfrenamiento de su codicia y de su ira, tomó el consejo que en aprieto semejante el santo

Pontífice Onías, como se escribe en el capítulo 4 del libro 2 de los Macabeos: *Considerans Onias periculum contentionis & Apollonium insanire, utpote Ducem Cœlesyriæ, & Phœnicis, ad augendam malitiam Simonis, ad Regem se contulit, non ut civium accusator, sed communen utilitatem apud semeitpsum universæ multitudinis considerants. Videbat enim fine Regali providentia impossibile esse pacem rebus dari nec Simonem posse cessare astultitia sua.*

Con poca mudanza de sílabas pudiera parecer que hablaba á la letra de nuestro caso, No cierto con ánimo de ofender al gobernador, sino de solicitar la defensa de aquella cristiandad tan inícuamente perseguida; despachó el Provincial al P. Francisco Diaz Taño, camino no menos que de quinientas leguas á la ciudad de Chuquisaca, para que diese cuenta á los señores del Consejo Real del calamitoso estado á que los Brasiles, asistidos del gobernador, habian reducido aquellas reducciones, y del riesgo que corría acabasen con todas las demás. Llevó consigo los auténticos testimonios de

todo lo actuado en el Guayrá y Asunción.

Y para tentar segunda vez todos los medios suaves antes de llegar á los rigurosos de justicia, resolvió el Padre Provincial visitar personalmente dichas reducciones entre tanto que el P. Francisco Diaz hacia á Chuquisaca su viaje.

Hízolo finalmente con el auxilio de Dios, dió cuenta á la real Audiencia de los excesos y desafueros del gobernador y de los graves daños que su desatención ó su codicia ocasionaban; presentó sus papeles, dióse parte al fiscal que tiene Su Majestad en ella. Juntarónse los actos que traía el Padre y los que el gobernador habia remitido curándose, y no sé si en sana salud, como él imaginaba que no quería conocer el mortal achaque de que adolecía.

Por ellos constó manifiestamente de sus graves delitos y haber sido cómplice en la entrada que los ladrones Mamalucos habian hecho en provincias de Su Majestad. Y así por esto como por no haber acudido á la defensa cuando tuvo aviso de los sacos y cautiverios que se hacian en los pueblos cristia-

nos, se halló iba á la parte del despojo con ellos. Con que se despachó en nombre de Su Majestad un juez pesquisidor para que hecha plenaria información y hallándolo culpado, lo llevase preso.

Así se ejecutó, y el fiscal del rey, con celo santo de la justicia y del servicio de Su Majestad y defensa de los pobres, le hizo cargo de sus delitos, y constando plenamente de todos, fué privado por diez años de oficios reales y multado en catorce mil pesos, y él por no pagarlos hizo fuga al Brasil, donde se había casado y tenía su ladronera. Así suele Dios con la vara del rigor probar la paciencia de los suyos, y después de haberles sacudido el polvo, dar con la vara en el fuego.

Mientras en Chuquisaca se solicitaba el remedio, subió el Padre Provincial á darlo donde le llevaba el mayor peligro. Navegó el rio Paraná arriba, y sin tomar puerto en las reducciones de Loreto y San Ignacio, por el río del Ubay llegó á la Villa Rica para pasar al Tayaoba y de allí á las reducciones de San Francisco Xavier, Santo Tomé

y Jesús María, que eran las amenazadas de los Mamalucos y las que corrían riesgo más conocido. Y cuando con mayor cuidado caminaba á largas jornadas, tuvo aviso que los enemigos habian saqueado la reducción de San Francisco Xavier, y cautivado, no solamente sus vecinos, sino también á cuantos á ella se habian retirado de la Encarnación, destruída el año antecedente.

Cuando sucedió este último saco, el Padre Antonio Ruiz andaba bien ocupado en el amparo y consuelo de los indios que venian huyendo de las reducciones de San Pablo, San Miguel, San Antonio y la Encarnación, conduciéndolos al pueblo, que se habia comenzado á fundar en el Peabiyuí. Y juzgando que el Padre provincial descansaría en Loreto y San Ignacio, cuando tuvo nuevas que como verdadero Padre iba á padecer con sus hijos, y ayudarles á llevar aquella cruz pesadísima, fué luego en busca suya, y encontró un indio que le dió por mayor nueva de la ruina de la reducción de San Francisco Xavier.

Acudió á Nuestro Señor en el santo sa-

crificio de la misa, diciéndola con mucha ternura y devoción en su altar portátil; y lo mismo hizo su compañero el P. Luis Arnot, que con unas embarcaciones habia bajado á llevar bastimento para los indios del Peabiyui. Antes de decirla, se recogió el P. Antonio un rato, y se reconcilió con el P. Luis, y después de haber estado buen rato con los sentidos suspensos, le dijo:

—Mi Padre, V. R. no se altere, que esto Nuestro Señor lo permite por sus altísimos juicios. Todo esto dias há que me lo mostró Su Majestad, individuándome el modo con que habia de suceder. Cúmplase en todo su santísima voluntad.

Después de la acción de gracias, con mucha paz interior fueron al pueblo y en él hallaron solo al P. Silverio Pastor, porque su compañero el P. Cristobal de Mendoza habia ido en busca de buen número de gente retirada á los montes, para más asegurarla de los Tupíes.

Aún no habian hecho asalto en la población los Mamalucos y solamente habian acometido las chácaras, rozas y sementeras,

donde los más estaban ocupados, engañándolos con esta fingida cortesía, para cogerlos juntos como lo habian hecho en San Miguel y San Antonio.

Confirió el P. Ruiz con los Padres que se hallaron presentes si seria buen consejo formar un fuerte para defender los indios de aquel lugar mientras no se podian trasladar á otra parte sin peligro; y lo que sucedió, cuéntalo en el § 36 de su *Conquista*, por estas palabras:

«Fué creciendo la libertad de los del Brasil por falta que hubo de castigo. Y desde el año 1628 hasta este tiempo no han cesado de develar cristianos destas provincias y llevarlos cautivos á las suyas y venderlos para esclavos como lo hacen los moros con los cristianos en la plaza de Argel.

Entraron con maña en la reducción de San Francisco Xavier, pueblo de mucha vecindad, donde habia tiempo que estaba colocado el Santísimo.

Los vecinos, bien informados de la crueldad destos alarbes Brasiles, con solo el nombre de cristianos, muchos se escondieron en

los bosques con sus hijos y mujeres, de donde salian á sus sembrados á buscar la comida, y allí daban en manos de los enemigos, que los hacian prisioneros, y daban tormento para que confesasen donde habian dejado su familia, en busca de la cual iban, y la llevaban cautiva á su fortín en que recogian la presa.

En estas ocasiones no hay que hacerles resistencia, porque al que hace alguna, con los alfanges le parten la cabeza, con que atemorizan á los demás.

Dudamos si saldríamos con el Santísimo en las manos, para reprimir la furia destos enemigos. Pareciónos más acertado consejo consumirlo, temiendo algún desacato ó incendio en el pueblo.

Con la poca gente con que nos hallábamos hicimos una palizada pequeña porque no nos cogiesen descuidados. A la una del día, con mucha algazara, y bárbaro estruendo se metieron en nuestro patio; salimos al ruído, metimos la gente en lo interior de la casa. Y mientras los demás arrebataban á los que alcanzaban á ver, uno dellos, en

hábito de beato, con una ropa talar de lienzo colchada de algodón, con su escopeta al hombro, su espada ceñida y un rosario de ermitaño en la mano, se puso á hablar con uno de los Padres de cosas espirituales y puntos delicadas de oración. Hacía como que rezaba é iba pasando á gran prisa las cuentas. Y se creyó contaba sus cautivos para ajustar después la partición, sobre la cual suele haber entre ellos grandes pesadumbres.

Muy poca presa hicieron en esta ocasión, por la buena diligencia de los Padres. Pegó uno dellos fuego á una casa pajiza que estaba pegada á la iglesia. Aquella comenzó á arder, y él á dar voces:

—Seánme testigos que los Padres son incendiarios.

Acudimos luego á apagar el fuego para preservar la iglesia.»

Sucedieron en este asalto algunos casos, claros testimonios de la providencia con que Dios libró de las garras de aquellos lobos algunos escogidos, permitiendo que otros cayesen en ellas en penitencia de sus peca-

dos. El uno fué que sabiendo el P. Silverio Pastor que habian cautivado algunos indios casados, cuyas consortes quedaban en el pueblo, fue á la palizada con mucho valor á pedirles les diesen libertad y respetasen el Sacramento del matrimonio santo. Enfurecidos de ver que llevaba algunos indios con arcos y flechas, acometieron contra el Padre, y los indios que escaparon desta refriega, llevaron á San Ignacio y Loreto nueva de que lo habian muerto. Tuvo la misma nueva en el Peabiyú el P. Juan Suárez de Toledo; vino volando y halló al P. Pastor y á los demás Padres vivos. Entre todos recogieron de aquel naufragio hasta trescientos indios y los llevaron á Loreto.

CAPÍTULO XV

Saquea el enemigo la reducción de San Francisco Xavier; llega á ella el Padre Provincial Francisco Vázquez Truxillo.

El entrañable dolor con que llegó el Padre Provincial á la Villa Rica, se fué aumentando con las nuevas del estrago que en todas partes hacian los Mamalucos, que confirmó el teniente de aquella Villa. El cual tué á dicho Padre Provincial muy alterado y de guerra, y díjole el aviso que tenía de que estaba cercada la reducción de San Francisco

Xavier, y él resuelto de partir luego con su gente á socorrerla.

Agradecióselo el Provincial y ofrecióle ir en su compañia, como quien no sabía la dañada intención de aquellos españoles, que por interesados y cómplices se entendían con los portugueses del Brasil, y todos iban á partirse la capa de los pobres indios.

El P. Antonio Ruiz, artero de acuchillado, como muy sabedor de estas astucias, escribió al Padre Provincial que sería de mayor servicio de Dios que aquella gente no fuese al socorro, que con pretexto de defensa tiraba á su mayor ruina. Y aunque por entonces se tuvo este consejo por menos prudente después mostró la experiencia haber sido prudentísimo.

Presto descubrieron el ánimo que llevaban los que decían que iban á la defensa y al castigo de los Brasiles, pues llegando á afrontarse con el enemigo, uno de los españoles se adelantó á asegurarlos no tenían que temer, porque no era el alarma contra ellos.

Con esta seguridad arbolaron bandera de paz, y cuando los de la Villa Rica, superiores en fuerzas, pudieron quitarles la presa y darles el merecido castigo, con la misma paz se volvieron á sus casas.

Procuró el Padre Provincial, que iba en su compañía, detenerlos, rogándoles que defendiesen la causa de Dios y amparasen aquellos indios inocentes; pero todo fué por demás, porque llevaban la traición en el cuerpo, y tenían su parte en el robo.

Como se vió manifiestamente, pues habiendo recogido algunas familias que de industria les dejaron los Mamalucos, el teniente español y sus tropas dieron sobre ellas y con la misma impiedad las llevaron cautivas.

Quedó atónito el religioso Provincial cuando vió con sus ojos y tocó con sus manos lo que nunca pudo creer de hombres católicos y vasallos de un monarca tan pío, que por tan ofendido se había de dar de injusticias semejantes, en castigo de las cua-

les *transfertur Regnum de gente in gentem.*

Los vasallos delincuentes y los príncipes lo pagan unas veces con culpa, porque lo saben y no lo remedian, otras veces sin culpa, porque no se les da noticia de semejantes excesos.

Asimismo conoció cuán sano era el consejo que le habia dado el P. Antonio Ruiz, y cuán fiero mónstruo es la avaricia, que ni tiene respeto á Dios, ni lo teme, ni aun lo conoce.

Coligió de aquí lo mucho que aquellos varones apostólicos, hijos suyos, padecían en la conversión de aquella gentilidad, y les envidió las coronas que iban labrando en el cielo. *Quas reddet illis Dominus in illa die iustus Iudex.*

Tuvo particular compasión al P. Antonio Ruiz, que tantas veces moría cuantas ovejas le arrebataban aquellos voracísimos lobos, por el amor entrañable que les tenía, y por los inmensos trabajos y peligros á que se había expuesto por traerlas á los apriscos de la Iglesia y conocimiento de Dios.

Lo que más lastimaba los corazones de aquellos Padres, era ver que algunos voluntariamente se pasaban al enemigo, ya rendidos al temor, ya engañados con promesas falsas, con pérdida cierta de su libertad, pues en llegando al Brasil los venden para esclavos en pública plaza y los maltratan con increíble impiedad.

Algunos destos desventurados vieron después los religiosos de la Compañía en varias poblaciones de las costas del Brasil y el mismo P. Francisco Díaz Taño. *Quœque ipse miserrima vidit & quorum pars magna fuit*, en el rio Geneiro, viniendo por Procurador á Roma de aquellas provincias, halló algunos que llorando su miserable servidumbre lo visitaron y enternecieron, marcados los pechos con los hierros con que marcan los bueyes y caballos.

Entre otros de los engañados, fueron dos caciques principales, el famoso Pin Dobiyu, de quien tantas veces se hizo honorífica mención, y el capitán Manuel Abiyurá. Con eso perdieron las esperanzas de remedio y temieron la total destrucción de más de dos-

cientas mil almas que habian cristianado en aquellas provincias.

El evidente peligro en que estuvo el residuo de las reducciones saqueadas del Guayrá, obligó á los Padres Provincial y Antonio Ruiz á resolver la retirada hacia el Paranapane de una parte de la gente, y de otra hacia el Vibay, para formar una buena reducción, donde al abrigo de los españoles se pudiesen mejor defender.

Recogieron hasta quinientas almas de más de ocho mil que alli tenían.

El trabajo que padecieron en salvar esta gente y conducirla á los puestos destinados, es superior á todo encarecimiento, pues era fuerza el caminar sin otro mantenimiento que las raíces de las yerbas y plantas que después de rendidos de la jornada á pié habian de buscar por el campo, con peligro de dar en manos de los enemigos, que venían siguiendo el alcance.

El llanto contínuo de aquellos cristianos afligidos, era un cuchillo de dos filos á los corazones de aquellos Padres, tan llenos de compasiva caridad, particularmente al de

nuestro P. Antonio Ruiz, que en todas estas calamidades era el blanco que hacían más pesadas suertes todas las flechas y balas enemigas,

CAPITULO XVI

Suben los Padres Provincial y Antono Ruiz al Tayaoba. Refiérese la total destrucción de aquellas reducciones.

Caminando los Padres Provincial y Antonio Ruiz con el cuidado y temores que ocasionaban las hostilidades de los del Brasil, llegaron á la reducción de los Angeles, primera que se fundó en el reino del Tayaoba, donde tantas veces habia el P. Antonio puesto su vida en peligro manifiesto.

En ella hallaron en armas y prevenciones de guerra toda la gente, por el aviso que les habian dado sus espías de que el tirano

Mamaluco se encaminaba allá con todo su grueso. A un mismo tiempo batallaron en los pechos de los dos apostólicos varones, dos contrarios afectos.

Por una parte era grande su gozo viendo aquellos cristianos tan arraigados en la fe, tan bien instruídos en ella, y con tanta policía, á los que poco antes en sola la figura exterior se diferenciaban de las fieras. Por otra, no era pequeño su temor de que á esta tan lucida población habia de suceder lo que á otras del Ibitirumbeta, Tayatí, Ibitiruna. Porque aunque excedian en número á los contrarios, las armas ofensivas y defensivas eran muy desiguales.

Creció su desconsuelo con el mismo consuelo y alegría con que los recibieron, juzgando que en su presencia tenían todo amparo y defensa segura, y debiera ser así, si los del Brasil tuvieran de Cristianos algo más que el nombre; pero paliaban con solo él, fiereza de alarbes é impiedad de turcos.

Consultaron el remedio todos los Padres que habian concurrido á dar la obediencia y tiernos abrazos á su prelado, y no hallaron

otro mejor que retirar aquella reducción hacia el río Piriquiri y pueblo de la Virgen de Capacavana, que en su ribera estaba fundado, donde los juzgaban seguros, por estar en medio de la nación Guañaña, tan temida de los Brasiles salteadores, á donde jamás se habian atrevido á llegar, y antes deste paraje, la Villa Rica de los españoles.

A todos los Padres pareció acertada la resolución, auque pasaban de diez mil almas, sin las agregadas de Santo Tomé y de Jesús María, las que se habian de trasplantar. Comunicóse la resolución con los indios, y aunque á muchos pareció bien, los más la reprobaron, teniendo por imposible la mudanza y el dejar sus tierras, sus chozas y sembrados, en que tenian libradas todas las conveniencias de la vida; pero como se doblaron los avisos de que el enemigo victorioso é insolente con las presas pasadas se iba acercando, vencieron todas sus dificultades y se ajustaron al saludable consejo que les daban sus Padres.

Dejando el provincial instrucción de lo que se debia de hacer, pasó á la visita de

Loreto y San Ignacio. Continuaron los avisos de la venida del enemigo, con que se ejecutó la fuga y traslación, con la diligencia que se dirá en el capítulo siguiente.

Llegó á la visita de dichas dos reducciones, y se consoló grandemente de ver en ellas tan linda disposición, tanto concierto en los edificios é iglesias, como en las ciudades de los españoles, tanta policía y tan buen gobierno en todo ejercicio de recta justicia y cristiana piedad, tanta asistencia á los divinos oficios y frecuencia de Sacramentos.

En este lugar halló al P. Juan Suárez asistiendo y gobernando la gente que se habia retirado de las reducciones de San Francisco Xavier y de San Josef, y entendiendo la caridad con que los naturales habian hospedado en sus tierras á aquellas afligidas familias, les dió las gracias y alabó mucho obra de tanta piedad.

Ordenó que se les señalase sitio competente para que pudiesen hacer su pueblo aparte y vivir con descanso y abundancia. Previniendo los asaltos que el enemigo podría dar á aquellas floridísimas reducciones,

pobladas de tanta gente, mandó fabricar gran número de canoas para huir el río abajo, en caso que aquel acometiese con ventajoso poder, y se juzgase imposible la resistencia y acogerse á los pueblos que tiene la Compañía pasado el Salto, donde hallaria su necesidad todo socorro. Y que su Paternidad Reverenda dejaría en ellos orden para que este se previniese con todo cuidado. Y aunque permitió el Señor que destas mudanzas resultasen algunas calumias al Padre Antonio, á quien se atribuían, para labrar más preciosa la corona de su paciencia, conocióse haber sido sin fundamento, pues todo fué ordenado y dispuesto por sus Superiores, á quienes siempre veneraba y tenía en lugar de Dios.

En este estado dejó las reducciones el Provincial, cuando por el río abajo dió la vuelta á su provincia. Acompañólo el Padre Ruiz hasta el Salto y volvió á toda diligencia á la Villa Rica, á donde le llamaban los cuidados de aquella atribulada cristiandad, que tenía en su vista librado su mayor consuelo. De allí partió á recibir los Padres

é Indios que se venian retirando del Tayaoba.

Con las fatigas de tan contínuos viajes adoleció en el camino de unas tercianas penosas que no poco ejercieron su gran paciencia, destituído de todo regalo, solo con harina de palo. Caminaba enfermo con alientos de sano, con ánsias de llegar al gran Santuario de Nuestra Señora del Piquiri, donde habia experimentado por su intercesión tantos favores del cielo. Y lo experimentó en esta, pues luego cobró entera salud.

CAPITULO XVII

Acometen los Mamalucos las reducciones de Tayaobas y Guañañas. Trabajos de los indios y de sus apostólicos misioneros.

—

De todos los trabajos que hasta aquí padeció esta nueva cristiandad, podemos decir lo que el Salvador del mundo de las borrascas precursoras al juicio universal. Matth. 24. *Hæc autem omnia initia sunt dolorum*; no fueron más que principios de otros más graves dolores, ligera escaramuza de más sangrientas batallas, preludios de las tragedias que quedan por referir. Lo que en ellas

padeció nuestro grande Antonio, él mismo lo testifica en tercera persona:

«La fuerza, dice, de los trabajos que padeció, solo el Señor lo sabe. Por mucho tiempo, á lo mejor del sueño, se le alteraba el corazón dándole tan recios latidos, que parecía ó querer saltarse del cuerpo ó hacerse pedazos. Era necesario y único remedio levantarse con presteza y ponerse de rodillas delante de Dios y arrojarse en sus brazos con confianza, porque las angustias eran tales, que no extrañara quedar á su rigor muerto de repente.

De dos causas le procedían; la una del deseo grande que tenía de ver convertido á su Dios todo el gentilismo, y la otra de los óbices que á esta conversión oponían los mismos cristianos del Brasil.

Tres veces se vió á punto de espirar apretado destas agonías.

Las mismas mortales ansias padeció el P. Francisco Diaz Taño, socio inseparable del P. Antonio en todas sus penas, y el mismo riesgo de morir con el garrote deste verdugo interior muchos de aquellos apostóli-

cos varones y singularmente del P. Cristobal de Arenas, gran misionero y muy siervo de Dios, fué voz común que sin otro achaque murió de las congojas que padeció en esta furiosa tormenta.

No hay que admirar, porque aquellos pobres Padres se hallaban en medio de un golfo borrascoso, conjurados todos los vientos, las olas á las estrellas, cercados por todas partes de innumerables fatigas, que abrumaban el esfuerzo mayor, y sobreviniendo de tropel unas á otras, no les dejaban respirar en aquella gravísima pesadumbre.

No puede la pluma describir las atrocidades, los cautiverios, las muertes, sobre el estrago del contagio, la quema y saco de los lugares, perdido el respeto á las iglesias y ministros de Dios, los suspiros y lamentaciones de los prisioneros y el orgullo y triunfo de los piratas insolentes y encarnizados en el degüello y matanza de tanto cordero, relamiéndose en su sangre y nunca hartándose della, y todo á vista de los tristes pastores.

Espectáculos eran bastantes para acabar-

les la vida, si Dios no la guardara con especialísima providencia. Permitió la Divina Majestad, por sus altos y secretos juicios, que se arrancase esta viña con la misma prisa con que se plantó, cuando iba creciendo con admirables aumentos y dando á la santa madre Iglesia sazonadísimos frutos.

Apenas partió el Padre Provincial de la reducción de los Angeles del Tayaoba y comenzádose á ejecutar la retirada que habia ordenado, cuando los enemigos acometieron aquellas provincias con extraordinario furor, como si solamente fueran á ellas á reseñas de su crueldad y á hacerse en todo aquel nuevo orbe formidables, asolando pueblos, hiriendo y degollando indios, y escogiendo solos los más robustos para el duro cautiverio.

De dos mil familias que tenía la reducción de los Angeles con más de diez mil almas, solas pudieron salvarse por la buena diligencia de los Padres dos mil personas, porque como los indios destas provincias no habian experimentado la fuerza bárbara de aquellos tiranos, juzgaron estarían seguros

en los montes á la sombra de sus chácaras, y allí los prendían sin defensa, quitando la vida á quien quería hacerla. Y aunque acudieron los Padres Simón Maceta, Cristobal de Mendoza, Diego de Salazar, Diego Ferrer, Luis Arnot, Ignacio Martínez y Nicolás Henarcio, poniendo á riesgo sus vidas, no fueron poderosos para quitarles á aquellos leopardos la presa.

Despacharon por el río la gente que pudieron recoger en canoas, y en ellas algunas alhajas de la Iglesia. Marchó con ellos el P. Luis Arnot para pasarlos al río del Piquiri, y de camino recoger la gente que estaba esparcida del Peabiyuí.

Habiendo llegado al Salto de Arayní, donde los indios hechiceros quisieron matar al P. Antonio y le comieron los indios sus compañeros, tuvo noticia que allí habia nueva cantidad de gente que se juzgaba segura del enemigo, y un gran cacique llamado Tinguigue que muchas veces habia hecho frente á los españoles de la Villa Rica, juzgando que de la misma suerte se defenderia de los Mamalucos.

Rogóle el Padre que con todos los suyos se fuese en su compañía; enfurecióse de suerte, que dijo que ni él ni su gente se habia de mover de aquel lugar, y sacando su espada, acometió al Padre con tanto corage, que se creyó lo quería matar; pero mitigó la cólera cuando el Padre le dijo que no venía á sacarlo de su tierra, sino á darle aviso de su peligro, ó para que se previniese ó para que se pusiese en salvo.

Mejor le fuera tomar el consejo del Padre é ir en seguimiento suyo; quedóse allí, y allí pereció á manos de los enemigos él y toda su gente, que quisieron hacer resistencia.

Llegó el Padre al Peabiyuí, y con la gente que allí estaba pasó á la Villa Rica, y aunque los vecinos quisieron apresarlos, los defendió valerosamente. Y habiendo gastado sesenta dias en el viaje, buscando el sustento por los montes y con la pesca del río, llegaron á la ermita del Piquiri.

Los demás Padres, como verdaderos pastores, andaban recogiendo el ganado esparcido. Sentían mucho la pérdida de muchas

familias que por no seguir su consejo se quedaron en puestos que había de saquear el ejército contrario, y por amor de la patria perdieron patria y libertad y muchos la vida.

Supo el P. Simón Maceta que en las quebradas de una serranía habia muchos indios, y entre tanto que sus compañeros caminaban con sus tropas fué á persuadirles que le siguiesen.

Nada consiguió dellos, antes bien dos indios que iban con el Padre se quedaron con ellos, con que se vió compelido á volver solo con la oscuridad de la noche, por sendas ásperas y llenas de malezas, por despeñaderos horribles, por bosques poblados de tigres ferocísimos, y sin saber el camino. Con todo, guiado del angel de su guarda, dió en la gente y llegó con ella á la reducción de San Pedro.

Halló solo al P. Diego Ferrer, tendido en el suelo, rendidas las fuerzas de un súbito desmayo que no le habia permitido pasar adelante. Aquí se halló perpleja su caridad. Esta no queria que dejase solo á su herma-

no en aflicción tan grande; si los indios pasaban adelante sin él, corrian grande riesgo de perderse; si los detenía, de dar en poder de los enemigos, que seguían el alcance.

Resolvió dar aviso á los que marchaban en vanguardia para que un Padre volviese á convoyar aquella tropa y él quedarse asistiendo al compañero enfermo.

Algunos dias después que los Padres partieron con la gente que los quiso seguir de la reducción de los Angeles llegó el enemigo y ensangrentó sus uñas en las ovejas que no oyeron el silvo de su amoroso pastor, y experimentaron el rigor de sus prisiones y de sus armas, viendo los campos llenos de heridos y muertos de los que quisieron defenderse.

Algunos de los cautivos dieron noticias al enemigo de lo que los Padres habian retirado hacia el Piquiri; siguieron el alcance y llegaron á la reducción de San Pedro, donde el P. Simón Maceta asistía al enfermo, que ya estaba en los últimos alientos.

Tuviéronlos los salteadores impíos para robar las pobres alhajas y quisieron llevar

cautivos solos dos muchachos que servian á los Padres; pero defendiéronlos, porque no les enseñasen el camino que llevaban las tropas fugitivas.

Ellos siguieron el de la Concepción, donde el P. Salazar estaba para socorrer los indios que fuesen llegando. Arribaron á unas chozas de la nación Guañaña, en las cuales solo habia tres ó cuatro indios con sus hijos y mujeres, que se resistieron con gran valor. Todos cayeron con balazos, pero muchos más de los enemigos derribaron con sus flechas. Admiraron éstos tanto valor, y sabiendo que estaba en el pueblo el Padre Diego de Salazar, fueron á contarle la refriega.

El Padre les representó el riesgo que sus vidas corrian si acometiesen á los Guañañas, porque era gente belicosa, de resolución y diestra en las armas y que habian ya perdido el miedo á los arcabuces. Con que se acobardaron y detuvieron, y fué providencia divina, porque si prosiguieran, con la furia que los arrebataba, hubieran alcanzado y cautivado la gente que huía.

Sabido por los valientes Guañañas que los perros Mamalucos habían entrado por sus tierras, se enfurecieron y bramaron como leones, y más cuando oyeron la crueldad que habian usado con algunos de sus naturales.

Trataron de cerrar con ellos, pero como eran inferiores en número y en armas, y los enemigos estaban atrincherados, procuró el Padre detenerlos aconsejándoles que se estuviesen á la mira. A los Brasiles persuadió la retirada por el peligro que corrían de morir todos á manos de aquella nación, como lo experimentaron la siguiente noche, en que llovieron sobre ellos nubes de flechas, de que muchos quedaron mal heridos, y así, ayudados de las tinieblas, procuraron escapar antes de amanecer. Y los Guañañas infieles, juzgando que el P. Salazar tenía la culpa de aquella invasión, intentaron matarlo, pero mientras ellos se cebaban en el robo de los sagrados ornamentos y otras alhajas de su casilla, sin ropa ni sombrero, se salvó en la vecina espesura y después siguió por el rastro á sus compañeros, y con la noticia que

les dió les dobló las penas, viendo que el enemigo por todas partes hacia de las suyas.

CAPITULO XVIII

Prosigue la destrucción de las provincias del Guayrá, y los trabajos del P. Antonio y de sus compañeros.

Volvia el P. Antonio Ruiz de su jornada con el corazón, aunque grande, ahogado en tantas olas de amargura y cuidados, pues cargaba sobre él: *Sollicitudo omnium ecclesiarum*, con el *Quis infirmatur & ego non infirmor*? Todo lleno de cuidados de las reducciones del Tayaoba, sin saber sus sucesos ni lo que los padres habian ejecutado, ni las aflicciones y peligros en que actualmen-

te se hallaban en su fuga, ni la extrema necesidad de la hambre que padecían los fugitivos, que les obligó á comer las sabandijas de los campos ocasionándoles gravísimas enfermedades, ni los peligros de la vida que habían corrido los Padres Salazar entre los gentiles Guañañas y Cristobal de Mendoza entre los suyos, á quien un indio desatinado iba ya á descargarle una hacha sobre la cabeza, á no haber sido tan prontos en suspender el golpe otros indios cristianos, porque lo guardaba Dios para llevar muchas almas al cielo, y para entrar en él con corona de otros mas ilustres mártires, como en su vida se refiere.

Subió por el río Piquiri para venerar, como solía, en su devota ermita á la reina del cielo, y elegir los puestos más acomodados para fundar los pueblos de los indios en caso que se retirasen; pero cuando llegó supo que venían huyendo la furia de aquella tempestad y los estragos que esta había hecho en el Tayaoba, Ibitirumbeta y Tayatí. El consuelo que tuvo en tantas penas, dejólo escrito en sus notas:

Halló, dice, siempre alivio particular en todos estos trabajos, acordándose que Dios le habia anunciado en su primera vocación lo mucho que por su amor había de padecer, con las cruces que le mostró muchas veces. Y esta memoria lo confortó para que no muriese abrumado dellas. La continuación destos trabajos y el hábito de padecerlos, le hicieron perderles de suerte el miedo, que ya animoso los acometía, fiado que Dios lo había de socorrer en los lances más apretados.»

A los indios afligidos con aquella tan grave calamidad, consoló el amoroso Padre y los animó á la paciencia y conformidad con la voluntad divina, y los exhortó á hacer luego sus rozas y sementeras, para que teniendo segura la comida, lo fuese su permanencia en aquel lugar.

Trató de hacer dos poblaciones de indios Chiquís, en quienes los del Tayaoba hallasen socorro á su necesidad.

Comenzaron nuevos cuidados á combatir su pecho de bronce con las nuevas de los pueblos del Paranapane, Loreto y San Igna-

cio, á donde se habian acogido las reliquias de la Encarnación, San Pablo, Santo Tomé, San Francisco Xavier, San Miguel y San Antonio.

Las nuevas fueron que no contentos los Mamalucos con las innumerables almas que llevaron cautivas de aquellas provincias, que según afirma Su Majestad en su real cédula del año 1639, pasaban ya de trescientas mil se convocaron de nuevo y vinieron con ejército poderoso á saltear en las riberas del Ubay y pueblos de los indios que servían á los españoles de la Villa, y no hallando resistencia á su poder y desbocada codicia, acometieron á la misma Villa, para sacar á viva violencia de sus casas y llevar cautivos á los indios, actualmente ocupados en el beneficio de sus haciendas. Y lo hubieran ejecutado, á no hallarse presente el ilustrísimo señor D. Fr. Cristobal de Aresti, obispo del Paraguay, que á la sazón visitaba Pastor solícito su obispado, y les salió al encuentro, animando á los vecinos y á los mismos sacerdotes á la defensa, con que volvieron atrás, pero tan encarnizados, que no dejaron indio

en la comarca que no hiciesen prisionero, amenazando á las reducciones de Loreto y San Ignacio y á las demás que se iban reedificando, como constó de los autos que se hicieron para remitir á Su Majestad y su real Consejo. Y viendo aquella Villa sin suficiente defensa, la trasladó el celoso prelado al pueblo de Maracayú.

Partió con estas nuevas el P. Antonio Ruiz á las reducciones de Loreto y San Ignacio para disponer la defensa. Caminó por tierra á la Villa Rica, donde supo los intentos de los traidores corsarios. Llevó consigo á los Padres Simón Maceta y Pedro de Espinosa; llegaron á dichas reducciones, hallaron á los indios sobresaltados é inquietos con el temor del enemigo, que decian marchaba á toda prisa contra ellas.

Trataron al principio de fortificarse; pero como sus armas son de fuego y las de los indios flechas, parecióles escusada la diligencia.

Con esto el P. Ruiz, ajustándose al orden que tenía de su Provincial, resolvió marchar el río abajo con toda aquella muchedumbre

que retrataba la salida de Egipto de los hijos de Israel. Y lo que sucedió en este largo y trabajoso viaje, lo dirá el capitulo siguiente.

CAPITULO XIX

Retíranse con inmenso trabajo las reducciones de Loreto y San Ignacio.

——

Resuelto el P. Antonio de poner en ejecución el árduo y forzoso medio para la conservación y defensa de aquella cristiandad, despachó al P. Pedro de Espinosa un correo, ordenándole que descendiese luego con toda su gente, que estaba en el río Piquiri hacia el Salto, y que se encontrarían los de Loreto y San Ignacio en el camino.

Él mismo cuenta largamente los trabajos desta prolija navegación.

«En la despoblación, dice, de tan gran provincia, causada por los del Brasil, en que salieron de sus aires naturales más de doce mil almas, pocos dias antes desta salida, que fué de horrendos trabajos, yendo á celebrar, con vivo dolor de que Dios fuese desterrado de sus templos, donde asistía sacramentado y acatado con toda reverencia, en el *Introito* de la misa, se le representó Cristo crucificado, y reparando, advirtió que no tenía en su sagrada cabeza la corona de espinas, al punto sintió que él la tenía clavada en la suya. Por lo cual conoció lo que había de padecer en aquel viaje, y no solamente de los extraños, sino también de los domésticos.»

Y todo sucedió. Más por extenso lo refiere todo en el libro de su *Conquista*, en la forma siguiente:

«Las centinelas que teníamos, nos dieron aviso de la venida del enemigo, con que los indios trataron de mudarse y dejar sus tierras por salvar la libertad y las vidas.

Ayudó mucho á esta mudanza un requerimiento que la justicia de la ciudad de Guayrá nos había hecho, pidiéndonos

mudásemos aquella gente, porque ellos no nos podían favorecer contra enemigo tan poderoso.

Esta requesta traía disfrazada una gran traición, porque su dañada intención era salirnos al camino, hacer con nosotros lo que los Mamalucos de San Pablo, robarnos las ovejas y repartírselas entre sí. Así lo aprobó el suceso, aunque no consiguieron lo que con dolo pretendían.

Como ya los indios estaban prevenidos y resueltos, facilitóse mucho la partida. Era de ver por toda aquella playa ocupados tantos en fabricar balsas, que son dos canoas ó maderos grandes cabados como barcas, sobre los cuales forman una casilla bien cubierta que resiste á la lluvia y al sol.

Andaba la gente ocupada en bajar al río su matalotaje y alhajas. El ruído de las herramientas, la prisa y confusión, parecia anunciar vecino el dia del Juicio. Añadíase á esto la vista de seis ó siete sacerdotes religiosos, que allí nos hallamos todos ocupados en consumir el Santísimo, en descolgar imágenes, en recoger ornamentos, desente-

rrar tres cuerpos de Padres misioneros insignes, que allí descansaban, para que nos acompañasen en este trabajo muertos, los que en muchos nos habian hecho buena compañía vivos, y no quedaran con la decencia y honra debida en aquellos desiertos.

Era lástima desamparar iglesias tan hermosas, que tanto nos habían costado de fabricar y embellecer, y que si en riqueza no, por lo menos en aliño, limpieza, desahogo y curiosidad, podian competir con muchas de los colegios de Europa. Dejámoslas bien cerradas porque no sirviesen á las bestias montaraces de madrigueras.

Fué este espectáculo tan luctuoso, que hasta el cielo hizo en la tierra su sentimiento en una imagen de pincel de dos varas en alto, de una reducción del Paraná, distante más de cien leguas destos despoblados, y que habíamos destinado término y paradero de nuestro viaje, la cual imagen, al mismo tiempo que desamparábamos nuestros templos, se vió sudar gotas tan grandes y en tanta abundancia, que los Padres no bas-

taban á coger el sudor con algodones, admirando suceso tan prodigioso, y teniéndolo por presagio de algún trabajo grande, cuando aún ignoraban el nuestro.

Cogiónos la nueva deste prodigio en el mayor aprieto de nuestra transmigración, y nos sirvió de consuelo el saber que la Santísima Virgen, cuya era la imagen, mostraba tenernos compasión de nuestra miseria. Otros dos ángeles hicieron la misma demostración de sentimientos: *Angeli pacis amare flebant*, de cuyos ojos se vieron correr lágrimas como gruesas perlas, llorando sin duda el saco de la reducción y templo que á sus siete príncipes habia dedicado en el Tayaoba. De todo lo cual se tomó jurídica información por el obispo de Paraguay.

Fabricáronse en breve tiempo setecientas balsas sin muchas otras canoas sueltas, en que se embarcaron más de doce mil almas que se escaparon deste tempestuoso diluvio. Dos dias solos habíamos caminado río abajo, cuando nos alcanzaron unos indios que se habían detenido en su despacho.

Estos nos dijeron cómo el enemigo que-

daba furioso por verse burlado, y que culpaba su detención, pues á haber acelerado un poco más su venida, sin duda nos hubiera cogido.

Llegaron los Mamalucos á dichas reducciones, halláronlas desiertas, embistieron contra las puertas de los templos, y como hallaron resistencia y dificultad en abrirlas, por estar bien atrancadas, las hicieron pedazos, sin respeto, cuando no á que eran de la casa de Dios, siquiera á su labor y artificiosa hermosura.

Entraron con tropel y algazara y desfogaron su cólera contra los retablos, haciéndolos trozos para el fuego con que guisaban la comida. Acción sacrílega, que ellos mismos después la condenaron y temblaron de su atrevimiento. Alojáronse con sus mujercillas que traían en la iglesia y en nuestra casa convirtiéndola de oración en cueva de ladrones, y el alcázar de la castidad que nunca habia visto huella de mujer en zahurda infame de la lascivia.

Volvamos á nuestra flota de balsas. Segura habia navegado de los enemigos que

quedaban á las espaldas, cuando tuvimos aviso que los españoles del Guayrá nos aguardaban en un paso estrecho y peligroso, que hace el famoso salto del Paraná en cuya ribera habian fabricado un fuerte de madera para impedirnos el paso y cautivarnos la gente.

Era su intento desde este fuerte, al pasar las canoas ir derribando los remeros que pudiesen y gente que podia hacer defensa; y debilitada con estas cargas la tropa, saldrian ellos y fácilmente harian prisioneros á los demás: Supe el caso; apenas lo pude creer; adelanteme en una embarcación ligera, y hallé ser verdad lo que me habian dicho. Entré en la estacada donde tenían urdida la traición. Querelleme dando mis razones y justificando mis quejas. Cerraron los oídos á mis ruegos, sacaron las espadas, y poniéndome cinco á los pechos, quisieron detenerme prisionero. Salí por medio dellos haciendo broquel de una sobre-ropa, arrojeme en mi canoa, y volví á mis compañeros á consultar lo que debíamos hacer en este aprieto.

Causó á todos notable sentimiento verse entre Duero y peña tajada, y que por todas partes nos perseguía la que llaman fortuna, y todo era disposición de Dios para ejercicio de nuestra paciencia, y para que de nuevo pusiésemos toda nuestra confianza en su providencia divina.

Resolvimos volviesen por segunda admonición dos Padres á requerirles nos dejasen el paso libre, pues ellos nos habian exhortado á la fuga, diciendo que no podian ayudarnos, que harto harian de defenderse, y que los Mamalucos no los echasen de su ciudad, como presto lo hicieron, no solamente á ellos, sino también á los vecinos de Xerez, llevándose la gente de ambos lugares.

Nada alcanzaron los dos Padres. Fueron otros para que la amonestación fuese trina; yo fuí uno dellos, y los hallamos con más aceros para salir con la suya. Instaba el temor que los enemigos Brasiles, que estaban ya en las despobladas reducciones, no se arrojasen el río abajo en seguimiento nuestro, que en tal caso nos viéramos como un rebaño de

ovejas entre dos manadas de hambrientos lobos.

Juzgamos era menos mal haberlas con uno que con dos enemigos, y viendo que no aprovechaba lo cortés y piadoso, resolvimos llevarlo por lo valiente; que pues no querian hacer la razón á buenas, aprestasen las armas, que esperábamos en Dios y en la justicia que nos asistía, que hasta cuatro mil flecheros que traíamos diestros y animosos, sabrian abrir paso por medio de pocos arcabuces; que les protestábamos de los daños, y que del suyo ellos tendrían la culpa, pues habiéndoles rogado con la paz querian más el rigor de la guerra, que en ellos era voluntaria y en nosotros forzosa. Y llegándome á un español conocido que allí tenía su mujer, le advertí la apartase si no quería verla morir con los demás, porque si una vez asaltaban el fortín ó palizada los indios, no habian de dejar hombre á vida.

Fué la traza inspirada de Dios, pues este reto recabó dellos lo que no pudieron corteses rogativas. Volvímonos á deliberar lo que habíamos de hacer, y los españoles en-

traron en consejo y en tanto miedo, que ya no trataban sino de salvar sus vidas. Condenaron su empresa por injusta y temeraria, enviáronnos mensajeros muy humildes para que les diéramos tiempo y seguridad para salir del fuerte.

Todo se les concedió con mucha humanidad y cortesía.

Salieron entre corridos y temerosos; poco tenían que temer, de que correrse mucho, pues una impía y fea traición, ¿á quién no ha de sacar al rostro los colores? Ocupamos el fuerte que dejaron ellos, donde fué forzoso arrimar las balsas y canoas porque allí es el río innavegable, porque en aquel salto se despeña entre riscos y peñascos y forma tan horribles remolinos que hace feredad solo el mirarlos. Con todo, de las setecientas balsas y otras muchas embarcaciones que componían nuestra armadilla, probamos á echar por los precipicios de aquella corriente hasta trescientas para ver si saldrían algunas, pues pasadas por tierra veintinco leguas habíamos de volver á tomar el río; pero el ímpetu de su raudal, que con ellas

daba en recios escollos, las hacia á todas en nuestros ojos astillas.

Esto dice en sustancia el P. Antonio Ruiz, en que con harta viveza de colores pinta los trabajos de aquel viaje, aunque hay mucha diferencia entre oirlos y padecerlos.

Estando ya de leva para caminar por tierra las veinticinco leguas, llegó la gente del Piquirí; en cuya busca habia ido el P. Pedro de Espinosa, con embarcaciones y suficiente bastimento, de cuyo viaje diremos en el capítulo siguiente. Aquí solamente diré las muestras de su ferviente celo, maciza virtud y heróica santidad que dió el P. Antonio, y los deseos que ardian en su corazón de promulgar el santo Evangelio, y que Dios fuese en todas partes conocido y amado.

Yacen entre los dos ríos Paraná y Paraguay las dilatadas provincias de los Itatines, confinantes con Maracayú y la Nueva Xerez. En ellas deseó Antonio entrar á predicar el santo Evangelio, y por ellas pasar á los reinos del Chaco y Chiriguanas, donde es innumerable el gentilismo.

Recibió carta del teniente de Xerez en

que le significaba el consuelo grande que tendrían todos los vecinos de aquella ciudad de que los de la Compañía de Jesús se encargasen de aquella empresa de tanta gloria de Dios y beneficio de almas infinitas. Y que de paso podrian ejercitar con ellos su acostumbrada caridad, administrándoles los Sacramentos porque estaban á la sazón sin cura.

Aunque habia mucho tiempo que el Padre Antonio suspiraba por ir en persona á la conversión de aquella gentilidad, detenía-lo el forzoso empeño que habia hecho con aquellos pobres indios, arrancándolos de sus patrias, y no fuera buena ley desampararlos á lo mejor en tierra agena. Y por no faltar á lo uno ni dejar de acudir á lo otro, señaló para esta misión á los Padres Diego Ferrer y Justo Mansilla, varones ambos de aventajado espíritu, que partieron sin más dilación bien instruídos de lo que habian de hacer.

Continuaba el despacho de la gente que habia de marchar por tierra, cuando tuvo aviso que no habian sido suficientes las em-

barcaciones que habia fletado para conducir la gente del Piquirí, y que habia quedado mucha con algunos Padres, con que fué necesario enviar otra flota de balsas con nuevo socorro, porque era cruel la hambre que padecian.

CAPITULO XX

Prosigue la relación de lo mucho que el Padre Antonio Ruiz y sus compañeros padecieron en la retirada de las reducciones.

—

Es muy dilatada la esfera de una caridad tan apostólica como la del P. Antonio. A todas partes atendía su providencia, largando su vista de lince á las más remotas necesidades, y no contentándose con verlas, sino pasando á proveerlas de competente remedio.

Disculpa tuviera en divertirse á solo el de tantas presentes de aquella muchedumbre, que cual otro Moisen capitaneaba por aque-

llos estériles desiertos; pero no pudo olvidar los trabajos de sus hermanos, que habian quedado con la gente del Piquiri.

Despachó luego con buen número de canoas y cantidad de víveres al P. Pedro de Espinosa; pero como había de navegar con las embarcaciones cargadas contra el ímpetu de la corriente, por mucho esfuerzo que hizo al remo, gastó en ida y vuelta cincuenta dias.

Todo el tiempo que tardó este socorro fué grande la aflicción y aguda la hambre que padecieron los Pastores y las ovejas, cuyo mantenimiento eran las raíces silvestres, palmitos y hojas de los árboles, que solamente servían de entretener la vida para el tormento, el cual se acrecentaba con el temor contínuo del Mamaluco, que lo barría todo.

Si se alargaban á buscar las frutas del monte, daban en manos de los Guañañas gentiles, que herían á unos y mataban á otros.

Resucitaron todos como de muerte á vida con la llegada y socorro del P. Pedro de Espinosa.

Pero cnando hicieron el tanteo y hallaron no era posible caber en las canoas toda la gente, y que había de perecer sin remedio la que allí quedase, se les aguó todo el contento; pero dieron los Padres en un buen arbitrio, y fué acercarse la gente á un Salto que hace el Piquiri más abajo, donde el peligro no seria tan grande, y estarían más cerca para despachar las tropas que pudiesen ir en las canoas, y desde allí volver por las demás.

Así se ejecutó y fué con la primera tropa el P. Diego de Salazar, que volvió luego, y con la segunda los Padres Pedro de Espinosa y Nicolás Ignacio. Y cuando llegaron al Salto pequeño, á causa de una grande creciente, sin arrastrar por tierra las canoas, hallaron paso franco por el mismo río y se resolvieron de caminar hasta el Salto grande con toda la gente; pero como á los que quedaban esperando en la ermita se les hacían los días años, y los Padres en ida y vuelta gastaron sesenta días, vivían con notable penalidad, que aumentaba la falta del sustento.

Cuando llegaron estas tropas al paraje donde con doce mil indios aguardaba el Padre Antonio Ruiz y no vió á todos los Padres, desconsolóse mucho.

Volvió luego á enviar las canoas y nuevo socorro con el P. Pedro de Espinosa, corsario Santo de aquella navegación.

Encontró en el camino al P. Ignacio Martínez, que bajaba del Pirapo con alguna gente de Loreto, imágenes y ornamentos de aquellas dos antiguas reducciones. Y rendido de tantos viajes el P. Espinosa, como quien tenía tan conocida la gran caridad del P. Ignacio le rogó trocasen los caminos. Aceptólo con mucho gusto el fervoroso Padre; saltó al punto en las embarcaciones que iban al Piquiri, y el P. Espinosa en las que bajaban al Salto grande, donde aguardaba con su gente el P. Antonio.

Premió el Señor la caridad que con el Padre Espinosa habia usado el P. Ignacio Martínez, con un patente milagro que hizo para defenderle la vida. Navegaba ya cerca del Salto pequeño, donde estaba en espera el P. Diego de Salazar con los su-

yos, cuando de repente vino una desaforada avenida que arrancaba de las riberas y llevaba consigo árboles grandes. Uno destos en un estrecho paso, dió con ímpetu grande en su canoa, echóla á pique, y el Padre, que no sabía nadar, se hundió en lo más profundo, sin poder los indios socorrerle.

Buscáronlo la corriente abajo, zambullándose en el agua, que son nadadores y buzanos eminentes; no encontraron con él, y cuando ya lo daban por ahogado, con impulso del cielo volvieron al mismo puesto donde se hundió, más para sacarlo muerto que con esperanzas de cobrarlo vivo, y bajando á lo más profundo del río, lo hallaron sentado en medio de las aguas sin género alguno de turbación, bueno y sano; sacáronlo con mucho regocijo para que diese á Dios las gracias por el manifiesto milagro con que le habia conservado la vida.

Era este religioso Padre muy verdadero enemigo de exajeraciones, y aseguraba que en medio de las aguas ni se le embargó la respiración, ni cosa alguna le dió pena; antes decía con toda confianza en Dios:

—Luego me sacarán.

No fué menos prodigio enfrenar la corriente para que no lo arrebatase, cuando furiosa arrancaba los árboles y se llevaba las peñas. Guardábalo el Señor para que en los Itatines y Churiguanas predicase el santo Evangelio.

Después deste naufragio caminó con más cuidado y llegó salvo al deseado término, donde los Padres Cristobal de Mendoza y Luis Arnot, estaban aguardando el socorro, de que ya tenían extrema necesidad, aunque con firmes esperanzas que les habia de venir, cuando no de la tierra del cielo, pues no lo merecian menos que aquellos sobre los cuales, *pluit illis Maná ad munducandum. Et pluit illis sicut pulverem carnes & sicut arenam maris volatilia pennata.* Psal. 77.

Hallólos flacos, pálidos y descaecidos y entonces sintió más la pérdida de su canoa y de la vitualla que llevaba en ella por la falta que todo habia de hacer. Llegábales al alma el ver que no habia bastantes embarcaciones para llevar toda la gente. Embarcaron los que pudieron y á los demás die-

ron esperanzas que presto volverian por ellos.

Marcharon las tropas y llegaron á donde las aguardaba el Padre Diego de Salazar, ejemplar de invencible paciencia, el cual conociendo el desamparo grande de los indios que quedaban en la ermita, anteponiendo la vida del menor destos á la suya, con apostólica resolución volvió á vivir ó á morir con ellos.

Era este Padre muy señalado en caridad, muy penitente y mortificado, y de mucho trato familiar con Dios en la contínua oración. Y así cuando los demás Padres con las tropas que pudieron admitir las canoas continuaron su viaje río abajo, el P. Salazar volvió río arriba por la ribera á pie y atravesando montes de tan espesas malezas que á las mismas fieras embarazan el paso.

Llegó á los indios que habian quedado solos, que lo recibieron como á un angel venido del cielo, viendo que en él tenían padre y madre que les asistiría en su muerte y los consolaría en su hambre, y en los de-

más peligros y trabajos de aquella afligida soledad.

Tardaron en volver las canoas ochenta días. En esta Cuaresma doble de tan riguroso ayuno, padeció el Venerable Padre por el divino amor, fatigas innumerables. Y en mi opinión no hizo Dios menor milagro en conservarle la vida que al compañero que libró del naufragio, pues aquel estuvo breve espacio hundido en el río, éste ochenta días anegado en un piélago de todas las miserias.

Cuando llegaron las tropas al P. Antonio Ruiz y vió á los Padres tan en los huesos, tan robados de fuerzas y de color y á los pobres indios tan rendidos y que faltaba el P. Salazar, lloró amargamente como otro Patriarca Jacob, sobre su querido Josef, temiendo que en el viaje que hizo por la playa no lo hubiese despedazado alguna fiera, de que hay abundancia en aquellos espesos sotos. Y conociendo que con la dilación había de faltar el sustento y crecer la necesidad de tanta gente como estaba detenida en aquel sitio, dió orden que fuesen caminando las veinticinco leguas hasta llegar al puesto

en que pudiesen fabricar nuevas embarcaciones para proseguir su navegación.

Antes que partiese el P. Antonio, volvieron los dos Padres que habian ido á Xerez y á los Itatines muy gozosos, así con el buen acogimiento que les habían hecho los españoles, como con la disposición para predicar en aquellas provincias gentiles el santo Evangelio.

Con estas buenas nuevas fueron señalados para esta misión con los dos que fueron al descubrimiento, Diego Ferrer y Justo Mansilla, los Padres Nicolás Ignacio é Ignacio Martínez.

Partieron luego los cuatro Evangelistas con los ornamentos necesarios y sagradas alhajas para el sacrificio de la misa y administración de los Sacramentos, y dieron principio á cuatro reducciones, acudiendo desde ellas al beneficio de los españoles de Xerez, hasta que los enemigos del Brasil, máximos ministros del demonio, furias salidas del infierno, dieron saco á esta ciudad y asalto á los indios de su comarca, obligándolos á retirarse á unas sierras altísimas,

dentro de las tierras de los Itatines, fundando en ellas nueva reducción, donde se continúa la predicación del santo Evangelio con mucho fruto de aquellas almas, que por tantos siglos vivieron sin el conocimiento de Cristo.

Habiendo despachado á estos apostólicos misioneros, luego trató volviesen las canoas en busca del P. Diego de Salazar y de su gente con buen convoy, pero como los indios de aquella tierra venian tan fatigados, fué necesario enviar gente más esforzada, tomándola de la primera reducción del Paraná, que es la del Iguazú.

Ofreció ir por cabo de la flota el P. Andrés Gallego, religioso de muchas prendas, de maciza virtud y gran caridad, cuyos elogios callo por ser algo interesado en ellos. Cuando llegó al Salto aún halló en él al recibidor mayor, P. Cristobal de Mendoza, que como piloto experto en aquellos ríos, subió en su compañía.

Llegaron á donde el P. Salazar ejercia con aquellos pobres indios todos los oficios de amoroso Padre. Hallaron en los huéspe-

des los hambrientos suficiente comida, y los afligidos todo consuelo. Sin dejar un alma arrancaron con todos, y con feliz navegación dieron con ellos en el Salto grande, donde los Padres Simón Maceta y Luis Arnot estaban despachando las tropas por las veinticinco leguas de tierra.

Cuarenta días se ocuparon los dos Padres en este despacho, y el último en partir fué el P. Simón Maceta, quedando en aquel sitio sin otra casa, sin más abrigo ni defensa contra los rigores del tiempo, que el de unas pobres esteras, cuidando de los indios, en que padeció el V. P. los trabajos que se dirán en su vida.

CAPITULO XXI

Camina por tierra aquel pueblo numeroso la vuelta del Paraná; varios sucesos deste viaje.

—

A algún piadoso contemplativo se le representará en este viaje del pueblo indio peregrino, la salida que hizo el de Israel del cautiverio de Egipto y la familia y descendencia de Jacob de la tiranía de aquella nación bárbara y cruel. *In exitu Israel de Aegypto, domus Iacob de populo barbaro.* Psal. 113. Y verdaderamente, quien sin pasión considerare la insaciable sed que desta sangre ardía en los bárbaros pechos Mamalucos, y las

ansias con que la codicia de algunos malos españoles procuró cautivarlos para esclavos juzgará que no campeó menos la divina providencia en librarlos de la tirania de los unos y del poder de los otros, que en sacar á los hijos de Israel de la dura servidumbre de los gitanos. A mí, por no hacer tanto agravio, por la culpa de pocos, á dos naciones tan católicas, tan pías y tan celosas de la exaltación de la fé, como la española y portuguesa, cuando considero el sentimiento grande, el agudísimo dolor de aquellos apostólicos ministros del Evangelio, á muchos de los cuales conocí y traté familiarísimamente y veneré su heróica santidad, valerosos capitanes de la santísima Compañía de Jesús, herederos del espíritu de un San Francisco Xavier, hijos legítimos del glorioso patriarca San Ignacio, y como en dos palabras decía el eminentísimo señor Cardenal Espínola, arzobispo de Sevilla: *Viros Seminis Apostolici*, vivamente se me representa el llanto de los sacerdotes que seguían al pueblo de Dios cuando marchaba á Babilonia cautivo.

Aumentaban con las corrientes de sus

ojos las de los dos caudalosos ríos, y volviéndolos á su querida Sión, donde Dios en aquel magnificentísimo templo había sido reverenciado, donde tenían su asiento los profetas y los doctores y sabios de la ley, la cátedra de la verdadera doctrina, arrojaban al cielo estos suspiros *Super flumina Babilonis illic sedimus & flevimus, dum recordaremur tui Sion.* Psal. 136.

Sobre las riberas del gran río Paraná concurrieron los ministros y sacerdotes del Altísimo con más de doce mil indios, que por gran suerte escaparon de aquella ruina universal de las dilatadas provincias del Guayrá, donde tantas banderas habían ganado al demonio, donde tantas victorias había conseguido de la idolatría la verdadera religión, donde en tantos hermosos templos era venerado y frecuentado el Santísimo Sacramento.

Allí lloraron compasivos la desnudez, el desamparo, la hambre, las fatigas y calamidades de aquella miserable gente, que por defender la fe se había desterrado de su patria y de las comodidades para la vida humana que gozaba en ella.

La vista deste triste espectáculo derretía el corazón por los ojos, arroyaban las lágrimas sus mejillas, los suspiros embargaban el habla, y solamente se hallaba desatada y libre la lengua para implorar el auxilio del cielo y la misericordia de Dios para aquellas tropas, que repartidas en hileras, los indios con sus alhajas á cuestas, las indias con sus hijuelos pendientes de los pechos, caminaban á donde los conducia su fortuna, ó por mejor decir la voluntad de Dios y el deseo de defender su fe, que fué el norte principal de toda esta trabajosa peregrinación, y eso sin esperanzas de volver á la tierra de su nacimiento.

Después de haber discurrido algunos días por aquellas ásperas sierras y fragosas montañas, abriendo en muchas partes por su espesura camino y fabricando puentes á muchos caudalosos arroyos y riachuelos profundos con grandes fatigas; finalmente aportaron al sitio donde se habia de proseguir la embarcación. Y aunque los caritativos misioneros que residian en las reducciones del Salto abajo, para donde caminaban las tro-

pas, liberalmente salieron al encuentro con embarcaciones llenas de víveres: *Sed quid hæc inter tantos?*

Sin otro milagro como el que obró Cristo en el desierto, era imposible alimentar tanta muchedumbre. Comenzó luego á picar la hambre, y aquellos pobres peregrinos á echar menos la abundancia que gozaban en sus poblaciones. En la navegación se padecieron muchos peligros y lastimosos naufragios por los ordinarios arrecifes, ocultos escollos y súbitos remolinos que en un punto se tragan las canoas de los más expertos pilotos.

Dos casos notables sucedieron al principio, que hicieron proceder con más cuidado en lo porvenir. Como no habia para todos embarcaciones suficientes, fabricaron algunas balsas de unas cañas gruesas como cabríos, que tienen cincuenta pies de longitud. Cargaron en una tantos indios con sus familias, que apenas comenzaron á zarpar, cuando dió al través y se fué á fondo.

Quiso Dios que toda la gente salió á la ribera, ayudando los unos á los otros. Sola

una india, con dos infantes gemelos en sus brazos, por no hacer suelta dellos se fué á pique. Estuvo algún tiempo sumergida sin dar en ella los buzanos que la buscaban. Todos lo sintieron mucho, pero más el piadoso P. Antonio Ruiz, de quien podria yo decir lo que el Imperfecto del buen Pastor en el caso de la oveja perdida. *Nullam se ex omnibus habere putavit, si denumero suo una periret.*

Acudió en este trabajo á la oración, pidiendo con lágrimas al Señor no permitiese que los peces despedazasen las carnes de la madre y de aquellos dos angelitos; porque los hay en aquel río tan disformes que se tragan un hombre entero como la ballena de Ionas, y después de haberle quebrantado todos los huesos lo arrojan otra vez de su buche.

El V. P. Simón Maceta descubrió la milagrosa imagen de la Virgen de Loreto que llevaba consigo, pidiendo con viva fe y alentada confianza la vida de la madre y de los hijos. ¡Caso prodigioso! Cuando todos hechos unos Argos miraban á una y otra par-

te del río á ver si descubrían los cadáveres, sacó la india de las aguas parte de la cabeza, arrojándose al agua los primeros que la vieron, asieron de ella y la sacaron á la ribera, sin lesión alguna, ni suya ni de los dos infantes, que salieron tan risueños como si en dulce sueño hubieran reposado en la cuna; para que no sea solo Moisen, á quien la madre de otro menos arrebatado río como si lo fuera suya, brizó y defendió la vida en su corriente. Aquel debió la suya á la princesa de Egipto, y estos dos gemelos y su madre á la reina de los Serafines, á quien todos dieron alegres en aquella tribulación repetidas gracias por haberlos consolado con aquel beneficio y dádoles á entender que iban á la sombra de su materna protección.

Otra balsa en que iban cincuenta personas se sorbió otro espantoso remolino, y aunque juzgaron los bien entendidos que se habrían hecho pedazos todos los que iban en ella, con todo, los que tenían fuerzas y destreza en el nadar, aunque maltratados de los golpes, todos salieron á la ribera; co-

mo no sabian el suceso destos, diéronle nueva al P. Antonio que solo uno habia escapado.

Sintió mucho la desgracia, acudió á la oración á hacerla por sus difuntos, pero consolólo Nuestro Señor, diciéndole que los que se habian ahogado solos eran once niños, que no necesitaban de sufragios, que los demás todos estaban vivos. El día siguiente se hallaron todos descalabrados en la ribera, pero sanaron presto de sus heridas. Este favor que Nuestro Señor le hizo, lo comunicó al P. Juan de Porras, que se hallaba presente.

Los indios que por falta de embarcaciones quedaron en tierra, dieron también no poco cuidado, porque impacientes de la dilación y tiempo forzoso para volver por ellos, algunos hicieron sus canoas, otros comenzaron á disponer sus sementeras, muchos se esparcian por los montes buscando raíces para el sustento, y como no estaban acostumbrados á viandas de aquella calidad, enfermaron y murieron, aunque rarísimos sin Sacramentos, por la providencia

grande del P. Antonio Ruiz que ordenó quedasen con esta gente los Padres Agustín de Contreras, Juan Suárez de Toledo y Pedro de Espinosa, varones todos de conocido valor y robustísima virtud, que á competencia cumplieron muy bien con la obligación, no solamente de curas solícitos, sino también de Padres amorosos.

Cada uno iba avanzando por tierra con su escuadrón de aquella gente derrotada, y para socorrer á sanos y enfermos, era necesario andar en contínuo movimiento, discurriendo por aquellos montes en busca de las ovejas que se descarriaban hambrientas, y todo su cuidado no bastó para que algunas no fuesen comidas de rabiosos tigres, y otras no díesen ya en poder de otros indios bárbaros de aquellos parajes, ya en manos de los españoles del Maracayú que no á pocos llevaron cautivos.

Toda la otra gente se fué conduciendo y domiciliando á las riberas del río Yabibiri, que desagua en el Paraná, cercano á las antiguas reducciones que están fundadas en las mismas riberas, de donde se les socorrió

con mucha caridad; pero como las familias eran muchas no dejaban de padecer necesidad.

Esta obligó al P. Antonio á vender hasta los cálices y ornamentos para comprar algunas vacas que se fuesen repartiendo en raciones, y aunque estas se daban con peso y medida, no podian bastar para tantos, y así les obligaba la hambre á comer varias raíces y sabandijas, de donde se originó una disentería general, que se llevó más de dos mil personas.

Acudió el P. Antonio á la piedad del maese de campo Manuel Cabral de Alpoin, y en su grande nobleza y cristiana liberalidad halló una grande ayuda de costa, porque le dió licencia para que de sus dilatadas estancias tomasen buen número de vacas cimarronas. A esta caza fué en persona con el P. Pedro de Espinosa, y con ellas tuvo gran socorro aquella extrema necesidad.

Los que más padecian eran los niños huérfanos y gente desvalida, á quienes como á pajarillos sin pluma era forzoso llevarles á sus nidos el alimento y ponérselo en

el pico, pues ni podian cazar por los montes ni pescar en los ríos. Y aunque los Padres se quitaban el mânjar de la boca para socorrerlos, como eran tantos, morian algunos por falta de sustento.

En esta ocasión llegó el Padre Provincial Francisco Vázquez Truxillo á la visita de aquellas reducciones del Yabibirí, y remedió esta necesidad de los huérfanos infantes, disponiendo con su autoridad que los indios dellas se los prohijasen cada uno el suyo, con obligación de criarlo y alimentarlo, como lo hicieron todos con mucho gusto.

En la mayor carestía fué singular la providencia que tuvo el Señor de socorrerá esta gente, y se tuvo por milagrosa, porque entre las peñas de dicho río hallaron los indios con abundancia una yerba exquisita, que no solamente les sirvió de sustento, sino también de medicina para las disenterías, y jamás los naturales la habian visto en aquellas riberas, ni tenían de tal yerba noticia, y la llamaron peregil marino.

Crece media vara en alto cuando está en sazón, tiene el gusto sabroso por salado,

cría muy buena sangre y aviva al más postrado apetito. Parece que la proveyó Dios, como el Maná á los hijos de Israel en el desierto. Acudían los indios como ovejas á pacerla, y se entregaban en ella sin acordarse de mañana.

Al principio sentia el P. Antonio la prisa que le daban, temiendo no acabasen con ella y faltase á lo mejor; pero experimentó la divina liberalidad, y que más hallaban cuanto más cogían.

Esta legumbre cocida, con la ración de carne de vaca que se les daba, fué el reparo de su hambre y enfermedades hasta que ellos hicieron sus sementeras y el cielo y la tierra contribuyeron á darles cosechas abundantes.

LIBRO CUARTO

DE LA VIDA DEL P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Contiene las nuevas fundaciones de los pueblos de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio, su venida á la corte y su vuelta al Perú, algunos ejemplos de sus excelentes virtudes, muerte feliz y testimonios de su heróica santidad.

CAPITULO PRIMERO

Campea más la fineza de su virtud en el crisol de la tribulación con que Dios lo purifica.

Bastante desempeño puede ser lo que hasta aquí se dijo de las profecías de lo mucho que este apostólico varón habia de padecer en la predicación del santo Evangelio, de las cuales hicimos mención en el capítulo V del libro primero, y en el XXI del segundo.

Buen cumplimiento de aquellas fué lo que padeció en plantar la fe en tantas provincias del Guayrá y en verlas destruídas por sus ojos con tan luctuosas tragedias y atrocidades como los fieros Mamalucos ejecutaron en tantos hijos, que con tan agudos dolores como otro Pablo, había engendrado por el Evangelio. Con toda verdad pudo decir á muchas destas naciones: *Nam etsi decem millia Pœdagogorum habeatis in Christo sed non moltos Patres; nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.* Teníalo Dios escogido como á aquel para apostol del universo, para que lo fuese del gentilismo del Paraguay, y así le reveló lo mucho que había de padecer para merecer el título y gloria de apostol. Act. 9, *Ego enim ostendam illi quanta oporteat cum pati pro nomine meo.* Y entre las señales que Pablo dió á los de Corinto de su apostolado, el primer lugar concedió á la paciencia en tantos trabajos como se le ofrecieron en la predicación del santo Evangelio: *Signa tamen Apostolatus mei facta sunt super vos in omni patientia in signis & prodigiis & virtutibus.* Mila-

gros grandes obró Dios en Antonio, y por Antonio; heróicas fueron sus virtudes, pero su invicta paciencia en trabajos tan terribles y tan continuados, sobreviniendo siempre á unos grandes otros mayores, esa es el testimonio más cierto de su apostolado. Pues como dijo San Agustín, epist. ad Probam: *Per facile est vestem contemptan habere; inclinato capite incedere, velum super capillos demittere. Sed verum humilem patientia ostendit iniuriœ.* Esta es la piedra de la más apostólica santidad, no el andar vestido de gerga, cuellituerto ó cabizcaído.

Pues para que más campease la de nuestro Antonio, no contento el Señor con las borrascas de las tribulaciones pasadas, quiso que la nave, que de tantas había salido victoriosa, corriese nuevos golfos y más encrespados.

Bien pudiera decirle al oído alguno al Padre Antonio lo del poeta latino. *O Navis, referent in mare te novi fluctus! Vide, ó quid agis fortiter occupa portum.* Pero no tenía necesidad del consejo, porque estaba bien lastrado el bajel con profunda humil-

dad y propio conocimiento, ancorado en una firme esperanza en Dios y muy prevenido de paciencia, de valor, de constancia y de gran rendimiento, y conformidad de su voluntad con la divina.

Todo lo hubo menester, pues sobre los agudos dolores en las muertes violentas y cautiverios de innumerables hijos, en el saco y ruina de tantas y tan floridas reducciones, sobre la hambre, fatigas y peligros de tan largos caminos, con el cuidado de doce mil cuerpos y almas á cuestas, que la vida de aquellos y la salvación destas, todo pendía de su providencia y desvelo, como si todo eso fuera poco para contrastar su paciencia, le plantan agora su honor y crédito tan recias baterías, que para no dar con aquella al través, como nunca dió, tuvo necesidad de especialísima asistencia de la mano de Dios.

El primer tiro con que esperó el demonio que habia de hacer brecha en aquel muro de diamante, fué un falso testimonio que le levantaron de que habia abierto una carta de su Provincial para otro súbdito; caso tan

grave en la Compañía, que es uno de los reservados.

Tuvo este delito tantas apariencias é indicios de verdadero, que el más inocente, como el P. Antonio lo estaba, tuviera bien que hacer en purgar la calumnia. Lo que obligó al Provincial á hacerle cargo, pero como siempre vivía con ánsias de padecer por Cristo, muy observante de la regla que dió en esta materia á sus hijos aquel gran legislador, maestro y Padre de la vida espiritual San Ignacio, quiso lograr la ocasión, enmudeciendo en su defensa, resuelto de no volver por sí, sino admitir la penitencia que se le diese por tan grave culpa y llevar con paciencia aquella infamia hasta que Dios quisiese volver por la verdad.

Grado de tan alta perfección que dijo la Santa Madre Teresa de Jesús en el capítulo 13 del *Camino*, de los que aspiran á ella. *Verdaderamente es humildad grande verse condenar sin culpa y callar.*

En mi opinión, silencio semejante en otro testimonio, le mereció al ilustrísimo San Pedro, claro honor de mis Padres Predicadores,

el título por antonomasia de Mártir, no menos que las puñaladas que el pérfido herege le dió, porque éstas hirieron al cuerpo, aquel hizo fuerte en la reputación que es bien más estimable que la vida.

Imitaron los dos el ejemplo que les dió su maestro divino, cuyo silencio admiró con mucha razón el presidente, á quien constaba ser falso todo lo que le imponían, y que fácilmente pudiera desmentir los testigos. Con todo, dice el gran León: *Falsa adversus Dominum testimonia quœrebant; sed inter inconditas voces & dissonas, hoc Iesus mirabiliter elegit, ut taceret.* Cuando le están acumulando gravísimos delitos, escoge por admirable género de defensa el callar. A San Ambrosio también le pareció divino este consejo. *Accusatur Dominus & tacet & bene tacet, qui defensione non indiget. Ambiant defendi qui timent vinci. Non ergo accusationem tacendo confirmat; sed despicit non resellendo.* Es acusado el Señor y calla, y es soberana en callar su cordura, pues no necesita de defensa; háganla los que temen ser convencidos de la culpa que les

imponen, porque no parezca que quien calla otorga. Cristo cuando calla no otorga, sino que desprecia el cargo que se le hace. Y por ese camino, dice el mismo San Ambrosio: *Christus calumniis appetitus silentium detulit triumphale.* Pues para conseguir más gloriosamente este triunfo. *Hoc mirabiliter elegit ut taceret.*

La misma elección hizo Antonio en su calumnia. Pronto estaba el espíritu, pero flaqueaba la porción inferior, y queria darle á entender tenía obligación de volver por su buen nombre, según aquel, ó mandato ó consejo del Espíritu Santo: *Curam habe de bono nomine.* Lastimábale mucho aquella herida que Casiodoro, lib. 4. Epist. 11 llamó extremo de todas las penas: *Malorum omnium extremum, molestiam pati sine causa; pœnam sine culpa; damna sine delictis.* No dormía el enemigo en este combate; representábale vivamente el menoscabo de su buena opinión, adquirida con tantos años de vida ejemplar y gloriosos servicios; lo que iba á perder con sus hermanos y con los Superiores que no se fiarían más dél, y pon-

drían dolo en su oración y mortificación, en sus ayunos y penitencias, y que no había de faltar alguno menos afecto que lo calificase todo de por mera hipocresía.

A todas estas réplicas de la parte inferior se hizo sordo, resuelto en callar y sufrir. Aunque el natural sentimiento fué tan grande, que con la pesadumbre hizo mella en su salud; adoleció de una fiebre tan pútrida, que la sangre que le sacaban á poco rato se convertía en gusanos en las mismas escudillas.

Viendo el Provincial que el P. Antonio no daba disculpa al cargo que le habia hecho, pasó á dar pública satisfacción como si fuera reo convencido. Envióle por escrito una áspera fraterna, y mandóle que en penitencia hiciese cierto número de ayunos y disciplinas.

Comunicó este trabajo con solo su gran confidente y amantísimo socio y confesor de muchos años el P. Francisco Diaz Taño, en una carta donde le dice así:

«Ordenóme el Padre Provincial una cosa »de mucha pena, y tuve bravas tentaciones

»y hube de hacerme violencia grande; y con »lindo ánimo me ofrecí á ello aunque reven- »tase la hiel por los ojos.»

Al paso que iba creciendo su valor, iba Nuestro Señor disponiéndole mayores trabajos, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

Continúa la tela de sus trabajos y prueba de los quilates de su virtud y paciencia.

En muchos sucesos adversos emuló el P. Antonio la paciencia del Santo Job, y en particular en que viendo á este clarísimo Patriarca del Oriente en el atolladero de su miseria lo desampararon hasta sus mayores amigos, Elifaz, Baldad y Sophar, y no solo volviéndole las espaldas, sino lloviendo sobre él en la retirada pesados oprobios.

Lo mismo le sucedió á nuestro pacientísimo Antonio, verdadero padre de los pobres,

cuando actualmente estaba vendiendo hasta las alhajas de su pobre celda y sacristía para socorrer á los indios.

Permitió Dios que en la fragua de la caridad fraterna, que tan viva y ardiente está en todos los hijos de la Compañía, faltasen centellas para abrigarle en el cierzo helado de tan grande adversidad.

No solamente le hicieron cargo de haber abierto la carta sobredicha, sino también el haber retirado por su capricho, con poco consejo y mucha precipitación, tantos millares de indios, sacándolos de sus tierras, donde aquella levadura pudiera con el tiempo sazonar la masa del dilatado gentilismo que quedaba en ella, y exponiéndolos á las incomodidades y riesgos de tan largo viaje.

Y no advirtieron los delatores que no habia movido mano ni pie sin consulta de sus compañeros, ni había salido un punto del orden que en la visita le dejó el Padre Provincial acerca de la fuga y traslación de aquellas reducciones, siempre que las amenazase el común enemigo, pues era constante que á tanto poder de mosquetes y ar-

cabuces no habían de hacer flechas de hueso resistencia.

Oía estas quejas, aunque tan en agravio suyo, con tan sereno semblante, como pudiera el más ambicioso sus alabanzas. Con este agudo cincel y áspera lima iba Dios labrando ó este vaso de elección para llevar su nombre, ó este querubín para que asistiese en su propiciatorio.

Fué sin duda permisión divina para su mayor tormento, que el Padre Provincial con tanto tropel de cuidados y ocupaciones como trae consigo el gobierno, hubiese totalmente olvidado el mandato que dejó en orden á la mudanza. Con que á instancia de los fiscales pudo cargarle más la mano de lo mucho que hizo padecer á sus pobres compañeros y aquellos indios desventurados.

Harto más lo fueran si hubieran quedado en sus pueblos, pues lo hubieran perdido todo, hacienda, vida y libertad, y á bien librar fueran desterrados con mayor incomodidad en poder de crueles tiranos á más terrible cautiverio.

Estas fueron las maldades con que le sus-

tanciaron harto criminales su proceso: y él quiso padecer indefenso por tener que ofrecer á Dios. Pensando frecuentemente en el martirio con cuchillo de palo, que le había profetizado el santo mártir Roque González.

A solo su confesor el P. Francisco Díaz daba cuenta de su conciencia, y en la carta citada le dice:

«Mi Padre, si hubiera de escribir á V. R. lo que hay, no tuviera papel para todo; y sé que se hiciera cruces, pero no quiero fiar de tinta las gotas de sangre de mi corazón. Pido á V. R. me encomiende á Nuestro Señor y me alcance trabajos de cualquier color que sean, que bien sabe Su Majestad dar los martirios con cuchillo de palo. No es menos el mío, ni tengo que envidiar el suyo al Padre Roque, que con un golpe rindió el alma. Lo que he padecido sábelo Dios y eso me basta.»

En este mismo tiempo le cargó Dios sobre las pasadas otra no poco pesada cruz. Quiso levantar una caja de un niño Jesús de bulto, y como tenía las fuerzas quebran-

tadas de tantos caminos y malas noches, con la grande que hizo se quebró de manera que llevaba fuera buena parte de las tripas. Para detenerlas y retirarlas, fué necesario poner en la quebradura una plancha de hierro, que imprimiéndosele en las carnes le ocasionó grandes dolores; pero no sentia tanto estos como verse entredicho con este accidente en ejercicios de caridad, aunque facilmente se conformaba con la voluntad divina.

No vive ocioso el que mucho padece por amor de su Dios.

No podía el demonio sufrir tanta resignación, tanta paz interior y paciencia tanta en tantas adversidades y persecuciones de propios y extraños, y viendo que por la guerra que por medio destos le había hecho, no lo había podido vencer, resolvió hacerla por sí mismo.

Aparecíasele visiblemente y en más espantosas figuras que en otras ocasiones. Cuando se acogía á la oración, le hacía grande ruido, unas veces dando recios golpes en las paredes y puertas, otras trasteando los violones y otros instrumentos con que

los músicos celebran los divinos oficios. Como con esto no lo podía divertir, acercábase más y dábale fieros porrazos.

Y él dice en sus *Apuntamientos* que una noche estando algo afligido de verse ligado por la quebradura, le embistió con un garfio de hierro y le hirió con tanta furia el otro lado, que no solo entendió lo había roto, pero que le habia sacado las entrañas, y llegando á tocar aquella parte, no halló rotura alguna; pero presto la hizo el demonio, porque revolviendo sañudo contra él, con el pie armado de uñas le dió tal puntillazo, que abrió nueva fractura en el lado sano y quedó tan lisiado de los dos, que no se podía mover sin muletas.

Cuerdamente pregunta Teodoreto en la cuestión 32 sobre el Génesis la causa por qué amando Dios tanto á su grande y fidelísimo siervo el Patriarca Abraham lo ejercita por tantos caminos mandándole que le sacrifique al hijo querido, único depósito de tantas promesas y esperanzas. Ya lo destierra de su patria y obliga á peregrinar por extrañas, donde por la hermosura de su es-

posa ha de correr peligros su vida; ya permite que los amigos lo desamparen, que los infieles lo persigan, que examinen sus costumbres los príncipes. Y responde que en todo esto pretendió que Abraham mostrase su lealtad y obediencia para justificar el amor particular que le tenía, y las crecidas mercedes que trataba de hacerle.

Así le permitió á nuestro Antonio tanta diversidad de trágicos sucesos, para que los que viesen la grandeza de su ánimo, la igualdad de su corazón, el mismo tenor de semblante, el rendimiento de su voluntad, no extrañasen el verle tan honrado y favorecido.

CAPITULO III

Vuelve Dios por la inocencia del P. Antonio y todas sus calumnias ceden en mayor crédito de su santidad.

Costumbre es de Dios muy antigua mortificar á sus escogidos y después vivificarlos; sepultarlos en los abismos de la tribulación, para ensalzarlos hasta los cielos. *Mortificat & vivificat; deducit ad inferos & reducit.* Bien conocida le tenía esta condición la cuerda Cananea, que cuando con más sequedad y rigor la trata Cristo, cuando le tuerce el rostro y la baldona de perra, que

no merece el pan de los hijos, entonces más segura de su buen despacho y de la salud de su hija. *Correctionem tenet curationis pignus*, dijo San Ambrosio. En esa aspereza de corrección halla prendas ciertas de que la ha de consolar con la cura de su hija. Sirvieron aquellos desdenes para que ella mostrase más la constancia de su virtud y fineza de su fe y Cristo Señor nuestro su beneficencia en hacerle á la medida de su querer los favores. *O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis.* Lo mismo le sucedió con Dios á nuestro Antonio.

Mucho le apretó los cordeles, permitiendo le acumulasen tan grave delito como haber abierto la carta de un Provincial, caso, como dije, reservado en la Compañía.

Pero presto se descubrió la verdad, porque constó con evidencia que la abrió otro grande amigo de aquel á quien se escribía, que por estar muchas leguas distante le había dejado esa licencia, sin duda para que ejecutase pronto lo que él habiéndose ausentado tanto no pudiera ejecntar puntual. Y esto se hizo todo sin sabiduría del P. An-

tonio, ni sin haber tenido la menor noticia de lo que habían capitulado aquellos dos Padres amigos. Con que se conoció bien la grande mortificación, sólida virtud y profunda humildad del P. Antonio, pues por no abrir la boca ni dejar correr la pluma en una lisa satisfacción y defensa justa, quiso padecer algún tiempo aquella infamia y ser castigado con rigor por la culpa que no habia cometido.

Causó este caso á toda la provincia notable edificación, particularmente á uno de los consultores del Provincial, que se hacia lenguas en alabanza del P. Antonio.

—Esta sí, decia, que es virtud á prueba. Yo confieso, añadió, por su humildad, que si á mí me hubiera sucedido, diera voces en mi defensa y no me fuera posible tanto silencio y sufrimiento tanto.

Aquí se cumplió á la letra lo de San Ambrosio. *Antonius calumniis appetitus silentium detulit triumphale.*

De la misma suerte se desvaneció el cargo de la mudanza de las reducciones, pues con la misma evidencia constó haber sido

decretada en visita por el P. Francisco Vázquez Truxillo, Provincial, que á poca reflexión sobre el caso, conoció y culpó su olvido, y sintió que este le hubiese ocasionado al P. Antonio la menor pesadumbre, cuando su obediencia y los grandes trabajos que padeció en la ejecución merecian colmadísimo premio.

Así se escribió al Reverendísimo Padre general Mucio Viteleschi, en las Cartas Anuas de aquellos años calamitosos, por los cuales pudieron decir aquellos ministros apostólicos lo de David. *Pro diebus, quibus nos humiliasti; annis quibus vidimus mala.* Púdoles servir de justificación, con grande opinión de su espíritu profético, lo que Nuestro Señor le habia revelado en el año 1613, en la reducción de Loreto, antes que se fundasen las del Tacutí, Ibitirumbeta, Tayatí, Ibitiruna, Iñeay, Tay aoba y Guañañas, de que ninguna había de permanecer en el puesto en que se fundaba ni aun las de Loreto y San Ignacio, porque todas habian de bajar al Paraná.

Esto dijo con toda claridad el P. Simón

Maceta diecinueve años antes que sucediese. Así lo testifica dicho V. P. Simón Maceta en el testimonio que dió de la santidad y virtudes del P. Antonio Ruiz, por estas palabras:

—Habló y dijo algunas cosas venideras entonces bien inopinadas.

El año 1613 dijo á un Padre que aquellas dos reducciones de Loreto y San Ignacio no habian de estar en el Paranapane, donde á la sazón estaban, sino que habian de bajar al Paraná.

Entendió el Padre que lo decia del Salto del Paraná arriba, y aunque esto le pareció increible, vió él mismo cumplida la profecía del P. Antonio, cuando el año 1632, no solamente bajaron estas dos reducciones, sino también otras dependientes destas.

Y añade el mismo testigo en su deposición.

De suerte que profetizó esta transmigración de todos estos pueblos distantes del Paraná 280 leguas. Y se ha de advertir que cuando esto dijo, no habia aún en el Paranapane las otras residencias que después se

fundaron, sino solas las dos sobredichas de Loreto y San Ignacio. Con estas noticias pudo sacudir el cargo de la mudanza, y no las dió, por tener más que sufrir por amor de Dios.

Pero cuando esta calumnia estaba más válida de que había sido conocido desacierto é imprudente resolución del P. Antonio mudar las reducciones, juzgó tenía obligación de manifestar lo que Nuestro Señor le había revelado, para que todos acudiesen al eficaz remedio, clamando á Su Majestad, como en acción dispuesta y gobernada por la divina mano.

Y porque una profecía hiciese espaldas al crédito y seguridad de la otra, escribió un papel en que dice cómo había de venir aquella misma gente de la milicia de Satanás sobre las provincias del Uruay á dar los mismos asaltos que había dado á las del Guayrá, y que saldrían también huyendo de aquella los pobres indios por no poderse defender, como habían salido desta y entonces se vería si había sido la retirada imprudente, ó cuerda y forzosa. Y le advierte al Pa-

dre guarde aquel papel para cuando suceda el caso.

Esto escribió el P. Antònio cinco años antes que sucediese, cuando se juzgaba por imposible que los enemigos Mamalucos y Tupíes pudiesen llegar con ejército formado á aquellos páramos tan remotos y saquear aquellas provincias, no advirtiendo que la codicia acomete imposibles. *Per mare pauperiem fugiens per faxa per ignes.* Pues como dijo Aristóteles. I Polyt. *Desiderium divitiarum vadit in infinitum.* No hay para la avaricia lejos; en tiempo limitado, como corre sin freno, hace viajes infinitos.

Algunos que vieron este papel, lo tuvieron por ilusión de enferma fantasía y se rieron del profeta; pero aclamáronlo verdadero cuando con sus ojos vieron en aquellas provincias al enemigo y comenzaron á venerar al P. Antonio por varon singularmente alumbrado y favorecido de Dios.

Desta segunda profecía también hace mención el P. Simón Maceta en el citado testimonio por estas palabras:

«Añádese á esto que después de haber

bajado estas reducciones del Guayrá al Paraná, dijo que no serían solas ellas en dejar sus puestos antiguos porque habia de ser lo mismo de las que estaban á su parecer muy seguras de la otra banda del Uruay, que infaliblemente se despoblarían, porque dentro de siete años habían de venir los Mamalucos del Brasil á destruirlas. Y como los que lo oyeron no le dieron crédito, no hicieron caso dello. Y después cuando vieron cumplida la profecía, quedaron asombrados. Y con admiración, dijo el Padre Diego de Alfaro, superior, de aquellas visiones lo que la Samaritana á Cristo. *Domine ut video, propheta es tu*; que el Padre Antonio Ruiz había sido verdadero profeta, y que se había cumplido lo que dijo de la desolación destas provincias.

También el mismo P. Antonio hace mención en su *Conquista* desta profecía, hablando, como acostumbra, de tercera persona, en el § 7, donde dice así:

Refiriendo las señales que Nuestro Señor dió de la venida de aquestos ministros de Satanás en esta del Tape y de la Sierra, sea

la primera señal que estando aquella tierra toda entre descuidos y seguridades de paz, y no juzgando posible por muchas razones claras que pudiesen invadirla los enemigos, con todo, cinco años antes, cierta persona, á quien el cielo declaró los estragos que allí habian de hacer, escribió un papel á un amigo suyo, que se ocupaba en aquel ministerio santo, en esta forma: «Dentro de cinco años (ya habia dos que había dicho lo mismo al P. Simón Maceta) irá por ahí aquella perversa gente. Y para prueba desto, y que será sin falta lo que le digo, guarde este papel para cuando venga, que entonces se lo pediré.»

Sucedió todo á la letra, y hallándose juntos los dos en la entrada destos malos hombres, le pidió este papel, el cual tuve yo en mis manos. Este billete recibió el P. Josef Domenec, que estaba en la reducción de la Candelaria en el Uruay, que se retiró cuando los enemigos Mamalucos venían furiosos talando las mieses de aquel río. Entonces se acabó de conocer era verdadero espíritu profético el que movía la lengua y la pluma del P. Antonio.

CAPITULO IV

Favorece la reina del cielo en estas tribulaciones á su gran devoto: sánalo de su achaque y hácele otros singulares favores.

—

Hablando el dulce Bernardo serm. de Nativit. del seguro favor que todos sus devotos hallan en la Sacratísima Virgen, dice:

Si pie á nobis pulsata fuerit & invocata, compatietur nobis, nec decrit necesitati nostræ, siquidem nec facultas deesse poterit, nec voluntas, quoniam Regina Cœlorum misericors est & Mater misericordiœ.

Si con piedad y confianza llegamos á tocar á sus puertas é implorar su intercesión,

estemos ciertos que no hará el sordo al clamor de nuestra misteria, sino que se compadecerá della y remediará nuestra necesidad, pues ni le falta poder ni voluntad, porque es reina clementísima de los cielos y madre de misericordia.

Bien lo experimentó el P. Antonio Ruiz en este aprieto, en que se halló su reputación con las calumnias impuestas y con la quebradura su vida y salud.

El cordialísimo afecto que á esta soberana princesa tuvo desde sus tiernos años, fué creciendo por todo el discurso de su vida, en todos empleos y lugares con notables aumentos. Amaba tiernísimamente á esta señora como á querida madre, ocupábase frecuentemente en la dulce meditación de sus singulares virtudes, excelencias y prerrogativas, rezábale todos los días su oficio y empleaba contínuamente sus potencias y sentido en adorarla y servirla y obligarla con todo género de posibles obsequios.

Cúpole por buena suerte ser su capellán y cura de Loreto luego que llegó á las reducciones y pidió licencia á su Superior pa-

ra fabricar en la huerta una ermita y colocar en ella una devotísima imagen. A ella se retiraba todos los ratos que le dejaban vacantes los ministerios de las almas.

Con especial cuidado atendió á la hermosa fábrica de su iglesia, y á instancia suya, se llevó de España la imagen milagrosa de Loreto. Recibióla con grande solemnidad, con varios y festivos regocijos, y en todos sus feligreses procuró estampar su devoción.

Cuando bajó á Buenos Aires con la capilla de sus Músicos al recibimiento del Procurador general, no se puede decir lo que se alborozó su alma con la vista de hechura tan hermosa.

Quisiéronsela robar los congregantes de aquel colegio, ofreciéndole duplicado el coste; pero no lo pudieron conseguir. Llevóla consigo por patrona de su viaje, y donde quiera que llegaba á hacer noche hacía que su capilla á coros le cantase su letanía y que todos le rezasen el santo Rosario.

Los mismos ejercicios continuó en la retirada de las reducciones, aplicando toda su

industria á llevarla con la posible decencia y veneración. Diversas veces fué peregrino á visitar su santuario del Piquiri, muy distante de su reducción, donde recibió los favores que apuntamos arriba.

En todas sus pláticas y sermones hacía estudio particular de encargar alguna excelencia y alabanza suya, y singularmente fué devoto defensor de su purísima Concepción.

Mostró la celestial princesa cuán bien servida se hallaba de este su devotísimo capellán en las grandes mercedes que le hizo. No fué la menor la que escribe el P. Simón Maceta en su citado testimonio.

«Como fué, dice, tan grande el trabajo del P. Antonio Ruiz por tan varios y despoblados caminos, siempre á pie por no haber en aquellas tierras cabalgaduras ni género alguno de regalo, para hacer tolerable la fatiga, bien se deja entender los achaques que padecería en las caídas, en los calores, en los fríos y aguaceros. Una vez por un caso contingente se halló quebrado. Dábale mucha pena, y aunque procuró su remedio por

lo que aquel accidente le impedía los ministerios, no hallándolo humano, por intercesión de la Virgen halló el divino.

Otras veces estando muy apretado de otros achaques, y tan descaecido que no podía acudir á las cosas muy precisas, como á visitar y confesar sus enfermos, de repente se hallaba sano, robusto y agil para todo lo que quería, sin otra medicina que retirarse un rato de oración, delante de la imagen de Nuestra Señora que tenía en su celda.»

Todo esto testifica este religioso Padre compañero suyo de tantos años y testigo abonado de su santísima vida.

Con la experiencia de tan seguros socorros, nunca la perdía de vista; consigo la llevaba en el altar portátil para decir misa. A ella atribuía todos los prodigios que obraba en la conversión de los gentiles y victorias que tenía de los hechiceros.

Historia aparte se pudiera hacer de los obsequios que hizo á la santísima Virgen y de los favores y regalos que recibió de su mano. Aquí solamente haré mención de algunos de los que dejó escritos de la suya,

constreñido de la autoridad y precepto de sus superiores.

«En el santo sacrificio de la misa, dice, me sobrevino la quietud acostumbrada, en la cual sentí la presencia de mi Madre Santísima, con una fragancia y gusto que no se puede decir. Sentíame deseosísimo de ofrecerle todo mi corazón juntamente con aquel sacrificio. Sentí allí al arcangel San Miguel, que todo junto lo llevaba y entregaba á la Virgen para que de sus manos pasase más acepto al Eterno Padre.

Todas mis ánsias eran alcanzar un ardientísimo amor de la hermosísima, piísima y purísima reina de los Serafines, no solamente para mí, sino para cuantos hay en el mundo, para que los corazones de todos se sintieran heridos de su castísimo amor, como se sentía el mío.»

Añade más adelante:

«En la acción de gracias se derritió toda el alma en el amor del divino Mesías, que tenía presente, á quien tan ciega y neciamente niegan los suyos. No se puede explicar lo que el alma sintió en aquella hora,

que aunque fué bien cumplida me pareció un momento.

Amaba y era amado; veía y era visto; sentía y era sentido; hablaba sin hablar, y conocía que era oído. No puedo decir más, porque no hallo términos con qué declararlo.

Después deste gusto interior, todas las cosas dulces me parecían amargas; la música, otras veces apacible, me daba pesadumbre por insulsa y desconcertada. Al Señor y á la Señora la gloria de todo por todos los siglos de los siglos. Amén.»

Otro día en la oración de la mañana se elevó el alma y vió á esta dulcísima, suavísima y amantísima Señora en edad juvenil, lo que oyó de su dulce boca, lo que vió de su peregrina hermosura, sin comparación mayor que la de los cielos, diránlo mejor sus devotos queridos, que experimentan la dulcedumbre de su amor.

Estando el alma como cercada de rosas, de claveles y azucenas, de repente la penetró un rayo encendido, en medio del cual estaba un corazón resplandeciente y abrasa-

do en manos desta divina Señora, atravesado con dos saetas.

Lo que resultó desta visión fué un claro conocimiento de la grandeza de Dios, asistencia del Angel Custodio y de los siete príncipes. *Non licet homini loqui.* A Dios la gloria y á la Virgen eternamente.

En otro Apuntamiento, dice:

«En la oración de la mañana, pidiendo auxilio á la Divina Majestad, sintió que le arrebataban el corazón de repente y lo llevaban á la profunda región del alma, donde como en cielo empíreo veía á la madre y al hijo.

Dejaba hartar un insaciable deseo que tenía de amar más y más. Palpitábale el corazón con las fuerzas destas ansias; parecía derretirse y no se derretía, pues no se consumía. En la misma hartura hallaba más hambre. Pasó este suavísimo tormento, y ojalá durara, porque hallaba ya en los dolores delicias, y en los trabajos dulzura y descanso.

Otro día, dice, en la misa me ví rodeado de ángeles, y principalmente de los siete

principes, y estaba presente la santísima Virgen, á quien flechaba el corazón saetas en medio de unas elevaciones suaves y abstracciones de la mente; pero mortificaba el alma retirándola de aquellas luces á estas tinieblas exteriores, porque no lo notasen los circunstantes.

Duró por toda la misa con un jugo espiritual, metido en las médulas del alma. Gloria á Dios y á la Virgen Madre, á quienes amo de todo mi corazón.»

Desta suerte la emperatriz de los cielos endulzaba á su devoto capellán las hieles de sus tribulaciones, y le doraba las más amargas píldoras para hacerlas llevaderas. En todos los sucesos adversos su sagrado era la memoria de Dios y de su santísima Madre. *Memor fui Dei & delectatus sum.* En este centro hallaba verdadero descanso; lo que él solía declarar con una vulgar comparación. Un hombre muy rico que dentro de su casa tiene los cofres llenos, si fuera della le sucede alguna cosa de disgusto, hace recurso á su tesoro, y á vista suya todo pesar se retira. Así sucede en la memoria y amor

del sumo bien y de su Madre santísima, que luego ahuyentan del alma toda pesadumbre por grande que sea.

CAPITULO V

Del trato familiar que tuvo con los santos ángeles, y los favores que le hicieron.

—

Fué singularísima la devoción del Padre Antonio con los espíritus angélicos. Rezábales todos los días diversas oraciones y tenía repartidos los siete días de la semana entre los siete príncipes de la milicia celestial, para hacerle á cada uno en su día su particular obsequio y en reverencia suya alguna mortificación.

Llevaba á su lado con bien actuada presencia á su angel Custodio, como á fidelísi-

mo tutelar y amigo en todos sus viajes. Agradecido á los favores que destos príncipes recibía, les dedicó la reducción de los Tayaobas. Al arcangel San Miguel hizo presidente supremo de su corazón y de todas sus potencias y sentidos, y por su medio ofrecía sus actos fervorosos á Dios y á su purísima Madre. Muchas veces los vió que lo asistían reverentes cuando celebraba el santo sacrificio de la misa.

Ocupaba algunos ratos en contemplar la gloria que gozan en el cielo, y tal vez le corrió el Señor la cortina para que viese lucidas reberveraciones della. Y hablando de su grandeza y hermosura, repite lo del apostol: *Quæ non licet homini loqui.*

El mismo dice de sí en tercera persona:

«Fué muy devoto de los siete príncipes de los Angeles, á los cuales se encomendaba todos los días, señalando para cada uno su culto y tributo particular, de quienes recibió grandes mercedes.

Lo mismo hacia del angel de su guarda, de quien cuenta, agradecido, algunos beneficios. Una vez le guió por la espesura de

un monte, donde se había perdido yendo á caza de ciertos gentiles, y lo llevó por un atajo, por donde sin saber cómo, en menos de una hora hizo la jornada de todo un día.

Una noche lluviosa y oscura, entrando en un aposentillo, sintió que lo arrojaban con ocultos impulsos hacia fuera; reparó en la violencia, y sabiendo no habia dentro quien la pudiera hacer, persuadióse era del angel de su guarda.

Volvió atrás, llamó á un indio, encendió luz, y vió enroscada en la misma puerta una vívora ponzoñosa. En otra ocasión, habiéndose acostado vestido, como solía, cerca de la media noche, y habiendo reconocido primero con luz los rincones del aposentillo, que están muy expuestos á estas venenosas sabandijas, que produce en abundancia el país, cuando ya rendido iba á dormir, oyó una voz que le decia:

—Mira que tienes en la celda una vívora que te puede hacer mucho daño.

Parecióle ilusión del sueño, por la previa diligencia que habia hecho; pero tratando

otra vez de dormir, repitió el aviso del cielo:

—Levántate, trae luz, y la verás.

Conoció que la voz era más que humana. Levantóse, encendió luz, y desde la misma puerta vió una horrible víbora, que por habérsele desaparecido, juzgó que era la antigua serpiente que le armaba alguna traición.

Caminando por una sierra, bajaba con los piés descalzos por unos pedregales, asentó el uno en una losa, sobre la cual estaba una víbora de las de tan pestilencial veneno, que en picando matan, aunque son muy pequeñas.

Todo fué uno, poner él el pie sobre la piedra y retirarse la víbora con piedad y cortesía que no guardan con otros, porque embisten furiosas y escupen su veneno.

Aquí se cumplió en él con la protección de su santo angel, lo del Salmo 90: *Super aspidem & basiliscum ambulabis.* Y destos peligros de que Dios lo libró con singular providencia en tan largos y continuados viajes, durmiendo en bosques poblados de sierras y serpientes, pudieran referirse suce-

sos varios. Tiraron estas á hacer fuerte en la vida del cuerpo; otras más maliciosas á la del alma.

Con el silencio de la noche entraron tres indias deslavadas y atrevidas en la chozuela pobre donde el honestísimo varón descansaba, con intento diabólico de contrastar su castidad. Y como á otro Pedro entre sus cadenas, le despertó el santo angel dándole aviso de la enemiga celada.

Salió de la choza temblando y dando voces á unos indios, que dormían en otro rancho cercano. Acudieron al socorro y hallaron las malas hembras, que llanamente confesaron su atrevimiento y se retiraron confusas, quedando victorioso el castísimo Josef. En uno de sus Apuntamientos dejó escrito lo siguiente:

«En la refección corporal tengo siempre presentes á la purísima Madre y á su Hijo santísimo, y para tan nobles convidados reservo siempre lo mejor de la comida, la cual suplico á mi santo angel la sirva á Sus Majestades de su mano, y luego significa lo que interiormente sentía en estas ocasiones.

El mismo corazón que lo siente es solo el que lo sabe; cállalo la lengua, porque explicarlo no puede. Mas, ¿quién podrá exprimir lo dulce de tu nombre, Madre Virgen, amor, consuelo, y todo deleite mío? *Eructavit cor meum verbum bonum. Dico ego opera mea Regi & Reginæ.*

CAPITULO VI

De algunas heróicas virtudes del P. Antonio y casos de mucha edificación.

—

Apenas se puede dar paso por la vida deste apostólico varón, que no se encuentre con muchos actos de heróicas virtudes, con ejemplos de mucha edificacion.

Aquel fervor grande, aquel desprecio del mundo y de sí mismo con que emprendió la carrera de la perfección religiosa, y venciendo montes de dificultades, la siguió con velocidad de Angel en cuerpo de hombre hasta la muerte.

Aquel celo ardiente de la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, con que pródigo de su vida atendió á la conversión de tantos y tan fieros gentiles con tan vehementes ansias de que Dios fuera conocido y venerado de todas las naciones del mundo.

Aquella magnanimidad en acometer empresas grandes con tanto mayor denuedo cuanto lo era la resistencia que le hacia el demonio. Aquella intrepidez con que se arrojaba en medio de los mayores peligros, sabiendo el grande que corría, de que lo matasen y comiesen los hechiceros.

Aquel rigor de penitencia, en comida, vestido, estancia, y en tanto viaje siempre á pie, expuesto de dia y de noche á todas las injurias del invierno y verano, de lluvias y soles, durmiendo al sereno sobre la tierra desnuda ó en una pobre hamaca, con riesgo de ser herido de las serpientes, despedazado de los tigres. Ninguna hallo yo en el coro de las virtudes que no la vea en el Padre Antonio en grado eminente.

Señalóse con singularidad en aquellas que más hermosean y perfeccionan el religioso

estado. La obediencia es la divisa de los hijos del grande Ignacio. Y en ella fué extremado por exactísimo, por puntual, y humildemente rendido á los órdenes de sus Superiores.

A ella atribuía todos los felices sucesos de sus conquistas espirituales, pues escrito está. Prov. 21. *Vir obediens loquetur victorias.* Ella infundió bríos á los apostóles para las que gloriosamente consiguieron en la promulgación del santo Evangelio, como dice San Juan Christomo. *Erat enim inter omnia pericula consolationi virtus mittens eos.* Este era el consuelo mayor de nuestro apostólico Padre en tantos peligros. Dios lo ordena, Dios me envía, el Superior lo manda, que tiene sus veces y voces; no buscaba otras armas ofensivas ni defensivas, ni mayor seguridad para cerrar con las huestes del infierno. Buen testimonio es el que dió el P. Padre Simón Maceta por estas palabras:

«En la obediencia era muy exacto en ejecutar lo que mandaba el Superior. Y para animar á sus compañeros á la perfección desta

virtud tan esencial en la religión y tan estimada en la Compañía, decía que él por acudir á las Misiones no había estudiado la teología escolástica, y con todo, si la santa obediencia se la mandase leer, no dudaría de que con el favor de Nuestro Señor, saldría con crédito de la empresa. Y no sé si fuera esto más que lo que fiado en la obediencia consiguió, rindiendo innumerables bárbaros con sola una cruz de palo en las manos, á imitación de su divino capitán, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, de quien dijo San Agustín. *Domuit orbem non ferro sed ligno.*

Su pobreza fué verdaderamente apostólica y admirable, y que en su comparación la más recoleta de los religiosos mendicantes europeos, puede pasar por riqueza y abundancia, pues á estos nunca les falta por lo menos un pedazo de pan, aunque recogido de puerta en puerta, y ya se sabe que todos los duelos con pan son buenos, ó son menos.

El P. Antonio en muchos años no tuvo un mendrugo seco para poder decir que ayu-

naba á pan y agua; ni pan ni vino, sino el precisamente necesario para consagrar en la misa. Acá decimos que pan y vino anda camino. Grande alivio para el fatigado caminante llegar á una fuente y hacer recurso al zurrón y á la calabaza. Sin ese triste socorro, que no falta acá al más miserable pordiosero, caminó el P. Antonio por espacio de muchos años más de doce mil leguas, y muy de ordinario en solo un viaje por doscientas de despoblado, sin otra alforja que la confianza en la divina providencia, por desiertos solitarios donde no habia ventas ni mesones á que hacer recurso en la mayor hambre y necesidad.

Jamás hizo provisión de víveres para su persona, contentándose con las raíces y yerbas que los indios buscaban por los montes, cocidas en agua pura, sin aceite, sal, ni vinagre, que pudiesen darles alguna sazón.

Y no pocas veces faltándole este rústico sustento, el Señor milagrosamente le proveía.

Cuando entró en la provincia del Guayrá

con el P. Francisco Diaz Taño y los hechiceros conjuraron para matarlos y hacer de sus carnes banquete, siendo por entonces conveniente para el bien de aquella nueva cristiandad la fuga, la hicieron por aquellos bosques y montañas sin matalotage alguno, y el Señor, que con su providencia sustentó por ministerio, ya de un cuervo, ya de un angel, á su profeta Elías, fugitivo de la rabiosa Iezabel, en la quebrada de un arroyuelo les deparó un arbol pequeño cargado de una fruta extraordinaria que á los compañeros les dió bastante alimento y al Padre Antonio medicina para el estómago, que traía muy relajado.

En todos estos aprietos tenía muy puestas en Dios sus esperanzas y luego hallaba el sustento necesario, como se verá en el viaje que hizo á España. Embarcóse en el puerto de Buenos Aires con solo su breviario.

Y desde allí, antes de partir, escribió á las reducciones diciendo que iba animado y contento, pues confiaba en Dios y en la reina de los Angeles, que teniendo nada habia

de tenerlo todo. *Tamquam nihil habentes & omnia possidentes.* Y no le engañó su buen corazón, pues volvió á las Indias con muchas alhajas curiosas para las reducciones, y otras que perecieron en las inquietudes de Portugal.

Con todos era grande su caridad, en especial con sus compañeros y feligreses, muy afable y benigno con todos. A aquellos trataba como á carísimos hermanos; á éstos como á queridos hijos, sin que se le reconociese ni en palabras ni en acciones resabio alguno de superioridad.

Gustaba mucho de una santa llaneza, sin admitir exención ni singularidad. Siempre era el primero en la religiosa cortesía, y cuando concurría con otros en tránsitos estrechos se retiraba y hacía instancias para que pasasen primero.

Si advertía que á alguno eran cargosos los órdenes que le daba, aligerábalos con la suavidad de razones amorosas con que á todos tenía robados los corazones.

Con esta blandura apacible sabia mezclar en la ocasión algo de severidad como el mé-

dico que obligado de la necesidad aplica al hijo enfermo el cautiverio y le receta la sangría, la dieta y amarga purga.

El mayor rigor de sus reprensiones era su mesurado semblante, que en mirándole á la cara, cada uno se daba por entendido de la falta que habia de corregir.

Su magisterio en guiar las almas por la vida del espíritu fué admiración y enseñanza á los más entendidos maestros. Algunos destos afirmaron que no habian sabido el A, B, C de la vida espiritual hasta que llegaron á comunicar con el P. Antonio; pero ¿qué maravilla, si tenía por asistente al divino espíritu, que parece le dictaba cuanto habia de obrar y enseñar?

En los indios recien convertidos hacía prodigios, adelantándolos en breve tiempo en noticias de los divinos misterios, superiores á su corta capacidad. Con la experiencia desta sabiduría que pareció más infusa que adquirida, le rogaron en varias ocasiones que tomase á su cargo el examen de algunas personas que trataban de oración, para asegurarse si iban por buen ca-

mino, que suelen en este, cuando no rige el gobernale piloto muy diestro, toparse ocultos escollos y peligrosos arrecites.

CAPITULO VII

Prosigue la materia del pasado y de algunos casos que en este tiempo le sucedieron.

—

Por más cuidado que pongan los siervos de Dios, á instancias de su humildad en ocultar sus virtudes, no es tan fácil esconder esas hermosas luces, pues según el consejo evangélico para la común edificación y buen ejemplo, las han de llevar en las manos, y la interior santidad del alma mal puede esconderse, que no se vea en la compostura de todo el hombre exterior.

Para venerar por santo al P. Antonio

Ruiz no era menester más que mirarlo al modesto y apacible semblante, pues parece que se había nacido con él la modestia con que á todos edificaba y componía.

Este es el carácter que requería San Ignacio en sus hijos y San Bernardo en su *Espejo Monacal* en todos los religiosos. *Sic in cunctis se habeat, ut ædificet videntes; & nemo dubitet, cum vel viderit, vel audierit, quod vere sit Monachus.*

Lo interior no lo registran los ojos de los hombres, y así es necesario que por lo que ven ó por lo que oyen, conozcan al que es religioso verdadero, como por el aliento se conoce si está sano ó gastado el pulmón y por la saetilla que señala las horas, si el reloj lleva concertado el movimiento de sus ruedas con el espíritu que las rije. Grande es el testimonio que desta rara modestia del P. Antonio, dió uno de sus condiscípulos, por estas palabras:

«Algunos años traté al buen P. Ruiz de Montoya, porque fuimos connovicios y condiscípulos y nos ordenamos juntos é hicimos largos viajes, donde se descubre mucho

lo que uno es. En todo este tiempo conocí y admiré en él una singular modestia y rara compostura, que parecía traer contínua presencia de Dios y lo mostraba bien en lo que obraba y decía.»

Lo mismo le notaron cuantos llegaron á tratarlo de cerca. Y de aquí nació la grande estimación y reverencia que le hacían, no solamente los indios más políticos, y ya cristianos, sino los más bozales y bárbaros infieles. Bien dijo el príncipe de los filósofos morales: *Magnum est, si videaris & prosis.* Solo con salir por las calles á vistas del pueblo solía predicar callando el seráfico Padre San Francisco.

Desde su niñez fué inclinado Antonio á obras de piedad, y pudo con verdad decir con el santo Job, 31. *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio & de utero matris meæ egressa est mecum.* No había necesidad que ó no socorriese, ó si no podia, que no la aliviase con la compasión particularmente las de los pobres indios, á los cuales defendió siempre, aun cuando más divertido en las vanidades del mundo, procurando redi-

mir y estorbar algunas de las muchas vejaciones que les hacen los españoles.

Huyendo en cierta ocasión de la justicia por una de sus travesuras, llegó á un pueblo cerca del Callao. Pidió á los indios naturales le diesen por su dinero lo que habia menester; pero estos, escarmentados de las burlas de otros soldados españoles, que cuando se ven en necesidad piden humildes y corteses su remedio y después pagan el hospedaje con descortesías, retos y palabras injuriosas, temiendo que Antonio les pagaría en la misma moneda, negáronle lo que con ella en la mano les pedía.

Tuvo tanta paciencia que estuvo dos días sin comer, cuando le sobraban bríos para sacar á fuerza de armas lo que cortés no pudo. Hasta que llegó al mismo lugar otro español amigo suyo, el cual, sabedor de lo que los indios habian hecho con Antonio, lo retó de sobradamente sufrido; díjole se estuviese á la mira y vería cuán presto sacaría él con bravatas todo lo necesario.

Procuró Antonio disuadírselo, porque los pobres indios no fuesen maltratados, pero

echando aquel mano á la espada, les hizo miedo y obligó á que trujesen con abundancia lo que habían de comer ellos y sus caballos, con mucho sentimiento de quien quería antes padecer tan grande incomodidad que á los indios se hiciese la vejación menor.

Su mortificación y penitencia tan contínua como rigurosa, sin más lástima de su cuerpo que si fuera mortal enemigo; siendo verdad que aunque en el siglo lo fué, en la religión sirvió siempre plaza de fidelísimo compañero para todas las empresas del servicio de Dios.

Con todo, parte por el daño que en algún tiempo le hizo, y parte por cautelarse siempre de sus reveses, lo tenía metido en estrecha pretina. Su blasón fué siempre el de la santísima Teresa de Jesús. *Aut pati, aut mori.* O padecer ó morir. Antes bien, su padecer fué tanto, que se puede con razón dudar si su vida tuvo más de vida ó más de muerte y prolongado martirio.

Esto testifican los ásperos cilicios, las sangrientas disciplinas, los ayunos y desvelos durmiendo siempre vestido en tan largos

viajes, las enfermedades que padeció sin cama, sin médicos, sin medicinas, sin otros regalos que los del cielo y las yerbas del campo, la persecución de los demonios, de los hechiceros y Mamalucos. Y si contamos entre sus tormentos todas las penas que por manos destos tiranos padecieron sus hijos, según lo del apostol. *Quis infirmatur & ego non infirmor*? habremos de concederle millares de títulos para la palma de mártir. Aunque le basta el haber llevado tantos años arriesgada la vida por la fe entre tantas bárbaras naciones.

No puede el hombre vivir sin algún consuelo, y quien tan desprendido estaba de todos los humanos, fuerza era que con todo ahinco suspirase por los divinos. Estos hallaba el V. P. muy seguros en el trato con Dios en el sacrificio santo de la misa que para él era un cotidiano y delicioso banquete en rezar con mucha ternura y devoción los dos oficios, mayor y menor de la Santísima Virgen, en el ejercicio de la oración mental, en que como al grande Antonio se le pasaban las noches enteras, y aun de dia,

á más de la hora de la mañana, que por obligación de regla tienen todos los de la Compañía, empleaba en ella todos los ratos vacantes de los ministerios con los próximos. De suerte que la mortificación lo disponía para orar más atentamente, y en la oración cobraba nuevos bríos para más mortificarse. Así se dan la mano estas dos virtudes. Y aunque los rigores de la una tiraban en Antonio á enflaquecer las fuerzas y consumir la salud del cuerpo, todo lo reparaban los gustos que hallaba en la otra, pues muchas veces le sucedió entrar en la oración flaco y enfermo y salir della robusto y sano.

Desta fuente manaron los celestiales favores que recibió, el espíritu profético, el don de prudencia para gobernar las almas y encaminarlas por vías seguras á su último fin; la valentía y esfuerzo con que fiado de solo Dios acometía cosas árduas y se arrojaba á manifiestos peligros.

Mucho queda dicho de todos estos puntos en los libros pasados. Aquí solamente diré lo que le sucedió en la reducción de Loreto,

estando en su compañía los Padres Cristobal Portell y Vicente Badía, ambos de la observantísima Provincia de Aragón.

Un día, después de la oración de la mañana, tocaron á la puerta de su celda, salió el P. Antonio encendido el rostro como unas brasas; causóles grande admiración, y queriéndole hablar sobre cierto negocio, los interrumpió por dos veces, diciendo lo que él tenía más en el corazón.

—¡Ah, Padres míos! ¿Qué hacemos? ¿Cómo no amamos mucho á Dios?

En que conocieron cuán embriagado del divino amor salía de la cantina del Esposo Divino, y sin comunicarle por entonces, volvieron á sus celdas.

Fué enviado desta reducción de Loreto á la del Corpus el P. Cristobal Portell, halló en ella algún pan, que por milagro había venido de muy allende, y cuando llega alguno, por duro que sea, parece sabroso y tierno, y se lo reparten como pan bendito.

Envióle un pedazo al P. Antonio, y agradeciéndole el regalo, y estimándole más el afecto, le escribió los favores que comiendo

aquel pan había recibido en la mesa del Niño Jesús, con una visita y amorosa comunicación.

El P. Juan de Hornos afirma que lo vió una vez en la huerta encendido el rostro, los ojos clavados en el eielo y arrebatado de tierra como media vara, y hoy los indios cristianos de aquella reducción enseñan el lugar donde sucedió este rapto.

Otro caso refiere en sus advertencias el P. Josef Cataldino. Saliendo un domingo el P. Antonio de la oración de la mañana, escribió un billete al Padre misionero que asistía en San Ignacio, avisándole excusase el trabajo de aparejar el sermón de aquel dia, porque él partiría luego á predicarlo.

Juzgó el Padre que tendría algún negocio que tratar con él y que queria valerse de la ocasión para excusarle aquel sermón. Llegó el P. Antonio á San Ignacio, fuese derecho al púlpito, predicó y luego dió la vuelta á su reducción de Loreto.

Admiróse el Padre; pero cesó su admiración cuando poco después llegó á pedirle confesión cierta persona bien necesitada de

remedio, diciendo que el Padre Antonio le habia clavado con sus eficaces razones el corazón y movídola á arrancar del atolladero de sus pecados, cuando más atascada en ellos y más olvidada del cielo y de su salvación. De donde se coligió que sin duda al P. Antonio le habia revelado el Señor la extrema necesidad de aquella y que solo ese fué el fin de su venida.

CAPÍTULO VIII

Funda de nuevo las reducciones de Loreto y San Ignacio en el río Yabebiri, y lo mucho que en esto padece.

Los varones tan grandes como un Antonio, no se ahogan en poca agua; antes bien á fuer de bajeles de alto bordo, necesitan de mucho fondo para navegar más seguros; y más viaje hacen en pocos días de tempestad que en muchos de calma y bonanza.

Mucho se adelantó nuestro apostólico misionero con aquella tempestad desecha de tribulaciones y calumnias que describimos arriba. Aunque combatido del furor de sus

ondas, bañado su espíritu en otro piélago en leche de consuelos soberanos, no dejó de la mano el gobernalle de aquellas dos reducciones.

Con todo cuidado y desvelo solicitaba el aumento espiritual y temporal de aquellos pobres indios, que por conservar la fe se habian desterrado de sus patrias y padecían en tierra agena grandes desdichas.

Trató de fabricar nuevas iglesias cuando ya gozaban alguna mayor comodidad por beneficio de las sementeras, habiendo ya calmado la enfermedad contagiosa. Buscó con toda diligencia sitios acomodados donde plantar las nuevas poblaciones, y hallólos á la medida de su deseo. A lo cual no poco le ayudó la gran caridad, celo y maña del gran siervo del Señor el P. Pedro de Espinosa.

Como para el remedio de la hambre que en el camino y recién llegados padecieron, habían vendido los pobres indios todo cuanto tenían, hasta los vestidos, alhajas y herramientas, hallábanse imposibilitados para fabricar sus chozas y prevenir materiales para

los templos. Con que el P. Antonio hubo de poner faldas en cinta y buscar arbitrios para proveer cantidad de hierro, que allí no se estima menos que la plata. Y para vestir su desnudez con decencia, dió traza, como de la ciudad de Santa Fe, que dista doscientas leguas de aquel parage, se llevase lana y algunas manadas de ovejas; así mismo hizo prevenir cantidad de algodón.

Para estos empleos vendió sus libros, sus alhajas y hasta la misma sotana y manteo, no dando ya á los pobres media capa como Martín, sino capa y vestido entero. Con todo á vista de una obra de tan apostólica caridad, no faltaron lenguas maldicientes que atribuyeron esta negociación, encaminada toda al socorro de los pobres, á propio interés y temporal ganancia del Padre y de sus compañeros, como lo dice el mismo Padre Antonio en el § 45 de su *Conquista*, por estas palabras:

«Ha sucedido que enviando á vender á los pueblos de los españoles mi manteo y sotana, concordancias y otros libros, hasta los cálices del altar y sagrados ornamentos para

comprar lana y algodón que hice traer de la ciudad de Santa Fe para vestir á los pobres indios, se hizo información que ocupábamos á los indios en nuestros tragines y aprovechamientos.

Pero como la inculpable vida de los Padres de la Compañía está ya tan hecha á despuntar flechas de calumnias semejantes, y la santidad del P. Antonio era tan conocida por grande, luego flaqueó la mentira en sus combates, porque constó con toda evidencia de la verdad con nuevo crédito del venerable y misericordioso Padre de los pobres cuando á estos los vieron vestidos y acomodados y á los misioneros desnudos y sin las alhajas necesarias para su casa é iglesia, pues como buenos pastores no van á desollar las ovejas, que si eso hicieran no fueran tan perseguidos de aquellos que pretenden engordar con su sangre; van al Nuevo Mundo arriesgando sus vidas para recoger las descarriadas y traerlas á las dehesas fértiles de la cristiana religión y bien apacentadas con sana doctrina y frecuencia de sacramentos, conducirlas á los apriscos del cielo.

Desvanecióse aquel falso rumor cuando se supo que el P. Antonio Ruiz habia enviado al P. Pedro de Espinosa á la ciudad de Santa Fe á traer ganado, venciendo las dificultades grandes que se ofrecían en traerlo, ya por el río en embarcaciones, ya por anegadizos y pantanos y perdiendo la vida dicho Padre en esta obra de tanta piedad á manos de los infieles indios Caracaras, que están en el camino, de cuyo martirio hace honorífica mención el V. P. Juan Eusebio Nieremberg en su tomo IV de los *Varones ilustres de la Compañía*, en la vida del religiosísimo Padre Agustín de Espinosa, su hermano.

Algunas cosas singulares sucedieron en la muerte deste ilustre martir de la fe y de la caridad. La primera refiere el P. Antonio en el § 44 de su *Conquista*.

«En la misma noche, dice, que le mataron, apareció á un grande amigo suyo y ayudante en la conversión de los indios, y le dijo con alegre semblante:

—Ea, hermano, quedaos con Dios, que yo me voy á descansar en el cielo.

A otro amigo del Padre manifestó Dios

dos días antes el peligro en que estaba, y el mismo día en que le mataron se lo reveló también, y aun el género de muerte con que le quitaron la vida, estando muchas leguas lejos del lugar de su martirio.»

Aunque no dice los nombres de las dos personas á quienes se hicieron estas revelaciones, la primera se hizo al hermano Mateo Fernández, natural de la ciudad de Villa Rica, y no lo nombró porque aún vivía cuando escribió aquel libro el cual había sido su compañero mucho tiempo en las provincias del Tayaoba; y como buey manso y sufrido ayudádole mucho á la roza y barbecho de aquellos jarales de la inculta gentilidad, hasta que después fué muerto y ofrecido á Dios en grato sacrificio con el Santo Martir el P. Pedro Romero por los Chiriguaras, gente belicosa y feroz.

El amigo á quien reveló Nuestro Señor la muerte antes que sucediese, y el linaje con que se la dieron, fué el mismo P. Antonio Ruiz, que había salido á buscar qué comer para los indios retirados, mientras se sazonaban sus sementeras.

Lo que yo puedo referir, como testigo de vista, es que, hallándome á la sazón en dicha ciudad de Santa Fe, comuniqué familiarmente al bienaventurado P. Pedro de Espinosa, cuando estaba pasando allende del río las ovejas que había comprado, y le oí de su boca muchas veces, que Nuestro Señor le daba á entender había de morir en aquel viaje.

Y fué caso bien raro el que sucedió por este mismo tiempo, como apuntamos arriba, pues sudó una imagen de pincel de la Purísima Concepción, que está en aquel Colegio de la Compañía de Jesús, en el altar de los Congregantes, con tanta abundancia, que se empaparon muchos algodones en aquel prodigioso sudor, como constó por auténtico testimonio, y con él se curaron muchas enfermedades. Que parece quiso dar á entender la Emperatriz de los cielos, cuán á su protección estaban aquellos apostólicos Padres misioneros y lo que eran gratos á sus ojos, pues en la muerte violenta de uno, hizo en su imagen tal extremo de sentimiento.

Continuando el P. Antonio Ruiz la nueva

fundación de Nuestra Señora de Loreto, molido del continuo trabajo, adoleció de unas ardientes calenturas; túvolas por regalo, como venidas de la mano del Señor.

Estando una noche muy apretado de sus accidentes, se le apareció Cristo Señor Nuestro en compañía del Patriarca San Ignacio, el cual se le mostraba con semblante algo severo, cuando el Señor lo mostraba harto apacible. Preguntó el Salvador á Ignacio por qué no decía alguna razón de consuelo á aquel soldado de su Compañía. Entonces el Santo, señalando á Antonio con el dedo, le dijo á Cristo:

—Este, Señor, ¿es de tu Compañía?

Dióle una grave reprensión por una falta, al parecer leve, y era que, con el ardor de la fiebre, tenía un pie descubierto contra la regla, que dice: «Ninguno duerma abierta la ventana, ni sin camisa, ni descubierto, siendo así que la regla no obliga aun á pecado venial.»

Este caso se halla en sus Apuntamientos, y el P. Francisco de Aguado, sabida su muerte, lo escribió desde Madrid, diciendo lo ha-

bía contado á los PP. de la Octava Congregación, ponderando cuán delicadas son las cosas del espíritu y lo que los santos fundadores sienten no se observen exactamente sus reglas, pues hizo reparo el Patriarca San Ignacio en la falta de una tan ligera, en un enfermo abrasado de calenturas, y en el retiro de su aposento.

CAPITULO IX

Adelanta mucho el aprovechamiento de los indios en virtud y devoción, con la Congregación de la Virgen que funda en sus pueblos.

Después de cuatro años de un pesado mareamiento y penosos cuidados y fatigas que padecieron los indios desterrados en fabricar sus casas y disponer las sementeras necesarias para el cóngruo sustento de la vida, trató luego el P. Antonio con grande fervor de adelantarlos en todo género de virtudes y cristiana perfección. Y conociendo por experiencia ser la más eficaz entre todas la devoción de la Santisima Virgen, fundó la Con-

gregación con título de esclavos desta gran Señora.

Para esto escogió doce, como piedras fundamentales, de los más ejemplares y devotos, para despertar en los demás una santa emulación y deseos de seguir sus pisadas é imitar sus ejemplos. Dióse principio con mucha solemnidad y regocijo, cantóse una misa con sus voces y músicos instrumentos, que, como los cautivos de Babilonia, habían tenido colgados de los sauces de aquella ribera.

Comulgaron los nuevos congregantes con edificación de todo el pueblo; ocupábanse en ejercicios de piedad y devoción en que hasta hoy perseveran. Rezan el Rosario todos los días y lo llevan pendiente al cuello, divisa de su honrosa y voluntaria esclavitud.

Acuden muy puntuales todos los domingos á oir la plática ó conferencia espiritual, creciendo en sus corazones la estimación de la virtud y cristiana policía. Confiesan y comulgan por lo menos una vez al mes, y muchos cada semana. Visitan los enfermos y socorren con buenas limosnas á los necesitados. Cuando los ven de peligao les asisten,

y después de muertos los acompañan á la sepultura, y les hacen sus exequias y honras, levantando en la iglesia arcos triunfales y esparciendo en el pavimento varias flores con tanto aseo como pudiera el más curioso y devoto sacristán.

Por medio destas Congregaciones han entrado muy ricas de méritos innumerables almas en el cielo, y de la insigne virtud de muchos congregantes se pudieran contar raros ejemplos. Todos confiesan haber sido estas dos reducciones dechados de todas las de los indios, y deberse todo á la solicitud del P. Antonio Ruiz.

Bien lo manifestaron cuando les llegó la nueva de la muerte dichosa de su amado Padre, como lo testifica el P. Comental, cura de Loreto, á quien los indios decían con tierno sentimiento:

—Padre, el P. Antonio Ruiz fué santo, como todos los santos de quienes predicais en sus fiestas. Su cuidado todo era de convertir almas, y de sí no lo tenía. Todo cuanto él nos profetizó se ha cumplido puntualmente.

Con este concepto y estimación que tenían de su santidad, se les imprimían sus palabras en los corazones y hoy se acuerdan de su doctrina y consejos, como si actualmente los estuvieran oyendo de su boca. Con esto eran muchos los que después de congregantes no cometían pecado mortal y apenas se les hallaba materia nueva en sus confesiones para la absolución. Y en materias de espíritu, en desengaños de la vanidad de los bienes del mundo y aprecio de los cielos, hablaban y discurrían tan altamente como varones muy provectos y experimentados.

Algunos casos refiere el P. Antonio en su libro, que confirman lo dicho. Vivía un indio congregante muy afligido con algunas dudas acerca de lo que enseña la fe del purgatorio y de las penas que en él padecen las almas para entrar purificadas en el cielo. Un día en que se vió más combatido desta tentación, se le aparecieron dos personajes de aspecto hermoso, vestidos de blanco, que parecían ángeles, y sin duda lo eran, que hasta en el hábito gustan mucho de la candidez.

Estos le dijeron venían á enseñarle el pur-

gatorio y lo que en él se padece. Lleváronlo consigo, y metiéndolo en una grande hoguera, le dijeron:

—Solos cinco días te has de abrasar en este fuego, y pasados ellos, volveremos á sacarte dél.

Vióse el pobre indio revestido de llamas que le hacían estrellar los gritos en el cielo. Padeció algún tiempo aquel tormento, y juzgó que le habían engañado en la duración, y querellóse de que no le cumplían la palabra que le dieron, porque juzgaba había ya años que ardía en aquellas llamas.

Visitáronle los santos ángeles, y dijéronle que en él estaba el engaño, pues no había estado en ellas sino medio cuarto. Y que por allí entendería el rigor excesivo de aquellas penas, que aunque no son eternas, en lo demás émulas de las que en el infierno padecen los condenados. Con esto quedó bien enseñado de lo que debía creer en este artículo de la fe.

Otro congregante acudía con todo cuidado y puntualidad á los ejercicios de la Congregación y á recibir por suerte el santo de los

que se sacan al principio de cada mes, y los guardaba como reliquias en una bolsilla pendiente del cuello, con un pedacito de pasta de *Agnus* y la protestación de su esclavitud.

Hallándose un día en la fragua, por descuido se le cayó la bolsa en medio de los carbones encendidos. Cuando echó menos sus reliquias, ya vió quemarse la bolsa en el fuego, sacóla con presteza, y halló que aunque en lo exterior se quemó la bolsa, tuvo respeto el fuego á lo que había dentro, y ni derritió la cera del *Agnus Dei*, ni quemó alguno de los papeles, de lo que quedó atónito y muy confirmado en su devoción.

De otra india, dice el P. Antonio en el § 40 de su *Conquista*, que siendo cautiva de los tiranos de San Pablo en la costa del Brasil, codiciosa de su libertad, echó á huir por desiertos poblados de fieras. Aportó á Loreto, diciendo se venía á salvar. Comenzó á entrar por el camino del cielo con grande aliento y fervor. Pidió ser admitida entre las Esclavas de la Virgen, y lo consiguió con las muestras que daba de buena cristiana.

Una de las leyes que observaban era que

había de preceder riguroso examen del catecismo, antes que se diese licencia para llegar á la sagrada Comunión.

Y como los examinadores la hallaron no bien instruída en tres ó cuatro puntos, la reprobaron. Fué tan grande el sentimiento que tuvo la buena india, que cayó enferma. Supo el P. Antonio la rigurosa sentencia de los jueces, y como tenía muy bien conocida la pureza de su alma, le mandó se dispusiese para comulgar. Tuvo tanto gozo con esta nueva, que no aguardó le llevasen el viático á su casa, sino que desalada como sedienta cervatilla se vino á la iglesia; en ella recibió el viático y luego murió; pero aunque estuvo algunas horas separada su alma del cuerpo, como aseguraba ella mísma, resucitó por la intercesión de la santísima Virgen, y dijo que dentro de cinco días había de morir segunda vez, que le llamasen al Padre, en ocasión que sólo estaba el P. Agustín de Contreras, por haberse ausentado el día antes el P. Antonio Ruiz.

Acudió el P. Agustín, admirado del prodigio, y apenas llegó donde estaba la india re-

sucitada, cuando ésta con grandes ansias le dijo tenía mucha necesidad de consuelo. Creyó se querría confesar. Respondió que no pedía el Sacramento de la penitencia, sino el del bautismo.

Causóle mayor maravilla que una india, buena cristiana y congregante, quisiese bautizarse otra vez. Tocó á reconsejo, y después de haberlo considerado bien y suplicado al Señor le alumbrase para lo que debía hacer, juzgó no había causa para reiterar el sacramento del bautismo; pero por sí acaso ella le daría más luz, preguntóla de nuevo cómo era posible que no estuviese bautizada, y si lo había sido, qué razón podía tener para pedir el bautismo.

Respondió que ninguno de los Padres sus compañeros la había bautizado, y que aunque Pay Berán le había echado el agua, tenía necesidad de bautizarse otra vez. Con esta respuesta creció la perplegidad en el ánimo del piadoso y prudente cura, y con deseo de acertar, comunicó el caso con el P. Simon Maceta, que estaba en la reducción de San Ignacio. El cual luego dió en la cuenta

porque el ministro Pay Berán, que ella decía le había echado el agua, era un sujeto díscolo de cierta religión que andaba fugitivo, y no sabiendo la lengua para catequizarlos, ni haciendo capaces del sacramento á los que lo habían de recibir, lo había administrado á algunos, á los cuales, por esta razón *sub conditione*, habían bautizado de nuevo; y que así, era de parecer condescendiese con los ruegos de aquella enferma.

Con esto se quietó el P. Agustín de Contreras; fué á la india, dijóle lo que había resuelto, de lo que ella se consoló mucho. Bautizóla en la forma dicha, dióle el Viático. Y todo el tiempo que vivió, lo empleaba en predicar á los Indios; decía que quisiera tenerlos presentes á todos para significarles de parte de la reina de los cielos cuán grande gusto tenia con la vista de sus esclavos congregantes á los cuales amaba como á muy queridos hijos.

Dióles larga cuenta de todo le que le había sucedido, y como luego que su alma salió del cuerpo fué llevada á ver el horrendo calabozo del infierno, donde los condenados

padecen espantosos tormentos. Que en él vió á algunos de los que en la vida había conocido, que padecían varias y muy terribles penas; éstas pintaba con tanta viveza y propiedad, que hacía temblar á los oyentes.

Luego, dijo, la llevaron al cielo, donde los bienaventurados gozan el premio de sus buenas obras. En medio de todos ví á la emperatriz de todo lo criado, cercada de resplandores, y en su compañía á muchos congregantes, con ricas y vistosas libreas, los cuales habiéndome conocido se acercaron á mí y me dieron muchos parabienes de que yo lo fuese, y que dentro de pocos días iría á descansar con ellos en aquel palacio soberano.

Al quinto día, como lo había dicho, volvió á morir con su cruz y rosario en las manos, asistida del Padre y de los congregantes, afirmando agradecida, que por intercesión de la Virgen, á quien cada día con toda devoción rezaba el rosario, había recibido aquella merced tan singular de volver á la vida para recibir la gracia del santo bautismo. Quedó su cuerpo sin más mudanza después de muerto,

que si estuviera vivo; antes parece que se le alegró el rostro con los colores tan vivos, que nadie la juzgara difunta.

Después de nueve meses, para enterrar á otra, se abrió su sepultura, y se halló el cadáver entero, sin rastro de corrupción ni mal olor.

Cuando el P. Antonio Ruiz tuvo noticia de todo el suceso, pidió el rosario de la difunta, aplicólo á un enfermo de peligro y cobró prontamente salud. Fué grande el fruto que hizo este milagro, pues todos los del pueblo se fervorizaron mucho en la devoción de la santísima virgen. Y se aseguró la salvación de algunas almas, cuyos bautismos estaban en la misma contingencia.

CAPÍTULO X

Es el P. Antonio electo de nuevo en Superior de las reducciones del Paraná, Uruay y Tape. Nuevas pruebas de su invicta paciencia.

Bien conocida á pruebas repetidas de finísimas piedras de toque la virtud y santidad del apostólico Padre Antonio, resolvieron los Superiores nombrarlo superintendente de las 26 reducciones que había en el Paraná, Uruay y Tape.

Comenzó su gobierno con la misma vigilancia y celo que descubrió en las del Guayrá.

Creció el cuidado y tormento de su cora-

zón, viendo se acercaba ya el tiempo en que Dios le había revelado la venida de los tiranos Mamalucos á ejecutar en ellas los incendios, robos, sacos y crueldades que en las del Guayrá.

Acudía á Nuestro Señor, suplicándole con lágrimas librase aquellas sus ovejas de las garras de lobos tan carniceros. Con este recelo visitó las reducciones, consultando el modo que podría haber para resistir al ímpetu furioso de aquellos enemigos. En este tiempo le sucedió lo que cuenta en el § 43 de su *Conquista*, de una alma que Dios tenía predestinada por su medio.

«Caminamos, dice, dos sacerdotes á visitar un pueblo. Alejámonos por un desierto bien fatigados. No podíamos dormir por una grave inquietud, y así resolvimos de proseguir nuestro camino de noche, porque era llano, y la luna favorecía. Amanecimos á vista del pueblo, habiendo caminado toda la noche sin cansancio ni tropiezo alguno.

Antes de llegar al lugar nos salieron á recibir algunos de sus moradores. Pregunté si había enfermos. Respondieron que no, que

sola una vieja había muerto el día antecedente y que trataban ya de enterrarla. Llegamos al pueblo, pregunté por la casa de la india difunta; dijéronme excusase el trabajo porque ya era muerta.

—Vamos, dije, y le diré un responso.

No fué esto acaso, sino con especial impulso del cielo. Entré en la casilla, tan lóbrega, que no se podía ver cosa alguna en ella.

—¿Dónde está la muerta? dije con voz alta.

Respondió ella misma:

—Padre, aquí estoy, y no muerta, á Dios gracias, sino viva, porque le estoy esperando para confesarme.

Confeséla con harto consuelo suyo y mío, y acabada la confesión perdió el habla y rindió el alma á su Criador, que tanto estima las que redimió con el costoso precio de su sangre.»

Dentro de breves días tuvo aviso que las banderas enemigas habían llegado á las riberas del río Tibiquari, poco distante de las reducciones, y que habiéndose fortificado

allí y formado su ladronera para recoger las presas, comenzaba á hacer cruel guerra.

Continuaban los avisos de las espías, cómo se venía acercando, y cómo el peligro era tan manifiesto y el temor fundado en lo que tenía profetizado el P. Antonio; como los pueblos estaban apartados unos de otros, y no se podían socorrer, ordenó se retirasen sobre los ríos del Paraná y Uruay. Creció su dolor sabiendo que habían acometido la reducción de Jesús María y llegado á la Candelaria. Entonces le pidió al Padre el billete que cinco años antes le había escrito, previniendo la presente calamidad como se dijo en el capitulo III de este libro.

Resolución muy prudente de los indios que se retiraban fué quemar sus casas y chozas en señal de que no habían de volver más á ellas; y para que el enemigo no hallase despojo alguno ni comodidad de alojamiento. Asimismo, perque el cariño de lo que dejaban no les solicitase la vuelta al peligro de que huían. Mandó el P. Antonio que fuese la quema general, sin perdonar ni á su casa ni aun á la de Dios, habiendo sacado las imá-

genes y cosas sagradas, pues menos mal era abrasarla con buena intención y reverencial sentimiento los amigos que dejarla para que sacrílegamente la profanasen los enemigos, como lo habían hecho con otras del Guayrá por venir en el ejército Mamaluco muchos inficcionados con varios herrores y heregías.

Algunos, ó maliciosos por émulos de la santa Compañía de Jesús, ó ignorantes de que este remedio era forzoso y preciso, y de los avisos del cielo que tenía el P. Antonio de lo que había de suceder, comenzaron á motejarlo de nuevo, burlando de sus revelaciones y poniendo dolo en su irreprensible vida; pero el tiempo, gran maestro de desengaños, descubrió la verdad y los aciertos del Padre, y que si no se hubiera ejecutado con tiempo la retirada de aquellos indios, todos hubieran perecido sin remedio, porque el enemigo fué caminando con sus batallones hasta la última reducción de San Nicolás de Piratini, que también se retiró, y no quedó pueblo alguno de la parte de allá del Uruay, como el P. Antonio tantos años antes lo había profetizado.

No fueron menores los trabajos de los Padres Misioneros en esta retirada que en la del Guayrá, padeciendo las mismas crueldades, robos y cautiverios de cuantos pudieron haber á las manos, particularmente en la reducción de Jesús María, donde por la defensa de sus ovejas mataron aquellos infernales lobos á su pastor, que era el P. Diego de Alfaro, varón de excelentes prendas, de quien hace honrosa conmemoración el P. Eusebio en el tomo IV de los *Varones ilustres*. Grande fué la insolencia é impiedad destos tiranos del Brasil, hasta que ayudados de Dios nuestros indios, y obligados del amor de la libertad á tomar las armas y arriesgar por defenderla las vidas, formaron ejército para hacerles oposición, y en varias escaramuzas que tuvieron con ellos los desbarataron y metieron en huída, con que cobraron nuevos bríos y vinieron á perderles el miedo; acometieron valerosos á sus mismos fuertes y palizadas donde tenían la presa, y se la quitaron, y por despojos de sus victorias trujeron gran cantidad de argollas, de collares, de grillos, esposas, cadenas y lazos que habían ellos pre-

venido para llevar seguros á su Argel los indios prisioneros y hoy los guardan por trofeos de su victoria.

CAPÍTULO XI

Viene á la Corte á querellarse á Su Majestad y su Real Consejo de Indias de las extorsiones que hacen á los indios los mismos vasallos de su real corona.

—

Concurrieron en este tiempo á capítulo provincial, que se celebró en Córdoba de Tucumán, los Padres más graves de aquella apostólica provincia, y considerando con justo y vivo sentimiento los irreparables daños que las fieras tropas Mamalucas, compuestas todas de hombres facinerosos, impíos y tolerados ladrones habían hecho en aquella florida cristiandad y lo que amenazaban ha-

cer en las demás reducciones que iban formando con inmensos trabajos los celosos misioneros de la Compañía de Jesús habiendo elegido por procurador para Roma al P. Francisco Díaz Taño que hoy está ejerciendo segunda vez el mismo oficio en la corte del rey católico, juzgaron por necesario viniese en su compañía el P. Antonio Ruiz, para que pudiese, como testigo de vista, representar al rey nuestro señor y á su real Consejo de Indias las hostilidades de los salteadores Mamalucos, suplicando á Su Majestad mandase proveer á un mal tan grande socorrido remedio, lo que los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla no habían podido alcanzar de los gobernadores del Brasil, por ser cómplices interesados en aquellos latrocinios.

Y que para mayor abono de su informe los trujese auténticos de los ilustrísimos señores D. Fray Cristóbal de Aresti, obispo de Paraguay y D. Fray Melchor Maldonado Saavedra, obispo de Tucumán, de los gobernadores de aquellas provincias y de otros ministros desinteresados y otras

personas graves y celosas del servicio de ambas Majestades, divina y humana, pues las dos se hallaban gravamente ofendidas con las tiranías de los Brasiles. Hallóse en esta congregación provincial el P. Antonio Ruiz, y desde allí partió á Buenes Aires, donde había de hacerse á la vela.

Partió del colegio de Córdoba en compañía del Padre Provincial y del Padre Procurador General, y en los desiertos de aquel largo camino pudo tender las velas á su devoción, gastando en oración fervorosa la mayor parte del día, con que en éste le hizo Nuestro Señor las mismas visitas y favores que en otros viajes.

Llegó al colegio de Buenos Aires, donde una noche durmiendo vestido y cubierto con una pobre manta le acometió el demonio, echándosele á cuestas, como otras veces solía. Y así fué fácil conocer, aunque á óscuras, al enemigo, y particularmente por los efectos de feas y horribles representaciones á la casta fantasía, las cuales, como experto capitán en estas luchas, rebatió con facilidad, diciendo á voces:

—Déjame, traidor, que mi cuerpo y alma, mis potencias y sentidos, todo es de mi dueño soberano y de la reina mi señora, su madre Purísima, á quien me consagré para perpetuo esclavo, con que no puedo disponer de lo que ya no es mío.

A esto le respondió el demonio:

—¿Para qué te matas por esta mujer? ¿Qué razón tienes para quererla tanto?

Y como no lo pudiese sacudir de sí, pronunció la oración del *Sub tuum præsidium*, é hizo esfuerzo para levantarse y acogerse á la fortaleza del Santísimo. Con qué corrido se retiró el contrario, arrojando de su sucia boca palabras torpes, asquerosas y horribles.

Embarcáronse en aquel puerto los dos Padres Antonio Ruiz y Francisco Díaz Taño, Procurador general, y con próspera navegación llegaron al río Genero. En el colegio que en aquella ciudad tiene la Compañía, fué de grande edificación su religiosa vida, su observancia regular, su modestia y recogimiento, y el ejercicio de todas las virtudes,

ó en su celda en oración ó en presencia del Santísimo Sacramento.

Con la opinión grande de su santidad, le pidieron predicase en la fiesta de la Asunción; previniendo el sermón dos días antes, oyó una voz que le decía:

—Predica algo contra los agravios que hacen á los pobres indios.

Cautelóse no fuesen estas voces del mal espíritu, y que éste no pretendiese irritar los ánimos de los ciudadanos que por la mayor parte estaban encartados en aquel crimen. Encomendó muy de veras el negocio á Dios en la oración, y Su Majestad le dió á entender había sido suya la voz, y que quedaría servido de que la obedeciese.

Con esto engastó en el discurso una modestia invectiva contra los que atropellando leyes humanas y divinas arrastrados de su interés, impedían la conversión de los gentiles, molestando y cautivando á los que se hacían cristianos, en lo que mostraban menos celo de su ley que los turcos de la suya, pues estos en Berbería á los que dejan la fe, de esclavos los hacen libres, para animar á

los demás cautivos con el honor y premio de su libertad, y ellos á los que siendo libres voluntariamente se habían hecho cristianos, los traían forzados á una miserable servidumbre. Ponderó mucho lo que Dios siente y castiga semejantes injusticias, pues muchas veces por ellas *transfertur Regnum de gente ingentem*, quita los reinos á unas naciones y pone á otras la corona.

Díjolo con tanto fervor, que muchos de los oyentes se compungieron, y hallándose con las conciencias cargadas confesaron aquel pecado, con resolución firme de no contribuir más á aquella infame granjería, dando luego libertad á muchos indios que tenían como esclavos en cautiverio triste.

En esta ciudad hallaron varias informaciones que habían hecho algunos del gobierno, más celosos en la honra de Dios y servicio del rey, con deseo se castigasen y atajasen tan atroces maldades y tan en descrédito de la cristiana piedad. Entre ellas, una que hizo D. Pedro Esteban de Avila, pasando por allí á su gobierno de Buenos Aires el cual vió por sus ojos con harto sentimiento ven-

derse en la plaza del río Genero los indios cristianos, como pudieran en la de Túnez ó Argel. Todas las recogió con mucho cuidado el P. Antonio, y juntas con las que traía del Paraguay, hicieron mucho al caso para solicitar el remedio de aquellas pobres naciones.

CAPÍTULO XII

Parte del río Geneiro, llega á Lisboa, pasa á Madrid, y algunos sucesos de mar y tierra.

Seis meses se detuvieron en el río Geneiro aguardando la flota de los navíos. El celo ardiente de la salvación de las almas, no le permitía al Padre Antonio estar ocioso. Ocupó buena parte deste tiempo en una misión que hizo en un pueblo de indios con tanto consuelo y fruto de los moradores, que sin saber los empeños de su viaje desearon tenerlo más de asiento consigo. Concluida la misión, díjole un día á Nuestro Señor:

—Dios mío, y bien mío, si en esta misión

te hubiese dado gusto, esto estimaría yo más que cuanto tiene el mundo.

Aquí oyó una voz que le decía:

—Si ese deseo no tiene un religioso en todas las obras, ¿qué tiene de religioso?

Hízose á la vela, y para vivir también ocupado en el mar, como lo había estado en tierra, tomó muy á su cargo la enseñanza de la doctrina cristiana á los pasajeros, marineros y grumetes. Representábales con eficacia las grandes obligaciones que los cristianos tienen de amar á Dios con todo su corazón, de guardar sus santos mandamientos; las dichas de los que viven en gracia y el desatino de los que sola una noche se atreven á dormir en pecado mortal; los peligros que corren de eterna condenación los que en él viven, particularmente los navegantes que tan arriesgada llevan la suya, pues no distan de la muerte más que lo que tiene de recia la tablazón del navío.

No fué el empleo menos glorioso de su celo y caridad componer los pleitos y discordias, que son muy ordinarias entre los navegantes, que á cada paso, con cualquier

aire se alteran con más facilidad que las ondas del golfo que navegan. Y si para dos discordes es angosto el mundo, ¿qué hará la discordia desatada furia en los estrechos límites de una nave?

Fuerza es, para conservarse en paz, que cada uno de los que pendencian pierda parte de su derecho. Y para conseguir esto, es necesario gran caudal de prudencia y mucho peso de autoridad.

Nada le faltó al P. Antonio, con que pudo terciar angel de paz entre los mal avenidos. Amotináronse en el navio en que iba el P. Antonio algunos mal contentos contra el capitán, y de las palabras vinieron á las obras; echaron mano á las espadas contra él, y á estocadas lo retiraron al camarote de popa, donde fué harto librarse de sus puntas.

No podía ser socorrido de las otras naves, por ser tarde y los mares inquietos, los vientos furiosos y encontrados. Acudió, como solía, á la oración, suplicó á Nuestro Señor calmase en el mar el viento y la cólera en los enemistados, porque no pereciese el capitán en aquel motín. Todo lo alcanzó, porque de

repente bonanzó el alterado mar; pudo pasar gente de otros navíos á hacer las paces y á componer la contienda.

Otro lance se le ofreció de mayor peligro en que se conoció más lo que todos veneraban la persona del Padre Antonio y la opinión que tenían de su santidad; porque no fué ya la lid entre los navegantes de un bajel sino entre los mismos navíos de la armada.

Negaron los demás la sujeción al almirante; ya estaban á pique de un grande rompimiento, y á punto para jugar unas contra otras la artillería y cada una seguir el rumbo que se le antojase sin dependencia ni subordinación, que fuera dividirse para perderse, pues yendo unas en conserva de otras, todas navegaban más seguras de corsarios, y más dispuestas á favorecerse en cualquier accidente de mar. Supo el Padre el peligro en que se hallaban; arrojóse en un batel y con él abordó á la capitana, donde estaba el almirante D. Rodrigo de Aranda, y lo exhortó á la paz con tan eficaces razones, que quietó su ánimo y lo redujo á que uniese las naves divididas, con que prosiguieron

todas de conserva con mucha unión, hasta que salvas entraron por la barra de Lisboa, reconociendo todos al P. Antonio, después de Dios, por autor de aquella felicidad.

En esta gran ciudad estuvo algunos días continuando con increible constancia los ejercicios de su oración, mortificación, ayunos y penitencias con grande edificación de aquel numeroso y observantísimo colegio que admiró en su vida la de un apóstol del Nuevo Mundo. Aquí se apartaron los dos carísimos compañeros de tantas y tan largas peregrinaciones, que no fué para los dos materia de poco sentimiento.

El P. Francisco Díaz Taño partió para Sevilla, á donde le llamaban los negocios de su procura general. El P. Antonio tomó la vía de Madrid, y como era tiempo de calores excesivos, adoleció de unas ardientes calenturas.

Apretáronle en una venta y hallando ya todos los aposentos ocupados de otros pasajeros le fué fuerza acogerse á un rincón y le sirvió de grande consuelo el acordarse que su Divino Señor lo hizo en Belén á un esta-

blo. *Quia non erat ei locus in diversorio.* Hallándose aquella noche muy fatigado de la fiebre, y sin poder dormir, oyó unos suspiros tristes que parecían de algún agonizante, y que los asistentes le decían á voces:

—Amigo, mire que se muere, diga Jesús en su corazón.

Y como Antonio era todo de la caridad fraterna, y nada de su propio amor, olvidando sus males, corrió luego á ver si podría remediar el ageno. Halló á un moribundo que acababa, sin sacerdote que le absolviese y que un solo mozo de mulas le ayudaba á bien morir con aquellas voces.

Llegó el Padre, dióselas más á sazón, abrió con ellas el enfermo los ojos, y cuando vió á su cabecera un religioso de la Compañía juzgó que era un ángel que Dios le enviaba con especial providencia, para la salvación de su alma. Concedió el mal las treguas suficientes para confesarlo despacio, y dada la absolución, rindió el alma.

Volvió á su rincón muy consolado de haber despachado al cielo aquella alma, y para curar él su dolencia, no teniendo otro mé-

dico ni medicina en aquella venta desamparada, imploró el favor de su gran Patrona la Santísima Virgen y de su Padre San Ignacio, y luego los vió á los dos á su lado que le dieron á entender no estaba tan solo como pensaba. Con esta celestial visita se sintió libre de la calentura y pudo proseguir su viaje, aunque tan fatigado, que en llegando á Madrid hubo de hacer cama algunos días, edificando á todo aquel colegio imperial con su paciencia y santa conversación.

Habiendo reparado algo las fuerzas, luego salió al despacho de los negocios graves que traia á su cargo y pedían pronto el remedio.

CAPITULO XIII

Hace relación al rey católico y á su real Consejo de Indias de los agravios que se hacen á los indios, vasallos de Su Majestad.

La primera diligencia que hizo fué dar á la estampa un memorial muy bien sustanciado, en que se contenía lo que Dios obraba en la conversión á la fe de aquellas naciones bárbaras de las provincias del Paraguay y las muchas que se reducían á la obediencia de la Iglesia y de Su Majestad.

Los asaltos, invasiones y crueldades que ejecutaban en ellas los de la costa del Brasil y con su mal ejemplo otras ciudades comarcanas de la gobernación del mismo Para-

guay. Alcanzó audiencia, y púsolo en las manos del piadoso monarca, representando los medios más prontos y eficaces, con tal energía y santo celo, que hizo Su Majestad particular reparo en el sujeto, y más con las palabras que en una destas audiencias le dijo ó profeta ó sabidor del alzamiento de Portugal:

—Señor, suplico humildemente á Vuestra Majestad sea servido de abrir con tiempo los ojos, porque los portugueses intentan quitarle una de las piezas de su Real corona.

Ciñó los puntos más importantes en dicho memorial, que es en la forma que se sigue:

«Señor, los remedios más socorridos para acudir á atajar los males que el P. Antonio Ruiz de Montoya, de la Compañía de Jesús, propuso en su Memorial impreso, contra los vecinos de San Pablo, son los siguientes:

1. Que V. M. mande se guarde la ley que se hizo en Lisboa, á 10 de Septiembre de 1611, la cual manda que ningún indio pueda ser esclavo, agravando las penas.

2. Que se pida á Su Santidad confirme las Bulas de Paulo III y Clemente VIII, que dicen que ningún indio pueda ser esclavo, agravando también las penas y censuras.

3. Que V. M. mande que el cautivar indios sea caso de inquisición por las causas que decimos en el Memorial largo, y que se envie y nombre comisario.

4. Que el gobernader del río Geneiro tenga jurisdicción sobre las Villas del Sur; San Pablo, San Vicente, etc., al modo del gobernador general, porque hoy no la tiene, sino para remitir las causas á la Bahía, y así perece la justicia.

5. Que la administración espiritual que hoy es, sea obispado con poderes de nuncio apostólico, para que reprima á los religiosos que causan tan graves males.

6 Que el obispo, comisario y gobernador, por lo que á cada uno le toca, con graves penas prohiba las embarcaciones que van á cautivar indios.

7. Que de aquí adelante no destierren indios ni otros delincuentes al Brasil que comunmente los destierran allá y como es

tierra que confina con el Paraguay, y hay caminos muy trillados, han pasado muchos, de que somos testigos, de treinta años á esta parte los cuales con porfía tratan de entregar aquellas Indias á los rebeldes.

8. Que V. M. mande se dé plena libertad á los indios, hombres y mujeres que padecen horrible cautiverio. Y que se envíen á Buenos Aires, que es viaje de quince ó veinte días á costa de los que los tienen, que puestos allí ofrezco en nombre de mi provincia restituirlos á sus patrias, aunque se vendan los cálices y ornamentos.

9. Que el obispo y comisario, con descomuniones, obliguen á manifestar los indios, y que esta descomunión comprenda á los que no denunciaren á otros.

10. Que sean castigados los culpados y justicias que han consentido estas maldades para que con esto se desagravie el santo Evangelio, que ha sido infamado entre los gentiles y cristianos recién convertidos.

11. Que los indios que se hallaren no tener en sus tierras pueblos ni deudos, ni á quien llegarse, se pongan con libertad en las

aldeas de indios que están en el río Geneiro.

12. El último, del cual pende el buen asiento de todo, es que V. M. sea servido de enviar persona gravè y celosa del servicio de Dios y del de V. M. con mano armada de gente que asista al obispo y comisario, porque en aquellas Villas parece que no reconocen á V. M. por señor, y reciben con mosquetes y cuerdas encendidas las cédulas reales y no las obedecen ni ejecutan.

De todo lo cual se conseguirán dos cosas. La una, la libertad de tantos hombres que en sus mismas tierras cautivan y los venden y compran. La otra, que V. M. asegurará los reinos del Perú que con tanto conato procuran entregar á los rebeldes, y ya el camino está abierto desde San Pablo hasta los confines del Potosí. Y protesto que mi intento no es muerte de alguno ni efusión de sangre.»

Hasta aquí el Memorial deste varón apostólico. En este tiempo compuso el libro de la *Conquista espiritual*, que tantas veces se cita en esta historia.

CAPÍTULO XIV

Por súplica del P. Antonio Ruiz manda Su Majestad despachar algunas Cédulas para remedio de los daños que los indios padecen.

Con gran cuidado atendió siempre el rey nuestro señor y su Supremo Real Consejo de Indias á la protecciõñ y defensa de los indios, aplicando los medios más eficaces para el desagravio de las estorsiones é injurias que padecen contra toda piedad, razón y justicia, encargando apretadamente á los virreyes, prelados y gobernadores el amparo de los nuevos vasallos, que por haber dado voluntariamente la obediencia, sin otras

armas que las de la predicación del Evangelio, tiene Su Majestad en las niñas de los ojos; y parece que está diciendo á sus ministros lo que el Rey de los reyes á sus apóstoles: *Sinite parvulos venire ad me; talium est enim Regnum Cœlorum.* Pues es cierto que en el vasallaje que prestan al católico monarca tienen librada la posesión del reino de los cielos.

Enterado, pues, por el informe del P. Antonio de las invasiones y tiranías que en sus reducciones habían hecho los Mamalucos del Brasil, mandó formar una junta de las personas más graves, más expertas y celosas de todos los Consejos.

Las cuales, atentas siempre á la mayor gloria divina, exaltación de la fe y descargo de la conciencia real, hicieron consulta, representando en ella fuese Su Majestad servido despachar la siguiente Cédula, digna de tan católico monarca.

FIN DEL TOMO TERCERO

COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Y CURIOSOS

QUE TRATAN DE AMÉRICA

TOMO XIX

RUIZ MONTOYA

EN

INDIAS

(1608-1652)

POR EL

DR. D. FRANCISCO JARQUE

Dean de Albarracín
Cura y Rector que fué en el Perú,
de la imperial villa del Potosí.

VOLUMEN CUARTO

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
1900

CONTINUACION DEL LIBRO CUARTO

CÉDULA REAL

SOBRE LA LIBERTAD DE LOS INDIOS

EL REY

Mi gobernador y capitán general de las provincias del Paraguay; por diferentes vías y relaciones ha llegado á mi noticia que los vecinos y moradores de la Villa de San Pablo y de otros lugares del mar del Sur, distante quince leguas de la costa del Brasil han hecho desde el año de seiscientos y catorce varias entradas, así por la tierra adrentro del Brasil como al puerto de Patos y Río Grande, donde acaba la demarcación de Portugal, con que por haberse acabado y extin-

guido los vecinos que había en ella, pasan continuando sus delitos á la de Castilla, y entran en las provincias del Paraguay, y donde han arruinado no sólo las reducciones en que los indios estaban juntos y eran doctrinados, sino hecho despoblar tres ciudades de españoles: Guayrá, Xerez y Villa Rica, trayéndose dellas y de las reducciones y otros pueblos tan excesivo número de indios que hay testigos los llegan á treinta mil almas.

Y porque ya no los hallan en más de trescientas y cincuenta leguas que han destruido, dando la vuelta hacia el río de la Plata comienzan á hacer lo mismo en las reducciones del Uruguay y Tape, en que han cometido tanta infinidad de delitos y atrocidades, haciendo despachos y promulgándolos sin tener facultad para ello, y nombrando capitanes mayores y ordinarios y otros oficiales de guerra, levantando banderas y formando ejércitos de cuatrocientos portugueses, y dos mil indios, más ó menos, según han querido, y entrando con mano armada por el Paraguay, saliendo de los límites de la corona de Portugal, caminando por la de Casti-

lla más de doscientas leguas con el mismo rigor y crueldad que si estas entradas fueran por tierras de moros, abrasando, talando y destruyendo los pueblos y cautivando tantos millares de indios miserables, y sin defensa, que han llevado por fuerza á la costa del Brasil, donde los han vendido como clavos, hinchendo dellos los ingenios de azúcar, haciendas y heredades, y aun han llegado hasta Lisboa, y otros lugares de Portugal, con tan rigurosa esclavitud como si fueran negros de Guinea ó berberiscos, estando por tantas cédulas y leyes encargada y defendida su libertad.

Y no contentándose con despoblar los pueblos y reducciones, pusieron fuego á las casas, quemando en ellas las familias enteras, poniendo sitio formado á las ciudades que se quisieron defender entrando en algunas á sangre y fuego contra los indios, sin que bastase su humildad ni el sujetarse luego á sus armas, para que no matasen, despedazasen y abrasasen muchos, cometiendo inauditas crueldades para rendir unos y atemorizar á otros, y los llevan presos en co-

lleras y cadenas más de trescientas y aun de cuatrocientas leguas, cargados de cera silvestre, maderas y otras cosas, que vienen cogiendo por los caminos, sin darles más sustento que el que los mismos indios pueden alcanzar de los frutos de los árboles, caza y pesca de los montes y ríos por donde los pasan; y como son en tanto número y vienen caminando, muchos mueren de hambre, sed y cansancio, con que van dejando tantos cuerpos muertos por donde pasan, que por el rastro dellos se puede saber de dónde los traen, y es tanta su crueldad, que al que enferma le matan porque no les embarace, y porque quedándoso atrás no vuelvan otros deudos ó amigos á acompañarle, y á la india, que por traer el hijo á cuestas no puede con la carga, que le reparten se le quitan y matan, privando así los padres de los hijos y los maridos de las mujeres, y si algunas ó algunos casados vienen sin sus consortes, los hacen casar otra vez, porque el amor de lo que dejan no los vuelva, cuyo rigor es causa que de trescientas mil almas que han sacado del Paraguay no

han llegado veinte mil al Brasil, y contra la obligación de católicos no han cometido menos atrocidades, pues demás de las referidas, se sabe que para estas jornadas y para engañar á los indios con capa de cristiandad, llevan religiosos de iguales costumbres, y porque á veces no hallan lo que han menester, visten hábitos y abren coronas á soldados para que los tengan por frailes, predicándoles nuevas opiniones y aun sectas, diciendo que lo que enseñan los de la Compañía de Jesús es falso, y hacen decir misas y echan suertes sobre los sucesos á que van, y otras infinitas supersticiones.

Y en llegando á los pueblos, á lo que guardan menos respeto es á las iglesias, profanándolas y quemándolas, y cuantos se acogen á ellas, saqueando los vasos y ornamentos sagrados, deshaciendo, pisando y rompiendo las cosas santas, cual si fuera estatuto de luteranos.

Y ha sucedido salir los religiosos de la Compañía con el Santísimo Sacramento para que fuese amparo de su reducción y los han arcabuceado y muerto á un religioso y á

otros españoles y hecho retirar á los demás, y porque dijeron que estas entradas habían de tener castigo y remedio, respondió uno de los capitanes que si se prohibían había de negar el bautismo y la crisma recibida, escándalo que se debe ponderar mucho, aunque sea de gente tan conocidamente mala como lo es, pues se tiene entendido que la mayor parte, demás de ser delincuentes facinerosos, desterrados de Portugal por sus delitos, son cristianos nuevos, y se sabe que á los indios que se les reparten, les ponen nombres del Testamento viejo, que son circunstancias de toda digna atención.

Los efectos que destas entradas han resultado, son que los indios que á costa de mi Real Hacienda, y con tanto celo de su conversión y doctrina, estaban reducidos, bautizados y enseñados han perecido con descrédito de nuestra santa fe y se hallan unos muertos, otros heridos por los montes y los demás cautivos, acabándose desta manera totalmente catorce reducciones del Paraguay sin quedar más que dos, porque sus moradores se bajaron huyendo por el río Paraná

y las del río de la Plata son infestadas y se temen no estén destruídas como las demás, porque Antonio Raposo Tavares, capitán mayor que se nombra destas entradas, las ha hecho ya por él y Tape y Uruguay, y sacado de aquellas provincias en que hay veinte reducciones, más de cuarenta mil almas, y las que van á ellas, muchos son holandeses, franceses y de otras naciones del Norte, á quien por este medio queda manifiesta aquella tierra y se facilita su entrada, no sólo á las del Paraguay y Tucumán, sino á la costa del Perú, y el año de seiscientos treinta y ocho quedaba esta gente en la provincia del Itatin, tan cercana a Santa Cruz de la Sierra, que sólo dista ochenta leguas y está otras tantas de Potosí, daño en que se debe reparar mucho por los que pueden resultar.

Y si los indios reducidos se dan la mano con los que entran por el Itatin y éstos con los indios Chiriguanaes, la provincia del Paguay está arriesgada. pues de cuatro ciudades que tenía le faltan las tres, y solo ha quedado la Asunción, cuyos moradores apenas pueden defenderse de los Guaycurús, indios

de guerra de su contorno, que si se juntaran con los portugueses que van del Brasil, se apoderaran absolutamente de todo. Y esas provincias, con tan peligrosa cercanía, estarán á gran riesgo, porque demás de que algunos vecinos de las otras ciudades despobladas, viéndose sin indios, casas ni haciendas, se han juntado con los portugueses y les dan avisos y guían á otros pueblos y reducciones.

Y habiéndose visto por ministros que mandé juntar de mis consejos de Portugal é Indias, todos los papeles y relaciones que sobre lo referido se me han dado, lo que cerca dello para su remedio se les ofreció, y con que he tenido por bien de resolver y mandar que por mi consejo de Portugal se despache sobre carta ó sobre cédula de la que mandó dar por aquella vía el rey mi señor y padre, que haya gloria, en diez de Septiembre de seiscientos y once y se promulgó en Lisboa, para que se guardase por ley lo en ella contenido en 13 de Octubre del mismo año, por la cual se dispone que ningún indio de cualquier calidad que sea,

aunque sea infiel, pueda ser cautivo ni puesto en esclavitud por ningún modo, causa ni razón, ni pueda ser privado del dominio natural que tuviere de sus bienes, hijos ni mujer, y que se inserten las demás cédulas, leyes y ordenanzas que hubiere sobre la libertad de los indios, agravando las penas de modo que todos los que contravinieren á ello incurran en la pena de la vida y perdimiento de todos sus bienes, y en caso mayor y crimen *lesœ Maiestatis*, y que estas penas se entiendan y ejecuten en todos los que con mano armada ó en otra forma fueren á cautivar indios, así de la corona de Portugal como de la de Castilla, por cualquier causa, título ó razón que sea, aunque digan que van á reducirlos á pueblos y bautizarlos, para solo servirse dellos, en las cuales penas incurran, no solo los que fueren cabezas de las tales jornadas, sino todos los capitanes y oficiales y los que como soldados ó gastadores los acompañaren ó con otro cualquier título fueren y se hallaren en ellas, y los que los ayudaren con dineros, armas ó municiones, ó se las dieren, vendieren y prestaren, ó

cualesquier bastimentos, vagajes, pertrechos, carruajes, cabalgaduras, negros ó indios de servicio ó cualquier otra cosa que sea ó pueda ser para las tales jornadas.

Que en las mismas penas incurran los que habiendo ido á ellas, así lo pasado como lo futuro, y traído algún indio ó india, indios ó indias de cualquier edad ó calidad, ó sin haber ido á las tales jornadas los hubieren ó tuvieren por repartición, premio, paga, trueque, compra ú otro título ó causa, ó los vendieren á otras personas, ó los trocaren ó los dieren en pagas, prendas ó permutaciones, ó se sirvieren dellos á título de que así los compraron ó hubieron de los que fueron á las tales jornadas.

Que todos los que de tercera persona compraren, recibieren ó admitieren los tales indios, aunque digan que ignoraron su calidad ó que no los tienen por esclavos, como los tengan, ó se sirvan dellos con efecto en cualquier ocupación que sea, por el mismo caso sean condenados y desde luego se condenen en perdimiento de todos sus bienes, para mi cámara y fisco, y en destierro

perpétuo del Brasil, lo cual sea y se entiende, así por lo pasado como por lo futuro, con que en cuanto á lo pasado incurran en estas penas, no manifestándolos y exhibiendo los indios que así tuvieren dentro del término, que como se dirá se señalare para ello, porque manifestándolos y exhibiéndolos dentro del dicho término y no siendo los que así los tuvieren de los que los trujeron ó los hubieron comprado ó alcanzaron de las tales jornadas, sólo incurran en la pena que se tasare para volver los indios á sus tierras, como se dirá.

Que todos los que llevaren ó condujeren los tales indios de unas partes á otras y de unos lugares á otros, para efecto de venderlos, trocarlos, darlos ó alquilarlos ó para otra cualquiera, incurran en la misma pena de perdimiento de todos los bienes y destierro perpetuo del Brasil, y siendo esta conducción por tierra, sean perdidas las cabalgaduras, carros ó recuas en que los llevaren; y siendo por la mar, sean perdidos los navíos, fragatas, caravelas, barcos, canoas ú otros cualesquier bajeles ó embarcaciones en

que así llevaren los tales indios ó cualquiera dellos aunque sea solo uno ó una india, niño ó niña, como sea de los comprendidos en esta prohibición, y el tal bajel ó embarcación, sea pequeño ó grande, quede por el mismo caso perdido, con todos sus aparejos, armas y artillería si la tuviere, que desde luego le aplico para mi cámara, con que si hubiere denunciador, en este caso se le dé y aplique la cuarta parte del tal bajel ó embarcación ó su valor, sin que se pueda alegar ni decir que es ageno, y no del que le fletare, ó le trujere á su cargo, porque por el mismo caso que lleve ó traiga indio desta calidad se ha de ejecutar la tal pena, la cual se entienda, no solo en los que navegaren en el estado del Brasil, de unos puertos y lugares á otros, sino también con los que salieren de cualquiera dellos para Portugal, Guinea, Indias de Castilla y otras partes.

Que todos los que tuvieren en su poder, compraren ó vendieren, trocaren, prestaren, dieren ó arrendaren los tales indios ó cualquiera dellos, después de publicada esta provisión, demás de las penas arriba referidas,

por el mismo caso queden inhábiles é incapaces de poder pedir, obtener ni alcanzar premio alguno por sus servicios, aunque sean muchos, ni oficio público, ni merced alguna mía, ni de los gobernadores ni demás ministros reales que para dar oficios ó hacer mercedes tengan facultad mía, ni en los que fueren á provisión de las ciudades, villas y lugares de todo el Estado del Brasil, puedan ser elegidos ni nombrados en cargos ni oficios algunos públicos ni concejiles de gobierno, justicia ni hacienda, ni otro género de administración mayor ni menor, de cualquier calidad que sea so pena que las tales mercedes sean en sí ningunas y los tales oficios y cargos y nombramientos serán nulos, y no puedan ni se les consienta usar dellos y si antes los tuvieren y usaren, luego que se sepa que han caído ó incurrido en los delitos y casos referidos, ó en cualquiera dellos, por el mismo caso pierdan los tales cargos y oficios, y queden inhábiles é incapaces de poderlos usar, ejercer ni obtener otros, y los que contra esta prohibición, teniendo voto y facultad para ello en las tales ciudades,

villas y lugares, nombraren ó eligieren solos, ó en concurso de otros, ó en cualquiera de los comprendidos en las tales jornadas, ventas ó compras de indios, incurran en perdimiento de los oficios que tuvieren ó poseyeren, de cualquier calidad ó condición que sea.

Que si en cualquiera destas jornadas ó entradas, compras ó ventas de indios ó demás casos arriba referidos, fuere ó se hallare, ó fuere partícipe algún religioso ó fraile de alguna religión, regular ó monacal, ó algún clérigo ó persona eclesiástica, demás de que ruego y encargo á su prelado que luego proceda contra él y le castigue ejemplarmente, y sin excusa alguna, le eche de todo el estado del Brasil; por el mismo caso, el tal fraile ó monje ó persona eclesiástica de las dos coronas pierda la naturaleza que tuviere y sea habido y tenido por extraño de las dos coronas de Portugal y Castilla, y por tal se declare desde luego, y por consiguiente pierda las temporalidades de que gozare en la corona de Portugal, ó sea prelacía, oficio, beneficio ó pensión y como tal quede incapaz de poder tener ni obtener en ella semejantes

mercedes, ni otras cualesquier rentas eclesiásticas ni seculares.

Y porque en estas jornadas y entradas han sucedido y suceden muchos delitos que parece se oponen á la fe y religión cristiana, y á la pureza con que se debe guardar y más en tierras tan remotas y peligrosas, como queda advertido, de los cuales el santo oficio de la inquisición puede y debe conocer y proceder contra los que en ellos se hallaren culpados, le encargo que lo haga con la entereza y autoridad que acostumbra y la materia pide.

Y porque demás de lo que propia y derechamente le toca, me ha parecido que es muy necesario y conveniente, y el único remedio para que las penas arriba propuestas se puedan ejecutar más eficazmente y con más libertad, y por este modo se atajen estas entradas y se eviten tantas atrocidades y delitos con efecto que el cumplimiento de todo y el conocimiento destas causas, se cometan privativamente al Tribunal del santo oficio y á sus inquisidores, comisarios y ministros por la experiencia que de otros casos tiene,

que por este medio se han castigado y remediado, y por los puntos que pertenecen al administrador del Río de Genero, se queda mirando si convendrá que en aquella ciudad se ponga obispo propio y se excuse administrador, para que toda esta prohibición y sus partes se ejecuten con más terror, autoridad y respeto, y eficacia, cometiendo todo su conocimiento privativamente al tal obispo, como á inquisidor apostólico ó comisario del santo oficio, y si pareciere más conveniente que en el río de Genero se nombre comisario particular, se le cometerá juntamente al obispo, en cuyo lugar en el ínterin entrará el que fuere administrador, y á los dos como inquisidores se dará y cometerá jurisdicción real, para reconocer y proceder en estas causas, aunque de su naturaleza no sean de la Inquisición, con que en cuanto á la forma del juicio secreto ministros, penas y edictos y las demás circunstancias procedan y guarden el estilo, modo y plática que en las causas propias del santo oficio se guardan.

Encargando á la Inquisición de Lisboa, de donde ha de emanar el Tribunal que se

pusiere en el río de Genero, que conferido el caso y platicado con la atención que su importancia pide, lo disponga y ordene como le pareciere más acertado, en conformidad de estas resoluciones, de modo que todo tenga cumplido efecto y puntual ejecución por mano del santo oficio.

Que en caso que las noticias destos delitos lleguen primero, ó la del gobernador del río de Genero ó capitanes mayores de San Pablo, el Espíritu Santo, San Vicente ú otra cualquiera justicia ó ministro Real, todos y cada uno dellos sean obligados á dar luego cuenta al santo oficio ó á los comisarios más cercanos, y no los habiendo, hagan las informaciones, prendan los culpados y les secresten los bienes á voz y en nombre del santo oficio, al cual remitan luego los autos, presos y secrestos, sin hacer otra cosa para que se proceda contra ellos, so pena que el ministro ó justicia que en esto anduviere omiso y no diere para ello, y para lo demás que se ofreciere todo el favor y ayuda que fuere necesaria y se le pidiere, pierda el oficio y la mitad de sus bienes para mi cáma-

ra, y demás desto incurra en las penas que están impuestas á los que no dieren el favor y ayuda que por el santo oficio y sus ministros se pidiere.

Que para remedio de lo pasado se manda que luego se dé libertad á todos los indios que hubiere en todo el estado del Brasil y en sus ciudades, villas y lugares, aldeas, ingenios, rozas y otras haciendas, casas y ministros, así de los que se hubieren traído de la demarcación de Portugal, como de la de Castilla y provincias del Paraguay y Río de la Plata, declarándose haber sido y ser siempre libres y no poder ser esclavos y para descubrir los indios desta calidad se publique luego un edicto por el santo oficio, con término competente, dentro del cual cada uno manifieste y exhiba los que tuviere en su poder so las penas arriba puestas y las demás que parecieren convenientes, en que pasado el término quedarán incursos y se procederá contra ellos y contra todos los que encubrieren y ayudaren á encubrir ó lo supieren y no lo manifestaren.

Que habiéndose reconocido los indios que

hubiere desta calidad, y en poder de qué personas, cuántos son casados, cuántos solteros, de qué edades y calidades, de qué tierras y provincias, los que los tuvieren y poseyeren, sean obligados á entregarlos luego que se les mande por el santo oficio y juntamente con ellos lo que fuere necesario para que los tales indios sean vueltos y restituídos á sus tierras y naturales de donde hubieren sido traídos, tasando en esta costa, y gasto el santo oficio con comunicación del gobernardor del río Genero, que es ó fuere regulándola por los indios y tierras de donde fueren naturales, y en lo que así el santo oficio tasare, desde luego se den por condenados los que los tuvieren en su poder, con sólo haberlos manifestado ó hallado en sus casas ó haciendas, por cualquier título, causa ó razón que sea, y todo lo que esto montare, con todos los indios que desta calidad se hallaren en todo el estado del Brasil, se entregarán con la cuenta y ajustamiento que el santo oficio juzgare por bastante á los religiosos de la Compañía de Jesús, y reducciones con la distinción que el caso pidiere, y si no se pudiere

sacar toda la costa que para esto fuere necesaria, lo que faltare se supla de las condenaciones que sobre estas entradas se hicieren.

Y porque podrá ser que los indios que así se manifestaren, algunos por no tener en sus tierras partes, ó por estar ya casados con indias ó indios del Brasil, ó por ser muy viejos, ó por otras justas causas no quieran volver al Paraguay, ni río de la Plata, ó por ser de pueblos gentiles y ellos ya cristianos no convenga forzarlos, ni aun dejarlos que se vuelvan á ellos, donde pierdan la fe que hubieren recibido estos tales, con acuerdo, parecer y examen de los religiosos de la Compañía, y dejándolos siempre en su libertad, sin obligarlos á más de lo que la ley divina y las humanas permiten, se reducirán á las aldeas del Brasil que estuvieren más cercanas, ó parecieren más á propósito para que en ellas vivan y sean doctrinados como los que en ellas estuvieren y sirvan como los demás á quien quisieren y les pagare su trabajo.

Y porque se entiende que en Lisboa y otros lugares de Portugal, islas Terceras, de

la Madera y Cabo Verde hay ó puede haber alguno destos indios, se publicará el mismo edicto por orden del santo oficio en todas estas partes y en las demás que pareciere y los indios que fueren hallados, serán llevados á costa de los que los tuvieren al río de Genero, para que desde allí sean vueltos á sus tierras ó reducidos á las aldeas.

Y porque en esto de volverse los tales indios á sus tierras ó reducirse á las aldeas no haya fraudes ni por los que los tuvieren sean atemorizados ó persuadidos á que se queden, se mandará en los edictos que ninguno directa ni indirectamente sea osado á hacerles semejantes persuasiones ó temores para que se queden ó no se vayan, so las penas referidas.

Y porque lo pasado no quede sin castigo, aunque por ahora no puede ser igual á los delitos cometidos, se dará comisión al santo oficio y juntamente al gobernador de la Baya y al del río de Genero para que procedan á prevención contra todos los que hallaren haber sido culpados en las tales jornadas, y particularmente los que han ido por capita-

nes y cabezas, nombrándose á Antonio Raposo Tabares y á Federico de Melo que en los papeles que se han visto se hallan más culpados, y que por lo menos sean sacados de la tierra y enviados á estos reinos presos, ó como se pudiere, usando de la maña y recato posible de modo que se eviten escándalos y alborotos, que de semejantes prisiones y castigos suelen suceder, y por el mismo estilo se procure que venga Fr. Antonio de San Esteban, religioso Carmelita y Fr. Francisco Valladares, que se entiende es monje Benito, Juan de Campo y Medina, clérigo castellano que fué cura de Guayrá, Francisco Jorge y Salvador de Lima, clérigos, naturales de la villa de San Pablo, que son de los que se han hallado en entradas y las fomentan; también convendrá que salgan del Brasil todos los castellanos ó portugueses que hubieren sido vecinos del Paraguay, porque estos solo sirven de guerra para los que van á las entradas, nombrando en particular á Sebastián de Peraza, Diego Guillermo, Don Diego Dorrego, Fulano Ponce, Francisco Sánchez y Pedro Domínguez, y éstos si vi-

nieren presos vendrán remitidos al Consejo de las Indias.

Que se despache por la corona de Portugal provisión ó se promulgue ley para que los portugueses del Brasil no puedan pasar de la línea de la demarcación que hay entre aquella corona y la de Castilla, ni entrar en ella á reducir ni á sacar indios ni á contratar en género alguno, ni por otra razón ni causa que sea, so pena de la vida y perdimiento de bienes, y que lo mismo á los caballeros por el Consejo de Indias como se lo mando.

Que ninguno pueda entrar á buscar ni reducir indios dentro de los límites de la Corona de Portugal en todo el estado del Brasil, sin particular y expresa licencia del gobernador, dada por escrito, y el gobernador no la dé sin conocimiento de causa y á personas de mucha satisfacción, señalándoles las partes y lugares donde han de ir, y donde los han de reducir, y dándoles instrucciones de lo que han de guardar, conforme á lo que en la materia está ordenado ó se ordenare; y si después destas diligencias, los que fueren á estas reducciones excedieren en algo, los

castiguen con rigor, y si fuere en delitos de los arriba referidos, se proceda con ellos por el santo Oficio y caigan é incurran en las penas impuestas.

En cuya conformidad he mandado se den por mi Consejo de Portugal los despachos necesarios de que me ha parecido avisaros, para que teniendo entendidas estas resoluciones, procuréis por lo que os tocare su cumplimiento y ejecución, estando muy á la mira de todo lo que para su puntual observancia fuere más conveniente, comunicándoos para ello por las vías que tuviéredes, por apropósito con los gobernadores del Brasil y ministros que asisten en aquel Estado, y porque las entradas que se han hecho en la demarcación destos reinos de Castilla, acercándose á las provincias del Perú, dan particular cuidado, os encargo estéis muy á la mira de procurar, no solo de que se eviten sino de que se echen fuera della todos los que hubieren entrado, y para que lo referido sea público y notorio, haréis que esta mi cédula se publique en las ciudades y villas que os pareciere.

Fecha en Madrid á dieciséis de Septiembre de mil y seiscientos y treinta y nueve años.—Yo el Rey.—Por mandato del Rey nuestro señor, D. Fernando Ruiz de Contreras.

CAPITULO XV

Concede Su Majestad, á instancia del Padre Antonio Ruiz, otras cédulas reales en favor de los indios.

Conseguido el remedio de la más urgente necesidad, el celoso varón protector de aquella desvalida y ultrajada cristiandad, quiso acudir de una al reparo de todos los daños, ya que se hallaba en la fuente donde con tanta entereza se administra justicia á todos los agraviados, logrando los trabajos de su venida á España.

Suplicó á S. M. fuese servido de poner remedio en los daños que causan las extorsiones violentas del servicio personal de los na-

turales de aquellas provincias, siendo contra todo derecho natural y su conservación. Y aunque estaba reparado este daño por cédulas diferentes, despachadas en general para todas las Indias, pero como la corte está tan distante de aquellas provincias, prevalecen muchas veces el interés y la osadía contra la obediencia debida á su rey natural y legítimo señor.

Y como los excesos eran mayores y cundía más el daño en las provincias del Paraguay, sujetas á la Real Audiencia de Chuquisaca, se despachó al doctor D. Francisco de Alfaro, ministro de aventajadas prendas en el año 1611 para que quitando totalmente el abuso del personal servicio, señalase en el lugar el tributo que habían de pagar en señal de vasallaje á los españoles á quienes estaban encomendados por merced.

Y aunque S. M. confirmó las ordenaciones tan santas como prudentes que hizo, como estas no tuvieron observancia, fué forzoso atajar los daños con nuevas cédulas despachadas á 14 de Abril de 1633 en que se mandaba arrancar del todo abuso tan de-

prabado é injusticia tan manifiesta, revocando el poder que tenían los gobernadores para dar encomiendas de las que fuesen vacando.

Pero como no obstantes cédulas y mandatos contumaces y rebeldes no los obedecían ni los ministros á cuyo cargo estaba el remedio, acudían á su obligación, antes los indios convertidos padecían cotidianas vejaciones contra la palabra y promesa que les habían hecho los ministros evangélicos y Padres de la Compañía de Jesús de que se habían de poner en cabeza de S. M. y no reconocer otro dueño, fué servido despachar otra cédula del tenor siguiente:

CEDULA EN FAVOR DE LOS INDIOS DEL PARANÁ Y URUAY

EL REY

—

Mis gobernadores y capitanes generales de las provincias del Río de la Plata y Paraguay, por cédula mía de 14 de Abril del año

pasado de 633, que generalmente se despachó á mis virreyes de las provincias del Perú y Nueva España, y á los presidentes de mis audiencias reales dellas, y gobernadores de sus distritos, que tienen facultad para encomendar indios, les envié á mandar que tasasen el servicio personal en que estuviesen tasados y le redujesen á que pagasen su tributo en los frutos, cosas y especies que pareciesen más cómodos, como más particularmente se contiene en la dicha mi cédula, que es del tenor siguiente:

OTRA CÉDULA

EL REY

—

Conde de Chinchón Pariente de mis consejos de estado y guerra, gentil hombre de mi Cámara, mi virey, gobernador y capitán general de las provincias del Perú ó á la persona ó personas á cuyo cargo fuere su gobierno.

Bien sabéis que por muchas cédulas y ordenanzas mías ó de los señores reyes mis progenitores, está mandado que los indios naturales de esas provincias tengan y gocen entera libertad, y me sirvan como los demás vasallos libres destos mis reinos.

Y asimismo sabéis, que por repugnar á esto el servicio personal que en algunas partes los han tasado en vez del tributo que pagan y deben pagar á sus encomenderos, está ordenado y mandado apretada y repetidamente, que cese y se quite del todo el dicho servicio personal, y se hagan tasas de los dichos tributos, reduciéndolo á dinero, trigo, maiz, yuca, gallinas, pescado, ropa, algodón, grana, miel ú otros frutos, legumbres y especies que hubiere y cómodamente se cogieren y pudieren pagar por los dichos indios, según el temple, calidad y naturaleza de las tierras y lugares que habitan, pues ninguna deja de llevar los tales, que pudieran ser estimables y de algún provecho para el uso, comercio, y necesidades humanas, y porque sin embargo desto, he sido informado que en esas provincias y en otras, duran todavía los

dichos servicios personales, con graves daños y vejaciones de los indios, pues los encomenderos con este título los tienen y tratan como á esclavos, y aun peor, y no los dejan gozar de su libertad ni acudir á sus sementeras, labranzas y granjerías, trayéndolos siempre ocupados y mueren y han venido en gran disminución y se acabarán del todo muy presto, y si en ello no se provee de breve y eficaz remedio, habiéndose visto en mi Consejo Real de las Indias muchas cartas, relaciones y memoriales que sobre esto se han escrito, y presentado por personas celosas del servicio de Dios y mío y del bien y conservación de los dichos indios, y lo que los fiscales del dicho mi Consejo han pedido en diferentes tiempos en esta razón y consultándome lo que ha parecido convenir, he tenido por bien de ordenar y mandar, como por la presente os ordeno y mando, que luego que esta recibáis, tratéis de alzar y quitar precisa é inviolablemente el dicho servicio personal en cualquiera parte ó en cualquiera forma que estuviere y se hallare entablado en esas provincias, persuadiendo

y dando á entender á los dichos indios y encomenderos que esto es lo que esiá bien y lo que más les conviene, y disponiéndolo con la mayor suavidad que fuere posible, os juntaréis con el arzobispo, oficiales reales, prelados de las religiones y otras personas entendidas y desinteresadas de esa provincia, y platicaréis y conferiréis en qué frutos, cosas y especies se pueden tasar y estimar cómodamente los tributos de los dichos indios que correspondan y equivalgan al interés que justa y legítimamente les pudieren importar el dicho servicio personal, si no excedieren del uso, exacción y cobranza dél.

Y hecha esta conmutación haréis que se reparta á cada indio lo que así ha de dar y pagar en los dichos frutos, dineros ú otras especies, habiendo nuevo padrón dellos y de la dicha tasa, en la forma que se ha referido, y que tengan entendido los encomenderos que lo que esto montare, y no más, han de poder pedir, llevar y cobrar de los dichos indios como se hace en el Perú y en la Nueva España, y esta tasa la habéis de hacer dentro de seis meses, como esta cédula re-

cibiredes, y ponerla luego en ejecución; salvo si halláredes y se os ofrecieren tan graves é inexcusables inconvenientes, á ejecutar y platicar, porque sólo en este caso lo podréis suspender y sobreseer, avisándome luego dello y de las causas y motivos que á ello os hubiaren obligado, y si sucediere caso de vacar alguna encomienda de las así tasadas en servicio personal, suspenderéis el proveerla hasta que con efecto esté hecha la tasa, y el que la entrare á gozar de nuevo, la reciba con este cargo, y sepa que se ha de contentar con los frutos y especies della, y de haberlo así hecho y ejecutado me avisaréis en la primera ocasión y me enviaréis la razón y padrón de los dichos indios y nuevas tasas con apercibimiento de que cualquiera tardanza ó misión ó disimulación que en esto hubiere, me tendré por deservido, y demás de que se os hará cargo grave dello, en la residencia que se os tomare, correrán por el de vuestra conciencia los daños, agravios y menoscabos que por esta causa recibieren los indios y se cobrará la satisfacción dellos de vuestros bienes y hacienda. Fecha

en Madrid á 14 de Abril de 1633 años.—Yo el Rey. Por mandado del Rey nuestro señor, D. Fernando Ruiz de Contreras.

Y agora Antonio Ruiz de Montoya, de la Compañía de Jesús me ha representado que los religiosos della han hecho en esas provincias diferentes reducciones y poblaciones de indios que se han convertido por medio de la predicación evangélica, y que para la conservación y aumento dellos y excusar las molestias y vejaciones que la experiencia ha mostrado, reciben de los encomenderos por obligarlos á tributar en servicio personal, respecto de no estar declarado lo contrario, por lo que á los dichos indios convenía que totalmente se quitase de la misma manera que se ha hecho en los demás naturales de las provincias del Perú, sin embargo de las ordenanzas que para ello hay en esas provincias, y los de Corpus Christi y del Acaray y Itapua, en que había duda lo resuelto y ordenado por la dicha mi cédula arriba inserta, y habiendo visto lo que sobre ello se me consultó por mi Consejo real de las Indias y otros ministros de una junta

particular á quien primero mandé remitir estas y otras proposiciones que hizo el dicho Antonio Ruiz de Montoya.

He tenido por bien de dar la presente, por la cual os mando que luego como la recibáis cada uno en vuestro distrito y jurisdicción alcéis y quitéis precisa é inviolablemente á los indios de las dichas reducciones el dicho servicio personal en cualquiera manera que estuviere y se hallare entablado, disponiendo paguen sus tributos á los encomenderos en los géneros y especies que fueren más cómodos, guardando en razón de ello el orden y forma contenida en la dicha mi cédula, precisa y puntualmente sin contravenir á cosa alguna della, yendo con presupuesto y advertencia que esto solamente se ha de entender para con los indios de las reducciones, que como dicho es han hecho los religiosos de la Compañía por medio de la predicación evangélica y las del Corpus Christi y del Acaray y Itapua, en que no estaba declarado lo que se había de hacer, porque con los demás indios y pueblos de esas provincias se ha de guardar y cumplir lo que está ordena-

do y mandado en razón del servicio personal, sin que lo contenido en esta mi cédula perjudique á ello porque mi voluntad es quede en su fuerza y vigor y se excuse sin remisión alguna. Fecha en Zaragoza á 25 de Noviembre de 1642 años.—Yo el Rey. Por mandado del Rey nuestro señor, D. Gabriel de Ocaña y Alarcón.

Otra cédula alcanzó también en 7 de Abril de 1643 años para los mismos indios, para que no comenzasen á tributar hasta pasados veinte años después de su conversión, porque aunque los señores reyes pasados, como tan grandes monarcas, píos, católicos y liberales habían concedido para todas las Indias que los indios que se fuesen convirtiendo por diez años después de su conversión no tributasen, nuestro rey y señor Don Felipe IV el grande, que la Divina Majestad prospere y conserve para bien de la cristiandad, á instancia del mismo P. Antonio Ruiz les concedió otros diez años más, para que no tributasen ni pudiesen ser encomendados. «Con declaración (palabras son de la real Cédula) que los que hubieren ya gozado de

los diez años primeros, corran los diez que ahora se les prorrogan, desde el día que esta mi cédula llegare á aquellas provincias y á los que todavía los estuvieren gozando desde que los cumplieron, de suerte que todos los indios de las dichas provincias hayan de estar exentos de tributar los veinte años.»

CAPÍTULO XVI

Acude en la Corte á otras obras del servicio de Dios y bien de las almas.

El celo que ardía en el corazón del Padre Antonio de la salvación de las almas, no se limitaba en cuidar de solas las de los indios; extendíase también á las de los españoles, aunque menos necesitadas de enseñanza, por ventura más de corrección. Así atendía á los ministerios de los prójimos en la corte, como si para solo esto hubiera venido de las Indias.

Asistía á la sazón en Madrid cierta per-

sona muy principal que había corrido la mayor parte de Europa ocupada en sus tratos y mercancías. Había comunicado en las provincias del Norte con varios herejes y finos ateistas, y venía contagiado interiormente de aquella pestilencia, si bien en lo exterior procedía como verdadero católico.

Supo cómo el P. Antonio Ruiz había llegado del puerto de Buenos Aires; acudió luego al colegio imperial á informarse de cierto correspondiente suyo que allá tenía. Dióle el Padre razón de todo lo que deseaba. Viendo el natural agrado y trato religioso del siervo de Dios, se le aficionó de suerte que continuó el visitarle.

No perdió la ocasión el P. Antonio de tratarle de otra granjería de bienes más preciosos y duraderos. Contóle algunos casos de personas á quienes Nuestro Señor con su gracia poderosa había alumbrado en aquellas partes y sacado de las culpas en que vivían; otros varios efectos de la predestinación de muchas almas que nuestro común enemigo pensaba tener muy seguras en las tinieblas de sus errores y servidumbre de

sus vicios, y Dios con su diestra poderosa les había hecho dejar aquellas carreteras del infierno, y pasarse al camino de los escogidos. Tocóle sin duda en lo vivo, y herido el corazón con estas saetas, deseaba le refiriese otros sucesos semejantes; proponíale sus dudas, y en ellas indicaba el mal de que adolecía.

Conocíalo el médico prudentísimo, y sin darse por entendido de sus achaques, les iba aplicando con suavidad convenientes contravenenos y medicinas.

Estaba en esta misma ocasión ocupado el P. Antonio en la impresión de los libros que compuso de la lengua Guaraní, un *Vocabulario* y *Tesoro*, *Oraciones* y *Catecismo*, para mejor ayudar á los indios de aquella nación, y juntamente una relación sumaria de que con ellos se había hecho en orden á alumbrarlos con las luces del santo Evangelio, que intituló *Conquista espiritual hecha por los Padres de la Compañía de Jesus en las provincias del Paraguay*, donde se referían muchos destos casos, que le había contado. Acabó la impresión y dióle al perso-

naje un tomo, que no se le caía de las manos. Por medio de la lección deste libro le fué Nuestro Señor alumbrando el entendimiento, de suerte que vino á conocer claramente su ceguera y engaño.

Amaba ya tiernamente al Padre como á maestro de su espíritu, y respetábalo como á santo. Quiso el Señor se le lograse la buena semilla que arrojó en aquella tierra, poco antes yerma y estéril. Dióle una enfermedad, de que murió, llamó al P. Antonio, confesóse con él muy despacio, recibió los demás Sacramentos con gran devoción y consuelo suyo y de todos sus deudos, que alegres de ver lo bien dispuesto que había partido desta vida, vinieron al colegio á darle las gracias y asegurarle que para sola la salvación de aquella alma podía dar por bien empleada la venida del otro mundo.

Con otras personas graves de aquella corte comunicó con la misma familiaridad y con gruesas limosnas que le dieron, puso en estado algunas doncellas pobres cuya honestidad corría manifiesto peligro.

Y pues he tocado algo del fruto que co-

menzó á coger de sus libros impresos no es bien pasar en silencio el trabajo inmenso que tuvo y las dificultades que revenció en la impresión. Y esto sobre lo mucho que le había costado el componerlos, casi todo el tiempo que asistió en las reducciones desentrañando la lengua Guaraní, averiguando la propiedad de cada vocablo con la perfección que saben los eruditos y versados en ella.

Luego en la estampa, por ser lengua peregrina y necesarios nuevos caracteres, anotaciones y puntos para esprimir las pronunciaciones diversas que unas mismas letras tienen de la española y latina. Todo lo cual requería continua asistencia, porque los impresores se hallaban confusos, y todo lo había de allanar el autor con su trabajo y paciencia.

Por este mismo tiempo pasaban por la corte de diversas provincias de Europa, muchos sujetos de la Compañía á la del Paraguay, tan fervorosos, que á cada uno le parecía poco un mundo entero.

Todos acudían luego á tomar lección del

P. Antonio, que como maestro tan experimentado en el modo de tratar con los infieles, les daba documentos saludables de cómo se habían de portar en su conversión.

Particularmente les advertía que era por extremo necesaria mucha longanimidad y paciencia en el trato con los gentiles, porque se ofrecían muchos casos en que era necesario sufrir y esperar ocasión para ganarlos. *Festinandum lente.* Consejo importantísimo, así para acertar en este ministerio, como para no desconsolarse ni desmayar los nuevos operarios cuando no consiguen luego todo lo que desean.

Quién creyera que habiendo padecido el P. Antonio tantos géneros de martirios como padeció en las reducciones de soledad, de hambre, pobreza, desnudez, incomodidad en los caminos, peligros de la vida, contagios, calamidades de guerra, no había de estar muy bien hallado en una corte del mayor monarca del mundo, entre la opulencia y concurso político de las ciudades de España, haciendo sus viajes con tanta comodi-

dad y siendo tan agasajado en los Colegios.

Creyera alguno que se había de acordar más de aquellas behetrías de rústicos indios, comunicando aquí con gente tan entendida, tan humana y cortés, ni entre tanto regalo y dulce compañía de aquella desconsolada soledad y suma miseria. Otro fuera que negociara con su general el quedarse en Europa para tener descansada la vejez y morir con consuelo entre sus Padres y hermanos; pero en realidad de verdad, tan violento estaba en las mismas cortes que un español cristiano cautivo en Argel, ó como la piedra fuera de su centro.

Así suspiraba de día y de noche por sus indios, por sus páramos, por sus chozas y reducciones, como si hubiera dejado en ellas tesoros y delicias de paraíso. Y á la verdad, todo eso dejó y de todo tuvo cariño, porque para la grandeza de su celosa caridad, no había ni más paraíso ni más cielo en la tierra, ni más ricos tesoros, ni más Indias que diligenciar á costa de su comodidad, de su sangre, y de su vida la eterna salvación de

aquellas pobres almas que no le costaron menos á su amado Señor que las de los más nobles cortesanos y príncipes europeos.

Colegirse puede de lo que escribió en una carta uno de los Padres misioneros del Paraguay estando ya para embarcarse en Lisboa, que dice así:

«La carta de V. R. recibí con muy grande gusto y no con poca envidia de ver á V. R. partirse para mi patria. (Llama patria suya á la provincia del Paraguay, y á las reducciones donde vivió lo mejor de su vida) y quedarme yo en este destierro. (Destierro llama á Lisboa, á la corte de Madrid y á toda España, que por desterrado se tenía en ella). No es para mí este ruido, besamanos, cortesías, perdimiento de tiempo, y sobre todo traer ocupada la mente en negocios, cuidados y trazas, que pocas veces se logran.

Finalmente, mi Padre, quedo como desterrado, y no hay día que para mi consuelo no finja que ya me llevan al navío; pero quiere Dios que sean no más que pensamientos por agora, para que cuando después

vuelva por ella, estime más el humilde empleo con mis indios, ajeno de embarazos, libre de emulaciones y cuidados inútiles. V. R. y sus compañeros gocen tanto bien aunque no hayan de conseguir más que la conversión de un solo gentil. Que muchas veces parece que el no convertirlos á montones es no llenar el vacío del deseo. En lo cual conviene andar al paso de Dios sin pretender echar un pie adelante de lo que quiere Su Majestad.»

Hasta aquí el capítulo de aquella carta.

Algo se parece este espíritu al del rey David, que viviendo en su corte y palacio con todo género de regalo, querido de sus vasallos, le parecía vivir entre alarbes en alojamiento de hombres agrestes. *Habitavi cum habitantibus Cedar.*

Con esta diferencia que David suspiraba por verse en la corte del cielo en compañía de sus dichosos cortesanos, y en descanso eterno; pero Antonio suspira, no ya por la patria celestial, donde ha de descansar para siempre, sino por los desiertos del Uruay,

donde ha de vivir muriendo entre indios pobres, desnudos y muertos de hambre.

Había el Señor comunicado mucha luz á este fidelísimo siervo suyo, y solía decir muchas veces que si la santa obediencia le mandase cuidar toda su vida de solo un indio rudo, sucio, bozal, viejo y enfermo, lo haría con sumo gusto y consuelo de su alma porque sabía que la voluntad de Dios es la misma y única, así en lo poco como en lo mucho; y que estaba cierto que si no lo llamaba Dios para convertir á muchos, aunque los convirtiese no haría su divina voluntad, y estaba seguro que la haría si le llamase para diligenciar la salvación de solo aquel indio viejo y asqueroso. Que con esto se tendría por muy feliz, pues toda la dicha de un religioso está en hacer lo que Dios quiere. Esta doctrina enseñaba á todos los de su escuela, de la cual salieron muchos para grandes maestros y doctores de la gentilidad.

CAPITULO XVII

Lanza al demonio del cuerpo y del alma de una mujer.

Los lances que se le ofrecieron al V. Padre Antonio Ruiz con una doncella endemoniada por este mismo tiempo, son de mucha edificación y contienen saludable doctrina para todo género de personas, hombres y mujeres, eclesiásticos y seculares, y particularmente para gente que trata de virtud y oración y para sus maestros y Padres espirituales, donde se descubren los enredos del demonio y los embustes que inventa para

engañar á las almas, para lo cual, aunque sea algo larga la digresión, se contará por extenso este suceso con todos los accidentes y circunstancias, aunque por justas razones se callarán algunas. Refiérelo todo el mismo Padre Antonio en una carta á un grande amigo suyo, y pasó de la manera que diré.

En cierta ciudad de España vivía una doncella, hija de padres honrados, la cual desde sus tiernos años se había consagrado al servicio de Dios, y como era de lindo natural, muy docil é inclinada á todo ejercicio de piedad, iba creciendo mucho en la virtud, singularmente devota de la Santísima Virgen.

Viéndola el demonio ya á los trece años tan anciana en la cordura, tan enamorada de Cristo, tan ansiosa de la perfección, temió que Dios le había de hacer grandes mercedes, y envidioso dellas, comenzó á combatirla para derribarla; inquietábala con sugestiones diabólicas y tentaciones deshonestas, particularmente en los seis años antecedentes á este suceso.

Encendió en su corazón una afición torpe á cierto eclesiástico, si bien siempre con pre-

testo de lícita benevolencia y cortesía. Ya que su recato y retiro no daba lugar á más familiar correspondencia, el demonio halló traza para introducirla, á título de que la enseñase á rezar y á leer bien latín.

Diéronle fácilmente licencia, con la seguridad que tenían de su pureza de angel. Éralo en la hermosura del cuerpo, con que pudo aquél atizar el fuego y soplar la llama con que ya se abrasaban ocultamente los dos. Sucedióles lo que en otros semejantes lamenta el Apóstol. *Sic stulti estis, ut cum spiritu cœperitis carne consumemini?* Lo que al principio fué espíritu de devoción, vino á parar en lascivia de carne. Y ciegos con la pasión y olvidados cada uno de las obligaciones de su estado, no aguardaban más que la ocasión para ejecutar y perderse. Tuvo noticia de lo que pasaba otro sacerdote, confesor de la doncella, y procuró con toda eficacia estorbar la comunicación de los dos.

Viendo el maligno espíritu despintada esta traza y á la doncella ya rendida á su sucio apetito, trocóle la vehemente afición que al sacerdote tenía, á un criado de su casa, tan

feo, que causaba horror el mirarle á la cara.

Era el mozo simple, que solamente servía de acarrear leña y agua, y otras cosas de escalera abajo necesarias para la casa. A ella le pareció tan galán y tan amable, que cuando entraba en la cocina con la leña ó carbón lo halagaba, tomándole las manos y llegándole al rostro con el suyo, teniendo aquél por burlas estos favores.

Pero como ella perseverase en suscaricias, y el demonio hiciese su oficio, vino el criado á abrasarse como bruto en los amores de su señora, y del pie que esta le daba, quiso á fuer de villano tomarse la mano y ejecutar sus torpes deseos. Pero como ella no había perdido del todo la vergüenza ni el cariño de su honestidad y virtud, ni la devoción de la Virgen, viendo que el mozo desenfrenado intentaba violencia, dió voces, y aunque á ellas acudieron los domésticos, ninguno pudo sospechar en el vil criado semejante atrevimiento, y menos que ella le hubiera dado ocasión para descomponerse.

Aunque no se le logró al demonio este lance, no por eso desistió de la conquista,

prosiguiendo en abrasar los corazones de los dos con fuego de amor deshonesto. Tan locamente se amaban, que parecía hechizo, y ni pensaban de día ni soñaban de noche sino en escogitar trazas para verse á solas juntos; ya él estaba pesaroso de su encogimiento, y ella de su resistencia arrepentida. A este estado miserable llegan los que no la hacen muy á los principios á la tentación.

No pudiendo ya disimular el desafuero de su pasión, se concertaron de huir una noche y peregrinar desconocidos por el mundo. Esto también vino á noticia del prudente y santo confesor, á quien nunca perdió el respeto y amor, la que al mismo Dios había ya perdido el miedo.

Dió aquél orden secreto para que al mozo lo echasen de casa, y con su mucha autoridad lo consiguió fácilmente. Él salió desesperado, y ella quedó con su ausencia más cariñosa y ciega de su amor, de suerte que hacía extremos en que parecía haber dado al través con el juicio, ó que algún maligno espíritu se había apoderado della.

De esta tentación sensual pasó el demonio

á otra no menos grave de desesperación, persuadiéndola que ya no había en Dios misericordia para ella, representándole la gravedad y muchedumbre de sus culpas y deseos consentidos, y moviéndola á aborrecimiento de Dios, porque le había permitido caer en ellos, y á invocar en su favor al mismo demonio, pidiéndole que viniese y se apoderase della.

No lo dijo al sordo ni al perezoso. Enseñoreóse el infernal tirano de su cuerpo y de su alma, y desde entonces no hablaba ni obraba sino lo que aquel quería. Verdad es que ella no quería persuadirse estuviese endemoniada, aunque sentía los efectos que hace en el alma y cuerpo que posee.

El proseguir en frecuentar Sacramentos le pareció forzoso, por no perder la buena opinión, pero callaba sus pecados y comulgaba sacrílegamente. Tan descompuestas eran algunas de sus acciones y palabras en el mismo Sacramento de la penitencia, que el confesor vino á dudar si estaba endemoniada, y le dijo sencillamente su duda y la razón que tenía para temerlo.

Ella negaba, atribuyendo aquellos disparates á vehemencia de su lesa imaginación. Con todo, se resolvió de valerse para averiguarlo de los exhorcismos que usa la santa Iglesia. En cuya virtud, aunque el demonio procuraba encubrirse, no siempre podia, pero daba á entender que era locura de la doncella. Con que el buen confesor se vió obligado á consultar hombres doctos seculares y religiosos.

Unos dijeron que era delirio, otros que embuste, como la experiencia enseña en varias mujeres, que por motivos ocultos se fingen endemoniadas, otros, finalmente, que sí era demonio, no poseedor, sino asistente, y por eso quedaba á ratos totalmente libre en lo exterior, aunque interiormente perseveraba en abrasarla con incendios deshonestos.

No hallando seguridad el confesor entre tanta variedad de pareceres, acudió al divino oráculo; encomendóla muy de veras á Dios, pidiendo lo mismo á otras personas santas, particularmente á las religiosas de un monasterio donde se había criado la niña, que lo hicieron con gran fervor por el amor que

la tenían, añadiendo á las oraciones varias penitencias y comuniones, ayunos, cilicios, disciplinas, largos ratos de oración delante del Santísimo.

Con todas estas diligencias por sus ocultos juicios permitió el Señor que el enemigo no se descubriese del todo y que unos se persuadiesen que lo fingía, otros que estaba loca y ella misma lo atribuyese á enfermedad, á fuerza de imaginación y melancolía, aunque conocía que los ardores de torpe amor que le abrasaban las entrañas, en lugar de remitir, cada día iban creciendo, y ella sentía en la voluntad grandes impulsos para aborrecer á Dios y desconfiar de su misericordia.

Fué Nuestro Señor servido que el P. Antonio Ruiz, con particular luz del cielo, y asistencia del Espíritu Santo descubriese los enredos deste demonio, y como realmente estaba apoderado de aquella pobre doncella, que fué el único principio de su remedio, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII

Con especial ilustración conoce el P. Antonio que la doncella está endemoniada y trata de su cura, mediante los exhorcismos de la Iglesia.

—

Tuvo noticia aquel buen sacerdote, confesor de la doncella, de la venida del P. Antonio Ruiz, á quien solamente conocía por la fama de su santidad. Fué luego en busca suya, informólo del estado infeliz de aquella pobre alma, y rogóle que pues celaba tanto la salvación de todas, se encargase de su cura.

Compadecióse el Padre y fuese con él, y habiendo visto y hablado á la doncella, pidió al confesor que en su presencia le repitiese los exhorcismos. Ella estuvo muy quieta; mandóle doblase las rodillas y obedeció puntual. Lo mismo hizo el Padre con profunda reverencia al Santísimo, en cuya presencia estaba.

A las primeras oraciones comenzó la endemoniada á mudar el color de su rostro de blanco y encendido en pálido y amortiguado como si fuera difunta, y á decir á voces:

—¿Para qué se cansan conmigo y me dan pesadumbre, que yo no estoy endemoniada?

Pero luego se enfureció de manera contra el exhorcista, que pareció se lo quería comer á bocados; mirábalo de hito en hito con unos ojos infernales, por los cuales, como por ventanas, parece que se asomaban ya los demonios, que eran señores de la casa. Y aunque la tenían bien asida cinco personas de buenos pulsos, como son mayores, los del demonio, la levantó con tanto ímpetu á lo alto, que estrellando su cabeza con la del

exhorcista le hizo una herida que tuvo bien que curar para muchos días.

Sufrió el golpe con gran paciencia que fué para los enemigos gran desquite y recia bofetada. Prosiguió con todo su dolor en los exhorcismos, y llegando á la oración con que se implora el favor de la Santísima Virgen, dijo el mal espíritu despechado y rabioso:

—Esta mujer me mata, ésta me atormenta, ésta fué la que me quebró la cabeza. Malditos sean los que bien la quieren, que todo cede en daño mío. Todos los que aquí están la quieren mucho.

Y volviéndose al P. Antonio que estaba en fervorosa oración pidiendo al Señor misericordia, dijo:

—Principalmente, aquel santurrón que la ama mucho. Maldito sea él y el cleriguillo que acá lo trujo para mi mal.

Con esto se conoció manifiestamente el daño que la pobre doncella tenía. No obstante este indicio tan evidente, acabados los exhorcismos y estando tan quebrantado del mal tratamiento que el demonio le había he-

cho, afirmó que no estaba endemoniada. Así se lo hacía creer el mismo demonio y lo mismo á algunos de los circunstantes, á pesar de aquella experiencia.

Conoció el P. Antonio á luz superior la astucia del enemigo. Habló á la paciente, que al parecer estaba en su sano juicio y sin accidente alguno, y solamente se querellaba de que la infamaban sin fundamento; pero el Padre hablando, no ya con ella, que juzgaba en esta parte ilusa, sino con el demonio, como si lo viera, le dijo:

—Con la potestad que tengo como sacerdote de Dios, aunque indigno, te mando que aunque eres padre de la mentira, me confieses aquí la verdad y me digas si estás, como yo creo, en el cuerpo desta pobre doncella, y por qué causa entraste en ella

Compelido el maligno de la virtud de Dios, respondió ser verdad que estaba en aquel cuerpo, aunque calló la posesión que tomado había de su alma y voluntad, con aquella afición deshonesta á su criado; y que había entrado para perderla, y con ella otras muchas religiosas y seglares. Y que ya en-

tre las monjas con quien se crió había comenzado á sembrar zizaña de discordias y bandos, con que esperaba destruir aquel convento. Que había hecho los esfuerzos posibles para que concibiese de aquel mozo, y viéndose preñada se huyese con él, que haría presto lo aborreciese y parase en pública ramera; que siendo tan hermosa le serviría de lazo para prender á muchos y llevarlos al infierno.

Apretóle el P. Antonio de nuevo por medio de los exhorcismos, para que dijese en virtud de qué santo ó reliquia había de salir de aquel cuerpo.

Respondió que de ninguno, sino del Santísimo Sacramento y de la Purísima Virgen. Añadió lamentándose:

—Sola María (¡ay de mí!) es la que me ha de echar, y el Santísimo del altar, estos son los que más me atormentan.

Diciendo esto, ponía los gritos en el cielo, afligiendo no poco á la doncella. Torcíale la boca á las orejas con espantosos visages, y decía no le nombrasen á la Virgen, que la aborrecía mucho.

Preguntándole el Padre qué razón tenía para aborrecer á la que sabía ser madre de Dios; si creía que lo era y que había sido siempre Virgen y concebida sin pecado original?

—Todo lo creo, dijo el demonio.

—Pues, ¿por qué la aborreces?

—Por eso mismo, y porque fué tan santa y tan humilde. Triste de mí, que esta y la comunión me han de echar de esta mi posada. Porque ese (entendía el Santísimo) y yo no cabemos en una casa juntos.

Aquí dijo el Padre:

—Yo tengo gran confianza en este soberano Señor, que ha de entrar en esta doncella, y salvarla, y lanzarte á tí á lo profundo del infierno.

Aquí el demonio á grandes voces:

—Al infierno no, á otra parte sí. ¡Ay de mí! y qué de tormentos he de pasar.

Y hablando de la paciente, añadió:

—¿Qué se le da de la gloria que puede gozar en el cielo? Más vale que agora se alegre y goce de su libertad y regalo, que

no es tan para ser temida la pena que se padece en el infierno.

Arguyóle el Padre, muy á sazón con su mismo testimonio.

—Ven acá, maldito; si no es de temer el infierno, ¿cómo tú muestras tanta repugnancia en entrar en él?

Respondió el demonio:

—Cierto es lo que dices, pero yo lo pinto fácil de llevar, siendo tan terrible, para engañar á las almas.

Nunca había querido decir su nombre, ni si estaba allí solo ó acompañado; apretóle el Padre con los exhorcismos, mandándole en virtud del Santísimo Sacramento y por los méritos de la Virgen que lo descubriese todo, poniéndole graves penas si no obedecia.

Rehusó el obedecer; pero no pudiendo resistirse más á las baterías que el siervo de Dios le daba, dijo que se llamaba Moncaron, que era angel de las supremas gerarquías y caudillo de cuatro legiones que hacen número de veintiseismil seiscientos y sesenta y cuatro, y que todos estaban dentro de aquella doncella. Y añadió que él era el presiden-

te de la junta de contradicción que hacían los demonios á todos los Sacramentos, y en particular al de la confesión y comunión, y cuando no los podían estorbar, trabajaban en que muchos llegasen mal dispuestos, sin verdadero dolor ni firme propósito de la enmienda, y que por aquel camino esperaba que había de llevar al infierno aquella doncella, pues ya le había tapado con la vergüenza la boca y échola confesar y comulgar sacrílegamente.

Díjole el P. Antonio:

—Tú, perverso, irás á donde dices, que esta ha de ser santa y se ha de salvar; y cuando en el día del juicio la veas á la mano derecha, escogida para la gloria que tú perdiste, quedarás corrido y avergonzado

Dijo entonces el demonio al Padre:

—¿Quién me ha echar de ella, tú?

Respondió el Padre:

—Yo, con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre.

Instó aquel:

—No te metas en eso; acude al despacho

de tus negocios, que harto tendrás en que entender.

—No me estorban á mí mis negocios, replicó el Padre, para hacerte cruda guerra y sacarte desta alma y echarte al infierno.

Enfurecióse el espíritu maligno, dió horrendas voces y espantosos aullidos. Dió á entender que quería publicar los pecados que por instingación suya había cometido la doncella, para infamarla y probar que no tenía remedio de salvación; pero el Padre le puso silencio, y para asegurarlo, los dedos en los lábios, medio único para hacerle callar, porque decía que aquellos dedos que habían tocado á aquel, entendiendo al Santísimo, le atormentaban mucho y apretaba los dientes y cerraba la boca. Solamente se le dió licencia para que en secreto aparte, sin infamia de la paciente, dijese lo que con ella había hecho, y dijo lo que veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIX

Descubre el demonio los embustes con que había engañado á esta doncella; las diligencias que hace para que no comulgue.

Había concurrido alguna gente á los exhorcismos; pretendió el demonio infamar á la doncella publicando los pecados en que le había hecho caer. Púsole silencio el P. Antonio, y lo que le permitió fué que delante de su confesor, que ya tenía noticia de todo, y en presencia suya, manifestase los embustes con que la había engañado.

Salieron los demás, quedaron solos el con-

fesor, el Padre y su compañero; y el padre de las mentiras, puesto con los exhorcismos á cuestión de tormento, comenzó á cantar la verdad.

Primeramente refirió todo lo que había urdido por medio de aquel eclesiástico que la enseñaba á rezar, abrasándolos á los dos en amor deshonesto. Que viendo despintada aquella ocasión la había enamorado torpemente del criado feo y lagañoso. Que su intento fué que ella perdiese la honra y la virginidad, y que huyendo su infamia se fuese perdida por el mundo, tropiezo con su hermosura de mucha nobleza y juventud.

Que de allí pasó á persuadirla que ya para ella no había en Dios misericordia, y pues no se había de salvar, soltase la rienda á sus bestiales apetitos. Que desde el punto que ella desesperó había hecho asiento en su corazón y la tenía tan sujeta que no hacía más de lo que él quería. Que con él asistían á la custodia deste castillo cuatro legiones, cuyo caudillo él era; que procuraron con todo su conato callase sus pecados en la confesión y que comulgase sacrílegamente.

Que por tres veces habiendo recibido en su inmunda boca la forma consagrada se la habían hecho escupir y arrojar en tierra con irreverencia execrable, de lo que ellos recibieron gran contento. Que otra vez, sacándose la forma de la boca y envolviéndola en un papel, la había echado en un pozo. Otra la envolvió en un lienzo, y puesta en el seno la llevó á su casa.

Todo esto dijo el demonio, y refiriéndoselo á la doncella cuando volvió en sí, afirmó que en todo había dicho verdad, y añadió que la hostia que puso en el seno, yéndose á acostar para dormir, la acomodó sobre el pecho, y cuando despertó no pudo hallar ni hostia ni lienzo.

Dijo más, que aquel incendio de la suya que el demonio levantó en su pecho era tan infernal, que le parecía quemarse viva y que sentía salir un hedor intolerable por boca y narices.

No hay duda sino que el Señor estaría justamente enojado por ofendido con culpas tan enormes y desacatos tan detestables; pero *cum iratus fueris misericordiœ recorda-*

beris, no olvidó la grandeza de su misericordia.

Efecto suyo fué darle á conocer á esta pobre doncella su miserable estado, abriéndole los ojos del alma, y aun haciéndole ver con los del cuerpo las penas que merecia y el peligro en que estaba de dar en ellas.

La primera vez le representó á la vista un profundo pozo, como boca de infierno, que arrojaba espantosas llamas y olor insufrible, y que sin apelación habia de ser lanzada en él, y que estando ya para echarla, cierta persona muy sierva de Dios, que la conocia y la habia criado, la tenía fuertemente asida para que no cayese. Dijo más, que aquí comenzó á hacer concepto de la gravedad de sus pecados, porque hasta allí el demonio se los habia pintado muy ligeros y vendado los ojos para que no viese su malicia. Otra vez le pareció que toda la casa se venia al suelo con un terremoto y que su cuerpo habia de quedar sepultado en la ruina, y en el infierno el alma.

Ni bastaron estos avisos de la misericordia ni estas amenazas y temores de la justi-

cia para reducirla, porque el demonio estaba muy señor del homenaje de la voluntad, y á ésta la arrastraba el apetito de los sensuales deleites, á que se hallaba del todo rendida.

Ya mudando de rumbo no le pintaba sus pecados ligeros, como en otro tiempo, sino tan graves que la memoria dellos la impelia á desesperación. Hacíala comulgar sacrílegamente para conservar la buena opinión que habia adquirido con la frecuencia de los Sacramentos.

Entre las tinieblas desta oscura y borrascosa noche, no le faltaban relámpagos de la divina luz que le hacia ver de lejos el remedio de sus males. Entendia estar este librado con una buena confesión y comunión, pero pasaba como rayo aquella ilustración y ella proseguia en su ceguera y despeño.

Atormentábale el alma el repique de las campanas á jubileo; y cuando se hallaba en alguna capilla donde se administraba la comunión, sentía mortales angustias y trasudores. Los mismos padecia de solo ponerse al lado de alguna persona que aquel dia hubiese comulgado.

Al mismo pan material le puso el demonio tal asco y aborrecimiento, que ni verlo ni comerlo podia. Mandóle el P. Antonio que comiese un pedazo y obedeció con grande repugnancia. Preguntóle al espíritu maligno por qué no dejaba comer pan á aquella pobre mujer?

Respondió que él habia sido angel de las supremas gerarquías, á quien entre otros misterios del Verbo Encarnado, se le propuso el de la sagrada Eucaristía, y que no habia tropezado tanto en que Dios se hubiese de hacer hombre y morir por los hombres, cuanto en que se les hubiese de dar en comida y bebida para más entrañarse con ellos, que esto fué lo que no pudo llevar en paciencia.

Y que si bien aborrecia todos los Sacramentos, pero contra este era su odio mayor, y de ahí provenia el buscar tantas trazas para apartar á los hombres desta mesa del cielo y para que tantos se sentasen á ella sin la veste nupcial de la gracia, callando pecados en la confesión y comulgando en pecado. Y que como el pan era la materia deste

sacramento, quisiera que nadie lo tuviera por alimento de su vida. Aquí era el dar grandes voces:

—¡Dios ha hecho pan para sustento del hombre! ¡Todo para él y nada para el angel! Esta es mi rabia, este mi furor.

Oyendo esto el P. Antonio, como quien conocia bien el entrañable amor que Cristo habia mostrado á los hombres en darles á comer este pan divino, se enterneció de suerte que no pudo reprimir las lágrimas, y arrebatado de su fervor echó mano de un devoto crucifijo que estaba en el altar, y lo adoró con singular ternura y devoción, estampando sus lábios en las llagas del costado, de manos y pies, y dándole amorosos abrazos. Y volviéndose santamente indignado contra el demonio, le dijo:

—Bestia maldita, obstinada en tu maldad ¿no reconoces á este Señor por tu Dios y Criador?

Respondió:

—Sí lo reconozco.

—¿No crees que es hijo de Dios verdadero?

—Sí, creo.

—¿No crees que nació de madre Virgen?

—También lo creo.

—¿Y qué murió por los hombres en una cruz?

Aquí el maligno con furia diabólica:

—Por vósotros murió; por mí no murió; nada le debo; todo por el hombre y nada por el angel. Por eso le aborrezco.

Díjole el Padre:

—Si quieres tú gozar los tesoros de su preciocísima sangre, dí como yo diré: Señor mío Jesucristo.

Sonrióse el demonio y dijo mal pronunciado entre dientes:

—Señor mío Jesucristo.

—A mí me pesa.

—Eso no; respondió impaciente. Pesarme á mí, no es posible.

Hízole instancias el Padre para que adorase al santo crucifijo.

No hubo remedio, cerrando los ojos, retirando el rostro y haciendo visajes. Besándole el Padre las llagas de costado y pies, le dijo:

—Mira, traidor, cómo yo lo adoro y lo reconozco por mi Dios y Señor y lo amo sobre todas las cosas, y me pesa en el alma y en el corazón de haberle ofendido.

Cerróse el mal espíritu con decir:

—Besálo tú y adóralo, que tienes obligación porque murió por tí y te ha hecho muchos beneficios, que yo nada le debo.

Habíale oído decir al demonio el P. Antonio, obligado del tormento de los exhorcismos que solamente le podrían echar de aquel cuerpo la comunión y la intercesión de la Santísima Virgen. Y así, habiendo tomado por singular abogada para la empresa de la expulsión á esta soberana Señora, puso todo su cuidado en disponer la á doncella para que hiciese una buena confesión general y limpia el alma con ella pudiese recibir más dignamente el Santísimo Sacramento.

Deseó la penitente hacer esta confesión con el P. Antonio, por el concepto que habia hecho de su santidad; pero el Padre juzgó ser más conveniente la hiciese con su confesor, para que él pudiese hacer campo con

el enemigo con menos escrúpulo y más libertad.

Procuró éste impedirla con desmayos que le causaba cuando trataba de hacerla, con espantos, con mil dificultades que le oponía; pero venciólas todas con la gracia de Dios y confesóse con tanto dolor de sus culpas y con tan firme propósito de la enmienda, que así ella como su confesor quedaron satisfechos de que se hizo con todas sus circunstancias buena.

Con esto trató el Padre de que comulgase, esperando que entrando en ella Cristo habia de salir Belial. Estando ya bien dispuesta y de rodillas para comulgar y el sacerdote con el Santísimo en la mano, de repente el demonio le mudó el semblante, poniéndoselo de blanco y hermoso tan negro y tan feo que causaba horror el mirarla; dióle luego un desmayo mortal, hacia visages horribles y abria una boca disforme y luego la cerraba, rechinando los dientes como una rabiosa.

Acudió el Padre Antonio que le estaba al lado con los exhorcismos y agua bendita con que se quietó y volvió en sí.

Muy gozosos quedaron los presentes, pareciéndoles que con esto podría comulgar, no advirtiendo que no era paz, sino breves tréguas que daba el enemigo para engañar y volver con más brío á la defensa de su fuerza, que tan de grado se le habia rendido y entregado. Revolvió, pues, con mayor furia, dando dentro del mismo pecho de la paciente grandes gritos.

—Ea, malditos, no os canséis, que no ha de comulgar, no ha de entrar ese acá, porque él y yo no cabemos en un pecho.

Comenzó de nuevo á atormentarla con tal impiedad, que parecia que ella misma se habia de despedazar á bocados. Repitió los gestos y horrendos visages, y segunda vez vino á quietarse con los exhorcismos.

Preguntáronla si quería comulgar.

Dijo que sí. Púsole el sacerdote la forma consagrada en la boca, sin dejarla de la mano. Al punto la retiró con ímpetu, como si le hubieran puesto una brasa en ella. Quedó desmayada, y óyose una voz del pecho que decia:

—Yo soy Moncaron, que le impido la co-

munión; no ha de comulgar, ese no ha de entrar acá.

Recorrióse á los exhorcismos. Volvió con ellos del desmayo y pidió con grandes ánsias la comulgasen. Volvió el sacerdote á ponerle la Forma en la lengua, y quien no las vió, mal podrá formar concepto de las acciones que hizo. Arrollóle la lengua y se la retiró hacia adentro, de suerte, que teniendo ella abierta la boca de un palmo, y mirándola con toda atención, pareció que se la habia tragado. Y fué que el demonio ocupó el paso estrecho de la garganta por donde habia de introducirse en la plaza el socorro.

Pero obligado con las armas de la Iglesia, desplegó la lengua y la sacó fuera y la entumeció de suerte que parecía imposible el recogerla otra vez; parecia una grande berengena morada; parósele el rostro feísimo y negro como los carbones, los ojos en blanco, embargada la respiración. Todos la dieron por muerta, porque el demonio habia amenazado que la habia de matar, y dicho, aunque con mentira, que tenía ya para ello licencia.

Causaba por una parte compasión, por otra horror, el mirarla. Viéronse bullir en la extremidad de la lengua muchedumbre de gusanos entre cuero y carne, que salian de lo interior, y no eran gusanos, sino demonios, viéndose el movimiento que hacian, y cómo se impelian los unos á los otros.

Crecieron los temores de que la habia ahogado. Volvió el demonio á gritar de adentro:

—No se cansen, que no ha de comulgar. Corten esa lengua maldita que ha tocado á ese y no nos atormente á nosotros con su entrada y presencia.

Luego aparecieron sobre la lengua unos pedacitos como de estiércol ó carbón quemado, y toda la lengua parecia un tizón muerto. No es decible el pavor que á los circunstantes causaba la vista de este espectáculo.

El mismo P. Antonio Ruiz, que escribió como testigo de vista este suceso, dice en su relación que deseó mucho estuvieran presentes todos los pecadores, y particularmente los hereges que niegan la presencia de Cristo en el soberano Sacramento.

En este aprieto se acudió al remedio de ponerle sobre la lengua los dedos consagrados, y fué cosa admirable que al punto los demonios se retiraron y desaparecieron aquellos gusanos infernarles.

Deshízose como tramoya de farsa todo aquel fantástico y diabólico embeleco. La lengua volvió á su lugar, y se admiró de repente en su estado natural, tan limpia, tan colorada, tan sana y jugosa como si nada hubiera pasado por ella.

No se porfió más en darle la comunión, lastimados los presentes de lo que la habían visto padecer, venerando los secretos juicios de Dios, y no alcanzando la causa por qué permitía Su Majestad que aquel demonio se mostrase tan rebelde y cruel.

Habiendo vuelto en sí la combatiente y tomado alientos de la pasada refriega, dijo que estaba admirada de lo que habia visto en la fuga de aquel mal tratamiento que el demonio le hizo; porque vió que éste le tenía su alma en prisiones muy fáciles de romper, y que por eso pidió con tanta instancia el Santísimo, porque conoció que era

medio eficaz para quebrantarlas y restituirla en su libertad.

De lo que ella dijo coligió el P. Antonio en que estaba la dificultad de no poder recibirlo, y que habia algún impedimento oculto de algún pacto con que la pobre se habia ligado con el demonio.

Examinola despacio si habia dejado de confesar algún pecado por vergüenza? Dijo que no. Si habia tenido dolor verdadero y propósito firme? Y respondió: Que aunque con la boca decia le pesaba, por ser ofensa de Dios, no iba de todo corazón, y que la mayor pena que tenía era por la que ella padecia en poder de aquellas legiones de tiranos, y por la que daba en sus exhorcismos, y no puramente por haber ofendido á Dios. Con que el Padre temió con más fundamento que no estaba aún bien dispuesta para recibir á Nuestro Señor, y que por eso les permitia Su Majestad á los enemigos tanta resistencia y rebeldía.

Vino también á sospechar que sin duda aquella cadena con que se habia visto presa del demonio, era algún pacto entre los dos;

y que por no haberlo confesado ni retratado debidamente, y según fuero divino no habia quedado suelta de su prisión. Y no fué su juicio temerario, sino muy prudente, como se verá en el capítulo que se sigue.

CAPITULO XX

Descubre el P. Antonio el pacto que esta doncella tenía hecho con el demonio.

Volvió el P. Antonio á examinar de nuevo y con especial atención á esta pobre endemoniada, para averiguar si tenía algún pacto explícito ó implícito con el demonio, y aunque ella negó firmemente, con todo el Padre la exhortó y animó á hacer de todo su corazón actos de dolor de sus pecados por motivos superiores, y á que esforzase su voluntad, para que ayudada de la gracia amase á Dios sobre todas las cosas, y renunciase

cualquier género de pacto que hubiese hecho con el demonio, aunque por entonces no se acordase dél.

Obedeció la penitente, y con todas veras se esforzó á ejecutar lo que el Padre le aconsejaba. Cuando llegó á protestar que le pesaba de haber ofendido á Dios por quien era, y á renunciar cualquier pacto, al punto se enfureció el demonio, y dijo á voces:

—¿Quién me toca en la voluntad, que no es ya suya, sino mía?

Maltratóla mucho; hacíale dar recios golpes con la cabeza por las paredes y que ella misma se martirizase por su mano, añudándole la lengua.

Mandó el Padre al demonio, en nombre de Jesucristo, la dejase hablar. Obedeció, y vuelto en sí, le dijo el Padre:

—Advierta, hija, que ahora me confirmo está ligada deste demonio con algún pacto, aunque ella me lo niega. Yo le ruego por amor del Señor, y por lo que deseo su bien temporal y eterno, vaya continuando en hacer actos de contrición. Yo le enviaré por escrito una fórmula de detestación, de cual-

quier pacto que hubiere hecho, aunque no se acuerde. Pídole que de rodillas lo lea delante del Santísimo Sacramento con todo su corazón.

Fuese el Padre, y la pobre, con deseo de verse libre de la tiranía de aquel demonio que tanto la atormentaba, envió á pedir al Padre por su mismo confesor la fórmula del acto que habia de hacer; el Padre se la envió del tenor siguiente:

Digo yo N. sierva y esclava de mi Señor Jesucristo, que si por algún caso, con libertad ó sin ella, instigada ó engañada del demonio, le hubiere hecho entrega de mi voluntad, condicional ó absoluta, ó de cualquier manera que haya sido, digo que por la presente cédula, de todo mi corazón y con plena voluntad y deliberación me desdigo y anulo, y doy por ninguno el dicho pacto y cualesquiera palabras que yo haya dado ú ofertas que haya hecho al demonio, porque como hija legítima que soy de la Iglesia Católica Romana, creo firmemente todo lo que ella me enseña y me manda creer, y conozco á solo mi Dios y Señor por criador de

todo el Universo, á quien infinitamente me pesa de haber ofendido solo por ser él quien es, y porque lo amo sobre todas las cosas, y me pesa de lo poco que me pesa, y de lo mal que he correspondido á su inmenso amor. Y propongo firmemente con su divina gracia, de apartarme de todo lo que fuere ofensa suya. Y desta detestación de todo pacto y declaración de mi última voluntad, pongo por testigos á los santos, mis abogados, particularmente á la Sacratísima Virgen María. Y ruego á mi confesor firme conmigo esta cédula, para que sea notoria mi voluntad á todos los demonios, particularmente á Moncaron, mi mortal enemigo y á todos sus compañeros. A todos los cuales maldigo y aparto de mí, entregándome de todo mi corazón á mi Señor Jesucristo que con su sangre me redimió, y por la cual espero ser sana y salva.

Envióle el P. Antonio este papel cerrado y sellado porque nadie lo leyese. Apenas llegó el confesor á la puerta con él, cuando comenzó á alborotarse el demonio pidiendo que no entrase.

Entró y entregóselo, y aquel se inquietó más, instándola que sin abrirlo ni leerlo lo hiciese pedazos. Detúvola el respeto que tenía al Padre. Comenzó á leerlo y lo leyó todo, y se halló con más fuerzas espirituales y fué luego á la iglesia, y al paso que se iba acercando á ella, sentía más facilidad en leerlo otra vez.

Llegó, y puesta de rodillas delante del Santísimo, lo leyó con mucha devoción y nuevos deseos de salir de la esclavitud de tiranos tan perniciosos y de asentar un nuevo modo de vida en servicio de Nuestro Señor. Y después de leído lo cosió en el vestido sobre su corazón, proponiendo de enterrarse con él después de muerta. Con esta diligencia cobró notables alientos y esperanzas de conseguir su deseada libertad.

Volvió el P. Antonio á la estacada á hacer nueva guerra con los exhorcismos al enemigo. Díjole la doncella:

—Padre, hasta agora nunca pude declarar bien la causa de mi desdicha; agora ya, gracias á Dios, me veo libre y con ánimo para manifestarla. El caso fué que atormen-

tándome el demonio con bascas y aflicciones interiores, todas las veces que habia de comulgar, yo buscaba remedios para verme libre deste oculto y penoso martirio. El maligno espíritu me prometió librarme dél si yo le entregaba mi alma, y que asimismo, sin la pena de aquel remordimiento podria preserverar en amar torpemente á aquel mancebo. Desde este punto quedé muy consolada y alegre, y con más desahogo lograba los gustos de su torpe amor. Entonces sin duda se enseñoreó el demonio de mi alma y de mi voluntad, porque todo el amor que antes tenía á Cristo se convirtió en un odio tan grande, que siempre que veia alguna imagen suya me parece que la quisiera despedazar. Lo mismo hacia con el Santísimo Sacramento, y así cuando alzaba el sacerdote la hostia, cerraba los ojos para no verla; asimismo aborrecia á los que lo alavaban ó trataban de su devoción. Solamente me duraba el cariño y devoción á la Santísima Virgen, y me holgaba de ver y adorar sus imágenes, y me encomendaba á ella de todo corazón.

Animola el Padre á repetir el acto de de-

testación que le habia enviado, y que fiase en en Dios, que la sacaria del poder de aquel dueño intruso.

Pero todas las diligencias sobredichas no fueron bastantes para libertarla, porque queria Su Majestad que la victoria se atribuyese á su santísimo cuerpo Sacramentado y á la intercesión de su purísima madre.

El P. Antonio Ruiz, acordándose de lo que dijo el Salvador en el Evangelio á sus apóstoles que hay linaje de demonios que no se lanzan *nisi in oratione & ieiunio*, acudió con particular fervor al ayuno y oración; gastó en esta toda aquella noche, suplicando á Nuestro Señor usase de misericordia con aquella pobre alma y mandase al demonio que la dejase en su libertad, para que pudiese consagrarse toda á su divino servicio y reparar las ruinas pasadas. Puso por medianera á la Santísima Virgen. Salió muy consolado de la oración, y con grandes esperanzas de feliz suceso.

Con esta previa disposición volvió al palenque con su adversario y lo apretó fuertemente, para que le dijese el día en que ha-

bía de dejar libre á aquella pobre doncella que había engañado, y que, á pesar suyo, había de ser santa. Enfurecióse el demonio contra el Padre y amenazólo que se lo había de pagar.

El P. Antonio, sin hacer caso de sus retos, le instaba que señalase el día de su salida. Respondió que en día del Corpus, que estaba cerca. Luego se embraveció de manera que seis personas de buenas fuerzas no la podían tener, y la levantó en el aire, y con gran violencia dió en tierra con ella, poniéndole el rostro feo y abominable. Y revolviendo furioso contra el Padre, le dijo:

—Maldito enemigo, cómo me has desposeído de la voluntad que ella misma me dió. Con papelillos le has trabucado el juicio.

Aquí era la compasión, porque ya la hacía rebuznar como jumento, ya ahullar como perro, ya gruñir como cebón cuando lo degüellan. Púsole de nuevo el rostro cárdeno é hinchado, porque le apretaba la garganta con ademán de ahogarla, quejábase del tormento que le daban los exhorcismos.

Díjole el Padre:

—Si tanto te atormenta la batería que con ellos te doy, dí, traidor, ¿por qué no desamparas la fuerza, siquiera por verte libre desta pesadumbre? Eres necio en mantenerte en ella, porque ves el fruto que en muchas almas se hace, á vista de la crueldad con que tratas á los que se profesan tuyos.

Respondió que por solo estorbar una comunión sufriría mayores tormentos, porque no podían caber en un pecho ellos con su mayor enemigo. Y añadió:

—Buena guerra nos has hecho esta noche con tus ruegos importunos á María. Díme, pues la quieres tanto, y se lo suplicas con tantas veras, que me destierre de aquí, ¿cómo no lo has conseguido?

Respondió el Padre:

—Porque mis pecados hacen mis oraciones de poco valor. Y porque del mal que le haces sabe sacar Dios grandes bienes. Mira cuántas confesiones generales se han hecho estos días; cuántas almas han hecho propósitos de servir de veras á Dios. A más que agora que ya está reconocida de sus culpas y pesarosa dellas, quiere Dios darle el pur-

gatorio en esta vida; y que escarmentada tan á costa suya en tus embustes, no dé más grata audiencia á tus diabólicas sugestiones y ordene de suerte su vida, que con mucha confusión tuya la veas en el día del juicio en alto grado de gloria. Ella parará en el cielo, y tú y todos los tuyos seréis sepultados para siempre en las cárceles del infierno.

Aquí dió el demonio horribles bramidos, querellándose de que lo habían desalojado de aquella voluntad, donde se hizo fuerte y pensó estar muy seguro.

—¿Es posible, decía rabioso, que unos hombrecillos me han de sujetar á mí, tan grande, tan sabio, tan poderoso?

Remató amenazando al Padre que muy presto le pagaría la burla que le había hecho. No tardó mucho en intentar la ejecución de su venganza; tres veces embistió el día siguiente al P. Antonio; pero de todos tres combates salió con las manos en la cabeza. El primero fué con la traición que aquí diré:

Vino por la mañanita al Colegio imperial una mujer á quien el Padre nunca había

visto, á rogarle fuese servido de llegarse á consolar á una hija suya que tenía gravemente enferma.

Creyendo el Padre que se queria confesar, fué allá y la mujer salió con una hija suya de hasta dieciocho á veinte años, muy hermosa y con toda gala y curiosidad ataviada.

Comenzó á llorarle, diciendo que tenía un muslo muy malo, con agudísimos dolores, que no la dejaban reposar de noche ni de día, y que por más remedios que le habían hecho médicos y cirujanos, no hallaba el menor alivio; que por amor de Dios la viese y tocase con sus manos santas y consagradas, que del contacto de varón tan santo esperaba la salud.

No era necesaria tanta luz del cielo como la que el P. Antonio tenía para descubrir el ardid y lazo del demonio. Recogióse interiormente á implorar el auxilio del cielo, y respondióle muy mesurado:

—Pésame mucho, señora, que para esto se haya cansado en llamarnos. Yo no soy médico ni me entiendo de curar achaques del cuerpo, sino del alma. Lo que yo haré

será encomendarla á Nuestro Señor en mis pobres oraciones, y exhortarla con todas veras, como lo hago, procure no ir al infierno, porque si este dolorcillo le parece insufrible, ¿qué será padecer por toda una eternidad aquel agregado de agudísimos é intolerables ardores; arder y más arder para siempre?

Con esto se despidió y volvió á su retiro victorioso, dando infinitas gracias á Dios porque lo había sacado salvo de aquel peligro.

El segundo combate fué aquella misma noche en su aposento, acometiéndole con feísimas representaciones, pero triunfó dellas con no menos gloriosa victoria.

Del tercero, dice el mismo Padre que no es para referido con casta lengua y religiosa pluma.

Cuando el soberbio Luzbel vió al Salvador del mundo incontrastable á los tiros de las dos primeras tentaciones, quiso probar ventura con la de vanagloria. *Putabat malignus, quem gula non vicerat, vana gloria superari.* Persuadióse el astuto enemigo, que al que no rindió con la gula ni con la ava-

ricia había de atropellar con la vanagloria. Lo mismo hizo con este soldado valiente de la Compañía de Jesús.

Continuó éste el día siguiente la batería de los exhorcismos. Sonrióse el demonio, y díjole:

—Díme, ¿cómo te fué ayer?

Respondió el Padre:

—A mí muy bien, por la misericordia divina, pero á tí muy mal, que por tres veces quedaste vilmente vencido.

Y queriendo el demonio relatar el suceso y alabarlo para desvanecerlo, el Padre, con severo precepto, le dió un tapaboca y le hizo callar.

Quedaron los circunstantes deseosos de saber lo que había pasado, pero no se les logró la curiosidad.

Prosiguió en los exhorcismos, porque con ellos se conoció que el enemigo iba perdiendo tierra y ganando cielo la paciente. Comenzó aquel á dar grandes voces:

—Dejadme, no me atormentéis más, sujetándome á ese vuestro Cristo, porque es la cosa que más aborrezco.

Semejante fué esta querella á la del otro endemoniado del Evangelio: *Quid nobis & tibi Jesu Nazarene? Venisti perdere nos.* Obligó el Padre á la endemoniada que dijese esta oración, que es muy eficaz contra los espíritus malignos: *Domine Jesu Christi, ego sum creatura illa, quam tu per ignominiosisimam mortem redemisti ab omni potestate inimici. Tu ergo solus imperium & potestatem babes super me, miserere mei & salvame.* Comenzó la doncella á decir la oración, y no le dejaba proseguir el demonio; pero mandándole el Padre á fuerza de preceptos y golpes de estola, no lo pudo impedir. Cuando llegó á aquellas palabras: *Tu solus imperium habes & potestatem super me*, daba alaridos el demonio:

—Eso no; ¿él sólo ha de tener potestad? Eso no.

Púsose ferocísimo como un tigre desatado. Rogaba la pobre al Padre que la ayudase y defendiese de su furia. Lo que hacía con notable valor y caridad.

Volvió el demonio contra él y díjole:

—Enemigo maldito, que á solo atormen-

tarme has venido de las Indias, y á sacarme de la casa que pacíficamente he poseído tantos años. ¿A esto viniste, maldito? ¿A quitarme esta alma que tenía por mía? ¿Es posible que se ha de burlar de mí un hombrecillo, siendo yo angel y príncipe tan poderoso? Maldita sea tu venida, pues ha sido para descubrir mis marañas.

Y enfureciéndose de nuevo contra la endemoniada, la voló en alto, y le hizo dar un grande golpe en el pavimento. En este conflicto acudió el Señor á la paciente con soberanos auxilios, y le dió á conocer que no rompía del todo sus prisiones, porque ella no acababa de arrepentirse de sus pecados, puramente, por ser ofensas de Dios. Y así con extraordinario fervor, comenzó á decir:

—Solo por ser quien eres, me pesa, mi Dios, mil veces de haberte ofendido; y rogaba al Padre le dijese á Dios en su nombre lo mismo, protestando que ella amaba á Dios sobre todas las cosas, y que renegaba del demonio; que deseaba salir de su servidumbre, y ser humilde y perpetua esclava de su Señor Jesucristo y de su Madre Purísima.

Apenas hizo estos actos cuando le dió un súbito desmayo; quedó con el rostro pálido y difunto, yertas y heladas las manos, afilada la nariz, hundidos y eclipsados los ojos. Todos se persuadieron que era ya muerta y la comenzaron á llorar. Habíansele hecho en la garganta unos tumores grandes, como de paperas.

El P. Antonio, que tenía en Dios puesta su confianza, los tocó con los dedos consagrados, y al mismo punto se deshicieron, y la paciente volvió en sí y el demonio comenzó á dar voces:

—Ya estoy vencido, ya no tengo fuerzas, ya estoy fuera de la voluntad que poseía.

Desde este punto comenzó á flaquear, y para acabar de rendirlo y expelerlo, trató el Padre de darle la Sagrada Comunión.

CAPÍTULO XXI

Acude el P. Antonio al remedio de la sagrada comunión para expeler al demonio.

Aunque este remedio se juzgó siempre por muy eficaz, dilatóse á fin de disponer la penitente con una sincera confesión general, no ya por razones humanas, sino por motivos divinos.

Grandes esfuerzos hizo el demonio para estorbar esta confesión, y para que de nuevo la admitiese en su voluntad, de la cual los exhorcismos y detestación de todo pacto lo habian expelido. Hizo su asiento en los pies y de allí hacia sus subidas y asaltos á la ca-

beza. Ya la enmudecía, ya la privaba del uso de los sentidos, ya le ofuscaba el entendimiento y le confundía la memoria. Dejábala como muerta; irritábala contra el confesor y contra el P. Antonio, dándole á entender que ellos habían turbado su paz y tenían la culpa de todo lo que padecía. Hacíale mil promesas, amenazábala con rigores, todo para que de nuevo le diese entrada en la voluntad, de donde á vivas violencias lo habian expelido; pero no pudo salir con su intento, porque ella, cuando más combatida, más alentada acudía á Nuestro Señor, y Su Majestad la socorría con eficaces auxilios, y el P. Antonio por su parte y el buen confesor por la suya, con saludables consejos y sufragios de misas y oraciones, le ayudaban á pelear y vencer aquel porfiado enemigo.

A despecho deste, concluyó su confesión, quedando así ella como el confesor muy consolados y satisfechos de que se habia hecho con todos los requisitos.

Con esto se previnieron las cosas para darle la comunión, y porque los demonios no subiesen de los pies á impedirla, como so-

lian, le pusieron al cuello una estola, y por consejo de una piadosa señora que se hallaba presente, la ciñeran con otra el cuerpo y con otra los pies, si no les hubiera ido á la mano el mismo demonio, que sabedor del intento que tenían, dijo:

—¿Y será decencia que los sacerdotes le vean y toquen los pies?

Aquí el honestísimo P. Ruiz:

—Huelgóme, respondió, de verte tan modesto y tan celoso de la castidad, habiendo blasonado que eres supremo fautor de la lascivia.

Solamente se le puso al cuello la estola. Tomó el confesor la Forma consagrada, y sin dejarla de la mano se la puso en la boca. Al punto el demonio le hizo hurtar el rostro y todo el cuerpo.

El Padre, que le tenía aplicada á la garganta la estola, sintió que los demonios á manera de gusanos, rebullían en ella para saltar á la lengua, y que al contacto de la estola y dedos consagrados, huían hacia abajo. Con que se le pudo dar la Forma; pe-

ro antes de recibirla, la hizo desmayar el demonio de suerte que parecia difunta.

Volvióla en sí el Padre con los exhorcismos. Repitió el desmayo, pero no la privó como la primera vez de lo sentidos. Y así ella pidió por señas le diesen la comunión y le dejasen en la boca la Hostia para sumirla. Hízose así, y al punto fugitivos bajaron á los pies aquellos gusanos infernarles, y ella pasó sin dificultad la Forma, y luego se le puso el rostro con su natural color, hermoso y agradable. Quedó como arrobada, y estuvo así sin hacer movimiento todo el tiempo que pudieron durar sin consumirse las especies Sacramentales.

Las señoras que se hallaron presentes, unas lloraban de puro contento, otrasá voces daban gracias al Padre de las misericordias por la grande que había usado con aquella pobre doncella, metiéndola salva en tan seguro puerto, después de tantas tormentas y persecución de corsarios; otras se llegaban á ella y le tocaban el rostro y las manos, y quedaban admiradas de ver que no se movía. No había quien las arrancase de allí.

Estuvo todo este tiempo, según ella dijo después como si estuviera en gloria, gozando la presencia de su divino Señor. Consumidas ya las especies, los demonios, que se habían retirado al fondo de los pies, la comenzaron otra vez á inquietar, porque volviendo ella en si y viendo que la tocaban las mujeres, la incitaron á impaciencia, juzgando que ellas le habían interrumpido la bienaventuranza que en aquel rapto gozaba; y así se levantó de allí con aires de impaciente, cubriéndose el rostro, y se retiró á un rincón, sin querer mirar ni ser vista de nadie.

Conoció el Padre que aquel era ardid del demonio, que por aquel camino pretendía turbar la paz de su alma, y díjole:

—Mucho me huelgo, Moncaron, de verte tan recatado y humilde. ¿Dónde está tu poder? ¿Dónde tu sabiduría, de que te jactaste tanto?

Arremetió como rabioso perro con la boca abierta á morder al Padre, el cual le ofreció los dedos consagrados para que los mordiese.

Huyó luego, y cerró los dientes y lábios fuertemente. Hizo risa el Padre de esta acción del demonio. Y este dijo colérico:

—Maldito, ¿de qué te ries? ¿Haces burla de mí por verme ya rendido? Confieso que lo estoy, ya nada tengo mío en esta voluntad.

Y prosiguió lamentándose:

—¡Ay de mí, que ya ha llegado el día de mi triste partida á los infiernos. Desdichado de mí y cuál me han de tratar aquellos demonios, pues al cabo de tanto tiempo no llevo presa alguna, habiendo yo dado palabra de llevar esta alma! Y lo que más siento es que siendo yo tan poderoso me hayan vencido unos hombrecillos.

Aunque él mismo se daba ya por vencido, ni salió este día ni el del Corpus, en que prometió habia de salir, siempre permanecía retirado en los pies. Trató el Padre que recibiese otras dos veces la comunión en aquella octava del Santísimo, y las dos veces hizo el demonio de las que solía para impedirla.

La primera vez fué en el mismo día del

Corpus. Tomó el Padre la Custodia para comulgarla, y aunque el demonio la hizo desmayar como solía y dió con ella en tierra, poniéndole disforme el rostro en figura de culebra, y la llevó arrastrando como si lo fuera, con movimientos de serpiente, que causaban á los presentes grande espanto. Así llegó á los pies del Padre, el cual, para más humillar al demonio, le puso el pie sobre la cerviz, diciendo lo del Salmo 90: *Super aspidem & basiliscum ambulabis, & concalcabis leonem, & draconem.*

Hizo el sobervio demonio extremos de sentimiento deste ultraje. Mandóle el Padre de parte de aquel Señor que tenía en sus indignas manos, la dejase comulgar y que se fuese al infierno. Dejóla luego, y volviendo en sí comulgó y luego se le puso el rostro como de un angel, y quedó arrobada con gran quietud, como la primera vez. Conoció que con la sagrada comunión á ella se le aumentaban las fuerzas y al contrario, se enflaquecían las suyas.

Andaba ya el demonio en vigilia de desamparar aquella fuerza y dejarla á la obe-

diencia de su legítimo Señor. Y aquella noche se apareció á la doncella en figura ridícula de un hombrecillo negro y viejo con una candela en la mano. En la misma figura y noche se le apareció en su celda al Padre Antonio, y por despedida le dijo palabras muy torpes. A la paciente amenazó que la habia de matar; pero animola el Padre á que no hiciese caso de sus fieros, que ya el desventurado andaba con la candela en la mano.

Respondió entonces el demonio:

—Al fin, que estoy ya para espirar con la vela en la mano? Así me viste tú también en tu celda. ¿No te acuerdas de las palabras que allí te dije?

Y queriéndolas repetir, le puso el Padre silencio, porque no inficionase con ellas las orejas castas.

Llegó al fin el día deseado de la perfecta victoria, y fuga del enemigo. Advirtió este que antes de salir tenía que decir, y convidó á los oyentes, que fueron muchos, deseosos de ver en qué paraba aquella batalla tan reñida.

Hizo el demonio un largo razonamiento

de sus proezas y de los embustes que usaba para engañar á las almas, y que á muchas doncellas de buena cara las hacia pobres, para que obligadas de la necesidad, buscasen por medios ilícitos el sustento y á costa del alma diesen gusto á sus cuerpos.

En este tiempo estaba la doncella haciendo actos muy fervorosos, sacrificándole al Señor su alma, su voluntad y corazón, suplicándole que pues ya era toda suya la sacase del poder de aquel demonio. Barruntó éste lo que aquella hacia, y díjole:

—¿Qué quieres de mí, mujer? Válgante cuantos demonios hay en el infierno. Yo te quería llevar conmigo, y tú no quieres venir

—No la llevarás, maldito, le dijo el Padre.

A lo cual respondió:

—Otras he llevado mejores que esta.

Instó el Padre de nuevo á la doncella. que renovase con el posible fervor el acto de contrición y detestación del pacto. Hízolo así, y entonces dijo el demonio:

—Ya esto está acabado; ya aquí no tengo que hacer. Yo me doy por vencido; el Sacra-

mento me echa; yo quiero cumplir mi palabra.

Mandóle el Padre diese alguna señal de su partida. Respondió el demonio:

—¿Qué señal queréis? ¿Algún cuarto hurtado como otros hacen? Yo lo hiciera luego, pero me han mandado no dé otra señal sino la comunión, y por fiadora á María. Y así bien puede comulgar de aquí adelante, que la paz con que comulgará será la señal más cierta de mi ida. Buena fiadora ha tenido en María. María me echa.

Y añadió temblando:

—¿Qué esto? ¿Ha llegado el día del juicio?

Esta fué la última palabra, y no se sintió más.

Quedó la paciente muy quieta; confesóse con mucho sentimiento, comulgó con igual devoción, sin contradicción alguna, ni rastro de los disturbios pasados, y prosiguió en adelante frecuentando los Sacramentos, empleándose toda en el servicio de Dios, y edificando á todos con su ejemplar vida.

Visitola el P. Antenio Ruiz, pasados algunos días, y la halló con el mismo sosiego y

muy agradecida, á lo que habia trabajado en restituirle su libertad. Cuando hubo de partir de España para volver á las Indias, la visitó otra vez; y habia ya ocho meses que gozaba de paz, la cual reconoció después de Dios al valimiento que con Su Majestad tenía el P. Antonio, dándole de nuevo las gracias por el beneficio que por su mano y tan á costa suya habia recibido.

CAPÍTULO XXII

Parte de Madrid para Sevilla, tiene aviso de las nuevas invasiones de los Brasiles, vuelve á la corte á solicitar el remedio.

—

Mientras el P. Antonio Ruiz solicitaba en la corte del Rey católico un negocio de tanto peso y tan del servicio de ambas Majestades como la defensa de la nueva cristiandad de Paraguay, pasó á Roma el P. Francisco Diaz Taño, su procurador general, para la expedición de los que él traía á su cargo de toda su provincia.

Y cuando ya despachado en la romana

corte volvió á la de España de vuelta de su provincia, halló que aún no lo estaba el P. Antonio Ruiz, porque como son tantos los negocios que concurren á Madrid, los unos se embarazan y retardan sus diligencias á los otros. Y así dejando en ella al P. Antonio, partió con las cédulas, que ya estaban firmadas de Su Majestad, á la ciudad de Lisboa.

Embarcóse, llegó á la ciudad del Río Geneiro, costa del Brasil.

Presentáronse los órdenes reales, y fué tan grande el sentimiento y alboroto de sus moradores, que estuvo á pique de perderse el navío y aun el colegio que allí tiene la Compañía de Jesús. En él resolvieron los religiosos enviar al P. Francisco Carnero á la ciudad de Lisboa, para pedir remedio de los daños que amenazaban de nuevo.

Este Padre dió noticia de todo al P. Antonio Ruiz, y hallándolo en Sevilla para hacerse á la vela, lo obligó á cejar y volver á la corte á dar razón á Su Majestad de la inobediencia y rebeldía de los Brasiles, que como ya estaban encarnizados en la presa,

enfurecíanse contra los que pretendían que hiciesen suelta della.

Y aunque este fué el fin principal de su vuelta, Dios Nuestro Señor, tuvo otros de mucha gloria suya, en la conversión de algunas almas, que dejando las carreteras del infierno, entraron por el camino de su salvación.

Estaba preso en la carcel de Corte un moro de Berbería, por algunos delitos que le imputaban. Un día que al P. Antonio concedieron sus negocios treguas, como otros salen á desahogarse y respirar en una quinta, él tuvo por recreación la visita de la carcel.

Halló en ella al moro colérico y desatinado contra sus compañeros, que por fuerza pretendían hacerlo cristiano, y para que lo fuese le decían mil oprobios de la secta mahometana y de su falso profeta. El moro, fuera de sí, hacía otro tanto contra la ley de Cristo, y blasfemo, decía á gritos que antes sería diablo que cristiano.

A esa sazón llegó el P. Antonio, que con su gran cordura y suavidad apaciguó la pendencia retirando al moro de los que con

buen eco, aunque menos discretos, se habían empeñado en reducirlo á fuerza de pesares. Nunca enseñó Cristo ese modo de promulgar su ley. Hablóle á solas y díjole:

—No te desazones, hijo, que la ley santa que profesamos los cristianos es toda de amor y cortesía; ni se ha de introducir con violencias sino con razones, ayudadas de la luz del cielo y gracia del Señor; ni se recibe por fuerza, sino muy de grado y de buena voluntad.

Oyó con agrado el infiel las amorosas palabras del siervo de Dios, y mostrósele agradecido.

Dentro de pocos días enfermó este miserable esclavo y reo, y visitando la cárcel otro religioso de la Compañía, como lo tienen de costumbre, y viendo la incomodidad con que el doliente yacía, más necesitado de la salud del alma que de la del cuerpo, para ganarle la voluntad, convidólo caritativo y piadoso con una cama que habia en la enfermería, que por su cuenta correría acomodarlo en ella, con que se facilitaría la cura de su mal; pero él aún obstinado en su falsa

creencia, no admitió este agasajo de la cristiana caridad, persuadido que se hacia para engañarlo y traerlo á la fe.

Agraváronse los accidentes y se vió obligado á admitir el favor que el Padre deseaba hacerle. En este tiempo hacia oración el P. Antonio Ruiz por la salud espiritual deste moro, poniendo por intercesora para alcanzarla de Dios, á la Sacratísima Virgen.

Oyó esta señora los ruegos de su devoto capellán, y para dar la vida del alma, y conservar la del cuerpo, al que estaba con evidente peligro de perder la eterna y temporal, apareció al moro una noche toda de la hermosura, del resplandor y majestad, que representaban bien la dignidad y grandeza de emperatriz soberana, y mirándolo con ojos llenos de humanidad y cariño, le dijo estas dulces palabras:

—Hamete (así se llamaba el enfermo) ¿Por qué aborreces tanto á mi Hijo? ¿Qué mal te ha hecho? Hazte luego cristiano.

Dijo y desapareció; pero dejó por testigo de su visita al entendimiento un rayo de luz

celestial, y á la voluntad otro de pía afición á la ley que tanto habia aborrecido.

Quedó enamorado de la hermosura de la Virgen, hechos sus ojos fuentes de lágrimas llorando su pasada obstinación y ceguedad. Larga se le hizo la noche, deseando el dia para alistarse en las banderas de Cristo por medio del santo bautismo.

Hizo llamar á aquel Padre que le habia ofrecido la cama; rogóle lo catequizase é hiciese cristiano, contándole lo que aquella noche le habia sucedido. Que ya, por la gracia de Dios, creía en Jesucristo, y abominaba de la secta bestial de Mahoma.

Bien instruído en los misterios de la fe, recibió este Sacramento con mucha devoción, siendo su padrino un gran señor de la corte que lo sacó de la cárcel y lo admitió en el número de sus criados, haciendo merced de la libertad al que habia salido de la esclavitud del demonio.

Caminando un día después deste suceso el P. Antonio Ruiz por una de las calles de mayor concurso, salióle al encuentro muy bien vestido á la española el nuevo conver-

tido; hincósele de rodillas delante de mucha gente; tomóle la mano para besarla; pidióle el Padre se levantase, extrañando tanta reverencia y cortesía, y él le dijo:

—Padre mío, ¿no me conoce V. Paternidad? Yo soy el que antes me llamaba Hamete, á quien amparó en la cárcel viéndome maltratado de los otros presos. La caridad que experimenté en aquella aflicción, fué el principio de toda mi dicha. En la sinceridad de sus corteses y santas razones reconocí la verdad de la ley de los cristianos que no obliga con estorsiones á que la reciban, como la falsa de Mahoma. Acabó de ablandar y rendir mi corrzón protervo la madre de Dios con su visita y amorosa exhortación. Ya soy cristiano y vivo muy contento con el nuevo estado. Suplícole me ayude á dar gracias á Dios por este señalado y nunca merecido beneficio, y me alcance perseverancia en su santa ley en que tengo librada toda la esperanza de mi eterna salvación.

Con esto se despidió, dejando al Padre Antonio muy consolado de ver las maravillas de la gracia de Dios y el poder que para

obrarlas tiene la intercesión de la Sacratísima Virgen.

Con los nuevos informes que le vinieron de la desobediencia de los del Brasil á los reales mandatos, reforzó los memoriales que dió á Su Majestad y á sus Consejos Supremos de Indias y Portugal, representando que no habia remedio más efectivo y pronto para la defensa de los pobres indios que las armas de fuego, pues bien disciplinados en jugarlas, harían con ellos frente á los salteadores Mamalucos y embarazarían la entrada al reino del Perú, que con la superioridad en esas armas la tenían franca y sin oposición alguna.

Y aunque al principio se hallaron algunos inconvenientes en armar con fuego á los indios, con todo, ponderadas todas las razones, después de varias consultas y maduro acuerdo, mandó Su Majestad despachar diversas cédulas para el virey del Perú y Real Audiencia de Chuquisaca, encargando la resolución en la forma más conveniente.

Y así en el Real nombre despachó su excelencia provisión por vía de gobierno, per-

mitiendo á los indios el uso de mosquetes, arcabuces y otras armas. Y la experiencia ha enseñado que son el único remedio para tener á raya á los enemigos insolentes, de quienes, peleando con estas armas iguales y trocando los arcos en escopetas y las flechas en balas, con la ayuda del cielo han conseguido después acá los indios gloriosas victorias, defendiendo sus fronteras con gran valor. Y ya no se atreven los ladrones Mamalucos á invadirlos y hacerles cocos, porque van por lana y vuelven trasquilados.

Otra cédula despachó Su Majestad á petición del P. Antonio, muy digna de la grandeza de su piedad y celo de la católica religión, mandando fuesen los naturales de aquellas provincias relevados y exentos del tributo que debian pagar, en premio de lo bien que se habian portado, peleando valerosos en defensa de su libertad y de las tierras y provincias de la corona de Castilla.

Y para que Nuestro Señor facilitase la ejecución de ambos mandatos, de tan conocidos intereses espirituales y temporales, entre tanto que se disponia la embarcación, hizo

el Venerable Padre una romería á la capilla angélica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y en aquel insigne Santuario recibió de la Virgen grandes favores como lo significó á un gran confidente suyo.

De allí prosiguió devoto peregrino á visitar la casa solariega del santísimo patriarca Ignacio de Loyola, que está entre Azpeitia y Azcoitia, en un ameno y fructuoso valle, y la del apostol de las Indias San Francisco, en los confines de Navarra y Aragón, en cuya doméstica capilla se venera la imagen de Cristo crucificado, que sudaba siempre que Xavier padecía algún gran trabajo en la India.

Con ocasión deste viaje honró este venerable varón el lugar de Orihuela de Albarracín, patria mía, favorecido del cielo con el santuario famoso de la Virgen del Tremedal, muy frecuentado de los pueblos de Castilla, Aragón y Valencia, donde á instancia mía, que desde esta ciudad salí á recibirle, descansó algunos días en mi pobre posada, venerado por santo de todo el lugar.

Predicaba en él la Cuaresma un religioso

grave de la sagrada familia Dominica, que admirando la rara modestia, humildad, fervorosa conversación y trato apacible del Padre Antonio, solia decir:

—Este sí que es varón apostólico, santo, sólido y macizo.

Díle el bagage necesario y quien le sirviese y regalase por mi cuenta hasta la ciudad de Sevilla, donde en el año 1643 se embarcó para el Perú en el mes de Junio.

CAPITULO XXIII

Llega á Sevilla; pasa á Cádiz; embárcase para Lima; sucesos deste viaje.

—

Concluídos los negocios con el Rey de la tierra, toda su atención puso el P. Antonio en asistir de día y de noche con largas horas de oración al Rey del cielo sacramentado.

Estando un día en la presencia de este Señor, sintió de repente que el alma se recogía y retiraba como otras veces, á lo interior, y advirtió que del sagrario salía un rayo de luz que venía á herirle el pecho, con el cual quedó el corazón anegado en singular consuelo y con seguras premisas de los favores

que habia de recibir en aquel largo y peligroso viaje.

Fué recibido en Sevilla con demostraciones de gran caridad, dejando santificado aquel colegio con los ejemplos de sus religiosas virtudes. Ignóranse muchos, por haber muerto antes que este Venerable Padre el compañero que fué testigo de todos.

Con todo, llegaron á mi noticia por fieles arcaduces algunas cosas que hizo en esta navegación, de mucha gloria de Dios y provecho de las almas.

Entre los pasajeros de su navío iba un hereje oculto; comunicóle familiarmente, y conocióle el achaque, y aunque temió podría contagiar á otros con su trato, disimuló prudente, hasta haberle ganado con varios obsequios la voluntad.

Fué con toda suavidad tomando el pulso al doliente, y disponiendo la triaca contra su mortal veneno; y hecho dueño de aquella, lo fué también del entendimiento, dándole á entender cuán ajustadas á la razón y á la Sagrada Escritura eran las verdades que la Iglesia católica propone, y él, degenerando

de hijo legítimo suyo, negaba; con que amorosamente y sin estruendo de disputa, lo cautivó *in obsequium fidei*, y de allí adelante trabó más estrecha amistad con él, y mutuamente se ayudaron en los trabajos de aquel viaje.

Luego que llegó á Lima, cabeza del Perú, fué á visitar á su virey y le presentó los despachos que llevaba. Recibiólo su excelencia con notable agrado, porque por la fama de su apostólica vida y heroica santidad deseaba mucho conocerle.

Y cuando llegó á tratarlo, entendió que habian andado cortos los informantes, y que, realmente era varón de Dios, mucho mayor que su fama. Prometióle que le asistiría en todos sus negocios, que le administraría justicia con toda rectitud, ejecución y brevedad, y que tomaría muy á su cargo la protección de los indios.

Hízolo como lo dijo, despachando luego varias cédulas y provisiones, mandando se pusiesen los indios en cabeza de Su Majestad, para que libres de las vejaciones y tiranias de sus encomenderos, gozasen la liber-

tad, minorándoles los tributos y concediéndoles las armas de fuego necesarias para defenderse, revenciendo el P. Antonio con su mucha autoridad las dificultades que se ofrecieron, que siempre son grandes cuando el orden y su ejecución tiran á enfrenar el interés y moderar la soberanía.

Bien singular y digna de reparo fué la Providencia del Señor en que se hallase por este tiempo el P. Antonio Ruiz en la ciudad de Lima, pues en él se movió la más deshecha borrasca que padeció la apostólica provincia del Paraguay, y en ella los religiosísimos y ejemplarísimos Padres de la Compañia de Jesús y todas las reducciones que están á su cargo.

Que no es cosa nueva en el demonio mover semejantes tormentas para echar á pique el crédito de los que más declarada guerra le hacen y más almas le sacan de su tiránico poder, y como en esta prerrogativa son tan eminentes y diestros los soldados de la Compañía, contra ellos es el odio más capital del común enemigo de la virtud, de la paz y religión.

No hay para mí argumento más cierto de lo mucho que se señala esta sagrada religión en el servicio de Dios y de su Iglesia, y el procurar con sus ministerios y vida irreprehensible la salvación de las almas, que verla muy perseguida.

Siempre las tempestades arrojan sus rayos á los montes que más descuellan y más cercanía tienen con el cielo. *Feriuntq, summos fulmina montes.* Siempre los enemigos en batalla cargan su potencia sobre aquel escuadrón que más estragos hace en sus huestes. Yo sé que si los apostólicos obreros de aquella santa provincia no hicieran al demonio oposición tan fuerte como le hacen, les dejara vivir en paz.

Armó contra ellos una diabólica conjuración, que más desaforada y más terrible no pudiera contra los más declarados enemigos de la Iglesia, y se valió para armarla no ya de los Mamalucos, mezclados con hereges y judíos, sino de personas católicas y de alto puesto, que olvidando la profesión de su estado y torciendo el rostro por particulares pasiones á la justicia y verdad les levantaron

á aquellos santos Padres falsísimos testimonios solicitando con mil calumnias y mal forjadas mentiras el descrédito de la más sólida virtud y el desdoro de la mayor modestia y circunspección. Cobró brios la atrevida impiedad con la misma paciencia y silencio de los atribulados, que seguros de su inocencia, dejaron la defensa á solo Dios, que aunque á veces por altísimos fines deja padecer á los suyos, y permite que triunfe orgullosa la maldad, finalmente vuelve por ellos, y aquella, avergonzada, se retira de su combate.

Llegó á tal desafuero la osadía de los conjurados (lo que no parecerá creíble en ciudad de católicos españoles), que mano armada y en los ojos del sol, si ya no se escondió en alguna nube, por no ver semejante atrevimiento y desacato acometieron al colegio de la Asunción, saquearon, no solamente la casa, sino también la iglesia y sacristía, como pudieran hacerlo con una de Francia los Hugonetes ó Luteranos, poniendo en los religiosos é indefensos sacerdotes las manos violentas, arrastrándolos con dia-

bólico furor, desterrándolos de aquella ciudad como si fueran traidores á su rey, los más afectos y leales vasallos que Su Majestad Católica tiene en su monarquía, ó á su Dios los más fieles ministros y más celosos de su gloria, que comen pan en su casa.

Viéronse los Padres obligados á dar cuenta de sí, porque el sobrado silencio suele ser confesión de la culpa.

Enviaron un religioso grave á la ciudad de Lima, donde á la sazón se hallaba el Padre Antonio Ruiz, el cual, cuando de tan buen original supo la tragedia lamentable, dijo con semblante sereno:

—Padre mío, como en todo se haga la voluntad de Dios, más que se hunda la tierra y que caiga el cielo á pedazos sobre nuestras cabezas. Era por excelencia justo: y *Iustum ac tenacem propositi virum: Non civium ardor prava iubentium, non vultus instantis Tyranni. Mente quatit solida, neque Auster dux inquieti turbidus Adriæ: Non fulminantis magna Iovis manus. Si fractus illabatur Orbis, Impavidum ferient ruinæ.*

Esto decia el P. Antonio como tan rendi-

do á la divina voluntad. Con todo, por cumplir con lo que los Superiores le ordenaban y mirar por el buen nombre de su madre la Compañía, tan injustamente perseguida, dió cuenta al virey, gran ministro, y muy atento á todas las cosas del mayor servicio de Dios y de su rey, que era el excelentísimo señor Marqués de Macera. El cual, sintiendo vivamente tan descomunales agravios, hechos por vasallos de rey tan católico á una religión tan benemérita de sus favores, por tan celosa de su real servicio y dilatación de su imperio, tan provechosa á la Iglesia, tan ejemplar al mundo, despachó luego apretados órdenes concernientes al reparo y castigo de aquellos excesos.

Y porque algunos le daban al P. Antonio ó las gracias ó parabienes de la dicha y brevedad con que había negociado con su excelencia el remedio, pondré aquí una carta que escribió al P. Diego de Boroa, varón ejemplarísimo, que después de haber gobernado la provincia, era rector de la Asunción y fué uno de los arrastrados en el tumulto popular, donde saliéndose a fuera,

como si él no hubiera tenido arte ni parte en aquel buen despacho, le dice lo siguiente:

«*Ad quid hæc*? ¿A mí por ventura? ¿Quién no conocerá que no? A esa provincia, á esos siervos del Señor, al consuelo de esos trabajos tan sin medida, encamina el remedio Su Majestad, bien que se vale de la piedra en mano de un pastorcillo y de una vara seca en la de Moisen. Veo que si el Padre de las Misericordias y Dios de toda consolación no me hubiera dado tanto cabimiento con estos señores, estuviera ya esa provincia deshecha y desterrada de todo Paraguay, porque en solos dos dias intermedios de correo á correo se negoció, lo que para conseguir requería meses enteros y mucho dinero.

Y lo más es, que sin haber exhibido papel auténtico de nuestra parte, más que los que contrarios enviaron con ellos mismos, informé de nuestra justicia. Y deste informe resultaron los despachos que van tan favorables.

Esto ha causado no pequeña admiración á los domésticos.

Así lo acostumbra hacer Nuestro Señor:

Mortifica y vivifica; y así lo ha hecho en esta ocasión, con que los émulos de la Compañía quedaron bien humillados, ya que no arrepentidos de lo que ciegos de furor hicieron.»

Esto dice en sustancia la carta.

Para apoyo de sus calumnias y justificación de su pasión y malicia, fueron muchos los libelos infamatorios que esparcieron, cohechando testigos falsos, informes con firmas fingidas ó contrahechas; pero todo lo desvaneció la grande observancia de aquellos Padres y la opinión que todos los desapasionados tenían de su virtud.

De lo que habían depuesto contra ellos se retractaron muchos por el remordimiento de sus conciencias, diciendo á voces que habían sido inducidos ó violentados y que eran falsas sus deposiciones.

Reconocieron y confesaron su culpa, restituyeron la fama y pidieron á los Padres perdón del agravio que recabaron fácilmente de su gran caridad y mansedumbre.

Dos cosas que califican mucho la alta perfección del P. Antonio Ruiz escribió un reli-

gioso grave de su mismo instituto. La primera la viva fe y animosa esperanza en la divina Providencia en todos los negocios que emprendía, por muy arduos que fuesen, con que fácilmente conseguía el despacho que deseaba.

Pondré las palabras deste testigo, que dice así:

«De aquesta viva fe le nacía la confianza grande en la Providencia divina, en todo cuanto intentaba, esperando en Nuestro Señor que lo había de sacar bien de todo. Y así vemos que alcanzó todo lo que quiso de Su Majestad y de su Real Consejo de Indias en la corte y de su virey en Lima; todos los cuales lo estimaron y reverenciaron como á varón apostólico y santo.

La segunda es que había dado el P. Antonio á un religioso de su orden ciertos papeles para que hablase al virey sobre un negocio que corría por cuenta de dicho Padre Ruiz.

Fuese á encomendar el suceso á Nuestro Señor, y oyó una voz que le decía:

—¿Para qué quieres valerte de otro, si me tienes á mí en tu favor?

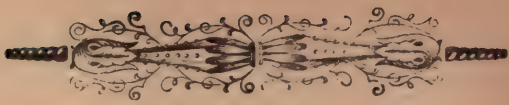
Al punto fué y le pidió los papeles al Padre, y que excusase la intercesión. Y se conoció corría el despacho por cuenta de Dios, pues alcanzó todo cuanto pretendía. Y solía decir el siervo de Dios que para negociar bien con los hombres, todo era burla, sino acudir á Dios y esperar en Su Majestad, en cuya mano están los corazones de los reyes y los inclina á lo que le place.

Aumentóle no poco esta filial confianza, lo que él mismo comunicó á otro Padre amigo suyo, con santa candidez y reconocimiento humilde de su indignidad; y fué que, encomendando á Nuestro Señor la causa de los de su provincia de Paraguay, tan fieramente perseguidos, invocó á Su Majestad con el dulce nombre de Padre mío, como cada día lo invocamos con el de Padre nuestro.

El eco de estos acentos fué una voz clara y distinta que lo honró con el apellido de hijo.

Quedó corrido por una parte de que la Majestad soberana le hiciese aquella honra,

en dignarse de tenerlo en el número de aquellos, que por la gracia habitual son verdaderos hijos adoptivos y herederos de su reino. Y de allí adelante, con más confianza acudía al Señor como á Padre benigno y amoroso, de quien decía bien el gran Tertuliano: *Tam Pater nemo; tan pius nemo.*



CAPÍTULO XXIV

Crece mucho en Lima y por todo el Perú la opinión de la Santidad del P. Antonio.

Aun vivian por este tiempo algunos ciudadanos y caballeros, eclesiásticos, seculares y religiosos que habian conocido y tratado familiarmente al P. Antonio antes que entrase en la Compañía.

Cuando estos vieron tan prodigiosa mudanza en el sujeto y lo mucho que se había adelantado en el camino de la perfección, le cobraron particular cariño, y fueron los que más se hicieron pregoneros de sus virtudes.

Acreditólo mucho la grande autoridad del Ilmo. Sr. D. Pedro de Contreras y Sotomayor, arzobispo del Cuzco, que se había criado con él en el mismo seminario de San Martín.

Este insigne prelado decía:

—El P. Antonio Ruiz no es santo ordinario, es un gigante en santidad, es santazo de marca mayor.

El Ilmo. Sr. D. Francisco de Godoy, obispo de Guamanga, tenía altísimo concepto del Venerable Padre, é hizo cuantas diligencias pudo para llevarlo consigo á su obispado, prometiendo que lo haria dueño de todo, y que con su ayuda quería emprender la reducción de una gran muchedumbre de infieles que tenía en su distrito, y que desde luego consignaba cuatre mil pesos para alimento de sus compañeros operarios.

Confirió este celoso prelado con el virey sus intentos para que tuviesen ejecución, suplicándole embargase la persona del Padre Antonio Ruiz como necesaria para el servicio de Su Majestad. Y aunque esto de tra-

tarle de convertir infieles era darle por su comer y picarle la vena del gusto, jamás acometió empresa que no fuese por orden de sus superiores, y así descartó desta, respondiendo con toda estimación, agrado y cortesía, que Dios lo había llamado para la conversión de las fieras naciones del Paraguay, donde era más copiosa la mies y mayores las fatigas.

Dió luego cuenta á su provincial de lo que el obispo intentaba, por estas palabras:

«Héle respondido siempre que Dios me llamó para esa provincia, y que por ningún interés temporal ni espiritual la dejaré por mi voluntad; porque no quiero que me diga Dios lo que á nuestro padre Adan: *Adam ubi es?* Que si mis superiores me lo mandan obedeceré á Dios y tendré esperanza de buen suceso; pero por mi gusto nunca lo esperaré bueno.

Díceme que escribió á nuestro Padre general y que agora escribe á V. R. A quien suplico considere que aunque á esa provincia le estará muy bien descartarse de un su-

jeto tan inútil como yo, Dios me llevó á ella con significaciones muy ciertas de su voluntad. Y aunque mi capacidad no se estire á más que á servir en una cocina, podré suplir la falta de un hermano; y en ese puesto estaré más contento que si me hiciesen señor de cuanto Dios ha criado. Porque ahí tendré de mi parte al Criador, tanto más seguramente cuanto tuviere apartado el corazón de las criaturas, de las cuales cuando más han pretendido encandilarme con sus resplandores, más he huído á la luz y claridad del desengaño.

Llégase á esto que este señor obispo ha casado una sobrina suya con un sobrino mío, que es el que más le aplaude los intentos que tiene de llevarme consigo. Y si en la mocedad hice tantas diligencias para huir de mí mismo, no será bien que en la vejez quiera unir conmigo la carne ya cortada, cuyos inconvenientes son innumerables, y á mí me basta uno sólo, que es la pérdida de la paz interior, por solo verse uno libre de los deudos, es bien huir del mundo.

Aquí me veo rodeado de parientes en

Arequipa y Cuzco, y aunque tienen que comer, si me tienen por acá querrán comer más á costa de mi quietud. Y así deseo verme allende de esos ríos, donde se mojen las cartas y mi memoria no se inficione. Y si V. R. con la plenitud de su potestad no me manda lo contrario, iré prosiguiendo mi camino á esa provincia que amo y estimo como madre, y ni Rey ni Roque me sacarán de ese centro.»

En otra carta dice al P. Diego de Boroa:

«Certifico á V. R. que con vergüenza acudo á palacio y tribunales, aunque hallo en todos demasía en los agasajos y favores; todos me hacen muchas honras; pero como no las he menester ni las apetezco, me enfadan. Y así le dije al señor virey estos días que uno tras otro fué necesario hablarle acerca de las reducciones, que muy violentamente entraba en palacio.

Preguntóme:

—¿Por qué?

Respondíle:

—Señor excelentísimo, tan bien parece un religioso en su celda como un príncipe en su

trono haciendo justicia; y aquel parece muy mal en los palacios y casas de los señores, cuando á empellones no lo mete en ellos la mayor gloria de Dios ó la caridad y celo del bien común.

Edificóse y dijome que todos los dias quisiera que le fuese á ver; y que si no se lo estorbaran sus ocupaciones, muchas veces viniera á buscarme en mi celda.

Mucho deseo, Padre mío, un buen retiro, donde pueda servir en algo á la religión, sin tantos embarazos; y por horas espero el orden del Padre Provincial para volverme á esa mi provincia.»

Para quien entiende de espíritu, estas cartas bastan para formar altísimo concepto de la santidad del P. Antonio.

Pero los que más observaron y tuvieron más ocasión de admirar los altos de su perfección, fueron los domésticos. Estos le notaron que todas las noches se levantaba á la una, íbase á la iglesia, y delante del Santísimo hincadas las rodillas, estaba inmoble en oración hasta las seis de la mañana, con una rara quietud que daba bien á entender

cuán bien hallado y favorecido estaba en el trato con Dios.

Advirtieron más, que iba siempre como absorto en continua presencia suya, sin perderle un punto de vista en sus ejercicios y ocupaciones. Hablaba de Dios con tal espíritu, que bien se dejaba sentir el fuego que ardía en su pecho.

Un dia, después de misa, quedó arrobado sin poder reprimir las llamaradas que arrojaba el corazón abrasado del divino amor. Otras veces ya su humildad las tenía á raya; estas fueron con tal ímpetu que no pudo.

Era en su trato muy apacible y afable, y con él robaba los corazones de cuantos le trataban.

Llegó un religioso á darle cuenta de su espíritu y de la oración que tenía. Y antes de hablarle le dijo el P. Antonio:

—En lo que V. R. duda, ha de hacer esto y esto.

Satisfizo cabalmente á lo que pretendía saber, y volvió persuadido de que el Señor se lo había revelado.

Otro religioso estaba en alta contemplación de los atributos divinos en el retiro de su celda y actualmente admiraba uno en particular. Tocó á su puerta el P. Antonio y solamente le dijo estas palabras:

—Gran cosa, Padre mío, ese tributo que en Dios ama y admira.

De donde manifiestamente coligió que le leia el pensamiento.

Otro religioso del colegio de Lima le pidió encomendase á Dios á un estudiante amigo suyo, que deseaba ser religioso, y el acierto en la elección. Hízolo el Padre en la misa, y después della se le apareció Cristo Señor Nuestro en hábito del Seráfico Padre San Francisco. Volvió el Padre por la respuesta; díjole llanamente lo que habia visto y que la voluntad de Dios era entrase en la religión de San Francisco, donde hoy persevera con mucho consuelo suyo, edificación y ejemplo de los demás.

Un sacerdote, á quien el P. Antonio comunicaba mucho y estimaba por su gran virtud, le escribió un billete rogándole consultase con Nuestro Señor si sería acertado

un viaje que trataba de hacer á España, y que le dijese llanamente su sentir.

Tratólo el Padre con Dios en la oración y respondióle lo siguiente:

«Su papel de v. m. recibí con harto consuelo, y me huelgo v. m. lo tenga en su alma que no puede haber otro más apetecible. Yo nunca me olvido de v. m. en mis sacrificios y oraciones. Y en el punto de la mudanza digo que v. m. no lo haga por ningún caso, que le importa mucho no hacerla. Esto le digo en nombre de Nuestro Señor.»

Tomó el consejo, y el tiempo le dió á entender que el P. Antonio previó con espíritu profético la muerte que hubiera padecido, por los sucesos que después se verán.

Ausente del colegio un Padre, le escribió rogándole lo encomendase muy de veras á Dios, porque estaba en alta mar luchando con la borrasca de una tribulación de su espíritu.

Respondióle el P. Antonio:

—Antes de recibir su carta, de V. R. sabía yo ya su trabajo; pero no tenga pena, que el enemigo común es el que altera las

olas de su conciencia. No haga caso dél, que no será poderoso para hacerle daño.

Con solas estas razones se sosegó el mar y quedó el afligido en grande bonanza.

CAPITULO XXV

Del magisterio espiritual con que guiaba al cielo las almas por sendas de perfección.

—

Con el frecuente trato con Dios en tan largas horas de continua oración y con la cotidiana meditación de la vida de Cristo y de su Santísima Madre, andaba el Padre Antonio tan con todas sus mientes en Su Majestad, que en las mismas ocupaciones exteriores, que son las que más divierten á los que se dan á la vida contemplativa, se hallaba tan señor de todas sus potencias y sentidos que del mayor bullicio hacía soledad, gozando siempre presentísimo á Dios con admira-

ble suspensión y suavidad. Y de aquí le nacía la luz y destreza con que alentaba mucho las almas por seguros rumbos de cristiana y religiosa perfección.

Una destas vivía con grandes ansias de su espiritual aprovechamiento, prometíaselo del P. Antonio; y viendo que se le había de ausentar pidióle encarecidamente le dejase un directorio espiritual para regirse por él.

Con esta ocasión escribió un librito de oro intitulado *Silex del divino amor, en que se saca y prende en la voluntad este fuego divino.*

Dividió esta obra en algunos opúsculos. En el primero trata del conocimiento de Dios por las criaturas. Segundo, de la pureza del alma, necesaria para la contemplación. Tercero, rapto activo del alma ya purificada Cuarto, rapto pasivo del amor divino. Quinto, contiene la nobleza de un varón perfectamente espiritual; el cuidado con los avisos para la oración, para la misa, para rezar el rosario, la devoción con las almas de purgatorio y un compendio de las indulgencias

que se pueden ganar y aplicar por ellas.

Esta obra descubre bien la alteza de su oración; en ella copió vivamente y practicó con toda exacción los altísimos preceptos del V. P. Luis de la Puente, y del espiritualísimo varón Gregorio López, de quien fué muy devoto, y cuya vida leía muchas veces.

Solía decir que este modo de orar es eficacísimo para aprovecharse mucho en espíritu y en amor de Dios, y vencer las tentaciones y desterrar del alma todos los resabios del hombre viejo.

Algunos Padres de grande espíritu, que siempre los hay en el insigne Colegio de Lima, alabaron mucho este tratado, é hicieron instancias para que se diese á la estampa.

Resistíalo la humildad del autor; y como la persona por cuyos ruegos se escribió se lo pidiese encarecidamente, dió cuenta al Padre Provincial del Paraguay, que entonces era el P. Juan Pastor, muy señalado en prendas de santidad y doctrina, en una fecha en Lima á 29 de Marzo de 1652, que dice así:

«Cuanto á lo que V. R. me pregunta de mi libro, digo, que una persona muy ena-

morada de Dios, y deseosa de servirle, me consultó el modo que tenía de presencia de Dios, que era un perpetuo quebradero de cabeza. Conocí que iba errada y que todo era perdimiento de tiempo con poco fruto. Enseñéle otro modo más suave y fácil, y ese es el argumento del libro.»

Aunque aquí no dice el modo de presencia de Dios que le enseñó, dícelo en el mismo tratado. Y confiesa con ingenuidad habérselo dictado Nuestro Señor, por boca de un sencillo y santo indio de la reducción de Nuestra Señora de Loreto en el Guayrá, llamado Ignacio Piraycí. Este en espacio de cincuenta años, que sin haberle rayado la luz envangélica vivió en las tinieblas del gentilismo, guardó la ley natural muy libre de vicios y del tropiezo común del deshonesto, contento con sola una mujer.

Después de bautizado se aplicó con todas veras al estudio de la ley divina, y aunque de tantos años, decoró todo el catecismo. Oía misa todos los días antes de salir á su trabajo, y por la tarde antes de volver á su casa, visitaba la de Dios, y con viva

fe reverenciaba á Cristo Sacramentado. En esta escuela, con el magisterio del Espíritu Santo, aprendió el modo admirable de llevar continuamente la presencia de Dios.

Confesó el P. Antonio que este indio le sirvió de maestro cuando con más veras lo deseaba tener desta facultad. Y sucedió el caso desta manera:

Salía un día de misa el nuevo cristiano, y sin haberle hecho el Padre pregunta alguna, ni sondado hasta entonces el fondo de su virtud, se vino á él, y como si respondiera á lo que el Padre llevaba en su pensamiento, le dijo:

—Yo, Padre, luego que despierto por la mañanita, creo que Dios está allí presente, testigo de todo lo que hago; con este pensamiento me levanto y hago levantar á mi familia, y todos juntos, guiando yo el coro, rezamos todas las oraciones. Acudo luego á oir misa, continuando la memoria que llevo á Dios siempre á mi lado. Con esta fe y consideración asisto á aquel santo sacrificio, con ella vuelvo á mi casa, convoco otra vez mi

gente para que vayamos á trabajar. En el camino me acuerdo que Dios me acompaña; lo mismo hago en mi trabajo, sin perderlo jamás de vista, porque he adquirido tal hábito, que aunque quisiese no podría olvidarlo.

Acabada mi tarea, vuélvome al pueblo y siempre pensando que Dios viene conmigo.

Primero voy á la iglesia que á mi casa; en aquella con singular afecto le adoro y le doy gracias por los beneficios que me hace y por el cuidado que tiene de sustentarme; con esto vuelvo á mi casa y duermo sin cuidado, persuadido que Dios me está guardando el sueño.

De este maestro tomó la lección el P. Antonio para serlo después de ciencia tan provechosa. Dió mil gracias al Padre de las Misericordias: *Quia abscondit hæc á sapientibus & prudentibus & revelavit ea parvulis.*

Prosiguiendo su carta al Padre provincial, le dice:

Pidióme esta persona le diese unos ejercicios de oración y devoción para crecer en virtud.

Díselos y dejélo bien instruído. Rogóme más, que ya que volvia á esa provincia, le dejase algunos saludables documentos para el mismo fin.

Hallábame entonces en una chácara bien retirada, donde no faltaba que hacer en doctrinar á los indios y negros y en decir misa y sacramentar á los hermanos. Desde aquí se acudió, no sin algún trabajo, á solicitar los negocios.

Pensé escribir algún pliego de papel destos puntos; pero hallándome con la pluma en la mano y con el espíritu delante del Santísimo Sacramento de la iglesia del Callao, que dista de la chácara dos leguas, pidiendo á Nuestro Señor luz para acertar, se me ofrecieron algunos opúsculos, enderezados á entablar su divina presencia, no ya fundada en fuerza de imaginación ó consideraciones, sino en un acto de viva fe.

A este librito llamé *Silex del divino amor*, dedicado á la incomprensible Majestad de Dios Trino y Uno, criador del Universo.

Proseguí y acabé la obrilla con algún pro-

vecho mío; pero como yo soy la misma ignorancia en abstracto y concreto, antes de entregarla á la persona que me la pidió, la dí al P. Francisco de Contreras, y otros maestros de Teología, para que con toda llaneza me díjesen su sentir y enmendasen los yerros que había en ella.

Dijéronme que en todo caso tratase de darla á la estampa, que sería muy fructuosa para los que tratan almas. Instóme mucho el P. Contreras, y se ofreció alcanzar la licencia de nuestro Padre general, sin la cual ningún libro en la Compañía puede salir á luz.

Repliquele que no tenía con qué hacer la costa.

—Confie V. R., dijo, que Dios es rico, y le dará con qué.

Fuime á mi celda confuso, porque ni primer ofrecimiento había tenido de que fuese obra digna de salir á tanta luz.

Estándolo tratando con Nuestro Señor entró en mi celda el criado de un clérigo santo que aquí vive, diciendo que su amo me enviaba aquellos dos mil pesos para la

impresión de aquel libro, y que daría más si más fuese necesario.

Quedé maravillado, porque desta materia solamente había hablado hasta entonces con la persona para quien lo escribí, con el Padre Francisco de Contreras y P. Francisco de Soria, catedrático de prima.

El primero escribió sobre la licencia á nuestro Padre general, y respondió que acá se mirase, y que si pareciese bien la daba con mucho gusto. Aquí no se puede imprimir por las láminas que se han de hacer. Algunas personas se han aprovechado de los traslados. Uno se remitió á Sevilla y la plata para el gasto de la impresión. Con que he respondido y satisfecho á la carta de V. R.»

Hasta aquí la del P. Antonio.

CAPITULO XXVI

Avisos espirituales que el P. Antonio Ruiz ejercitó en sí mismo, y dejó escritos para utilidad común.

—

El magisterio espiritual del P. Antonio Ruiz no fué meramente especulativo como lo es el de algunos, *Qui dicunt*, & *non faciunt.*

No aconsejó punto de perfección ó mortificación que él no la hubiese practicado en sí mismo, con que entraba con grandes bríos á enseñar á los demás.

Los avisos que hallo derramados en el libro de sus Apuntamientos, recogeré en este

capítulo, para gloria de Dios, crédito de su grande espíritu y provecho de las almas.

1. Aquel se puede llamar varon espiritual que se siente impeler á la eterna vida, y vive con cariño de la patria soberana, y con suspiros de lo íntimo del corazón anhela por la tierra de los vivientes y dice con el apostol: *Non habemus hic permanentem civitatem, sed futuram inquirimus.* Y en otra parte: *Cupio dissolvi & esse cum Christo.* Esto mal lo puede decir el que no se hubiere abrazado con la mortificación y con la cruz y trabajos de Jesús, donde se halla una muerte suave y una verdadera vida.

2. La quietud del alma y paz del corazón, consiste en desechar con valor todo deleite de los sentidos, aunque sea un jarro de agua fría, sacrificándolo á Dios como lo hizo David con la de la cisterna de Belén; y dándole á Su Majestad ese gusto, de que uno se priva por su amor, y comparándolo con el que el Señor comunica en premio de contado, al alma que sin duda le hace ventajas excesivas.

3. La memoria de Dios es el muro que

guarda el corazón, y al paso que Dios se olvida, el muro se desmorona y deja abierta brecha á los vicios enemigos. Con que viene á quedar el alma tan pobre de bienes espirituales como de los temporales una plaza saqueada.

4. Cuando el hombre á su parecer se siente olvidado y como desamparado de Dios y se ve en tinieblas de una noche oscura, buen remedio es la paciencia y rendimiento de su voluntad con la divina, diciendo con el buen Ladrón: *Nos quidem iusté, nam digna factis recipimus.* Mejor es conocer las faltas con que mereció ese ceño y olvido y llorarlas, y añadir penitencias y oraciones, y desechar constantemente todo consuelo exterior que busca la naturaleza, para desahogo y alivio de su pena.

5. Las luces de las consolaciones que siguen á estas tinieblas, recíbalas con sumo agradecimiento y profundísima humildad, reconociéndose por indigno de que Dios lo visite, y diciéndole con tiernos afectos del corazón: ¿Dónde estabas, Señor mío, luz eterna, que no te compadecías de ver-

me sepultado en tan penosa esclavitud?

6. Es muy agradable á Dios una humildad profunda de aquestas cuatro calidades: No desear ser honrado, alegrarse de verse abatido, mostrar sentimiento de verse alabado, pretender que todos lo desprecien.

7. Por tres gradas se sube al amor divino. Descuido con cuidado de las cosas temporales, no poniendo en ellas la afición. Descuido sin cuidado de sí mismo y de las comodidades del cuerpo. Cuidado con cuidado de solo Dios y de tenerlo en todo contento.

8. Si en la imaginación hay retratos del mundo y de sus glorias, mal anda el espíritu. Si hay imágenes de Dios, de Cristo crucificado y sacramentado, de la Santísima Virgen, de los ángeles y cortesanos del cielo, bien le va al alma.

9. En los trabajos, pesares y persecuciones que injustamente nos mueven ó los propios ó los extraños, el remedio es, si tuviste culpa, dolerte della; si no la tuviste, ofrecerlos á Dios y perdonar á tu prójimo el agravio que te hizo. Con eso obligarás á Dios á

que te perdone los que tú le has hecho, y á que vuelva por tu inocencia y reputación. Mientras durare el dolor destas heridas, no te aconsejes para curarlas con la naturaleza que es muy desgraciada en los medicamentos que aplica, y en vez de curarla enconan más la llaga. Abrázate con Cristo crucificado que sin culpa propia padeció mucho más por las tuyas. Haz recurso á sus sacratísisimas llagas y hallarás verdadero consuelo en todas tus tribulaciones.

10. Cuando hubieres aprovechado mucho en deseo de padecer por Cristo, podrás sin peligro revocar á la memoria las injurias que olvidaste para saborearte en sus hieles, para aumentar el merecimiento. De ninguno te has de quejar por graves daños que te haya hecho; antes has de afectar hacer bien y amar á los que te aborrecen, á imitación de tu divino señor.

11. Intolerable trabajo es azacanarse un hombre en atesorar riquezas y nunca gozarlas después de adquiridas. Mayor desdicha emplear mucho tiempo en la oración y no valerse en las ocasiones della. Cosa de

lástima es que después de diez ó veinte años de oración mental y trato con Dios y meditación de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, si te sucede alguna cosa adversa, te quejes con impaciencia y murmures con libertad. Persuádete que todo ese tiempo que gastaste en oración has cabado una mina esteril y que sacaste de ella en vez de plata y oro, arena y guijarros.

12. En nada de cuanto hicieres en esta vida has de llevar puesta la mira en tu ganancia, ni te has de acordar de tí ni del premio que puedes granjear para tí con tus obras. El único fin de todas ellas ha de ser el mayor gusto y gloria de Dios, que por cuenta de Su Majestad correrá el cuidar de tí y tenerte contento en tiempo y bien pagado en eternidad. Esto le enseñó Dios al Padre Antonio viendo la honra que aun en la tierra hacía á una gran sierva suya; oyó una divina voz que le dió el sobredicho documento.

13. Semejante fué otro que aprendió en una apacible visión que cuenta en su apuntamiento, por estas palabras: Estando en

oración se vió vestido de una repentina luz á la cual vió en el cielo unos amenísimos prados, y en ellos coros de santos vestidos de gloria. Conoció entre ellos á un religioso grave, amigo suyo, el cual habia ya muchos años que gozaba de Dios. Y haciendo reflexión sobre sí que todavía vivía en este miserable desierto, conoció la dicha grande de los que en él se emplean en hacer al Señor agradables servicios, con que van aumentando el caudal de la gracia. á la cual ha de corresponder en el cielo otro tanto peso de eterna gloria. Quedó muy consolado y alegre de verse en esta vida y en aquel ministerio tan trabajoso de la conversión de los indios.

Al fin de sus Apuntamientos dice así:

Modo para vivir el día presente; y luego pone algunos otros documentos llenos de devoción, espíritu y sabiduría del cielo.

1. Has de clavar tu mente en Dios luego que despiertas, en lo cual sentirás poca dificultad, si el día antecedente viviste con cuidado.

2. Si hubiere, donde te hallas, iglesia

con Sacramento, has de acudir luego á él y de rodillas dirás la oración divina del Padre Nuestro, sintiendo lo que dijeres y lo sentirás si te olvidares de todo lo criado.

3. Dar gracias á Dios de todo tu corazón por los beneficios recibidos de su liberalísima mano. Excítate á actos de contrición y dolor de las ofensas que á Su Majestad hiciste. Ofrécele todas las buenas obras de toda tu vida, complaciéndote más en las que más le agradaren, y deseando volverlas á hacer con mayor perfección infinitas veces, como la entrada en religión, los votos, los trabajos que has padecido, ratifícalos todos y ofrécelos de nuevo, unidos con la sangre y pasión del Salvador. Así mismo le has de ofrecer todos los agravios que te han hecho tus prójimos y rogar afectuosamente por ellos, y desear volver á padecer como sea sin ofensa de Dios.

4. Ofrece al Señor todas tus potencias y sentidos y cuantos actos estos y aquellas hicieren.

5. Has de renunciar todas las honras que te han hecho y pueden hacer alabanzas

humanas, bienes temporales y gustos á los pies de tu Señor Jesucristo, en retorno de su amor. Si tienes este, todo lo tienes, aunque seas pobrísimo; y si él te falta todo te falta aunque seas señor de todo lo criado.

6. Renuncia también en tu amigo del alma hasta los consuelos espirituales que te ha dado y que te puede dar; pide para tí sequedades, aflicciones, cruz y confusión; para Dios la gloria: *Nobis autem confusio faciei.*

7. Pide la virtud de la mortificación en todas las cosas para vivir con los prójimos sin ofensa de nadie. *Nemini dantes ullam offensionem.*

8. Pídele que encienda en tu alma más y más el fuego de su divino amor, en que has de insistir con todo el esfuerzo de tu voluntad.

9. Después desto dirás la letanía al modo acostumbrado.

10. Luego convida á toda la corte del cielo á las divinas alabanzas, y dí con toda devoción el invitatorio: *Venite exultemos Domino*; y acabado, dirás el himno: *Veni*

Creator Spiritus, con la oración del Espíritu Santo.

11. Implora el favor de la Virgen y de la santa Magdalena, para que te enseñen á amar mucho á Dios, y hecho esto proseguirás en tu oración, la cual acabada darás gracias y te quedarás con algún bocado para rumiar entre día.

12. Reza las horas y si pudieres dí luego misa antes de engolfarte en otros cuidados y negocios exteriores. Dirás la misa y darás las gracias muy despacio y con la posible devoción.

13. Entra en los negocios y vive con cuidado que ellos no entren en tí; si atiendes á esto, serás dueño dellos; sino, esclavo.

14. Si supieres callar, todo el día irás hablando con Dios. Aun en el hablar de Dios con otros, es necesario prudencia, porque no seas enfadoso; si ya no es con quien sabes que gusta, por estar herido del divino amor. Oirás con gusto á todos los que te hablaren de Dios.

15. El mayor cuidado de tu interior recogimiento has de poner en las calles, pla-

zas y caminos donde hay más ocasión de distraerte.

16. Vive con la solicitud y desvelo de las Vírgenes prudentes en conservar la luz despavilada, alegre y viva, porque si no fácilmente se amortigua y apaga. Y si Dios te dejare en tinieblas, no dejes de obrar, pues entonces es el mérito mayor, y hartas experiencias tienes que presto vuelve á rayar aquella luz en el tiempo de la mayor apretura y obscuridad. Y persuádete que estas variedades las dispone Dios en tu provecho para que obres con conocimiento humilde, de que no es tuyo lo que te dan.

17. Enseña á hablar á tu alma, y si lo haces con cuidado, oirás que te habla al modo que los ángeles, y pondrá silencio á los desvariados clamores de tus pasiones y sentidos, que como bestiales están siempre piando por lo transitorio y se dejan arrastrar de lo visible.

18. Advierte que el mundo tiene su infierno de penas y su gloria de deleites; pero la misma gloria del mundo es un infierno. Huirás de sus penas si te negares á sus glo-

rias. No busques otra en la tierra que estar perpetuamente unido con tu dulcísimo Redentor, conformando todas tus acciones con las suyas que todas fueron enderezadas á padecer por la salud de los hombres y gloria de su eterno Padre.

Todo cuanto dejó escrito este Venerable Padre lo practicó en su vida con tesón admirable; en medio de los negocios más graves é importunas ocupaciones, se hallaba tan dentro de sí y tan estrechamente unido con Dios, com si estuviera en el retiro de su celda en atenta y fervorosa oración.

Una vez dijo á su confesor que si bebiera un jarro de agua ó tomara alimento sin hacer actos de amor, lo tuviera por tiempo perdido.

Y por espacio de cuatro años el ordinario ejercicio de su presencia de Dios y lo que más frecuente llevaba en el corazón y en la boca, eran aquellas palabras que á la entrada de su pasión dijo el Redentor del mundo en el huerto: *Non mea, sed tua fiat volunta*.

CAPITULO XXVII

Algunas de sus heroicas virtudes y el modo de ejercitarse en ellas, que le enseñó Nuestro Señor.

—

Emprendió el P. Antonio la carrera del espíritu con tan superiores alientos en la Santa Compañía de Jesús, turquesa de maestros de perfección, taller de varones en todo género de virtudes, exclarecidos, que desde que entró en el noviciado no dió paso, en que si lo observamos con provechosa curiosidad, no hallemos para la imitación algún grande ejemplo de virtudes macizas.

Fué admirable la viveza de su fe, así de

de los artículos que ella propone, como singularmente de aquellos que pertenecen á la divinidad, al ser incomprensible de Dios Trino y Uno y de todas sus divinas perfecciones, las cuales se le representaban tan claramente á su puro entendimiento, que parecía emular la certidumbre oscura de la misma fe, á la evidencia clara de la visión que gozan los bienaventurados.

La firme esperanza en Dios, en sus largas peregrinaciones y trabajos, tiene tan dilatado campo que para las pruebas que hizo della, era necesario un gran volumen.

Con ella se arrojaba en medio de tantos peligros de la vida con tanta intrepidez y pisando áspides y basiliscos acometía conquistas de gentes bárbaras é inhumanas, que excediendo los límites del más estirado valor tuvieron visos de dichosa temeridad.

Parece que en todas sus empresas llevaba por blasón lo del Salmo 55. *In Deo speravi, non timebo quid faciat mihi homo.* Dice David que solamente esperaba que lo había Dios de librar del mal que podrían hacerle los hombres. Más animosa hubo de ser la

esperanza del P. Antonio, que siempre llevó su vida expuesta al tablero entre hambrientas fieras. Y se verificó en él lo del gran Gregorio en el libro 30 de sus Morales: *Tanto spes in Deum solidior surgit, quanto pro illo quisque graviora pertulerit.* Al paso que se aumentaban sus riesgos, sus trabajos y las borrascas de sus persecuciones, crecía en su pecho la esperanza de que de todas lo habia de sacar vencedor de la divina Providencia.

¿Qué diremos de los incendios de su apostólica caridad? Que pudo, como otro Pablo, publicar cartel de desafío contra todas las adversidades y peligros por mar y tierra, tribulaciones, angustias, hambre, desnudez, persecuciones de propios y de extraños, y contra la misma muerte y poder del infierno, que todo conjuró á hacerle oposición en sus altos intentos de la conversión del gentilismo.

Encendida el alma en esta fragua de divino amor, no le cabía en el cuerpo; de día y de noche suspiraba por arrancarse dél para verse con Cristo. Aunque la misma caridad lo detenía gustoso en sus prisiones, para

ganarle muchas almas redimidas con su sangre.

De aquí la estrecha familiaridad, el continuo trato con Dios en la oración. De aquí las ansias de padecer por el amado afrentas, persecuciones, martirios, y no una, sino muchas muertes, haciéndose fage desapiadado de su cuerpo, tratándolo como á mortal enemigo. De aquí el celo ardiente de la salvación de las almas y conversión de los infieles, como lo testifican tantas naciones como redujo al conocimiento del Dios verdadero, las muchas provincias que corrió á pie con pobreza suma, sustentándose con raices silvestres, durmiendo sobre la tierra desnuda por arrimo y almohada los troncos de los árboles, expuesto á ser comido de tigres y hechiceros hambrientos de carne humana, irritando contra sí la ira del demonio con la guerra sangrienta que le hizo, sacando de su tiranía tantas gentes idólatras que pacíficamente había dominado por tantos siglos, contendiendo con la inhumanidad de los Mamalucos, que tan lastimosos estragos hicieron en trescientas mil ovejas que con tan inmensas fatigas ha-

bía reducido á los apriscos de la Iglesia.

Si fueron admirables en el P. Antonio los tres actos destas virtudes teológicas, no menos dignos de admiración y alabanza los fondos de su humildad, que fué la que abrió las zanjas para tan hermoso y excelso edificio.

Bien entendido estaba de lo que dijo San Agustín: *Excelsa est patria, humilis est via; ergo qui quœrit patriam, quid recusat viam?* Parece lenguaje de algaravía y lo es del mundo al revés. Los mundanos para arribar á cumbres de honor, suben. Los discípulos de Cristo para llegar á altezas de gloria y cimas de perfección, bajan.

Arriba está la patria y el camino más seguro y real para llegar á ella, es andar hacia abajo. Por eso voló tan alto Antonio con las alas de la caridad y contemplación, porque se abatió y se hundió tanto con el propio conocimiento de su miseria.

Nunca se persuadió que podría ser de servicio alguno en la Compañía de Jesús, y aunque realmente su capacidad era grande para todos los ministerios de esta sagra-

da religión, el concepto que él formaba de sí era tan vil, que se juzgaba por inepto para todos. Y habiéndole dado Dios vivo y agudo ingenio para la cátedra, instó que le quitasen los estudios de la teología escolástica para acudir antes á las misiones y conversión de los indios.

Como ningún buen suceso atribuía á sí mismo, sino todos á Dios, no se recelaba de que se publicasen y supiesen las maravillas que Su Majestad obraba por su medio. A esa publicación, para estar lejos de todo desvanecimiento oponía él la de sus travesuras y pecados de la mocedad.

Su pobreza fué tan extremada, como consta de lo dicho en esta historia; su vestido todo de remiendos, su cama de campo; su sustento hortalizas de los incultos bosques.

En la obediencia á sus prelados tan rendido, que sin voluntad suya no movia mano ni pie; tan puntual, que dejaba la letra comenzada.

Bastábale la menor significación de la voluntad de su Superior, que respetó siempre como á la de Dios, para ejecutar pronto

cuanto se le ordenaba, atropellando con toda su comodidad y venciendo montes de dificultades sin repugnancia ni contradicción alguna.

Tan gustoso obedeccía como si le ordenáran siempre lo que él más deseaba. Y aun por eso alcanzó tantas y tan ilustres victorias, porque escrito está: *Vir obediens loquetur victorias.* Su corazón totalmente desasido de aficiones de tierra, todo clavado en el cielo.

Con verdad pudo decir con el apostol: *Nostra conversatio in cœlis est.* Porque no sabía hablar sino de Dios y de los bienes celestiales, ó para aficionar las almas á su aprecio. Y era tal la gracia y agrado que tenía en estos razonamientos, que siempre dejaba á los oyentes con hambre y cariño de su santa conversación, y con una suavísima violencia llevaba en pos de si á cuantos llegaban á comunicarle. Con que hizo gran fruto, así en los indios como en los españoles. Conocido fué su don de profecía, como consta de lo que Dios le reveló acerca de la destrucción de las reducciones y de otras

cosas futuras que con luz del cielo pronosticó, como queda dicho en varios lugares desta historia.

A muchas personas les manifestó lo que más oculto tenían en sus conciencias. Dió la salud espiritual á innumerables pecadores, muchos de los cuales parecían incurables; y la corporal á varios enfermos. En las mercedes diversas que hizo el Señor por las oraciones del P. Antonio, significó el poder de su intercesión y el valimiento grande que tenía con Su Majestad.

¿Qué diré del más que humano denuedo con que acometió empresas dificultosísimas y al juicio humano insuperables, sin cobardear en los más palpables riesgos de su vida?

La compostura y modestia con que movía á veneración los ojos y componía las acciones de los que lo miraban, fué angélica, y como tan semejante á los ángeles, tuvo con ellos muy estrella amistad y familiarísimo trato, y singularmente con su custodio que se le apareció muchas veces, despertándolo para la oración y librándolo de diferentes peligros.

El mismo príncipe de los ángeles San Miguel lo honró con su visita, y á otros de aquellos espíritus celestiales los vió asistentes con toda reverencia cuando decía misa.

Compadecíase tiernamente de las penas que padecían en el purgatorio las almas y las socorría, no solo con sufragios de sacrificios y oraciones, sino también tomando á su cargo el satisfacer por ellas con ayunos, con cilicios, disciplinas y otros rigores de penitencias; y como tan seguras, por experimentadas de su compasiva caridad, se le aparecieron algunas veces implorando su favor.

Claro está que siendo este apostólico varón tan provechoso al mundo, tan agradable á Dios, tan favorecido de los cortesanos del cielo, había de ser odiado y perseguido de los demonios, y más con la contínua guerra que á estos hacía, sacando de su esclavitud tantas naciones gentiles y poblando de escogidos las sillas que ellos por soberbios perdieron.

Alguna vez ya les dió el Señor licencia para maltratarlo, otras para ponerle miedo,

apareciéndosele en horrendas figuras, pero en acogiéndose á la proteeción de la Santísima Virgen *Civitas Refugij* ó á la fortaleza del Santísimo nombre de Jesús, *Turris fortissima nomen Domini*, hacía burla de todos sus fieros y amenazas. Muchas veces instigaron á los hechiceros para que le diesen la muerte y se lo comiesen, dándoles á entender que era sabrosísima la carne de los sacerdotes; pero siempre lo libró Dios de sus asechanzas y violencias porque quería santificarlo y labrarle más preciosa corona con tan prolongado martirio.

Toda esta vida está sembrada de señalados favores que recibió de Cristo Señor Nuestro y de su Madre Santísima. Tres veces el benignísimo redentor le aplicó los labios á su llaga del costado. Muchas le enseñó por sí mismo los medios que había de observar para aprovechar mucho en el camino de la perfección.

Diciendo misa le corrió las cortinas de los accidentes y se presentó visible á los ojos del cuerpo. Más frecuentemente á la vista interior del alma. Mostróle á luz superior la

grandeza de la gloria que en el cielo gozan los bienaventurados, y otros soberanos misterios y perfecciones divinas, cuyo conocimiento avivaba no poco en su pecho el fuego de su amor.

La soberana Princesa de los Angeles le asistía en sus desconsuelos y trabajos como madre piadosa, animándolo á padecerlos alegremente. Dos veces por lo menos le apareció su santísimo Padre y Patriarca Ignacio; la primera para hacer con él oficio de médico y curarle la pierna en el desierto, como al santo se la curó San Pedro en la casa de Loyola; la segunda para reprenderle el descuido, que estando enfermo y abrasado de la ardiente calentura, tuvo de descubrir el pie, contra lo que sus reglas de la modestia ordenan, tratándolo en esta corrección como á hijo querido: *Aut quis filius quem non corripit Pater?*

Aunque basta lo dicho en general y por mayor para formar alto concepto de la santidad heróica deste apostólico Padre y admirable varón, con todo, por mi consuelo haré breve recapitulación de algunas de sus vir-

tudes, que yo mismo observé el tiempo que vivi en su compañía y los que más despacio lo merecieron tratar, socios de sus peregrinaciones y gloriosos empleos.

Advirtiendo al que esto leyere que fué mucho más lo que su humildad ocultó que lo que pudo observar la atención de los que se miraban en él como en espejo de todas las virtudes.

Algo tocamos de la viveza de su fé, sólida base y firme fundamento de las demás sobre la cual apoyaba aquella contínua presencia de Dios, sin que lugar ni ocupación alguna fuesen bastantes para perderlo de vista, emulando en la tierra la dicha de los ángeles, que aunque por obedecer al criador se destierren de la corte del cielo y se ocupen en guardar y beneficiar á los hombres, no por eso dejan un instante de ver la faz hermosa de aquel objeto de su bienaventuranza. *Semper vident faciem Patris.*

Habituose de suerte en este ejercicio de llevar siempre presente á Dios, que ya sin estudio ni trabajo alguno lo llevaba siempre á su lado y dentro de su corazón tan pene-

trado dél como el hierro del fuego en la fragua.

De aquí saltaban las centellas de fervorosos actos que parecía no estar en su mano apartarlo de su imaginación y menos de su cariño. Fomentaba más esta presencia la viva fe del Santísimo Sacramento y las visitas que le hacía, gastando delante dél en oración la mayor parte de la noche.

Dos veces en el colegio imperial de Madrid vió claramente salir del Sacrario rayos de divina luz que hacían puntería y venían á dar al blanco de su pecho. Y otra vez que le sucedió lo mismo en la ciudad de Lima, advirtió que recíprocamente de su pecho salían rayos muy semejantes á los que á él le arrojaba el Santísimo, y que iban á dar en el mismo lugar, de donde aquellos procedían, con certidumbre grande de la presencia del Señor en el admirable y venerable Sacramento.

Con esta viva fe hizo maravillas en la predicación del Santo Evangelio, en la conversión de los indios, en las contiendas con los hechiceros. Con ella curó milagrosamen-

te muchos enfermos, heridos del contagio, restituyó la salud al P. Diego López de Aguilar, de la provincia del Perú, que residió en el colegio de San Martín de Lima, como el mismo beneficiado lo testificó de agradecido á su bienhechor, por estas palabras:

«Para mayor gloria de Dios y crédito de la santidad de su gran siervo el V. P. Antonio Ruiz de Montoya, juzgo por conveniente referir con todas sus circunstancias el milagro que hizo en mí, porque he tenido noticia se cuenta comunmente sin ellas, por haber sido público en el colegio de San Martín donde sucedió.

Siendo yo allí prefecto de estudios, solía padecer frecuentes y rigurosos dolores de estómago.

Estando allí el P. Antonio por Padre espiritual, con quien yo solía confesarme, y comunicar las cosas de mi alma, me dió un dolor de los dichos, tan vehemente, cual en toda mi vida había padecido, y no sentía fuerzas en la naturaleza para tolerarlo.

Comencé á dar voces que me llamasen al

P. Antonio para confesarme, y como á la sazón estaba fuera de casa, padecí algunas horas el dolor sin mitigarse un punto con los varios remedios que me aplicó el hermano enfermero Juan de Alvarez.

Cuando el P. Antonio vino de fuera y le dijeron mi aprieto y las ansias con que yo lo llamaba, vino con paso apresurado, y hallándome sin pulsos con la fuerza del dolor, y todo el cuerpo bañado en un sudor frío, y sin poder hablar, díjele por señas me pusiese la mano en la boca del estómago, con gran confianza de que como tan amigo de Dios me había de sanar.

En el mismo instante que me la puso, con los ojos levantados al cielo, y pronunció aquellas palabras del Evangelio: *Super Aegros manus imponent*, & *bene habebunt*, se me quitó el dolor totalmente, sin que entre la imposición de sus manos y la fuga del dolor mediase dilación alguna. Siendo así que entonces estaba en su mayor pujanza y ya me tenía del todo rendido.

Sintiendo yo alivio tan repentino y tan grande como el horror natural á la pasada

pesadumbre, le rogué al Padre no apartase las manos de la boca del estómago, como lo hizo por mi consuelo un breve espacio, y pareciéndome que ya no había que temer el dolor y que el Padre estaba con incomodidad, le dije que bastaba, porque me sentía bueno.

Al mismo punto que el Padre apartó la mano del estómago y se sentó en una silla, que estaba á la cabecera, para que yo acabase de persuadirme de dónde me venía el bien, revolvió á embestirme el dolor con la misma furia con que la primera vez había acometido, y arrancándome la violencia dél una grande voz:

—¡Ay, Padre mío Antonio, que repite el dolor, que me muero!

Levantóse aprisa, y poniendo otra vez las manos, dijo:

—Ea, no tema; encomiéndese á nuestro Padre San Francisco Xavier, que ya no le volverá más, y diciendo él mismo *Sancte Francisce Xaveri, ora pro nobis*, fué así que al instante cesó el dolor, y después acá no lo he sentido más, ni en el tiempo que viví en

San Martín ni después que vivo en San Pablo, siendo así que estos recios dolores me solían antes dar con mucha frecuencia. Y si tal vez apunta, no es recio y pasa luego.

Lo que queda referido es verdad tan cierta, que si mis superiores juzgaren ser necesario, lo juraré *in Verbo Sacerdotis.*

No es pequeño testimonio de la viveza de su fe lo que le sucedió caminando desde Arequipa al Cuzco. Gran cosa fué dar salud á aquel Padre hermano suyo, solo con ponerle sobre el estómago la mano; pero no sé si fué menos con poner esa misma mano y pasarla por el cerro á un bruto del todo rendido de caminar, infundirle bríos para proseguir en su viaje.

Perdió en el suyo el camino el Padre Antonio en aquellos despoblados que hay entre las dos ciudades dichas, y para volver á él, fatigó de suerte la mula que se le rindió y dió consigo y con la carga en tierra, sin que espuela ni palo la pudiesen mover. Más parecía muerta que viva.

Quitóle el Padre la silla, y viéndose imposibilitado á proseguir el viaje, que hacía por

obediencia, acudió á la oración, no hizo más que clavar en el cielo los ojos é implorar el favor divino en aquella necesidad, y luego experimentó pronto el socorro. Con solo tocar con la mano la cabeza y cuello de la bestia, y al punto se levantó sana y briosa, y sin otro pienso, porque no había mesones donde darlo, llegó al Cuzco tan descansada y ligera como si á cada legua le hubieran dado cebada, verificándose en él lo del Salmo: *Homines & iumenta salvabis.*

El caso siguiente refiere él mismo en sus *Apuntamientos.*

Habiendo oído decir que en la invasión de los Estados de Flandes que hizo el ejército francés á cargo de Xatillón, los hereges hugonotes habían dado el Santísimo impía y sacrílegamente á sus caballos, un día, habiendo dicho misa, se recogió á dar gracias y reconociendo la grandeza de aquel Señor Sacramentado que tenía en el pecho y acordándose de aquel ultraje que se le hizo en Terlimón, fué tan cordial su sentimiento, que quisiera que á él le hubieran despedazado fieras montaraces las carnes antes que ver

desacato é impiedad semejante. Y regalándose sentido y lastimado con su dulce señor en ciertos coloquios le descubrió Su Majestad sólo su rostro divino, como de un mancebo de dieciocho años, tan resplandeciente y hermoso que le pareció imposible declarar con palabras lo peregrino de su belleza, y más hacerla dibujar, y por eso, aunque lo deseó mucho, no lo hizo.

CAPITULO XXVIII

De su firme esperanza en Dios en el mayor desamparo de las criaturas.

—

La áncora de su viva fe aseguró más el P. Antonio con la amarra de una firme esperanza en las borrascas más deshechas de las horribles persecuciones que padecieron los indios recién convertidos y sus celosos y santos ministros.

Siempre vivió confiado y persuadido que el Señor había de mandar sucediese á la triste y oscura noche un claro y alegre día, y á la tormenta la bonanza, y que había de volver por la inocencia de sus fidelísimos sier-

vos. Cuando á estos consideraba más desahuciados de socorro humano, entonces les prometía más cierto el divino y solia decir:

—Ahora sí que podemos esperarlo todo, cuando todo nos falta; consolándose con lo del apóstol. Rom. 5. *Spes non confundit.*

Nunca quedó el P. Antonio confuso por burlado de su esperanza, y en confirmación de esta verdad, dejo para otra más bien cortada pluma, muchos y grandes testimonios, con que podrá enriquecer su historia el coronista que escribiere la fundación de aquella apostólica provincia del Paraguay.

Sucedióle á esta, por altísima disposición de la Providencia divina, lo que á la navecilla en que iban embarcados Cristo y sus apóstoles. *Motus magnus factus est in mari ita ut navicula operiretur fluctibus.*

Alterado el mar, crespas y altivas las ondas, furiosos y descorteses los vientos, todo amenazaba á aquel torreado galeón triste naufragio. Y cuando pudo parecer que dormía el Señor y que había olvidado á los suyos en el mayor peligro, entonces más des-

velado en su defensa su divino corazón *Ego dormio & cormeum vigilat.*

Movió el enemigo común en Paraguay contra la santísima Compañía de Jesús, su mayor contraria, una brava persecución que tiró á dar con ella al través y estrellar su incontrastable reputación en las rocas de varias calumnias.

Autores destas fueron personas de puesto y de opinión, que echando á las espaldas para no verlas las obligaciones de su estado, solicitadas de la envidia y de particulares intereses, conjuraron contra aquellos apóstoles del Nuevo Mundo y con dañada intención de echar su crédito á pique, esparcieron libelos infamatorios llenos de prodigiosas mentiras.

Y aunque no dejaban de conocer que á la gente desapasionada, cuerda y entendida no las había de hacer creíbles, esperaban persuadirlas al vulgo de los indios y españoles y convertir en odio y desprecio el amor y respeto que unos y otros tenían á los Padres de la Compañía, como á varones tan ejemplares, tan irreprensibles en su vida, tan ce-

losos del servicio de ambas Majestades y de la salvación de las almas.

En lo más furioso desta tormenta, cuando muchos otros de aquellos apostólicos Padres, angustiados y afligidos con la presencia del riesgo, daban á Cristo las voces que los apóstoles en el suyo: *Dominus salva nos perimus.*

Señor, piedad de la buena opinión de vuestra Compañía, pues sois tan interesado en ella; entonces el P. Antonio con el ánimo muy sereno y con un semblante de risa tan seguro, como si gozara mar en leche en el puerto más abrigado y defendido, asegurando con tanta certidumbre como si lo viera con los ojos, que todo había de ceder en mayor bien y aumento de su perseguida religión.

Así lo significó desde Lima en una que escribió á su Provincial, su fecha á 29 de Marzo de 1652, donde dice así:

Mi Padre Provincial, V. R. no tema, que el Señor está con nosotros. *Quoniam a dextrix est mihi ne commovear.* Tengo certísimas esperanzas de que habemos de salir con glo-

riosa victoria, porque como Dios es verdad esencialmente, fuerza es que para volver por sí, vuelva por ella.

El día en que tuve con el señor virey aquella conferencia que escribí en otra, vuelto de palacio me acogí á decir misa. En la epístola se me inquietó el espíritu, y abstraída la mente ví esa provincia santa muy en lo íntimo del corazón de Dios.

Seamos nosotros los que debemos y dejemos obrar á Su Majestad, que él nos sacará libres destas tempestades, muévalas quien quisiere, aunque conjure contra nosotros todo el poder del mundo y del infierno.

Habló en esta carta con espíritu profético, y sin duda que en aquel rapto de la epístola le reveló Nuestro Señor lo que habia de suceder.

Dispuso Dios que casi todos los que habían depuesto contra la Compañía, sin otro tormento que el trato de cuerda que les dió el verdugo de su mala conciencia, cantasen la verdad, bien arrepentidos de haber favorecido la mentira contra inocencia y santidad tan calificada.

Retractáronse todos, y uno de ellos expontáneamente, para mayor descargo y satisfacción confesó que había fingido y falsificado treinta y seis firmas. Con esto el Dr. D. Juan Velázquez de Valverde, integérrimo ministro, con orden de S. M. Católica, hecha diligentísima averiguación, condenó de falsos á los calumniadores y dió testimonios auténticos muy honoríficos en abono de los Padres contra quienes Satanás había movido aquella tormenta. Y aunque viviendo el Padre Antonio no alcanzó á ver el total cumplimiento de su profecía, murió con el consuelo de saber de cierto que toda aquella tribulación había de parar en bien y ceder en crédito mayor de su Madre la Compañía.

CAPITULO XXIX

Finezas de su caridad para con Dios y para con los prójimos.

El glorioso Padre San Agustín nos da en dos amores dos divisas para conocer quién es predestinado y quién precito, sobre el Salmo 64. *Duas Civitates duo faciun amores. Ierusalem facit amor Dei; Babylonem facit amor seculi. Interroget igitur se unusquisque quid amet & inveniet unde sit Civis.* El amor de Dios puebla á la pacífica Jerusalén de nobilísimos ciudadanos. El amor del siglo de villanos á la confusa Babilonia; cada uno

examine lo que ama y verá á qué ciudad pertenece.

Verdad es que en algún tiempo nuestro Antonio fué vecino de Babilonia, cuando ciegamente enamorado del mundo, pero abrióle Dios los ojos para que conociese la suma infelicidad de sus amantes locos.

Salió luego de aquella ciudad y pasóse á ser dichoso con los moradores de la ciudad de Dios. Toda su vida en la sagrada religión de la Compañía de Jesús fué un amar contínuo, perseverante y fervoroso; toda una ejecutoria de las finezas de su amor para con Dios y para con sus prójimos.

Allá decía la Eterna Verdad: *Maiorem charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* ¿Qué diremos de la caridad deste apostólico varón, que tantos años por mar y tierra expuso su vida á manifiestos peligros, no ya por amigos y personas de obligación, sino por indios bozales y muchos dellos crueles enemigos, que le armaron mil asechanzas para darle la muerte?

Todas las propiedades de la perfecta cari-

dad que pone el Apóstol en su primera carta á los de Corinto, las hallaremos en la deste fervorosísimo Padre en grado eminente: *Charitas patiens est.* El padecer por el amado es la primera y más legítima prueba del amor.

Por muchas razones se compara la caridad con el oro: este el más precioso de los metales; la caridad la más noble y meritoria de las virtudes; el oro de color rubio y encendido; la caridad toda fuego. Yo diría que porque no hay metal más paciente ni que más golpes de martillo sufra sin quebrar, por eso se adelgaza en telas tan delicadas, con que se da hermosura y esplendor á los sagrados y profanos edificios. En esta prerrogativa ventajas grandes hace al oro la caridad. *Patiens est.* Si es fina y de subidos quilates, *patiens est.* Es pacientísima, en tanto grado, que como añade el mismo Apóstol: *Omnia suffer omnia sustinet.* No hay para el que ama á Dios penas, porque las que padece por su amor tiene por glorias. No hay carga que no se le haga ligera, antes cuanto más peso le echan más sube como la palma.

El ardiente amor de Dios y del prójimo

fueron aquellas dos alas de fuego, *Alæ eius alæ ignis*, con que este serafín en carne voló, ilustrando y abrasando dos mundos.

Testigos desta verdad son todos los períodos de su religiosa y apostólica vida, hasta la última cláusula de su dichosa muerte caminos tan largos, peregrinaciones con tantas incomodidades y peligros en las conquistas de provincias infieles á donde nunca había llegado la predicación del Santo Evangelio, sin otro acicate que el celo de que Dios fuese amado y conocido, y que innumerables gentiles consiguiesen el fin de aquella eterna bienaventuranza, para que Dios los crió.

Estos dos amores fueron los quicios de todos sus movimientos, en más de doce mil leguas que caminó, unas por agua á riesgo, de naufragios y de indios piratas por los ríos, de corsarios hereges por la mar; otras por tierra casi siempre á pie no con menor peligro de ser, ó comido de los bárbaros, ó hecho pedazos de las fieras.

Expuesto por tristes soledades á fatigas, á hambres, á desnudez, á enfermedades sin alivio, á desamparos sin humano consuelo y

á otros mil géneros de penalidades, de contradicciones, de pesadumbres, de cuidados y desvelos. ¡Qué caridad tan fina y abrasada la que en tantos golpes de adversidad se ostentó tan constante y tan sufrida!

Sin duda que estos dos amores fueron aquellas dos ardientes antorchas que deseó el Salvador llevasen los Apóstoles en ambas manos, cuando les mandó ceñir los lomos y marchar á la ligera á la conversión del gentilismo. Lucidas para desterrar las tinieblas de sus errores; fogosas para abrasar las malezas de sus vicios.

Todo lo hizo con eminencia la doble caridad deste Apóstol del Occidente. Once ó doce fueron las provincias de gentiles que sacó de sus idolatrías y pecados y redujo al conocimiento y amor de Jesucristo, fundando en ellas otras tantas reducciones. La de San Francisco Xavier en el Upabay, la de San José en el Yucutí, la de la Encarnación en el Nuatingui, la de San Pablo en el Iñeay, la de los Angeles en el Tayaoba, la de Santo Tomé en el Querembetay, la de la Concepción en Zoe, la de San Pedro en los Pinares, la

de San Antonio en el Ibitiruna, la de San Miguel en el Ibiangui. Y antes habia ayudado mucho á las fundaciones de Loreto y San Ignacio del Ipaumbuzu, dirigiendo con la valentia del calor de su caridad los inmensos trabajos que se ofrecieron en juntar los indios cimarrones y descarriados por aquellas sierras y traerlos á vida política, en sufrir la resistencia de los hechiceros, la altivez indómita de los caciques, en catequizar gente tan ruda y asistirla en sus generales contagios, sirviendo plazas de médico de cirujano, de enfermero, de padre y de madre.

¿Quién no desmayara en tan árduas empresas si no lo alentara un fervoroso amor de Dios y de sus prójimos redimidos con su sangre? *Omnia vincit amor.*

Qué valeroso fué el de nuestro apostol Antonio, cuando viendo en breve tiempo destruídas y saqueadas por los Tupíes y Mamalucos las reducciones que le habian costado trabajos de muchos años, no se perdió de ánimo, sino que las volvió de nuevo á fundar, cargando con tantas ovejas y trasladándolas con la incomodidad que vimos á

regiones distantes para tenerlas seguras de la invasión de aquellos voracísimos lobos. Todo esto asaz descubre el incendio del divino amor que ardia en su pecho.

Mucho se ayudaba para conservar y fomentar este fuego, del modo que usaba el santo rey David. *In meditatione mea exardescit ignis*, del ejercicio contínuo de la santa oración y familiarísimo trato con Dios.

Preparóse un dia para vacar á ella más despacio, y para que fuese más grata y eficaz delante del Señor y de más provecho para sus hermanos, invocó en su favor á la Seráfica Teresa de Jesús y á Santa María Magdalena, tan grandes maestras las dos del arte de amar.

Suplicóles con todo afecto encendiesen en su corazón aquellas llamas con que se abrasaron los suyos. Fué esto en ocasión que un expulso de la Compañía habia muerto desgraciadamente y sin confesión en un camino.

Entró el P. Antonio en su meditación, pidiendo el don de la perseverancia, y que le quitase la vida Dios antes que él se apartase de su dulce Compañía.

Fué poco á poco entrando en más calor y vino á desear morir abrasado en amor divino. Aquí se le aparecieron aquellas dos amantes santas y fervorosas, Teresa y Magdalena, y en medio de las dos la sacratísima Virgen, á quien cortejaba un lucido escuadrón de ángeles cuyo cabo era Jesucristo Señor Nuestro, que lo consoló con asegurarle alcanzaría lo que tanto deseaba.

Añade el mismo Padre que refiere en sus *Apuntamientos* este gran favor. Que de las llagas de los pies del Salvador saltaban dos fuentes de sangre y subían como de dos surtidores hasta las rodillas y que si bien se esparcían por el aire las gotas, ninguna caía en tierra y que no se le perdieron del todo los sentidos, que los efectos de esta regalada visión fueron efectos fervorosos de amor entrañable, de profunda humildad, de cordial agradecimiento y deseos de emplearse todo en el servicio de Dios. Y diéronle á entender que esta merced se le habia hecho por amor de la Santísima Virgen.

Estaba tan habituado en este santo ejercicio del amor de Dios, que comenzaba tal

vez á amar velando y ocupado del sueño proseguía durmiendo. De donde vino á conocer cuán presente tiene al mismo Dios en el sueño el que despierto trabaja en no perderlo de vista.

El consuelo que su alma sintió, dice que no hay lengua que explicarlo pueda, y que habiendo despertado, repitió con más viveza aquel interior alborozo con más claro conocimiento de aquel divino Señor y de su infinita hermosura.

Los mismos actos por su naturaleza indiferentes de tal arte los subía de punto con la recta intención que los reducía á la esfera del amor, como el dormir, el descansar, el comer y otros semejantes.

Yendo un día á visitar el Santísimo, se halló con su angel á la mano derecha, que había estado algunos dias sin verlo; gozó de aquel favor todo el día, y en la mañanita del siguiente, volvió a gozar de su presencia; voló otra vez al Santísimo, y dice él mismo que allí se sintió unir estrechamente con lazos de amor con su Dios, con su Señor, Pa-

dre y amigo del alma. No pudo contenerse que no exclamase:

—Gran cosa es Dios; loco el que no lo busca y se va tras él; porque en él solo se hallan todos los contentos y tesoros, la cabal dulzura, la hartura verdadera y una honra que sobrepuja ella sola á todas las glorias del mundo juntas. Todo es nada lo que este bien no es. ¿Qué gloria como entregarle el alma y el corazón? ¡Oh, qué bien tan grande es este! ¡Oh, lo que se paga Su Majestad de niñerías hechas por su amor! En eso se conoce su divina grandeza, que no tiene por menoscabo de ella hacer amistad con una criatura tan vil como el hombre.

Destos amorosos afectos está llena la vida del Venerable Padre, y más de reales pruebas de la fineza de su amor.

CAPÍTULO XXX

De la perfección con que observó los tres votos religiosos.

Ya dijimos cómo el Reverendísimo Padre general de la Compañía, por sus grandes méritos, honró al P. Antonio con la profesión de tres votos solemnes, que es favor que en esta sagrada religión se hace á pocos de los que no acabaron el curso de la teología y se hallaron con caudal suficiente para leerla en cualquier universidad.

Esto se requiere en los profesos de cuatro votos. Y aunque el cuarto que éstos hacen al Sumo Pontífice no lo hizo el P. Antonio,

guardólo exactísimamente, pues sin precepto de Su Santidad, empleó lo mejor de su vida en la conversión de los infieles.

Con igual, si no con mayor exacción, guardó los tres á que estaba obligado. Y en la pobreza se puede decir que fué verdadero pobre de espíritu de aquellos á quienes luego se promete el reino de los cielos, y que se ajustó con todo rigor á las más estrechas leyes desta virtud.

Nunca tuvo cosa para su uso como propia suya, según ordena la regla de su sagrado instituto. Siempre juzgaba que lo tenía emprestado sin dominio ni derecho alguno, no más que por el tiempo que pareciese al Superior, y que ningún agravio le haría éste en quitárselo y darlo á otro; de aquí era que ni á puesto ni á celda, ni á alguna de sus alhajas tenía afición, despegadísimo el corazón de todo lo terreno.

Y la verdad es que todo lo de acá no vale sino para hacerlo con el desprecio materia de merecimiento y que para un religioso que desea serlo y parecerlo, no hay riqueza tal como la pobreza de Cristo: *Ut illius inopia*

vos divites essetis, por extremo menesteroso de todo, desde el pesebre hasta la cruz.

Con notable disimulación ponía cuidado particular en escoger para sí lo peor de la casa, siendo tan solícito y próvido en procurar las comodidades de sus súbditos y compañeros. Todo el tiempo que asistió en las misiones vistió sotana de un lienzo muy grosero que se teje en el país, teñido con una tierra que luego vuelve á su nativo color. Él mismo remendaba sus vestidos y cosía las medias y zapatos.

En el invierno más riguroso no se abrigaba con otra ropa que con su sotana de dicha tela, unos calzoncillos y jubón de la misma. Viéndolo arrecido de frío uno de sus compañeros y teniéndole grande compasión, le dió de limosna un manteo de paño que él usaba; pero el P. Antonio, agradeciéndole su caridad, no quiso aceptar el dón; y partiendo luego á la visita de las reducciones en donde más honra le podía hacer, lo restituyó á su aposento.

Su comida templadísima y desabrida. Si para los caminos por desiertos tan largos

guna persona le enviaba algún regalo, luego lo repartía entre sus hermanos, llevando por viático la esperanza en la Providencia divina, sustentándose con raices silvestres, hongos y otras yerbas, propio alimento de los brutos.

A cualquier cosa destas que comía, decía con muy linda gracia que en su vida habia comido manjar más de su gusto. Jamás tuvo en su celda alhaja curiosa ni de precio aunque fuese con pretexto de devoción, que es el que engaña á muchos religiosos.

No usó de relicario, estuche ni reloj, ni balandrán, ni quitasol, y así de ordinario llegaba á los parajes ó empapado en agua ó abrasado de los soles que dan á los caminantes, y más de á pie, mucha pesadumbre, cuando la posada era cuando mucho alguna choza; y como estas se encontraban pocas veces, era fuerza acogerse á la sombra y arrimo de un arbol. Allí se bañaba su corazón de un gozo del cielo, viendo que imitaba en algo á su Divino Maestro, que desde la primera hasta la última jornada de su itinerario no tuvo albergue donde reclinar su sa-

grada cabeza. El día antes que muriese dijo á su confesor:

—Padre mío, yo muero con singular consuelo, considerándome pobre y desnudo.

Y lo pudo decir con verdad, pues aun crucifijo no tenía, que suelen llevar en sus viajes los obreros apostólicos.

Algunas personas principales le dieron en Madrid muchas cosas preciosas y de devoción; luego las remitió todas á su provincia. Guardolas el Provincial, y dióle amplia facultad para que dispusiese dellas y las repartiese de su mano á personas de su obligación, ó avisase en la forma en que se habían de repartir. Escribió lo siguiente:

«Cuanto á las cosas que V. R. dice tengo por allá, digo, mi Padre, que yo no tengo en esta vida cosa alguna, porque deseo vivir no en lugar; y donde no hay lugar no hay cosas que lo ocupen; y así la obediencia es dueña de todo, porque el cuidado que tengo es del ajustamiento de mis cuentas con Dios, de donde sale el aborrecimiento que tengo al dinero. Y quisiera estar donde sembrara coles para mi sustento, por no

ver en mi poder dineros para comprarlas.

Otra especie de pobreza más noble aprendió el P. Antonio con el magisterio del Espíritu Santo. Y la lección que en esta escuela se le dió, la dejó para enseñanza nuestra escrita por estas palabras:

Sintió un repentino y suave recogimiento en el retrete de su alma, donde como en el cenáculo *ianuis clausis*, gozó la dulce presencia del buen Jesús, con grande paz interior, poniéndole delante su santísimo nacimiento, su desnudez en el pesebre, necesitado del aliento de dos animales. Reconoció su corazón, muy enamorado de la santa pobreza y hallando que no tenía afecto por entonces á cosa alguna criada, hizo firme propósito de no tenerlo jamás ni aun á una estampa de papel, y de dar con licencia todo cuanto llegase á sus manos.

Aqui fué donde se le dió luz para conocer que hay otra especie de pobreza del alma más perfecta que la del cuerpo, la cual consiste en apartar de sí con valor cualquier gusto que aquella puede recibir por los arcaduces de los sentidos, por muy lícito que

sea, pues siempre impide mucho la unión con Dios, robando al amor divino lo que á la naturaleza se concede.

Propuso eficazmente negarle á este todo género de consuelo, renunciando hasta los mismos espirituales que el alma interesada busca en el ejercicio de la oracióa, porque quien acude á ella por el gusto que recibe es como el jornalero que sirve á su amo por el salario que le da, que no tiene que esperar otro galardón de gracias particulares que se hacen á los que trabajan sin otro interés que tener gustoso á su señor.

Quien para ostentarse más fino y desinteresado amante de su Dios así se recataba destos gustos espirituales y santos que muchas veces sirven de aliento para más correr por el camino de la perfección, cuán lejos estaría de permitir otros sensuales que confinan con los menos honestos? Para triunfar Antonio gloriosamente del doméstico enemigo de su carne que tan cruda guerra le había hecho todo el tiempo que militó en las banderas del siglo, pasó á ser soldado de Jesús en una Compañía que en modestia, en

honestidad y recato tan admirables ejemplos ha dado al mundo, en cuya profesión no es posible que dure el que no es muy fiel y constante en defender su pureza.

Para defensa de la suya tenía Antonio gran cuidado con la guarda de sus sentidos, particularmente de los ojos, por donde más de ordinario da sus asaltos á las plazas más guarnecidas el enemigo.

Defendía la suya como un muro fuerte con el ejercicio de la perpétua mortificación y grandes rigores de penitencia y mucho más con la continua oración y fuga de las ocasiones que es la que en estas batallas tiene más seguras las victorias.

Ya queda referido arriba que acometido de una grave tentación, se arrojó desnudo en aquel terrible hormiguero de bestezuelas, no menos formidables que las abejas, que lo dejaron todo el cuerpo lastimado y herido.

En varias ocasiones, como la que dijimos de Madrid, le armó el demonio ocultos lazos. En otras no atreviéndose ya á embestirlo despierto lo asaltaba dormido; pero nun-

ca lo estaba su castísimo corazón para hacer, aun ligado con el sueño, valerosa resistencia. Con que reparó felizmente las ruinas de su libre mocedad y vivió en la santa Compañía con aquella angélica pureza de cuerpo y mente que á sus hijos pide en su regla el Santísimo Patriarca.

El cual, si los deseó castísimos ángeles para el agrado de Dios y ejemplo del mundo, no menos rendidos y obedientes para el ascenso á la cumbre de la perfección. Con este fin les escribió aquella admirable carta de la obediencia, que debiera estar impresa con caracteres de oro, y ya que no cantarse en la iglesia, leerse frecuentemente en todos los conventos religiosos, como todos los meses se lee en los Colegios de la misma Compañía.

Ninguna cosa encarga en ella el fundador Santísimo que no la ejecutase el V. P. Antonio con toda exacción, obedientísimo hasta la muerte. Siempre reconoció á Dios en cualquier superior, resignando toda su voluntad y disposición de su persona en su sentir y querer, acudiendo á todo lo que se le man-

daba, no solo con puntualidad, sino con gusto y alegría.

Grandes sentimientos le comunicó Nuestro Señor sobre la suma felicidad de aquellos religiosos que se arrojan en los brazos de Dios y se dejan gobernar por los que en la tierra tienen sus veces y voces. Él mismo textifica que por muchos días fué la materia de su oración sola la voluntad de Dios y el deseo de hacerla perfectísimamente. Y dice que estas palabras: *Fiat voluntas tua sicut in cœlo & in terra*, eran para el bien templado paladar de su alma un panal sabrosísimo.

Hallándose en el colegio de Lima tenía muy vivos deseos de concluir sus negocios, para dar la vuelta á su amada provincia del Paraguay y á las reducciones de sus indios, que eran el centro de su propensión, y habiendo aquellos tenido la feliz expedición que les pudo desear, partió de aquella gran ciudad, patria suya, con tanto gusto como vuelve á ella el que se ve libre de un penosísimo cautiverio, no tan gozoso por bien despachado, cuanto por salir del bullicio y visitas

de palacio, que siempre iba á él como á lugar de suplicio.

Caminó por tierra y por varios y muy ásperos climas, tolerando con gran paciencia las incomodidades y fatigas de tan largo viaje. Llegó á Potosí y á Chuquisaca, y habiendo en su audiencia Real diligenciado los despachos muy á favor de su perseguida provincia, continuó su camino hasta la ciudad de Salta, primera de Tucumán.

En ella se le dió aviso de nuevos accidentes y negocios graves y nuevo orden de sus superiores que volviese á Lima, porque para ellos era allí muy necesaria su asistencia.

Bastóle saber la voluntad de aquellos, que juzgaba ser la de Dios, para no escuchar las réplicas de su vejez cansada y dar la vuelta, caminando mil y doscientas leguas sin descanso alguno.

Entró en aquella insigne ciudad con universal aplauso y consuelo de domésticos y extraños que habian sentido mucho su partida, cuando deseaban y pretendían perpe-

tuarlo en ella. Y era que Dios la quería honrar con sus preciosas reliquias.

Escribióle de Paraguay el religiosísimo Padre Diego de Boroa algunas advertencias para acabar de una con tan sangrienta persecución, significándole que personas bien entendidas juzgaban por necesario que volviese á España.

A esta carta respondió el verdadero obediente lo que se sigue:

«Cuanto á mi ida á Europa, digo que soy un escarabajo, pero quisiera que mis superiores me entendiesen, que yo ni tengo ni jamás he tenido, desde que entré en la Compañía, propia voluntad. Y que después que estoy en ella, nunca he buscado: *Quæ mea sunt*, antes he inclinado siempre á abrazar con toda mi estimación lo que otros desprecian, y me ha ido muy bien. Ni quiero ir á España ni volver á esa mi provincia, ni quedar en Lima, porque me hallo con la disposición de un jumento, que á cualquiera que le tira del cabestro sigue (esto fué lo más que de su rendimiento al divino querer, dijo el rey David: *Ut iumentum factus sum apud*

Te.) Yo no vivo en lugar, sino en quien no lo ocupa, llenándolo todo con su inmensidad porque lo que busco lo hallaré, así en el palacio del rey como en la cocina del colegio de Santa Fé.

Con esta disposición de mi ánimo he pasado tan penosos viajes y temples tan opuestos á mi salud, con tanto consuelo, que los días me han parecido cortos, las jornadas breves y el comer de veinticuatro en veinticuatro horas un pedazo de pan y queso lo he tenido por mucho regalo.

Lo que mi afecto con todas sus ansias desea es servir en una cocina, olvidado de los hombres y sin correspondencias del mundo; y si esto no consigo, llévolo con toda resignación de mi voluntad, porque todo se endereza á cumplir la de Dios y á servir á esa santa provincia.»

Hasta aquí el obedientísimo P. Antonio Ruiz, y no hay más que decir para quien se entiende de primores de perfecta obediencia que es la virtud que más constituye al hombre en estado de perfecto religioso.

CAPÍTULO XXXI

De otras heróicas virtudes y casos de mucha edificación que le sucedieron en Lima.

—

Como toda la vida del P. Antonio Ruiz, desde su conversión y entrada en la Compañía, fué una tela rica toda ella bordada de varias flores de heróicos actos de virtudes, mal pudo historiarse aquella, sin hacer de alguna destas en cada capítulo mención, por donde no fuera facil sacarlas de sus puestos y reducirlas á un lugar sin repetir los motivos que tuvo para ejercitarse en ellas.

No parecen menos bien á la vista las di-

versas flores confusamente esparcidas en sus eras, que recogidas todas en un ramillete. Quien era tan obediente, dicho se está que había de ser humilde de corazón.

Fué extremado en hacer vilipendio de sí mismo cuando más digno empleo por sus excelentes virtudes y grandiosos méritos de la común estimación.

Cuando concluía alguna obra árdua del servicio de Dios, publicaba que no era hazaña de su valor, pues en sí ni reconocia habilidad ni fuerzas para cosa buena ni podía proceder de principio tan vil. Y como todo lo atribuía á Dios, obligaba con eso á Su Majestad á que le diese felicísimos sucesos en sus empresas porque sin esta asistencia especial del divino poder, ¿cómo pudiera salir con la gloriosa conquista de naciones tan bárbaras y belicosas como los Guañañas y Tayaobas?

Y lo que los valientes españoles en tantos años no pudieron conseguir con el terror de su nombre, con la fama de su valor, con el estruendo y potencia de sus armas, eso alcanzó felizmente un pobre sacerdote con una

sotana vieja de lienzo grosero por escudo, contra las lluvias de sus flechas, y con una cruz de madera por espada.

Con piadosa curiosidad deseó saber un religioso del colegio de Lima cierta maravilla que se decía haber obrado Dios por el P. Antonio. Rogóle le contase cómo había sucedido, que le empeñaba su palabra de guardarlo para sí. Condescendió el Padre con su petición, y díjole:

—Yo, Padre mío, no reparo en que esto se sepa ó se deje de saber; bien puede V. R. decirlo á quien gustare, que no publicará cosa mía que me pueda desvanecer; porque ¿por ventura eso hícelo yo? Yo soy una gusarapa vil, un palo en la mano de Moisen, un flaco instrumento de quien Dios se quiso servir para eso.

Quedó el Padre muy edificado de tan profunda humildad y maciza virtud.

De su rara abstinencia, ¿qué diremos? Que toda su vida en la religión fué una continua Cuaresma de ayunos rigurosísimos, más que á pan y agua, pues fueron muchos años agua sin pan.

A la fruta cuando vivió ó pasó por donde la había, tuvo natural inclinación y la mortificó de suerte que aun de verla y tocarla se recataba.

Esta mortificación le pagaba Nuestro Señor de contado con gustos del alma y aun tal vez del mismo cuerpo, porque un día sintió que le pusieron en la boca una como bala grande ó bola de alcorza que le comunicó una suavidad y dulzura tan grande que afirmó no había cosa que con ella se pudiese comparar en todos los dulces y regalos del mundo.

En los últimos años de su vida, cuando se recogía á hacer los ejercicios del Santo Padre Ignacio, no se desayunaba en todos ellos, que es lo que se admira tanto en algunos Padres de las Tebaidas de Egipto.

Ocho días enteros pasaba sin otro alimento que el del Santísimo y del maná que le llovían en la oración los cielos. Y aunque solía encerrarse en su celda con un par de panes, por si acaso se viese muy desfallecido de la hambre se advirtió que los restituía enteros.

Cuando para la peligrosa conquista del Tayaoba se dispuso con cuarenta días de ayuno y oración, no comía sino un puñado de harina de Mandioca con agua, y este manjar le daba tantas fuerzas como si comiera sustanciosos pistos.

Varias veces habemos apuntado su cordialísima devoción con la reina de los Angeles y los grandes favores que de su mano recibió. Recreábase con su dulce memoria; ocupaba mucha parte del tiempo en la meditación de sus misterios y singulares prerrogativas y virtudes; teniale consagradas todas sus obras y procuraba que fuese amada y servida de todos sus feligreses. Con esta leche de su devoción criaba á los indios recién convertidos.

En todas sus tribulaciones tenía por sagrado la invocación de los dulcísimos nombres de Jesús y de María; pero reparó el V. P. que cuando visiblemente le acometían para matarlo los demonios no tan presto se retiraban á los ecos del Santísimo nombre de Jesús, y en pronunciando el suavísimo de María con la oración del *Sub tuum præsi-*

dium, luego desaparecían. Y es lo que con atrevida piedad dijo el glorioso San Anselmo: *Velòcior est nonnumquam salus, invocato nomine Mariæ quam implorato nomine Iesu.*

Grande fué su amistad, familiarísimo su trato con los Santos Angeles. Estos le guardaban el sueño y lo despertaban para la oración; en traje visible, como al Santo Tobías, le acompañaban en sus peregrinaciones, lo asistían y consolaban en sus desamparos y lo defendían en sus peligros. Un día le mostró Nuestro Señor un Cherubin y la grandeza de gloria que gozan estos celestiales ministros de su Real Palacio. En otra ocasión le aparecieron dos ángeles, y cautelándose no fuesen de tinieblas transfigurados en de luz, estos le dijeron:

—No temas, que todos somos criados de la casa de Dios, y la plaza que tú sirves en ella no es para príncipes ó grandes señores.

Sin más decir, desaparecieron, dejándolo muy confirmado en su vocación y deseos de perseverar hasta la muerte en la conversión de los indios.

Al paso que era entrañable la compasión que tenía á las almas del Purgatorio, hacía cuantas diligencias le eran posibles para socorrerlas con todo género de sufragios, oraciones, misas, indulgencias y obras satisfactorias. Varias veces se le aparecieron implorando su favor, especialmente las de los pobres indios y negros, por quienes, por más destituídos y olvidados, ofrecía de ordinario la satisfacción de sus obras meritorias. Y muchas volvieron á darle gracias de verse libres ya, por sus ruegos, de aquellas penas.

Tres religiosos de la Compañía, que habían vivido y muerto con grande opinión de santidad, lo visitaron, y el uno dellos le dijo:

—Esta es la gloria que da Dios á los que fielmente y con perseverancia trabajan por su amor en beneficio de las almas.

Entre otros ya ciudadanos del cielo, que alcanzaron licencia de Dios para volver á consolar al P. Antonio Ruiz con su vista gloriosa, una fué la Venerable sierva del Señor Doña Luisa Melgarejo, tan conocida y venerada en Lima por la opinión de su gran san-

tidad, con quien en vida tuvo muy santa correspondencia.

Visitábala el Padre frecuentemente en su enfermedad, y un dia le dijo la enferma que después de muerta le habia de volver las visitas.

Respondióle el Padre Antonio con mucha gracia:

—Pero venga de suerte que no me espante.

Cumplió su palabra al séptimo dia después de su muerte, apareciéndosele cercada de resplandores de gloria. Y porque esta nobilísima señora creció mucho en perfección con el trato del P. Antonio Ruiz, cederá en crédito de los dos hacer aquí una relación sumaria de su santa vida.

Ilustrísimos fueron los ejemplos de todas las virtudes con que edificó por espacio de muchos años la gran ciudad de Lima, madre fecundísima de grandes santos.

A cierta religiosa muy favorecida de Dios le dijo Su Majestad:

—Hágote saber que amo mucho á Luisa Melgarejo.

Aun en vida de su marido tenía las casas de su habitación cerca de la de la Compañía de Jesús, con que su vida, particularmente por las mañanas, más era en la casa de Dios que en la suya.

Oía todas las misas que se decían en aquella iglesia, y las tardes que por alguna fiesta se abría, las gastaba delante del Santísimo en fervorosa oración.

No gustaba desto mucho su marido, pareciéndole que hacía falta al buen gobierno de su familia; pero Nuestro Señor le dió á entender que no la hacía, y que la gobernaba mejor orando en el templo, con un manifiesto milagro.

Salió un dia de su casa este caballero, dejando en ella á doña Luisa, que no trataba de salir, y sin divertir á otra parte, fué á una iglesia á oir misa, entró en ella, y lo primero que vió fué su mujer de rodillas delante del Santísimo Sacramento, de donde fué preciso el colegir una de tres, ó que Dios la habia trasladado por el aire de su casa al templo, ó que puso su cuerpo en dos lugares, ó

que algún angel en cuerpo asunto substituyó por ella.

Movido con esta maravilla, le dió de allí adelante amplia facultad para estar todo el tiempo que gustase en la iglesia, como lo hacia, sin faltar por eso á las domésticas obligaciones.

Regalábala el Señor mucho con milagrosos raptos después de la sagrada comunión. El tiempo que estos duraban no oía las voces que le daban otros, pero sí las de su confesor, y cualquier cosa que éste le mandase, la oía y ejecutaba con toda puntualidad.

Ejercitóla Nuestro Señor por espacio de quince años con contínuos sobresaltos y temores sobre el punto de su predestinación, y aunque la traían muy afligida llevaba este tormento con gran resignación en la voluntad divina.

Aparecióle finalmente Cristo Señor Nuestro y ahuyentó aquella tempestad, consolando á su sierva con aquellas dulces palabras que dijo á la Magdalena:

—Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho.

Desde este punto quedó su alma abrasada en nuevos incendios de amor, y no podia oir el nombre de Cristo, donde quiera que estuviese, que como fuera de sí no exclamase á voces:

—Mi Señor, mi amado Salvador.

Señalóse mucho en todas las virtudes; su humildad fué profundísima y sin afectación. Extremada su paciencia en las enfermedades, que por muchos años la tuvieron clavada en un lecho. En la capilla de su casa le decian misa los Padres de la Compañía, y dos veces cada semana le ministraban la sagrada comunión. Premióle Dios esta invencible paciencia con una merced á pocos concedida, mandando que dos ángeles la asistiesen y consolasen conversando familiarmente con ella.

Los Padres espirituales que gobernaron su espíritu fueron el gran P. Diego Alvarez de la Paz, bien conocido por sus escritos, el P. Diego Martínez y el P. Diego de Torres, todos varones de los más eminentes en esta facultad, que en aquella era florecieron en el reino del Perú.

Estos dejaron notícias de muchos favores que esta mujer varonil recibió, aunque no pudieron darlas de todos, por haber quemado ella misma, á instancias de su humildad, los papeles en que los habia escrito por orden de sus superiores, que le mandaron los escribiese, pero no que no los quemase, con que satisfizo á su modestia y humildad, sin dejar agraviada la obediencia.

Fué su muerte á 18 de Febrero de 1651. El entierro en el colegio de la Compañía de Jesús con extraordinario concurso de todos estados, y asistencia del ilustrísimo arzobispo y cabildo de aquella santa iglesia metropolitana.

Con el mismo lucimiento se le hicieron las honras al octavo dia, con una elegante oración fúnebre que de sus virtudes hizo el Padre Francisco de Contreras, insigne predicador de la misma Compañía.

CAPITULO XXXII

Muerte dichosa del P. Antonio Ruiz de Montoya revelaciones de su gloria.

—

Bien dijo el apóstol: *Sperat autem iustus in morte sua.* Para los malos es la muerte objeto de temor, para los justos de esperanza. Deséala como puerta por donde ha de entrar en pacífica posesión de la eterna vida. Suspira por ella como el preso y cautívo por su libertad, y como el desterrado por la vuelta á su amada patria, y como por el puerto el navegante, que por borrascosos

golfos trae la nave lastrada de plata y oro y ricas mercancías.

Con estos ojos miraba la muerte el mismo apostol cuando decía: *Cupio dissolvi & esse cum Christo.* Y en otra parte: *Quis me liberabit de corpore mortis huius?* Los que tienen por patria este mundo y viven olvidados del cielo, anegados en piélagos de honras, delicias y regalos, esos se alteran con solo el nombre de la muerte; pero un Pablo y á imitación suya un apostólico Padre Antonio Ruiz, cuyo vivir fué un continuado morir y penar, más motivos tuvieron para desearla que para temerla.

¿Qué fué la vida deste venerable varón sino un prolongado degüello con cuchillo de palo, como lo profetizó el santo martir Roque González? Y como si no fuera harto para labrar su corona lo que padeció en la fundación de sus reducciones, pocos meses antes de su muerte, estando en el colegio de Lima en oración fervorosa, ofreciéndose á nuevos martirios, le mostró el Señor una grande y pesada cruz, dándole á entender lo mucho que aún había de padecer.

Presto sintió sobre sus flacos hombros esta nueva carga, porque llegaron los correos del Potosí con avisos de las nuevas persecuciones que se habian movido contra la provincia del Paraguay y contra las reducciones de los indios, cuya conversión le habia costado tanto y á quienes amaba como á hijos en Cristo. Viendo que en la tierra no habia remedio para tan graves males, acudió á buscarlo del cielo.

Recogióse á la heredad solitaria de Bocanegra para darse todo á la oración y encomendar al Señor aquellos trabajos, aumentó las penitencias, ayunos, disciplinas y otras mortificaciones para merecer la divina misericordia y porque tenía por dictamen de cristiana prudencia, que en semejantes casos se ha de acudir á los medios divinos, como si no hubiera humanos, y á los humanos como si no hubiera divinos; trató de hacer un nuevo memorial para el virey, en que le representó la aflicción en que se hallaban aquellos pobres cristianos recien convertidos á la fe, pues cuando todos los españoles debieran conspirar á acariciarlos y defenderlos, todos

tiraban á matarlos; lo que había de servir de tropiezo grande para la predicación del santo Evangelio.

En esta ocupación toda de su celo y caridad, le sobrevino al fuego desta el de una ardiente calentura que le gastó toda la sangre, causándole en su debilitado cuerpo intensísimos dolores. Luego entendió ser estos precursores de su muerte, pues hallándose tan postrado á rigores de fatigas y penitencias, no los habia de poder resistir.

Reconoció ser aquella la cruz que el Señor le habia mostrado, y muy gozoso se abrazó con ella. Un dia antes de su tránsito feliz, dijo á su confesor que era tanto lo que padecía que se admiraba de que no le hubiese ya acabado la vida, porque toda la suya era una muerte de cruz la cual llevaba con notable resignación.

Tuvo noticia el Padre rector del colegio de Callao, cuya es la hacienda de Bocanegra, del peligro en que se hallaba el P. Antonio Ruiz, y como lo amaba tanto y conocía lo mucho que importaba su vida, envióle una litera para que con más comodidad

lo llevasen al colegio de San Pablo de Lima para que recibiese en un San Pablo la corona de los merecimientos y martirios que le habia ocasionado otro San Pablo.

Recibiéronlo los Padres de aquel colegio con toda demostración de caridad. Llamaron los médicos, que reconociendo la malicia de la enfermedad, ordenaron se le diesen luego los Sacramentos.

Recibió por la tarde el Viático y entrada la noche el de la Extrema Unción, con indecible devoción y consuelo de su alma, que después de su recomendación rindió suavísimamente en manos del que para tanta gloria suya la había criado, á los 11 de Abril de 1652, entre las doce y una de media noche.

En la misma hora en que espiró el V. P. Antonio Ruiz, estaba en oración en su convento un religioso de Nuestra Señora de las Mercedes, gran siervo de Dios, llamado Fray Pedro de Urraco, á quien el P. Antonio visitaba y trataba como á santo.

Este vió en aquella misma hora al P. Antonio Ruiz que subía muy glorioso al cielo.

Alegre con esta visión, por el amor que le tenía, y concepto grande de su santidad, fué luego á manifestarla á su confesor, que era el P. Fr. Francisco Mesía, el cual lo textificó por escrito con todas sus circunstancias del lugar, tiempo y persona, que tuvo la visión. Y porque *in ore duorum, vel trium testium stat omne verum.*

La misma visión y al mismo tiempo que el P. Fray Pedro, tuvo otra persona religiosa de aquella ciudad. Parece ser que el Padre Antonio había tenido poco antes revelación de su muerte, por lo que le sucedió con dicho Padre Francisco Mesía, muy amigo suyo.

Fuéle á ver en su convento, y al despedirse le dijo:

—Abráceme V. P., que no nos habemos de ver más en esta vida, sino en el cielo.

No lo creyó esto el P. Mesía, porque tenía intención de volverle en el colegio la visita, como lo hizo; pero aunque el P. Antonio estaba en el colegio y lo buscaron con todo cuidado, nunca lo pudieron hallar y se hubo de volver sin verlo el P. Mesía, ni lo vió

más, en cumplimiento de lo que le había dicho el P. Antonio.

Fué muy sentida su muerte en la ciudad de Lima, donde era ya muy conocido y más amado por la fama de su santidad particularmente del excelentísimo señor conde de Salvatierra, su virey, que le estimaba mucho, y solía decir que en los negocios de Paraguay no quería otras pruebas de la verdad que el testimonio del P. Antonio Ruiz. Y así luego que supo el peligro en que estaba lo envió á visitar con un caballero de su casa, y á decirle que por haber llegado en aquella hora del puerto del Callao, no le iba á ver.

El Padre Antonio respondió que estimaba mucho el favor que su excelencia le hacía; pero que el mayor que podía esperar de su piadosa mano, era se sirviese de mirar con ojos de padre la provincia de Paraguay, que si Dios, como esperaba de su infinita misericordia, lo llevase al cielo, se mostraría agradecido.

Volvió su excelencia á enviarle su médico para que le asistiese y le avisase del estado

de su enfermedad y las esperanzas que podía tener de su salud.

Luego en amaneciendo comenzó á concurrir al colegio gente de todos estados, diciendo venían á ver al santo Padre; particularmente por la tarde cuando lo enterraron fué el concurso grandísimo, besando unos el venerable cuerpo, otros tocando en él sus rosarios y alcanzar por gran merced alguna reliquia suya.

Acudió el virey al entierro, y para más mostrar lo que le había querido vivo y lo que muerto lo veneraba, su excelencia, con los oidores del Real Consejo, llevaron á la bóveda el ataud con grande ejemplo de cristiana piedad.

El mismo concepto hicieron de su heroica santidad todos los seglares que le trataron. En particular los más graves religiosos de la Compañía, desde el principio de su noviciado, los Padres Diego de Torres, Nicolás Durán Mastrillo, Pedro de Oñate, todos Provinciales de Paraguay. El P. Josef Cataldino, misionero apostólico y muy ilustrado de Dios, tenía notados grandes ejemplos de to-

das las virtudes. El P. Simón Maceta, no menos insigne en santidad y celo de las almas, dejó muchos cuadernos escritos de cosas memorables del P. Antonio, y dellos se han sacado varios sucesos de los referidos en esta historia. El mismo testimonio dieron los Padres Diego Ferrer, Ignacio Henart, Juan de Salas y todos los demás que lo tuvieron por Padre y Superior de aquellas reducciones.

El P. Simón de Ojeda, procurador general á Roma de aquella provincia, que se halló en Lima á su dichoso tránsito y solemne entierro, dice así en una carta:

«El P. Antonio Ruiz murió como vivió, siempre santo. Ha sido sentida su muerte en toda esta ciudad, que lo veneraba como á tal. Acudieron el señor virey y Real Audiencia á su entierro, y le llevaron desde la capilla hasta la iglesia. El concurso de la gente, grande, que á porfía le cortaban el vestido para guardarlo por reliquia; tanto, que fué necesario defenderlo y enterrarlo aprisa, porque no lo acabasen de desnudar y cortarle los dedos y cabellos.»

El P. Felipe Alegambe, en su *Biblioteca de los Escritores de la Compañía*, dice así: *Antonius Ruiz de Montoya, natione Peruanus* (debiera, á mi pobre juicio, añadir: *Hispanus*, porque en el Perú nacen muchos que no lo son, y el P. Antonio era hijo de español andaluz) *Patria Limensis vir strennuus & impiger in Paraquaria operarius, qui & Collegiis ibi proœfuit & plerasque in Uruaiana Provincia Reductiones incredibili labore constituit. Abstineo plura de illo memorare ut superstitis etian nunc modestiœ serviam.*

También pudo temer agravio de su modestia y humildad, con decir que presidió Superior de colegios, porque al Gobierno destos hurtó siempre el cuerpo y solamente admitió el superiorato de las reducciones, porque tenía *plus oneris, quam honoris.* Que siempre á las cargas dió gustoso ambos hombros el apostólico varón, y á los cargos y honras lo hubieron de arrastrar con violencia.

CAPITULO ÚLTIMO

De alpunas maravillas con que declaró Dios la santidad del P. Antonio Ruiz después de su muerte.

Corrió luego la nueva de la dichosa muerte del P. Antonio Ruiz por todos los reinos y provincias del Perú, donde era tan conocido por lo apostólico de su vida y grande de su santidad y en muchos días no se hablaba de otra cosa que de los singulares ejemplos de sus virtudes, de los gloriosos trabajos que había padecido en la predicación del Evangelio, de las naciones bárba-

ras que redujo á la fe y obediencia del rey católico, de las revelaciones de su gloria.

Por muy dichoso se tenía el que alcanzaba alguna reliquia, prometiéndose grandes beneficios de Dios por su intercesión. Una señora que lo había conocido y tratado con él las cosas de su alma, y venerádolo por muy amigo y favorecido de Dios, se hallaba por este tiempo gravísimamente enferma de un cáncer que le había consumido una pierna y parte del muslo, y sin poderlo atajar con varios remedios, iba cundiendo por lo restante del cuerpo.

Deseó mucho alcanzar alguna reliquia del Venerable Padre, y entró en esperanzas de que con ella había de curar de un mal que médicos y cirujanos daban por incurable. Tuvo ventura que llegó á sus manos una carta que el Padre había escrito toda de la suya.

Recibióla con grande reverencia y devoción, aplicóla á la disforme llaga con viva fe en los méritos de aquel gran varón, que ella había venerado por santo; durmió con grande descanso toda aquella noche, lo que

en muchas pasadas no había podido conseguir; por la mañana quiso reconocer el estado de su llaga, que no sentía ya rastro de dolor ni pesadambre; hallóse del todo sana, y que toda la materia y podredumbre se había pegado á la carta. Quedó no menos admirada que agradecida al Señor, y á su siervo el P. Antonio, á cuya reliquia atribuía aquella repentina y milagrosa cura, y para mayor gloria de los dos, se hizo pregonera de aquel portento.

Los que hicieron más llanto y más lágrimas derramaron con la nueva de su muerte, fueron los indios de las provincias que el apostólico Padre había sacado de las tinieblas de sus errores y traído á las luces de la fe, porque le amaban mucho y le tenían por carísimo Padre, y debíanle todo ese cariño porque siempre hizo con ellos oficio, no solamente de próvido Padre, sino también de madre amorosa.

Renovaron las memorias de las obras milagrosas que Dios había obrado por él y de que ellos mismos habían sido testigos de vista; referían profecías varias de cosas futuras

que muchos años antes que sucediesen se las había anunciado como si las viera presentes, y todas las habían visto al pie de la letra cumplidas.

Contaban como lo habían visto varias veces arrebatado en el aire estando en oración, y señalaban los puestos donde estos raptos habían sucedido; todos á una voz lo aclamaban santo.

De aquí nació el hacer instancias vivas á los Padres misioneros para que se trasladase su cuerpo de Lima á las reducciones, para tener el consuelo grande de su compañía, pues por ella esperaban de Dios crecidas mercedes y segura defensa de todos sus enemigos, porque así se los había prometido el mismo P. Antonio cuando se despidió dellos para el viaje á España, asegurándolo, que si muriese en ella, sus huesos los traerían á sepultar en su tierra.

Más dificultoso, por no decir imposible, parecía trasladar por tierra desde Lima á las reducciones en las extremas partes del Paraguay, que por mar á Buenos Aires de España. Este al parecer imposible, intentó y

revenció la importuna piedad de los indios, á cuya petición el Provincial de Paraguay escribió al P. Juan Antonio Manquiano, residente Procurador en Potosí, el cual hizo apretadas diligencias con los de Lima, y aunque al principio hubo gran dificultad en sacar la licencia, al fin la porfía la sacó y el santo cuerpo se trujo con la debida reverencia á dicha villa de Potosí.

Fué cosa muy digna de admiración que habiendo negociado dicho Padre Manquiano su traslación con tanta solicitud y hablado y escrito sobre ella tantas veces, con todo, hasta que los venerables huesos llegaron á Potosí y los vió ya en ella, nunca se habia acordado de lo que en Madrid le sucedió con el mismo P. Antonio Ruiz. Y fué el caso què acompañándole un dia á casa del presidente de Indias, entrando á hacer visita á unas señoras que tenian mucha estima del Padre, y no poco le ayudaban en sus negocios, contándoles á instancia suya que gustaban mucho de oirle los grandes trabajos que se padecían en la conversión de los indios, yendo á caza dellos por los montes, dichas señoras

como lastimándose de que el P. Antonio hubiese de volver á aquellas fatigas y peligros, le dijeron:

—Padre Antonio, déjese ya de jornadas y navegaciones, quédese acá y conviértanos á nosotras como allá lo ha hecho con tantos gentiles. Mire que es buena tierra Madrid, por su vida que se quede en ella.

Agradecióles el P. Antonio el celo que mostraban de su salud y comodidad y respondió con gran fervor y desprecio del mundo:

—Señoras, esta corte de Madrid es muy buena para dejarla por amor de Dios.

Y volviéndose á su compañero el P. Juan Antonio Manquiano, como si ya previera profeta las diligencias que habia de hacer desde Potosí para trasladar su santo cuerpo al Paraguay, le dijo:

—Padre Manquiano, no permita V. R. que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procure que vayan á donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron han de descansar.

No se habia acordado desto el P. Manquiano en todo el tiempo que diligenció la traslación, hasta que vió los huesos en Potosí. Entonces se acordó y conoció que sin duda el Señor habia revelado al P. Antonio lo que él habia de hacer en obsequio de sus reliquias después de su muerte, pues él fué el que negoció y consiguió que no quedasen entre los españoles.

Aquí también constó claramente de otra revelación que el P. Antonio Ruiz tuvo de su muerte. Y fué desta manera, según lo refiere el V. P. Diego de Boroa, otro apóstol de aquellas provincias. El cual textifica que le escribieron de Madrid que estando el Padre Antonio gravísimamente enfermo en el colegio imperial, tanto que los médicos no daban esperanzas de su vida, notificándole aquellos Padres el peligro, les aseguró con toda certidumbre que no había de morir en Madrid ni en otra parte, sin haber vuelto primero á pisar tierra de su provincia de Paraguay.

Y añade el P. Boroa, que desde que recibió esta carta, vivió siempre atento á ver

cómo se cumplía esta profecia. Y finalmente, con gran consuelo suyo la vió cumplida, porque el P. Antonio en Madrid convaleció presto de su enfermedad, y volvió á Lima y desde aquí partió para la provincia del Paraguay, y llegó á tomar tierra en ella, en el colegio de la ciudad de Salta, que es el primero de aquella provincia. Y allí tuvo orden de los Superiores para volver á Lima al remedio de los males que padecían sus reducciones, y allí murió, cumpliéndose lo que en Madrid había profetizado, que no había de morir, sin primero volver á la provincia del Paraguay.

Entre tanto que venían de Lima sus reliquias, sucedieron en las reducciones algunos que se tuvieron por milagros y los obró Dios per medio de unas cartas del P. Antonio Ruiz.

Habiendo adolecido de una disentería de sangre Nicolás Ruiz, compañero fidelísimo en todas las peregrinaciones del P. Antonio, y que por su amor había tomado su sobrenombre y cada día le ayudaba á misa, era el humor tan ardiente y maligno, que le

abrasaba las entrañas y por instantes le iba acabando la vida.

Hallábase este mozo enfermo en la reducción de Nuestra Señora de Loreto que corría por cuenta del P. Pedro Comental, el cual viéndolo morir sin remedio, preguntóle si tenía alguna cosa de las que le había dado el P. Antonio Ruiz?

Respondió que no tenía, aunque le había dado muchas, porque todas las había repartido entre los amigos sus devotos.

Sacó entonces el Padre una carta que tenía suya, dióla al enfermo, mandóle la aplicase al vientre con viva fe y firme esperanza de que Dios le había de dar salud por intercesión del Venerable Padre.

Tomó el enfermo la carta, y con muchas lágrimas de devoción la aplicó á la parte donde sentía la vehemencia del dolor y del fuego con que interiormente ardía. En el mismo instante, como con un rocío del cielo, se le refrescaron las entrañas, durmió con la carta aplicada á la parte afecta, y despertó totalmente libre del accidente, y hoy vive sano y libre, no solamente deste, sino tam-

bién de otros muchos achaques que antes padecía.

Del mismo accidente se hallaba muy apretado otro indio carpintero, que actualmente labraba unas puertas y ventanas para la iglesia, sentían mucho todos los del pueblo su muerte, porque era muy amado de todos por su habilidad y más por sus buenas costumbres, que le merecieron el oficio de fiscal de la Iglesia.

Acudióle el Padre Comental con la misma carta del P. Antonio; aplicóla con la misma fe; luego comenzó á comer, teniendo antes notablemente postrado el apetito. A la comida siguió el descanso del sueño. Despertó con entera salud, y luego, por la mañanita, se levantó y fué á la iglesia á dar gracias á Dios y á trabajar en la obra, como si no hubiera tenido rastro de tan grave enfermedad.

Una niña de seis años, hija de un cacique principal llamado D. Josef Aripú, de la misma reducción de Loreto, había mucho tiempo que padecía gota coral; dábale este mal frecuentemente, y siempre la dejaba como

muerta. Aplicáronle sin provecho varios remedios.

Envióle el P. Comental á su padre la misma carta, y hallándola con el mal sin sentidos, luego que se la pusieron sobre el corazón volvió en sí y quedó libre por muchos meses, dándole antes muchas veces en un mes. Un dia hizo amago de acometerla otra vez, Acudió volando su padre á pedir la carta. El P. Comental cortó solas dos líneas della, y se las mandó llevar en una bolsita de reliquias con que nunca más le ha repetido el accidente.

Con ocasión de estos casos milagrosos que obró después de muerto, se vinieron á saber otros que habia obrado vivo. Sabiendo el P. Cristobal Portel que se escribía la vida deste apostólico Padre, se acordó de lo que á él le habia sucedido con un hermano coadjutor de la misma Compañía en el colegio de la Asunción, donde á la sazón se hallaba el P. Antonio Ruiz. Era morador de dicho colegio este hermano, oficial de carpintería, muy poco ajustado á la regular observancia, llamado Juan de Morales.

Los superiores, deseando su perseverancia, le avisaban de sus faltas, ya con secretas y amorosas amonestaciones, ya con públicas penitencias, para satisfacción de la comunidad, á quien aquellas eran bien notorias, pero él no trataba de su enmienda.

Llegó por este tiempo el P. Antonio Ruiz, y sabiendo el peligro de que por incorregible lo despidiesen de la Compañía llamólo á su celda y hablóle con llaneza y caridad, y muy al corazón.

Viendo el Padre la poca mella que la batería de sus razones y saludables consejos hacía en aquel pecho de diamante, le dijo con más claridad:

—Mire, hermano mío, que si no se enmienda no podrá durar en la Compañía y en saliendo della, tenga por cierto que lo han de matar.

El efecto que hizo la fraterna, fué que en lugar de temer y tratar de corregirse, salió del aposento despechado y se fué á su carpintería, frenético de cólera contra el médico celoso de su salud.

Acertó á pasar por allí el P. Cristobal Por-

tel, que aun era hermano estudiante, vióla alterado y furioso, preguntóle la causa. No tardó mucho en arrojar por la boca impaciente el veneno que encerraba en el corazón.

—¿No sabe—dijo—lo que me ha pasado agora? Sepa que salgo en este punto de la celda deste beato P. Antonio Ruiz, y me ha dicho que si no me enmiendo me han de echar de la Compañía y que me han de matar en saliendo de ella. ¿Quién le mete en cuidar de vidas ajenas, y en hacerse profeta de mal agüero? Mire qué gentil vinagre.

—Repórtese, carísimo, le dijo entonces el P. Portel, y advierta que el P. Antonio Ruiz es varón santo y muy ilustrado de Dios, y se sabe que muchas cosas ha profetizado que han sucedido como las dijo. De mí le digo, que si á mí tal me hubiera amenazado no pudiera dormir ni sosegar de pena y temor, y que hiciera en mi vida tal mudanza que con ella asegurara mi perseverancia en la Compañía. Así lo debe hacer el hermano si es cuerdo, y como tal desea verse libre de la expulsión y desastrada muerte. No aguar-

de el conocerse y arrepentirse para cuando no pueda ya remediar su daño.

Pero ni estas razones, sobre las que el Padre Antonio le habia propuesto, ablandaron su empedernido corazón. No cuidó de la enmienda. Echáronlo de la Compañía y dentro de poco tiempo lo mataron á puñaladas.

Otro religioso de la misma Compañía con quien el P. Antonio habia comunicado muy familiarmente, dice en su deposición que un dia conversando con el P. Antonio, este le descubrió, como si le leyera el pensamiento, lo que él tenía oculto en su corazón, que sin revelación divina era imposible el saberlo, y le aconsejó lo que habia de hacer para bien de su alma. A otros muchos profetizó lo que les habia de suceder en tiempos venideros, y después de muerto, publicaron haberles sucedido todo como el Padre lo habia profetizado.

De Potosí llevaron su santo cuerpo á Córdóba de Tucuman, á tiempo que en aquel colegio se había juntado la Congregación provincial, á la cual vino de las reducciones

el P. Pedro Comental que era el que mucho había solicitado para consuelo de aquella nueva cristiandad la traslación de aquel tesoro en sus ojos preciosísimo.

Recibiéronlo aquellos Padres con toda reverencia y devoción, y con la misma lo llevó el P. Comental á las reducciones, donde la piedad de los indios le hizo todas las fiestas y obsequios que se permiten á varones tan santos que aún no están declarados por tales con la autoridad de la católica Iglesia.

Embarcáronlo en el gran río Paraná en la balsa en que iba el P. Comental, convoyada de otras muchas de indios amigos. Quiso el cielo con un nuevo milagro declarar los grandes méritos del Venerable Padre Antonio Ruiz, y conciliar nueva reverencia á sus reliquias.

Levantóse una brava tempestad, con que todas las demás balsas se fueron á pique, aunque se salvó la gente, y sola la que llevaba el cuerpo del apostólico Padre no se hundió, con admiración de todos, por haberse llenado de agua las dos canoas; pero que maravilla que el cuerpo vencedor de la

borrasca surgiese en salvamento en la tierra cuando el alma dichosa, superior á tan desechas tormentas de trabajos y persecuciones, rica de tantos merecimientos y tan heróicas virtudes tomó el deseado puerto en el cielo.

Aquí también lo tomará esta mi historia dándome á mí repetidos parabienes de mi dicha en haber conocido y tratado familiarmente varón tan admirable y á su Santísima madre la Compañía de Jesús, de aquella inexhausta y gloriosa fecundidad con que da cada día á la santa Iglesia millares de hijos tan esclarecidos para apóstoles de ambos mundos, para ideas de la más sublime perfección para reformación de las cristianas costumbres, degüello de la heregía y conversión á la fe del gentilismo de las Indias de Oriente y Poniente, sin desdecir con el tiempo del primitivo espíritu y fervoroso celo de la mayor gloria de Dios y propagación de la católica fe, en que tanto florecieron aquellos primeros Padres y fundadores desta ilustrísima familia, planta hermosa con frutos de oro, por quien con ver-

dad se puede decir: *Uno avulso, non deficit alter Aureus & simili frondescit virga metallo.* Y yo entenderé que por ella también dijo el rey David: *Pro Patribus tuis nati sunt tibi Filij constitues eos Principes super omnem terram memores erunt nominis tui Domine.* A este clarísimo y santísimo Nombre se dé de todo la gloria en tiempo y por eternidad.

Soli Deo Honor & Gloria.

FIN DE LA VIDA DE RUIZ MONTOYA

RELACION

DEL

MARTIRIO

de los PP. Roque González de Santa Cruz, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, de la Compañia de Jesús, padecido en el

PARAGUAY

á 16 de Noviembre de 1628

AL REY D. FELIPE NUESTRO SEÑOR

El P. Juan Bautista Ferrufino, Procurador general de la Provincia del Paraguay.

SEÑOR:

El Nuevo Mundo que los gloriosos progenitores de V. M. añadieron á sus imperios, no ha dado más coronas á V. M. que á la Iglesia; quizás para que se conozca que no es más poderosa la naturaleza que la gracia. En aquellos primeros capitanes que militaron á la gloria temporal de España, peleaba con secreto influjo el valor de sus reyes, pues á los ecos de su nombre crecía en los más cobardes el brío, como á la presencia del sol en las mieses perezosas.

En estos soldados del Evangelio, ¿quién duda que milita el católico celo de V. M. y aquel costoso deseo de dilatarle, y de que llegue el nombre de Cristo adonde se des-

deñó de penetrar la codicia de los hombres?

Los campos del Paraguay serán testigos desta verdad, pues los que por su estirilidad no merecían ser buscados de la humana ambición, los halló el celo de V. M. por medio de los ministros evangélicos, para fecundarlos con ambición religiosa.

Estas tres plantas de gloriosísimos mártires (primer fruto de aquellas vegas) se presentan ante V. M. como ante su señor natural esperando que no se dedignará de que lleguen á sus manos. A la manera que gusta V. M. alguna mañana coger por su mano propia las primeras flores del verano en sus reales jardines. Guarde Nuestro Señor la católica y Real persona de V. M., como la cristiandad ha menester.

JUAN BAUTISTA FERRUFINO.

Paraguay, provincia peruana, se divide en tres provincias, Paraná, Guayrá y Urugay. La descripción destos dilatadísimos reinos es de otro instituto. El Urugay, dichoso por las ventajas que hacen los indios naturales en la docilidad, ingenio y otras prendas de ánimo, recibe el nombre del río Urugay, que por espacio de trescientas leguas entre el Paraná y el Brasil, de Norte á Sur, le fecunda.

Cerca desta grande provincia se hallaba el P. Roque González de Santa Cruz, de nuestra Compañía, cuando codicioso de tan alta empresa como la de su religiosa conquista, maquinaba los ardides que profesa la milicia cristiana dictándole nuevos estratagemas la caridad, que no suele ser menos diestra que el arte más experimentado.

Era el P. Roque González natural de la ciudad de la Asunción, en el Paraguay, hijo de padres nobles en sangre y costumbres, que le criaron conforme á entrambas obligaciones, y él correspondió á la crianza y á la sangre.

Desde sus primeros años rayaron en el Padre las luces de la gracia que creciendo con ellos habían de ser después la luz de tantas naciones.

Comenzó su devòción antes que la razón (tanto suele adelantarse la gracia divina), y desde su niñez pronosticaba su vejez dichosa, siendo preludios de su gran santidad la oración, en que se ejercitó desde niño, con admiración de cuantos le miraban, haciéndole Nuestro Señor aun entonces muchos favores, como en prendas de la corona que le aguardaba.

En su juventud y en medio de la libertad de su patria, conservó la casta integridad de su alma. Y sacando desta virtud sus vecinos más admiración que ejemplo, cuando se ordenó de sacerdote, quisieron que cantase la misa con una palma en la mano, que aun desde entonces parece que querian, sin pre-

tenderlo, darle la posesión de la que habia de alcanzar con el martirio.

Rehusó esta honra la modestia del Padre, pero no pudo el curato de la catedral, facilitando el deseo del aprovechamiento de los prójimos las honras que dificultaba su templanza. Por esta causa huyó la dignidad de provisor y vicario general con que le búscó el obispo con pertinaz devoción y solo halló retiro deste peligro en la religión.

Entró en nuestra Compañía el año de 1609 con admiración de la ciudad y del reino, con grande logro de la religión y del novicio. Aún no habia dejado de serlo cuando su virtud suplió los años y se le encargó por los superiores, la misión de los Guaycures, gente feroz y digna conquista de su valor religioso.

Después en el Paraná aumentó los trabajos y las virtudes, que todos iban creciendo á un paso con los años.

Su paciente constancia le hizo digno de ser el primer apostol del Urugay, y á quien se reservaron las primeras huellas de aquellos campos, adonde últimamente, con el

precio de su sangre hizo avecindar á la Iglesia.

Hallábase, pues, este gran varón, (cuya vida logrará más larga historia) cerca del Urugay, y no contento con las conquistas pasadas, antes picado con la ganancia dellas se apercibía á nuevas victorias para la corona de Cristo.

Este designio que le hacia corta toda la grandeza de la tierra, le descubrió el camino á su deseo y á su corona. Cinco leguas de la reducción de la Candelaria (llamamos reducciones á las nuevas poblaciones de los indios que viviendo primero en los montes se redujeron con la diligencia de los Padres á vida política y humana) estaba un cacique en un puesto que llaman los de la tierra Caró.

Procuró, pues, el P. Roque ganar para Dios á este cacique, y con presentes pequeños, de los que hacía más preciosos la necesidad del que los recibía que el caudal de quien los daba, quedó ganado el indio con la misma ganancia.

Dió, pues, Quarobay (así llamaban al

cacique), licencia al Padre para pasar á sus tierras, á donde en la disposición de los montes que es todo el sustento de los indios y en el natural de ellos mismos, halló cuanto deseaba para una florida reducción, que es el primer paso que dan estos gentiles para la entrada de la fe.

Contento el P. Roque con tan feliz principio, como quien en él tenía ya acabada la mitad de la grande obra que emprendía, trató de pasar al Yuy, río que desembocando en el Urugay, dista solas tres leguas de la reducción de San Nicolás. Pequeña distancia, pero grande en su dificultad. Porque en una montaña que está vecina á este río se habían fortificado algunos indios enemigos, desde adonde habían hecho frontera aquel sitio contra el de nuestras reducciones.

El cacique principal de la tierra, famoso más por los hechizos é invenciones mágicas con que asombraba la bárbara ignorancia de aquellos brutos, que por el valor con que los sujetase, añadía al respeto de sus diabólicas industrias el poder del nuevo vasallaje de quinientos indios que habían au-

mentado el número de sus antiguos vasallos.

Insolente Nezu (este era su nombre), con el poder adquirido por miedo, que hace más sobervios á los cobardes que á los valerosos, había reducido su gente en poca distancia de tierra, en treinta y cinco casas ó atarazanas grandes, adonde se recogen tumultuariamente en cada una muchas familias, con la disposición que en España pudieran otras tantas cabezas de ganado.

No le bastó al bárbaro su fiereza contra la afable industria del P. Roque; antes atraído con secreta virtud, si ya no fué ambición de su propio lucimiento, bajó con el Padre á la reducción de San Nicolás, adonde pagando al indio el viaje con el aparato de su recibimiento y aplauso, y con los regalos y presentes útiles más que preciosos, volvió al parecer de los nuestros, más ganado que ganancioso.

Volvió, pues, á disponer el ánimo de sus vasallos para que en su pueblo formasen casa á los Padres y á su Criador.

Los indios, que á los preceptos de Nezu seguían siempre con pronta obediencia, en

breve edificaron casa é iglesia competente; mientras el P. Roque, por el mismo río arriba, á siete leguas, llegó á las tierras de Tabay, cacique famoso (á quien también lo era el Padre, aunque no conocido) para tratar de nueva reducción que dejó bien dispuesta, como lo dice la fundación que hoy se conserva en aquel sitio del pueblo llamado San Francisco Xavier.

Dió la vuelta desta reducción el Padre á la de San Nicolás, á donde con las nuevas de que Nezu tenía ya levantado templo y casa, trató de partirse á lograrla.

Hallóse en San Nicolás á esta sazón el P. Juan del Castillo, cuya fervorosa perseverancia le puso en ocasión tan gloriosa.

Era este Padre natural de la villa de Belmonte, en la Mancha, hijo de padres principales y ricos. Interrumpió los estudios de las letras en Alcalá por la religión, para proseguirlos después en Chile y en el Paraguay, á donde le trujo su vocación venturosa.

Su trato humanísimo y su pureza más que humana le granjearon en todos los de aque lla tierra una veneración amabilísima.

Empleábase en San Nicolás en la educación católica de aquella reciente cristiandad, con más medra del pueblo que de su salud. Porque habiéndola perdido por sus cristianas ganancias, fué menester que le sacase á convalecer la obediencia, á quien no pudo la necesidad. Pero apenas cobró pocas fuerzas, cuando, juzgándolas inútiles en otras ocupaciones, quiso más que las consumiese el trabajo de su reducción que el ocio del retiro religioso.

Volvió á San Nicolás, y con más propiedad á su corona, á donde le llevaban sus pasos no inopinados.

Eligió el P. Roque (ó mejor la mano divina) para la nueva reducción al Padre Juan del Castillo, y así los dos partieron á tomar la posesión en nombre de Jesucristo, poniendo el título de su glorioso estandarte en las tierras de Nezu.

Día de la Asunción de Nuestra Señora (que dió nombre á aquel pueblo) á quince de Agosto del año de 628 vieron aquellos campos los primeros rayos del Evangelio, levantando el sagrado trofeo de las glorias de

Cristo y consagrándolos con el sacrificio santo de la misa.

Venturoso día para tan ciegos países si no hubiese tenido contra sí á la maliciosa envidia del demonio y los azares de felicidad acelerada. Estos fueron los breves principios, y para adelantarlos, quedó algunos días allí el V. P. Roque González, dando juntamente á los indios admirables ejemplos de su benignidad, y al P. Juan del Castillo algunos documentos de que necesitaba más su experiencia que su gran capacidad, repitiéndoselos el P. Roque, quizás porque el deseo vehemente muchas veces, aun sin necesidad, repite los medios para los fines que pretende.

Lo que allí pasó el P. Juan del Castillo, cuántos trabajos, con la ferocidad intratable de aquella gente no acostumbrada al freno de los preceptos evangélicos, ni aun á las leyes humanas, bien lo creerá quien se juzgare entre tanta gente sólo, sin consuelo y sin amigo. A lo menos el Padre, á quien no asombraban ni aun grandes peligros, estos los encarece como dignos de asombro en

una carta que escribió á uno de los nuestros.

El P. Roque, dando vuelta á la tierra y á las reducciones de aquella provincia, con nuevos trabajos se disponía para otros mayores, y teniendo por título los primeros para la gloria de los segundos, aumentaba las fatigas sobre lo que sufrían sus años.

En pocoss días llegó á Ytapoa; hospedó á los nusvos misioneros de la Compañía que habían llegado de España; distribuyolos en las reducciones; y últimamente, por dar gusto á un Padre, que deseó hacer en sus manos la profesión, pasó á pie sesenta leguas y en cada una otros tantos peligros de la vida.

Halló en Ytapoa al P. Alonso Rodríguez, á quien la divina providencia destinaba á la gloria del martirio.

Honró Zamora al P. Alonso con modesto nacimiento, como el Padre la honró con la muerte victoriosa. La candidez de su alma en su tierna edad parece que le llevó con su propio peso á la religión, adonde tuvo más que hacer en templarse que en reducirse.

Era en Villagarcía el ejemplo del noviciado, siendo por cuerda prevención de los Superiores moderado muchas veces en las penitencias fervorosas.

Bien pudo dudar alguno si sería Alonso en algún tiempo coronado con martirio generoso, pero ninguno que le viese pudo dudar en las señales de predestinación que daba su fervor y su modestia.

Ya estaba señalado para oir artes en Pamplona, cuando la elección soberana, que le llamaba para más árduas provincias, quitó al P. Francisco Pimentel tan estimable discípulo.

Pasó al Paraguay, adonde enseñó lo aprendido en Castilla, las letras humanas, que supo con eminencia y aprendió igualmente la teología, de cuyas noticias fueron gallarda ostentación unas conclusiones generales, que defendió de toda ella.

Yo soy testigo (con envidia lo cuento), que dándome cuenta de su conciencia como á Superior, con la verdad que se acostumbra en la Compañía, me afirmó que la cortedad de la vista, de que era muy trabajado,

nacia de las contínuas lágrimas, que otra vista interior de la pasión y muerte de Nuestro Salvador le sacaba.

Esta era la materia perpétua de su meditación, de adonde fué copiando en sí los actos de perfecta caridad, hasta el supremo de dar la vida por quien la dió por los hombres. Dichoso cegar, que tanto adelantó los conocimientos de su alma.

No fué esto lo más admirable, aunque es y debe ser lo más imitable al cristiano porque soy testigo, como confesor, que le oí generalmente confesión de toda su vida, que conservó hasta que yo le confesé la pureza de la gracia que recibió en el bautismo.

De quien así vivió treinta y un años, mal se dice que llegó á ser mártir, sino que dejó de serlo muriendo.

Solicitó el P. Alonso con el P. Roque González lo mismo que él deseaba (así suelen rogar los justos) que le llevase consigo á la nueva fundación del Caró, que con sagrada avaricia pretendía enriquecerse en el nuevo tesoro de envejecidos trabajos.

A pocos lances consiguió el P. Alonso Ro-

dríguez su deseo. Partieron á la nueva reducción con alguna provisión de donecillos pequeños, especialmente cuñas de hierro, que son el único instrumento de sus incultas labranzas.

Acudió la gente al principio con fervorosa frecuencia á la casa de los Padres y á la iglesia, disimulando algunos la ambición de los cortos donativos que pretendían con la devoción que publicaban.

Contentos los Padres Roque y Alonso prometiendo que favorecerían los fines á la tranquilidad destos principios engañaban con esta esperanza el contínuo trabajo, pero más les engañó su esperanza. Porque si aun en lo humano las lentas felicidades á que se abre paso con el sudor infatigable son de más segura duración que las que corrieron á largas jornadas á su aumento, mucho más corre esto en lo espiritual, adonde las virtudes y los vicios juntaron rara vez con la brevedad en adquirirse, la perseverancia en conservarse.

La benignidad de Nezu y de sus secuaces se alcanzó tan en breve, que apenas dió lu-

gar á la esperanza, porque aún no le vió el Padre Roque cuando á toda priesa edificó iglesia, labró casa, y formó numerosa reducción; no podía, pues, asegurar firmeza tan apresurada, mudanza de un ánimo envejecido en los males.

Fué así, que Nezu sintió en breve los daños de la introducción de los Padres en sus tierras, porque la diferencia de las costumbres le hacía forzosa oposición á sus vicios.

Era este famoso hechicero sobervio á maravilla, ayudado de aplauso del pueblo, que fácilmente se persuadía que reinaba en Nezu alguna deidad soberana.

Nezu, á quien estaba muy bien esta aprensión engañosa, fomentaba esta ilusión con el mentido imperio de las fieras de los montes, de los tiempos y de los cielos, que se atribuía. Y con el pretesto desta fabulosa tiranía la ejercitaba más verdadera en cuanto vían sus ojos, de cuya codicia no escapaba libre mujer ninguna, de cuantas el Urugay celebraba.

Desta suerte creció tanto el número de

sus concubinas, que no cabiendo en su propia casa, tuvo en otra una copiosa zahurda deste ganado inmundísimo.

Pero como desta lasciva posesión había de despojarle el Evangelio, de que ya veía pronósticos vecinos en las pláticas de los Padres, encaminadas siempre á introducir un solo matrimonio, más temeroso deste despojo que del de su deidad usurpada, al fin como de deleite más sensible, enseñado á mudarse fácilmente, trocó los halagos en iras y los aplausos en injurias.

Estaban con todo eso reprimidos algo los afectos de Nezu, quizás luchando con la nota de breve inconstancia, cuando Potiravá (indio apóstata de otra reducción, que rabiosamente aborrecía á los Padres y al que cuidaba della había jurado la muerte), encontrándose con Nezu, dándole lugar la tibieza que en él reconoció fácilmente del amor de los Padres, le habló desta manera:

—Ya ni siento mi ofensa ni la tuya, solo siento la que esta gente advenediza hace á nuestro ser antiguo (así llaman ellos su antiguo modo de vida), y á lo que nos gana-

ron las costumbres de nuestros padres. ¿Por ventura fué otro el patrimonio que nos dejaron sino nuestra libertad? La misma naturaleza que nos eximió del gravamen de agena servidumbre, no nos hizo libres, aun de vivir aligados á un sitio por más que lo elija nuestra elección voluntaria? ¿No han sido hasta ahora común vivienda nuestra cuanto rodean esos montes, sin que adquiera posesión en nosotros más el valle que la selva? Pues, ¿por qué consientes que nuestro ejemplo sujete á nuestros indios, y lo que peor es, á nuestros sucesores, á este disimulado cautiverio de reducciones de que nos desobligó la naturaleza? ¿No temes que estos, que se llaman Padres, disimulen con ese título su ambición y hagan presto esclavos viles de los que llaman ahora hijos queridos? ¿Por ventura faltan ejemplos en el Paraguay, de quien son los españoles, de los estragos que han hecho en nosotros, cebados más en ellos que en su utilidad? Pues ni á su soberbia corrigió nuestra humildad, ni á su ambición nuestra obediencia, porque igualmente esta nación procura su

riqueza y las miserias ajenas. ¿Quién duda que los que nos introducen ahora deidades no conocidas, mañana, con el secreto imperio que da el magisterio á los hombres, introduzgan nuevas leyes, ó nos vendan infamemente, adonde sea castigo de nuestra credulidad un intolerable cautiverio? Estos que ahora con tanta ánsia procuran despojarte de las mujeres de que gozas, por qué otra ganancia habían de intentar tan desvergonzada presunción sino por el deseo de la presa que han de hacer en lo mismo que te quitan? ¿Qué les va á ellos si no las quisieran para su antojo, en privarte de que sustentes tan numerosa familia? Y lo que es lo principal, ¿no sientes el ultraje de tu deidad, y que con una ley extranjera y horrible deroguen á las que recibimos de nuestros pasados? ¿Y que se deje por los vanos ritos cristianos los de nuestros oráculos divinos, y por la adoración de un madero, la de nuestras verdaderas deidades? ¿Qué es esto? ¿Así ha de vencer á nuestra paterna verdad una mentira extranjera? Este agravio á todos nos toca; pero en tí será el golpe más severo.

Y si ahora no lo desvías con la muerte destos alevosos tiranos, forjarás tus prisiones del yerro de tu propia tolerancia.

Palabras fueron estas que ayudadas de infernal elocuencia, sacaron victorioso al demonio del recato con que hasta entonces Nezu encubría sus sacrílegos deseos.

A estos soplos creció la llama en el lascivo hechicero. Y acabó de apoderarse de su pecho, con que supo que un muchacho confidente de los Padres había descubierto la casa de sus infames mancebas; que los delitos ocultos, cuando se descubren, si no obligan al reo á la enmienda, le obligan á sustentarlos con mayor obstinación.

Érale imposible á Nezu lo primero, y así se precipitó con dura frente en lo segundo. Y pareciéndole poco matar al P. Juan del Castillo que era el que vivía en su reducción, trazó de quitar la vida al P. Roque, que entonces se hallaba en la del Caró.

En esta sazón tenía el demonio, en la reducción del Caró á un cacique, cuyo nombre era Caarupé, con un hermano suyo, Aregoatí, gran hechicero, y que con la misma faci-

lidad que Nezu se tomaba el nombre de Dios del cielo y de la tierra.

Así dividían estas pestes las deidades del Urugay.

A este cacique y á otro llamado Caaburé, envió Nezu una embajada con Cunaraquá, persuadiéndoles al mismo parricidio de los sacerdotes de su reducción que él ejecutaría en el de la suya, pasando después con sus indios á las demás reducciones, con cuyos caciques estaba ya deliberado el mismo acuerdo, útil decía, á la común libertad y al desenojo de su divinidad injuriada. Porque se viese que á la común injuria que lentamente se tejía por los Padres, se oponía la común satisfacción. Donde no, á los que en esto se mostrasen remisos, castigarían en su nombre los tigres, sobre cuyos ímpetus se preciaba de tener dominio.

Oída fué y aceptada la legacía por los traidores del Caró; tanto supo mover sus ánimos el demonio por boca de Nezu, que desapoderadamente deseaba meter en esta sacrílega alevosía á los vecinos caciques; ó fuese por sed insaciable de su ira, ó por ha-

cer más seguramente su delito con el consorcio de tantos.

Dispuso Caarupé su gente para el insulto, en tanto que Nezu ya desvergonzadamente reprendía á los que en el Yui daban á bautizar sus hijos y á cuantos seguian al Evangelio.

Y poseído del demonio con aquellas furias que padecen los fanáticos amenazaba con la saña de los elementos y con la esterilidad de los campos, como quien, según decía, todo lo regía á su arbitrio.

Los ilustres mártires Roque y Alonso, ninguna cosa pensaban menos que estas traiciones. Antes con aquella seguridad que infunde en los corazones leales su propia fidelidad, se daban los parabienes del dichoso estado de aquella nueva planta y de los progresos que aguardaban aumentando aquella reducción copiosísimamente.

En esta conformidad escribió el P. Roque un papel á otro Padre de nuestra Compañía. Y aquella misma mañana, recogiéndose á decir misa con la devoción que solía, después de haberla celebrado y dado las gracias

por tan alto Sacramento, salió á levantar un palo grueso en cuya horqueta había de clavar una campana.

En tanto el Padre Alonso se recogió á su chozuela á rezar las horas canónicas.

Había acudido con el achaque de esta célebre novedad mucha gente á la plaza de la iglesia, y el santo Padre por sus propias manos, trabajaba en aquel ministerio, ó fuese por dar autoridad á aquel religioso instrumento ó por ejercitar su humildad en ocupaciones como aquellas.

Bajóse el Venerable ministro de Jesucristo á atar la lengueta de la campana; mejor dijéramos que á atar la suya, pues iba como tierno cordero dando pasos mudos á su sacrificio.

Apenas le vió Caarupé en esta forma, cuando tomando por ocasión para su traidora asechanza, lo que debiera serle de piedad y desenojo, mandó á un esclavo suyo, que estaba ya prevenido, ejecutase el assasinio.

Llevaba Marangcá (asi llamaban á este verdugo) una arma que los indios llaman Itaiza, que es un palo como de dos tercias,

á modo de huso, que tiene por tortera una piedra con una esquina muy viva.

Sacó este esclavo (más del demonio que de Caarupé) la Itaiza, y dándole al Padre en el cerebro, le hizo facilmente pedazos la cabeza, dando libertad á aquella alma dichosísima para que volase á las moradas eternas.

Y juntamente animó á los demás conspirados para que encrueleciéndose cobardemente con aquel glorioso cadáver le moliesen el rostro y grande parte del cerebro.

No para en un delito el que piensa que gana delinquiendo. Animóse Caarupé con la sangre inocente que debiera desmayarle. Y acaudillando á sus cómplices, partió á la casa adonde estaba el P. Alonso que con las desacostumbradas voces á un mismo tiempo liegaron él y su muerte á sus umbrales. Porque el infame Aregoati, abrazándose con el Padre en la misma puerta, mandó á un criado suyo que lo matase.

Este y los demás conjurados, cebados en la facilidad de la presa, probaron en el Padre las macanas; mas no de suerte que le quitasen sus primeros golpes la vida. Porque

(como después se averiguó con información muy copiosa) el angélico mártir, con aquella su indecible mansedumbre, tuvo lugar de decirles:

—Hijos, ¿qué hacéis? ¿Qué hacéis, hijos?

No dejando de llamar hijos á los que aún no merecían el título de honrados enemigos.

Con estas palabras se fué acercando al cuerpo de su glorioso compañero, ó para morir más veces á la presencia de tan grave dolor, ó para renacer en el valor á vista del que ya miraba premiado con la corona.

Pero pareciéndole mejor morir adonde tantas veces renovó la memoria de la muerte de aquel Señor, por quien él daba su vida, se llegó á la iglesia, para ser víctima en las aras en que tantas veces fué sacerdote.

Atajáronle los pasos los bárbaros parricidas, y más que ellos su propia dicha, que le adelantó la corona, antes de llegar á las puertas de la iglesia, anticipándose el premio aun á sus mismos deseos.

Allí cayó el invictísimo martir para levantarse sobre el sol y las estrellas.

Quedó aquella sacrílega canalla orgullosa con su delito, creyendo que con el alevoso insulto ejecutado habían dado á un mismo tiempo afrentosa muerte á sus enemigos, injurioso fin al Evangelio, victoria á sus falsos ritos, libertad á su gente y ejemplar escarmiento á los ministros evangélicos.

Y prosiguiendo con su falsa victoria, como si fuera conquista digna de hombres la que se alcanza sin resistencia, embistieron con los sagrados cuerpos de los mártires, y partiendo por medio al del P. Alonso Rodríguez, cortándole después por un muslo, arrastraron aquellos venerables fragmentos alrededor de la iglesia, como suelen otras naciones al reo en las calles, adonde cometió su delito, y luego los arrojaron dentro de la misma iglesia.

Piadosa injuria que consintió Nuestro Señor para que se manifestase que habían concurrido en el martirio de los Padres las circunstancias más exactas que se requieren para que lo sea, pues con esta descubrieron haber sido el odio de la fe la ocasión de quitarles las vidas.

Desde allí pasaron, como á seguros despojos, á los sagrados ornamentos de la iglesia, en que cebaron más su descortés impiedad que su codicia. Porque rompiendo y haciendo pedazos cuanto servía á los altares, el cáliz partido en pequeñas partes, fué después infame adorno de sus gargantas.

Embistieron con la cruz, y derribando aquel trofeo de Jesucristo, la hicieron astillas; fácil hazaña entre tantos. Pero lo que más se sintió en toda aquella provincia, fué el execrable destrozo que padeció de las mismas manos una imagen de Nuestra Señora.

Era esta devotísima imagen la querida prenda y única alhaja del P. Roque, y como la trujo en todas sus peregrinaciones, fundaciones y conquistas, llamábala, y con razón, la Conquistadora, atribuyendo á su presencia favorable los sucesos prósperos de sus empresas.

Aquí pereció entre las manos destos bárbaros sacrílegos aquella sagrada pintura, que parece que quiso ser compañera del Padre Roque á pérdida y á ganancia.

Pasaron de la iglesia á las casas de los Padres. A donde no es lícito bajar el ímpetu del dolor al corto estrago de unas viles alhajas religiosas, sino levantarle al que padecieron dos imágenes de Cristo Nuestro Señor en la cruz, que ó para insigne ejemplo de la bondad divina ó de la malicia humana, fueron sacrílego escarnio de aquellos alevosos homicidas.

En estas ejercitaron los bárbaros la blasfema crueldad de cobardes descortesías, y enseñados ya á pelear con los muertos, destrozaron las sagradas figuras, estimando por generosa valentía las fáciles ignominias.

Pero Cristo nuestro bien, ensayado primero á padecer en sus vivas imágenes Roque y Alonso, llevó con facil paciencia los segundos tormentos en sus imágenes muertas.

Quebraron los brazos á la una que era de marfil, quizás para asegurarse de su venganza, y luego en una grande hoguera que para abrasar la iglesia encendieron, arrojaron á los crucifijos y á los venerables trozos de los cuerpos de los santos, para que

no quedase fuera del fuego cosa buena en aquella reducción.

Pero como después se dirá, todo tuvo igual reserva, porque ni aun á la otra imagen de Cristo Nuestro Señor que era de estaño, pudieron consumirla las llamas.

Pero no debe pasar sin honrosa memoria, un viejo, suegro de Carobay (cacique de quien arriba se dijo dió entrada á los Padres en Urugay y que no tuvo culpa ni noticia en la conjuración referida) que llegando á la plaza adonde había sido el palenque de la victoria de los mártires, y ahora lo era del infame trofeo de sus matadores, viéndoles tan ufanos con el suceso:

—¿Por qué, oh bárbaros, les dijo, habéis intentado tan atroz alevosía? ¿Qué hazaña es de la que os gloriáis, digna de humana alabanza? ¿Matar á dos pobres desarmados sacerdotes, aun en sus mismos agravios amorosos? Infame victoria la que os ha dado más la paciencia de los vencidos, que el esfuerzo de los vencedores. ¿Qué vistéis en estos Padres amantísimos que os irritase, sino su propia mansedumbre, digno empleo de vuestra ver-

gonzosa cobardía? ¿No son estos, por ventura, los que os dieron el sér que no pudieron daros vuestros padres, pues estos os engendraron fieras y en manos destos difuntos renacistéis con razón divina y humana? Y cuando ya vuestra crueldad os hubiese persuadido á quitar la vida á quien debíades tantos beneficios, ¿por qué pasásteis á encrueleceros con estos venerablds cadáveres? Pudiendo contentaros con matarlos, y dejar en duda si era impiedad ó justa venganza este insulto. ¡Oh, viles pechos! á quien enfurecieron los beneficios y embraveció la mansedumbre. ¡Oh, nunca estas tierras os hubieran dado nacimiento! nunca de vosotros recibieran ejemplo tan abominable.

Con tal espíritu habló este indio, que obligando á los amotinados á que olvidasen el respeto que enseña la naturaleza tener á las canas, cerraron con él y le mataron.

Dichosa muerte, según creemos, pues aunque no estaba bautizado tan grande celo no parece que pudo ser sin sobrenatural impulso y luz de fe, pues le obligó en defensa de

la verdad, á atropellar el peligro, que evidentemente conocía.

Y semejantes circunstancias han bastado para dar la iglesia el título de mártires á muchos que venera, porque iguales reprensiones las pagaron con la vida.

Pero volvamos al Caró. Incurable es el mal que enferma con los remedios, y el ánimo que á vista de sus propios delitos ejecutados no se corrige; antes del hastío que debiera darle la vista de sus perversas ejecuciones saca desenfrenados apetitos para otras.

Pudieran ya Caarupé y sus cómplices sacar de su nefario homicidio el arrepentimiento que en los ánimos dóciles saca la ejecución de una maldad; pero estuvo tan lejos deste acuerdo su obstinación, que sacó del primer delito ánimo para el segundo.

Y para proseguir el alcance, como si esta fuera batalla más honrosa, avisó á Nezu de la muerte dada á los Padres, pidiendo la palabra que le habia dado de matar al P. Juan del Castillo.

Oyeron esto tres muchachos de la casa

de los Padres. Y el uno temiendo en los de la reducción de la Candelaria, de adonde le habian traido consigo el mismo suceso, partió á dar aviso con diligencia y peligro. Consejo que inspirado y favorecido del cielo, pudo guardar la vida de los Padres de aquellas reducciones que sin duda corrieran riesgo de igual fortuna.

Pero mayor le pasaron los dos muchachos que quedaron.

Porque intentando primero algunos su muerte y dejados después libres por ruego de otros, no bastaron las amenazas á enfrenarles las lenguas. Porque con celo dictado por el amor que á los Padres tenian, valerosos sobre sus ánimos, se opusieron á Caarupé, amenazándole con la esclavitud de los españoles, que él tanto temía.

Así volvieron estos muchachos por la verdad y por la fe de su patria, descubriendo que ni todos habian sido en la conspiración, ni todos la aprobaban después de cometida.

Llegaron á Nezu las nuevas. Y animado con el ejemplo, como es tan facil de apren-

der la malicia, facilmente quedó enseñado á cometer otro igual parricidio.

Para este fin acudieron muchos de los conjurados á la choza del P. Juan del Castillo, y fingiendo que iban á pedirle algunos de los donecillos que ellos estiman, iban á darle la muerte.

Pidieron cuñas y anzuelos y habiéndoles dado buena cantidad dellos, de repente le asieron los brazos y las manos, prendiéndole fuertemente.

Infames corazones los que del beneficio que recibieron hicieron estratagema para su traición.

Viéndose el Padre preso cuando les regalaba, y entre los mismos agasajos cautivo, presumiendo que la codicia de los demás anzuelos y cuñas que le quedaban era la causa del daño, les ofreció liberalmente cuanto poseía, y las pobres alhajuelas de su choza, y aun á sí mismo por esclavo.

Los tiranos, que aspiraban á más sacrílegas presas, desdeñando las cortas ofertas:

—Aqui te habemos de matar, le decían. Morirás á nuestras manos como á las

de Caarupé murieron Roque y Alonso.

Esta voz hizo en el Padre varios efectos, y sus palabras (de que hubo muchos testigos que las refieren fielmente) fueron dellos indicio manifiesto. Porque asegurado de que su muerte era por causa y odio de la religión que predicaba, animó soberanamente su mente con la consideración de su dicha, pues sabía que era aquel linaje de muerte calificado martirio.

Bien es verdad que la nueva de las muertes de sus gloriosos compañeros le hirió gravemente el corazón.

Pero como no está la verdadera fortaleza cristiana en ser insensible, sino en mostrarse sufrido y constante, entre las luchas del tierno dolor, sacó nuevos esfuerzos la fe, que le animaron á la esperanza de igual corona.

Llevaban al martir invicto los traidores asido, y dándole grandes bofetadas, á innumerables ignominias esta dicen que fué su respuesta:

—¿Por qué, hijos míos, queréis matar á quien ha querido daros la vida? Hánlo merecido por ventura mis largas jornadas, que

por vuestra salud he caminado? ¿La estrecha vida y perpétuos afanes que por acudiros he padecido, merecen esta recompensa? Yo vine alegre desde naciones remotas, no por codicia de vanos imperios, ni riquezas, sino por ganaros para el cielo, Por cierto no me obligaron vuestros beneficios á que viniese, sino el amor de aquel Dios que adoro y en cuyas entrañas os amo tiernamente. Ni ahora vuestras injurias me apartaran de vosotros si quisiéredes dejarme con la vida.

Estas razones y otras que ablandaran diamantes iba repitiendo el santo, y ellos juntamente las afrentas, los golpes y el obstinado coraje. Animábales Quaroboray con otras sacrílegas, y entre ellas se le oyeron estas formales:

—Matemos con la maldición á este hechicero de burla, ó fantasma. Echémosle de nosotros, tengamos por nuestro padre y de nuestros padres á Nezu, y solo se oiga en nuestra tierra el sonido de nuestros calabazos y taqueras (que son los instrumentos de que usan en sus borracheras y hechicerías.)

Conociendo el Padre su muerte forzosa, pidió á aquellos aleves siquiera una cortés piedad en el último trance de la vida; pidióles le llevasen á morir con los demás Padres, que ellos decían morirían infaliblemente.

—Llevadme (decía) á morir con mis hermanos, y vea yo en vosotros este indicio de humanidad.

La respuesta le dió Araguirá, diciéndole:

—Aquí tengo de matarte, tonto furioso.

—No me mataréis, respondió el martir invicto, que esta no es muerte, sino principio de mejor vida.

Con estas voces cargaron tantas sobre el venerable Padre, que no pudo más distinguir las razones.

Aquí comenzó á padecer de veras, primero dándole palos terribles, y después atándole con una soga las manos y la cintura, le sacaron del pueblo abominable, para darle con más dilatados tormentos la muerte no merecida, queriendo con esto Nezu recompensar las ventajas que en haber comenzado la traición le llevaban los del Caró.

Comenzaron, pues, á arrastrarle hasta un

arroyo, y como en arras de lo que le aguardaba que padecer al martir valeroso, le dió Quarobay tres heridas con una espada, que para animar á los suyos, llevaba en la mano.

Que aunque tan fácil al parecer la empresa y la victoria de un pobre peregrino desarmado, la secreta virtud de la maldad conocida hace más poderosa resistencia interior y acobarda más que la vista de escuadrones enemigos.

Con las heridas y la falta de la sangre, cayó el venerable soldado de Cristo, y era esto lo que ellos querían, que ayudase la flaqueza del Santo á la crueldad de sus matadores.

Y así le arrastraron por la falda de un monte tan áspero y con tal violencia, que á pocos pasos no le quedó hilo de su vestido, sino sola una media y dos vendas con que se ligaba las fuentes de los brazos, molèsta pensión de sus achaques.

Desta suerte, desnudo, le arrastraron tres cuartos de legua, sacándole gran copia de sangre, tanto las muchas heridas como la vergüenza de verse descubierto.

Los traidores, más duros que las piedras que le herían, ayudaban á las peñas con su dureza. Y unos le pasaron los hijares con saetas, otros con los arcos le punzaban los ojos, otros otras partes igualmente sensibles, haciendo su cobarde crueldad ingeniosos tormentos en el santo.

En todo este gran martirio solo se oían en su boca aquellas dulcísimas voces de Jesús y de Maria, y en la lengua propia de los indios: «Sea por amor de Dios» varias veces repetido.

Pero lo que más admira y puede hacer á nuestro glorioso español digno de eterna memoria, es que habiéndosele con la violencia desatado la soga con que le ataron las manos, él mismo les dijo:

—Volver á atarme, que muero de buena gana.

Razones que en lo natural son dignas de un pecho español, y en lo sobrenatural admirable argumento de la fuerza de la gracia.

Volvieron los bárbaros á atarle, cuando parece que ya los mismos tormentos, compadecidos, daban benigna libertad al santo.

Y para concluir más con su cansancio que con el del valeroso martir, con dos grandes peñas le deshicieron la cara y le molieron el cuerpo. Dando con esto fin á su muerte y principio á su inmortalidad. Mas pareciéndoles á aquellos ingratos homicidas que era poco haberse conjurado los hombres contra uno solo desvalido, quisieron hacer cómplices en su delito á las fieras. Y dejando el venerable cuerpo en los montes:

—Vengan (dicen) los tigres y consuman las reliquias deste traidor.

Pero las fieras, enseñándoles mansedumbre (como otras muchas veces, se abstuvieron en ocasiones muy próximas del daño de los Padres), ahora con mayor respeto le dejaron indemne, que no fué pequeña maravilla, estando en el monte un día y una noche en aquella tierra adonde son tan frecuentes los asaltos de los tigres que se entran por las puertas de las casas cada día á hacer presa en los indios.

Volvieron después el siguiente, más para gozarse de verle despedazado por los tigres que con temor de hallarle como le dejaron.

Pero ellos más inhumanos, viendo que se conservaba sin nuevo daño, en una grande hoguera dieron fin á la vista de sus huesos, siendo aquellos traidores ingratos para su Padre, injustos con la Naturaleza y con nosotros crueles, pues nos privaron de la herencia de tan honrosas reliquias. Bien que algunas prendas se escaparon, más por desprecio de los bárbaros que por piedad que les tuviesen.

Desde allí pasaron á la iglesia, y rompiendo cuanto había venerable en ella, reservó para sí Nezu los sagrados ornamentos. Y fuese ya por gala en muestra de su regocijo, ó ya por ludibrio de nuestras eclesiásticas ceremonias, se revistió el sacrílego la casulla, y con ella salió á la vista de su pueblo triunfante.

Y haciendo traer delante de sí los infantes bautizados por el Padre, él con diabólicos ritos, rayéndoles la lengua y el pecho, daba á entender que les borraba la divina señal que hermoseó sus almas con el bautismo. Y con las exhortaciones que le dictaba su ambición, insistía á aquella miserable canalla, á

que olvidando y aborreciendo como á perversas sectas los dogmas evangélicos, fuesen sin resistencia volviendo por la causa del demonio, que mientras vivió el P. Juan del Castillo andaba fugitivo de su antigua posesión.

Mientras esto pasaba en el Yui, los del Caró trazaron de ir sobre la reducción de la Candelaria en busca del Padre que la gobernaba, y caminando con escuadrón en forma, fueron casi divinamente resistidos.

Largo fuera, y no de nuestro intento, referir este suceso, cuando por otra parte nos llama lo que hicieron los mismos en su reducción del Caró. Porque yendo Caarupé con su esclavo Morangoa á reconocer las hogueras en que dejaron el día antes los venerables cuerpos de los santos, vieron que del del Padre Roque González salía una voz bien formada que articulaba estas razones (en cuyá sustancia concuerdan muchos testigos):

—Habéis muerto al que os ama, habéis muerto mi cuerpo y molido mis huesos, pero no mi alma, que está ya entre los bienaven-

turados en el cielo. Muchos trabajos os han de venir con ocasión de mi muerte, porque mis hijos vendrán á castigaros por haber maltratado á la imagen de la Madre de Dios.

Y añaden otros que dijo que había de venir á ayudarles. Verdadera caridad de varón bienaventurado, que olvidando sus propias injurias sólo pondera las ajenas y ofrece su favor á sus mayores enemigos.

Este portento, que debiera corregir á aquellos ánimos feroces, obró en ellos más obstinada inclemencia. No enfrenan milagros al malo, antes le irritan. Así Nezu con nueva rabia, furioso (quizás porque aquella voz era elocuente testimonio de su maldad manifiesta, que le reconvenía, y aun convencía delante del pueblo su delito) embistió con el sagrado cuerpo obrador de aquella maravilla, y queriéndole ahogar las voces:

—¿Aún todavía (dijo) habla este embustero?

Pero advirtiendo (por divina providencia que lo permitió para su gloria) que en los labios no se podían fraguar aquellas palabras

por estar molidos y todos desbaratados con los golpes de las clavas que dijimos, mandando Caarupé que le abriese el pecho Marangoa, abierto aún todavía sonaban aquellas razones para el bárbaro ominosas.

Buscaban todos la oficina de voces tan penetrantes y coligieron distintamente que era el invicto corazón del martir. Aquí enojados sin freno los indios, opusieron saetas á saetas, y con una le atravesó Marangoa, habiéndole arrancado primero.

Cesó entonces la voz que se retiró con piadosa severidad, porque la que no sirvió á la enmienda de aquellos homicidas, no sirviese á su condenación.

Vengáronse en echar el sagrado corazón en el fuego. Y encendiendo con doblada prevención la hoguera, la aplicaron á los cuerpos. Tomando la divina bondad por instrumento de su ostentación la misma rabia de los bárbaros. Porque habiéndoles dejado en un grande incendio que fraguaron, bastando para consumir la casa y la iglesia, faltó por divina ordenación para abrasar aquellos cuerpos venerables.

Y entre todo se conservó con evidente milagro el corazón que hoy se guarda con la señal y punta de la flecha, que habiéndose quemado el resto, aquella parte que está dentro de la carne del corazón quedó segura de las llamas.

No quedó sin castigo esta atroz inhumanidad, ni sin efecto la profecía del santo Padre Roque. Porque los indios de la Candelaria y de otras reducciones, gobernados de Manuel Cabral (noble portugués, cuyo celo merece memoria en esta relación) tomaron debida venganza de aquellos sacrílegos alevosos. Que no sólo sirvió para el ejemplo y temporal escarmiento, sino para el desengaño de aquella gente que venerando á Nezu por Dios de soberano poder, le vió después huir cobarde y temeroso dejando perecer á los suyos en los castigos merecidos.

Pero lo que más hace á nuestro propósito fué la presa que tuvo esta victoria. Porque la religiosa diligencia del escuadrón y su caudillo y el filial amor de algunos muchachos recogieron las sagradas reliquias, cuerpos, vestidos y sangre de los santos, con que

pasando triunfantes por las reducciones de aquella tierra, siendo en todas ellas y en especial en las de los Padres de San Francisco, magníficamente reverenciadas, llegaron á la ciudad de la Asunción adonde á vista de tan glorioso espectáculo conmovido el pueblo y toda la nobleza, ayudó á las religiones en el culto de tan ilustres mártires de Cristo. El obispo é iglesia catedral precedió con suntuoso ejemplo, á quien siguieron las demás comunidades.

Esta, señor, es la suma del glorioso martirio de estos tres varones divinos. Este es el primer fruto de la fe en aquellas provincias dilatadas que comenzadas ya á regar con sangre, esperan adelantarse en fecundidad á otras muchas. Este el empleo de nuestros religiosos y de los diligentes obreros con que V. M. labra aquellos campos remotos de su vista pero no de su piadosa providencia. Y si la sangre inocente derramada con fortaleza clama ante los ojos soberanos, séanos lícito, señor, esperar el despacho que esta nobilísima sangre solicita ante V. M. del premio debido en la tierra á su valerosa

constancia. Pidiendo, como con tácita elocuencia insta ante V. M. interceda con Su Santidad para que expida el Breve necesario para hacer las pruebas de su martirio.

Como también se lo suplican á V. M. la Iglesia y el sínodo de aquella provincia por cartas que con memorial aparte daremos á V. M., esperando de su clemencia será servido, favoreciendo desta suerte á los santos, animar á otros á que lo sean.

Y de nuestra parte y de la de aquellas naciones, pedimos humildemente á V. M. venganza desta sangre profanada.

No digo que V. M. la mande tomar de los traidores homicidas, cuyo mejor castigo ha sido la enmienda, que en ellos ya reconocemos. Ni tampoco de los que con vano titulo y nombre de cristianos desacreditan la fe con aquella ruda cristiandad con sus execrables insultos; que de estos V. M. la mandará tomar, como ve que conviene á la fe, y esperamos de su católico celo.

Venganza pedimos, señor, del demonio, que con tirana potestad indujo á aquellos bárbaros simples á tan infando sacrilegio,

procurando desterrar á nuestra fe de aquellos países, adonde tan felizmente estaba ya avecindada.

Llegue á V. M. el tierno clamor de aquellos desamparados vasallos suyos cuya salvación eterna está clamando por sí misma, pidiendo socorro á la piedad, á la clemencia, á la sangre y al cristianísimo pecho de vuestra Majestad.

Allí gimen tiranizados del miserable imperio del demonio, y desde allí traemos sus voces á los oidos de V. M., de cuyas manos esperan medio poderoso para su eterna libertad.

Y para esto suplican á V. M. con lágrimas de sangre aquellas provincias envíe un copioso escuadrón de religiosos soldados que se opongan á esta invasión formidable del infierno, y desbaratando sus ímpetus levanten las banderas cristianas en aquellas riberas extendidas. Y á ejemplo de V. M., que no duda consumir pródigamente su patrimonio y sus vasallos en tan gloriosas conquistas, no duden tampoco consumir su sangre y sus vidas en empresa que siendo

gloria de la Majestad divina, lo sea también de la humana.

Guarde Nuestro Señor la católica y real persona de V. M. como la cristiandad ha menester.

FIN DE MÁRTIRES DEL PARAGUAY

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

TOMO PRIMERO

Páginas

Advertencia preliminar. 1

Al Rey Nuestro Señor.—Dico ego opera mea Regi Catholico regum Opt. Max. 17

Censura del P. Juan Antonio Jarque, de la Compañía de Jesús. 27

Aprobación del mismo. 31

Introducción y advertencias á esta historia y protestación del autor. 35

Páginas

Libro primero. De la vida del Venerable P. Antonio Ruiz de Montoya de la Compañía de Jesús, apóstol del Paraguay. 51

Cap. I.—Su patria, nacimiento y educación hasta los nueve años. . . . 51

Cap. II.—Intenta ser religioso de San Francisco ó ermitaño y no lo consigue. 71

Cap. III.—Prosigue en la relajación de sus costumbres; peligros varios que corre su vida, con que Nuestro Señor solicita su enmienda. 85

Cap. IV.—De otros peligros grandes de que lo libró la Providencia Divina, y desastradas muertes de algunos amigos suyos. 99

Cap. V.—Resuélvese en seguir la milicia para engañar los remordimientos de su conciencia y entregarse á los vicios con más desahogo y libertad. 107

Páginas

CAP. VI. -Continúa la frecuencia de Sacramentos, entabla una vida muy penitente, y llámalo Dios para la Compañía de Jesús..... 123

CAP. VII.—Determina estudiar para ser religioso, sucesos raros con que Dios lo confirma en sus intentos; procura desvanecerlos el demonio..... 135

CAP. VIII.—Hace los ejercicios de San Ignacio; llámalo Dios á la Compañía y le significa que quiere servirse dél en la provincia del Paraguay..... 145

CAP. IX.—Entra en el Seminario de San Martín; ocúpase en el estudio de la gramática y no menos en el de la oración y mortificación; hace voto de ser de la Santa Compañía de Jesús..... 153

CAP. X.—Entra en la Compañía de Jesús, favores que le hace Dios en el noviciado..... 163

Páginas

Cap. XI.—Elige Nuestro Señor para las Misiones del Paraguay al Hermano Antonio Ruiz..... 173
Cap. XII.—Hácese á la vela con sus compañeros, acaba su noviciado, y sucédenle otros casos de edificación..... 187
Cap. XIII.—Comienza el curso de Artes y Nuestro Señor le es maestro de espíritu..... 199
Cap. XIV.—Ordénase de sacerdote, dice su primera misa, la Santísima Virgen le asiste en ella, y parte de Córdoba á las misiones de Paraguay..... 207
Cap. XV.—Prosigue el P. Antonio Ruiz su viaje al Guayrá. Sálele á recibir el V. P. Joseph Cataldino, y llévalo á las reducciones con singular consuelo de los dos. 215
Cap. XVI.—Comienza el P. Antonio Ruiz á poner en ejecución sus fervorosos deseos de convertir

Páginas

infieles. 223
Cap. XVII.—Da felizmente principio el P. Antonio Ruiz á la reducción de los gentiles. 233
Cap. XVIII.—Mueve el demonio una brava persecución contra las Misiones del Guayrá, y lo que hace el P. Antonio para sosegar la tormenta.. 241
Cap. XIX.—Llega el P. Antonio Ruiz al Paraguay, y con la autoridad de su testimonio desmiente los falsos informes de la calumnia. 253
Cap. XX.—Lo que los tres Padres obraron en ausencia del P. Cataldino. Muerte dichosa del Padre Martín Xavier; vélo en la gloria el P. Antonio Ruiz.. 263
Cap. XXI.—Mueve el enemigo segunda persecución contra las reducciones del Guayrá, vuelve el P. Antonio á la Asunción á solicitar su defensa. 277

Páginas

Cap. XXII.—Llega el P. Antonio con el P. Cataldino á sus reducciones, hallan nuevas inquietudes causadas de los españoles. 287
Cap. XXIII.—Lo que los demonios inquietaron las reducciones. Revuelven su cólera contra el Padre Antonio Ruiz. 297
Cap. XXIV.—Fabrica el P. Antonio la reducción de Nuestra Señora de Loreto, donde él sirve plaza de incansable jornalero. 309
Cap. XXV.—Sale el P. Antonio á caza de indios y el fruto que hace en dos misiones. 323

TOMO SEGUNDO

—

Páginas

Cap. XXVI.—Hace la profesión solemne de tres votos, y es regalado del cielo con nuevos favores.. 1

Cap. XXVII.—Parte á la ciudad de la Asunción y de allí á la de Buenos Aires, por orden de su provincial, y lleva consigo la capilla de los infantes. 9

Cap. XXVIII.—Vuelve el P. Antonio Ruiz al Guayrá, mueren del contagio de las viruelas algunos de sus cantores. 21

Libro segundo.—De la vida del Venerable P. Antonio Ruiz de Montoya. Contiene lo que obró en el servicio de Dios, propagación de la fe, todo el tiempo que fué superior de las reducciones del

Páginas

Guayrá. 33
Cap. I.—Da principio feliz á su gobierno, exponiendo á la pública veneración la nueva imagen de Nuestra Señora de Loreto. 33
Cap. II.—Trabajan infatigablemente el P. Antonio Ruiz y sus compañeros en el contagio de las viruelas. 43
Cap. III.—Emprende el P. Antonio la conquista del Ibitirembeta, y la conversión de aquella nación ferocísima. 53
Cap. IV.—Lo que sucedió al P. Antonio Ruiz y á sus compañeros en la reducción de San Francisco Xavier. 65
Cap. V.—Prosigue á predicar el santo Evangelio en las provincias del Tayaoba. 75
Cap. VI.—Vuelve el P. Antonio Ruiz á la reducción de San Francisco Xavier. Deja en la frontera del

Páginas

Tayaoba al P. Diego de Salazar. Ejemplos raros de su mortificación. 89

Cap. VII.—Por orden de su provincial baja otra vez á la Asunción y de vuelta lleva consigo al Padre Pedro de Espinosa.. 101

Cap. VIII.—Entran los Padres Ruiz y Maceta á predicar el Evangelio en la provincia del Tucutí, y dan principio á la residencia de San Josef.. 113

Cap. IX.—Llega el P. Antonio á la reducción de San Francisco Xavier; trata luego de la entrada en el Tayatí, y suceso de esta empresa.. 127

Cap. X.—Parten los Padres Antonio Ruiz y Cristobal de Mendoza á las provincias del Tayatí á predicar el santo Evangelio. 137

Cap. XI.—Pasa desde el Tayatí al río del Iñeai. Visita al P. Sala-

Páginas

zar. Intenta segunda vez la entrada en el Tayaoba. 145
Cap. XII.—Recibe carta de su provincial cómo está resuelto de subir á la visita de aquellas reducciones. 155
Cap. XIII.—Visita el Padre provincial con asistencia del P. Antonio Ruiz, el pueblo de San Francisco Xavier. Ordena se funde nueva reducción en el río Iñeay y lo que en este tiempo hizo el Tayaoba. 167
Cap. XIV.—Vuelto el Padre Antonio Ruiz de acompañar al provincial, acomete segunda vez al Tayaoba. 187
Cap. XV.—Sucesos de la segunda entrada del P. Antonio en el Tayaoba; peligro grande que corrió su vida y la de sus compañeros.. 197
Cap. XVI.—Visita las reducciones y

Páginas

la disposición que hizo para entrar tercera vez en el Tayaoba. 209
Cap. XVII.—Feliz suceso de la tercera entrada que hizo el P. Antonio en el Tayaoba. 221
Cap. XVIII.—Pasa del Tayaoba á la Encarnación, con intento de conquistar el reino de Guarayrú y la nación de los Cabelludos. . . . 231
Cap. XIX.—Entra en las provincias de los Guañañas y Chiquís á predicar el Evangelio.. 247
Cap. XX.—Refiere el suceso de la misión de los Guañañas y un favor grande que hizo Dios al Padre Antonio Ruiz... 265
Cap. XXI.—Parten los Padres Antonio Ruiz y Francisco Díaz á fundar la reducción de la Purísima en el pueblo del cacique Sohe Guañaña. 273
Cap. XXII.—Llega al Tayaoba, y lo que hace para reducir al famoso

Páginas

hechicero Guiravera..... 285
Cap. XXIII.—Va el P. Antonio á la Encarnación al rescate de algunos indios que habian cautivado los Mamalucos de San Pablo... 305
Cap. XXIV.—Funda el P. Antonio otras dos reducciones, una en el Ibitiruna de San Miguel, otra en el Ibiticoy de San Antonio..... 315
Cap. XXV.—Dase principio á la reducción de Santo Tomé entre las de San Pablo y del Tayaoba y conversión de la gente más feroz de todas aquellas provincias. 325
Cap. XXVI.—Entra en las tierras de Guiravera y funda la reducción de Jesús María..... 333

TOMO TERCERO

—

Páginas

Continuación del libro segundo.

CAP. XXVII.—Baja al Paranapane á visitar al gobernador; lleva consigo al P. Cataldino y otros Padres. 1

Libro tercero.—De la vida y gloriosos trabajos del P. Antonio Ruiz de Montoya. Trata de la fiera persecución de aquella nueva cristiandad y ruina de sus floridas reducciones. 13

CAP. I.—Origen de la cruel persecución que padeció la cristiandad del Guayrá, gabernándola el Padre Antonio Ruiz de Montoya. . 13

CAP. II.—Acometen los Mamalucos del Brasil la reducción de San Antonio; ejecutan en los indios atroces hostilidades. 25

Páginas

Cap. III.—Dan los enemigos sobre la reducción de San Miguel y hacen el estrago que en la de San Antonio.. 35
Cap. IV.—Asalta y saquea el Mamaluco la reducción de Jesús María. 41
Cap. V.—Vuelve el P. Antonio Ruiz de visitar al gobernador; halla tres reducciones destruídas; trata del remedio y de atajar el daño de unos ídolos. 53
Cap. VI.—Descúbrense los ídolos en que daban audiencia los demonios. Acude el P. Antonio al remedio de los males que recibía la nueva cristiandad. 61
Cap. VII.—Prosigue el descubrimiento de los otros dos ídolos por el P. Antonio y su compañero. . . . 77
Cap. VIII.—Trae el P. Antonio los ídolos al pueblo y los hace quemar en pública plaza. 87

Páginas

Cap. IX.—Astucia santa con que el P. Antonio Ruiz convirtió al hechicero Zaguazari. 97
Cap. X.—Aplica el P. Antonio todo su conato á restaurar la reducción asolada de Jesús María. Ayuda mucho la conversión del hechicero Guiravera. 109
Cap. XI.—Invaden á traición los Mamalucos la reducción de San Pablo del Iñeay y llevan á los cristianos cautivos. 123
Cap. XII.—Refiere la persecución que se levantó contra el P. Antonio Ruiz y sus compañeros. 133
Cap. XIII.—Refiérense los nuevos trabajos de aquella cristiandad, y la causa porque fueron los Padres perseguidos. 151
Cap. XIV.—Continúan los trabajos del P. Antonio Ruiz y de lo que el provincial obró en su remedio. 159
Cap. XV.—Saquea el enemigo la re-

Páginas

ducción de San Francisco Xavier; llega á ella el Padre provincial Francisco Vázquez Truxillo.. 169

Cap. XVI.—Suben los Padres provincial y Antonio Ruiz al Tayaoba. Refiérese la total destrucción de aquellas reducciones.. 177

Cap. XVII.—Acometen los Mamalucos las reducciones de Tayaobas y Guañañas. Trabajos de los indios y de sus apostólicos misioneros 183

Cap. XVIII.—Prosigue la destrucción de las provincias del Guayrá, y los trabajos del P. Antonio y de sus compañeros. 195

Cap. XIX.—Retíranse con inmenso trabajo las reducciones de Loreto y San Ignacio.. 201

Cap. XX.—Prosigue la relación de lo mucho que el P. Antonio Ruiz y sus compañeros padecieron en

Páginas

la retirada de las reducciones... 215
Cap. XXI.—Camina por tierra aquel pueblo numeroso la vuelta del Paraná; varios sucesos deste viaje..... 227
Libro cuarto.—De la vida del Padre Antonio Ruiz de Montoya, de la Compañía de Jesús. Contiene las nuevas fundaciones de los pueblos de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio, su venida á la corte y su vuelta al Perú, algunos ejemplos de sus excelentes virtudes, muerte feliz y testimonios de su heróica santidad..... 239
Cap. I.—Campea más la fineza de su virtud en el crisol de la tribulación con que Dios lo purifica... 239
Cap. II.—Continúa la tela de sus trabajos y prueba de los quilates de su virtud y paciencia..... 249
Cap. III.—Vuelve Dios por la inocen-

Páginas

cia del P. Antonio y todas sus calumnias ceden en mayor crédito de su santidad. 257
Cap. IV.—Favorece la reina del cielo en estas tribulaciones á su gran devoto: sánalo de su achaque y hácele otros singulares favores. 266
Cap. V.—Del trato familiar que tuvo con los santos ángeles, y los favores que le hicieron. 277
Cap. VI.—De algunas heróicas virtudes del P. Antonio y casos de mucha edificación.. 283
Cap. VII.—Prosigue la materia del pasado y de algunos casos que en este tiempo le sucedieron. . . 293
Cap. VIII.—Funda de nuevo las reducciones de Loreto y San Ignacio en el río Yabebiri, y lo mucho que en esto padece.. . . . 303
Cap. XI.—Adelanta mucho el aprovechamiento de los indios en virtud y devoción, con la congre-

Páginas

gación de la Virgen que funda en sus pueblos. 313
Cap. X.—Es el P. Antonio electo de nuevo en superior de las reducciones del Paraná, Uruay y Tape. Nuevas pruebas de su invicta paciencia. 325
Cap. XI.—Viene á la Corte á querellarse á Su Majestad y su Real Consejo de Indias de las estorsiones que hacen á los indios los mismos vasallos de su real corona.. 333
Cap. XII.—Parte del río Geneiro, llega á Lisboa, pasa á Madrid y algunos sucesos de mar y tierra. 341
Cap. XIII.—Hace relación al rey católico y á su Real Consejo de Indias de los agravios que se hacen á los indios, vasallos de Su Majestad. 349
Cap. XIV.—Por súplica del P. Antonio Ruiz manda Su Majestad

Páginas

despachar algunas cédulas para remedio de los daños que los indios padecen. 355

TOMO CUARTO

Continuación del libro cuarto

Cédula real sobre la libertad de los indios.—El rey.. 1
Cap. XV.—Concede Su Majestad, á instancia del P. Antonio Ruiz, otras cédulas reales en favor de los indios.. 27
Cédula en favor de los indios del Paraná y Uruay.—El rey. 29
Otra cédula.—El rey. 30
Cap. XVI.—Acude en la Corte á otras obras del servicio de Dios y bien

Páginas

de las almas..... 39
CAP. XVII.—Lanza al demonio del cuerpo y del alma de una mujer. 49
CAP. XVIII.—Con especial ilustración conoce el P. Antonio que la doncella está endemoniada y trata de su cura, mediante los exhorcismos de la Iglesia..... 57
CAP. XIX.—Descubre el demonio los embustes con que había engañado á esta doncella; las diligencias que hace para que no comulgue..... 67
CAP. XX.—Descubre el P. Antonio el pacto que esta doncella tenía hecho con el demonio..... 83
CAP. XXI.—Acude el P. Antonio al remedio de la sagrada comunión para expeler al demonio..... 99
CAP. XXII.—Parte de Madrid para Sevilla, tiene aviso de las nuevas invasiones de los Brasiles, vuelve á la Corte á solicitar el reme-

Páginas

dio..... 111
Cap. XXIII.—Llega á Sevilla; pasa á Cádiz; embárcase para Lima; sucesos deste viaje..... 123
Cap. XXIV.—Crece mucho en Lima y por todo el Perú la opinión de la santidad del P. Antonio..... 137
Cap. XXV.—Del magisterio espiritual con que guiaba al cielo las almas por sendas de perfección. 147
Cap. XXVI.—Avisos espirituales que el P. Antonio Ruiz ejercitó en sí mismo, y dejó escritos para utilidad común..... 157
Cap. XXVII.—Algunas de sus heróicas virtudes y el modo de ejercitarse en ellas, que le enseñó Nuestro Señor..... 169
Cap. XXVIII.—De su firme esperanza en Dios en el mayor desamparo de las criaturas..... 189
Cap. XXIX.—Finezas de su caridad para con Dios y para con los

Páginas

prójimos..... 195
CAP. XXX.—De la perfección con que observó los tres votos religiosos. 205
CAP. XXXI.—De otras heróicas virtudes y casos de mucha edificación que le sucedieron en Lima. 219
CAP. XXXII.—Muerte dichosa del P. Antonio Ruiz de Montoya; revelaciones de su gloria..... 231
CAP. ÚLTIMO.—De algunas maravillas con que declaró Dios la santidad del P. Antonio Ruiz después de su muerte..... 241
RELACIÓN DEL MARTIRIO DE LOS PP. ROQUE GONZÁLEZ DE SANTA CRUZ, ALFONSO RODRÍGUEZ Y JUAN DEL CASTILLO, de la Compañía de Jesús, padecido en el Paraguay á 16 de Noviembre de 1628... 259
Indice de materias..... 309

Acabóse de reimprimir el último volumen de Ruiz Montoya en Indias en Madrid, en la imprenta de Gabriel Pedràza, calle de las Huertas, número cincuenta y ocho, á XIX de Mayo de MDCCCC.

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
AA 000 131 771 8

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LOS ANGELES
LIBRARY